











IMPRESIONES Y RECUERDOS

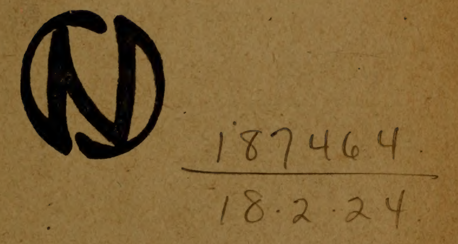


IMPRESIONES Y RECUERDOS

DE

JULIO NOMBELA

TOMO SEGUNDO



MADRID
Casa editorial de "La Última Moda,,
Velázquez, 42, hotel.

IMPRENTA PARTICULAR DE
«La Ultima Moda», 1910.



LIBRO TERCERO

—

1854 á 1860.

I

El viaje en galera acelerada desde Sevilla á Madrid duró doce días, que para la mayor parte de los viajeros pasaron entre zozobras, temores, esperanzas y animada conversación.

Soplaba en toda España aire de rebeldía, que como he observado después, es el que de vez en cuando ahuyenta la nirvana, en cuyo narcotizado regazo suele echar prolongadas siestas la pereza nacional, permitiendo á los que no se duermen y van á su negocio hacer un solo y lucrativo Agosto de todos los meses del año.

Ni por mi edad, ni por mi falta de experiencia podía tomar parte en las vivas y á ratos acaloradas discusiones en que se enzarzaban viajeros y viajeras, olvidando las molestias del viaje. Referían unos cuanto sabían ó inventaban acerca de las conspiraciones que se fraguaban en Madrid

para derribar al ministerio y hasta á la misma reina si era necesario; censuraban otros á los revoltosos que alteraban el orden y no dejaban vivir en paz á la gente tranquila que no se metía con nadie; algunas damas hacían el panegírico del conde de San Luis á quien habían conocido en Sevilla en humilde situación y que con su talento, su audacia y su energía había llegado á ser nada menos que jefe del gobierno; y otros, por fin, protestaban, como habían protestado la prensa, el Parlamento y el país en masa, contra los escandalosos negocios que con la protección y la complicidad de los ministros, realizaban los banqueros Salamanca, Carriquiri y algunos más no menos listos y aprovechados.

Hubo momentos en los que faltó poco para que de las palabras pasasen á vías de hecho, los que preocupados con demasiada viveza de la cosa pública, apenas se enteraban de que el vehículo caminaba estoicamente á paso de tortuga.

En las posadas eran asaltados ó poco menos los arrieros procedentes de poblaciones de la Mancha ó de Madrid, para que refiriesen cuanto sabían respecto de la agitación política, y en cada nueva etapa servían de pasto las últimas noticias á nuevos comentarios, entusiasmándose con las favorables á la revolución los exaltados, y entristeciéndose los que por interés personal ó fundados en las lecciones de la experiencia, recordaban el refrán pesimista que afirma que es mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Es una gran verdad que en el pícaro mundo arrima cada cual el ascua á su sardina. De todo cuanto oía, lo que me preocupaba era que si en Madrid estaba la gente tan revuelta como se aseguraba, ni encontraría editor que publicase el famoso tomo de poesías, ni compradores si al fin se publicaba, y adiós entonces mis esperanzas de gloria y de fortuna.

Preocupado primero con mis aficiones artístico-teatrales, después con mis tareas literarias y los proyectos que forjamos y acariciamos Becquer y yo, había oído hablar con frecuencia de política; pero sin enterarme de lo que significaba en la vida de los pueblos y como de rechazo en la de las familias y los individuos. Lo único que había sacado en limpio, era que convenía á mi padre que cayesen los moderados y subieran al poder los progresistas, primero por el triunfo de la libertad, que era su ideal, y luego porque seguramente premiarían sus servicios, su constancia, y la prolongada cesantía se tornaría en un empleo de doce ó catorce mil reales lo menos, que pondrían término á nuestras escaseces, á nuestras privaciones y sobre todo á la angustia de cada día ante el problema del siguiente.

Andando el tiempo, he podido convencerme de que en todas las épocas y en todos los países, los que militan en los partidos políticos, lo mismo en las primeras que en las últimas filas, creen de buena fe, sobre todo cuando son neófitos, que persiguen un ideal; pero en el fondo el amor que pro-

fesan á la idea y los sacrificios que hacen en sus aras, se inspiran en un egoísmo al que por pudor llaman instinto de conservación.

Pero llega un momento en que no se ocultan, ni muchos de ellos se cuidan de ocultar á los demás, que opinan de tal ó cual manera con su cuenta y razón. La política, ciencia ó quizás más bien arte, respetable en teoría, es pura y simplemente en la práctica un medio de vivir, un negocio, una industria, cuando no se limita á ser artículo de lujo ó pueril satisfacción de vanidad.

Recuerdo que algunos meses antes de la revolución que aparece en la historia contemporánea de España con el pomposo nombre de la *Gloriosa,* tuve que hacer un corto viaje en carromato por la sierra del Guadarrama, y estimulado tanto por mi costumbre de estudiar en los hombres más que en los libros, como por el deseo de alterar en lo posible la monotonía de aquella excursión, me entretuve conversando con el carretero, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, de aspecto agradable, de carácter franco y noblote y al parecer inteligente, ó por lo menos teniendo bien cursada la gramática parda.

Después de hablar del abandono en que estaban los pueblos, del caciquismo, de las malas cosechas, de la usura, de las pícaras contribuciones, quejándose de todo y por todo como buen campesino, exclamó de pronto:

—Esto no puede durar mucho. No tardará la gorda en sacarnos de penas.

La *gorda* era la revolución, que por entonces se esperaba de un momento á otro.

—¿Es usted de los de la cáscara amarga?—le pregunté.

—Más liberal que Riego—contestó muy resuelto—y si todos pensaran como yo, no habría en España ningún títere con cabeza de reaccionario. Si yo mandase siquiera una hora, aseguro que dejaría el país como nuevo.

—¿Qué haría usted, vamos á ver?—insistí deseoso de ver por donde se descolgaba aquel buen hombre.

—Pues mire usted, ante todo proclamaría la libertad. Eso sí, lo primero es lo primero. Abajo la tiranía, los Consumos, y si me apura usted un poco, hasta la Guardia civil. Pero á continuación, sin perder un minuto, mandaría destruir todos los ferrocarriles, y pena de la vida al que intentara restablecerlos.

—Y eso ¿á qué fin?—añadí yo.

—Pues para que podamos vivir con desahogo, como antes sucedía, los carreteros, los arrieros y cuantos buscan en el tráfico su conveniencia ó su ganancia. Yo creo que si Prim triunfa, como debe triunfar, lo primero que hará es destruir los *railes* y quemar los vagones y las máquinas, que parecen abortos del mismísimo infierno. Vida nueva, y adelante el progreso, la libertad y la justicia.

En todo hombre político de partido, hay un carretero como el de mi recuerdo; y cierro aquí la digresión, porque más adelante y con mayor opor-

tunidad y extensión consignaré el concepto definitivo que la experiencia me ha obligado á formar de la política.

Reconoceré sin embargo en honor de la verdad, que lo mismo los liberales llamados progresistas que los que defendieron con las armas los derechos de D. Carlos á la Corona, fueron en su gran mayoría entusiastas y sinceros, aunque crueles. La raza de aquellos hombres se ha extinguido: la posteridad hace justicia á su honradez y abnegación; pero no los imita. Cuando no los califica de ilusos, infelices ó inocentes, los llama tontos de capirote.

Yo mismo, al preocuparme por lo que oía á los que comentaban los sucesos que en aquellos momentos acaecían en España, obedecía inconscientemente al egoísmo de que he culpado á los políticos. ¿No era mejor la paz que la guerra? La revolución que con tanto afán se esperaba, alteraría el ritmo normal de la nación, los ánimos estarían soliviantados, y en semejante situación ¿quién se preocuparía de los versos que para conquistar fama y dinero habíamos escrito Becquer, Campillo y yo?

El carretero se iniciaba en mi embrionaria conciencia, sin que me diera cuenta de ello.

Pero impresionable, sentimental y un tanto romántico; á medida que fuí penetrándome de lo que significaba aquel movimiento de protesta contra unos gobernantes dilapidadores y tiránicos, comprendí que mis interesados y egoístas temores, no sólo eran mezquinos, sino culpables.

Las discusiones entre los viajeros mientras que la galera caminaba, sin que cesasen cuando nos deteníamos en las posadas para hacer por la vida comiendo ó descansando, me preocuparon en los primeros días por el perjuicio que las complicaciones de la política podían causar á las esperanzas que me prometía realizar en Madrid; pero después fuí poco á poco interesándome en las peripecias de la cosa pública, y aunque sin comprender toda la importancia y transcendencia de aquella agitación, experimenté sus efectos.

En las Ventas de Cárdenas supimos que habiendo sufrido el Gobierno una derrota en el Senado cerró las Cortes, persiguió á los senadores y aisló á la Reina para que nadie pudiera enterarla de la efervescencia que se manifestaba en todos los grupos y fracciones políticos contra los *polacos*, como llamaban á los que gobernaban.

En Manzanares nos enteramos de que los periodistas habían publicado una Hoja pidiendo la destitución del Ministerio, hoja que como es natural fué prohibida, y de que numerosos diputados y senadores habían redactado un mensaje á la Reina encareciéndole la urgencia, para el bien del país y de su trono, de un cambio de gobierno.

Los firmantes de aquel documento fueron perseguidos, no lograron su propósito y tuvieron que esconderse para no caer en manos de la policía.

En Aranjuez pudimos leer el primer número del *Murciélago* y algunas de las Hojas clandestinas que circulaban por toda España insultando á

la Reina, á los ministros y excitando al país á la insurrección.

II

Por fin llegamos á la Corte el 28 de Junio al anochecer y la galera se detuvo en una posada que había entonces en la calle de Atocha en un destartalado edificio contiguo á la casa que hacía esquina con la calle de Tragineros, frente al Hospital general, que en aquel tiempo tenía su principal fachada en la misma calle de Atocha.

Allí se despidieron muy amigos los que habían pasado doce días discutiendo y rabiando. Los que tenían familia en Madrid ó casas de huéspedes conocidas, se alejaron, y mi padre, mis hermanas, el ama Rosalía y yo nos instalamos en la posada, donde al sentarnos á la mesa para cenar nos enteramos de que aquella mañana se habían pronunciado contra el Gobierno en el campo de Guardias los regimientos de Caballería acuartelados en Madrid.

En la posada no sabían pormenores de la insurrección, y como estábamos rendidos al cabo de doce días de dormir poco y mal, el cansàncio pudo más que la curiosidad, nos retiramos á las habitaciones que nos habían destinado y dormimos á nuestras anchas hasta bien entrada la mañana siguiente.

Lo más urgente para nosotros era buscar un cuarto donde habitar, y adquirir los muebles y utensilios más precisos.

Salió mi padre á evacuar aquellas diligencias, y terminadas á satisfacción en todo el día 29, en la mañana del 30 nos trasladamos al piso segundo de la casa núm. 22 de la calle de la Flor baja, que habíamos alquilado.

De la posada enviaron nuestro equipaje; poco después llegaron los muebles adquiridos en una prendería, los demás enseres indispensables, y los mozos portadores de aquellos bártulos nos refirieron que los sublevados y las tropas del Gobierno habían empeñado un combate en el camino de Vicálvaro, no lejos de Madrid.

La mayor parte del día se nos pasó en el trajín de abrir baules, deshacer líos, colocar muebles y demás quehaceres domésticos; pero aunque estábamos rendidos, deseosos de saber que era lo que ocurría, al anochecer fuimos mi padre y yo á visitar á nuestro antiguo sastre Bandallós, que tenía en la calle de la Montera una modesta tienda, punto de reunión de unos cuantos progresistas de los más exaltados.

Allí nos informaron de que en la sublevación de la Caballería no habían tenido arte ni parte los liberales; de que había sido un pronunciamiento como tantos otros, organizado y realizado por el militarismo del partido moderado sin más objeto que derribar al Conde de San Luis y sustituirle en el poder, opinando los circunstantes, como era de esperar dada su filiación, que mientras Espartero no abandonase la vida regalona que hacía en Logroño y sublevara al pueblo y al ejército que le

era adicto, para implantar la libertad, todo sería *Juan y Manuela*, locución que por entonces estaba muy de moda entre los desesperanzados progresistas.

A la tienda llegaron noticias contradictorias de la acción, y en los corrillos que se formaban en las calles cogiendo las vueltas á los polizontes, oimos al volver á nuestra casa las más absurdas y estupendas versiones.

Al día siguiente se supo de un modo cierto que los sublevados habían emprendido la retirada por la carretera de Andalucía, y que el gobierno organizaba una fuerte columna para que saliera en su persecución, lo que efectuó el día 5 de Julio al mando del ministro de la Guerra.

La *Vicalvarada*, como se llamó al combate del día 30 de Junio, había sido estéril para los dos ejércitos beligerantes, aunque lamentable por los muertos y heridos que causó, sirviendo únicamente para que el gobierno extremase las persecuciones y la violencia.

III

La actual generación no puede formarse una idea exacta de la agitación que se había apoderado de los ánimos, reflejada en todas las clases sociales y particularmente entre los enemigos de la situación, porque sus amigos no parecían por ninguna parte más que bajo la forma de *guindillas*,

como llamaba el pueblo á los agentes de la autoridad.

Reciente aún el recuerdo de las guerras civiles, indignaba á los liberales, que tantos sacrificios habían hecho por defender el trono de doña Isabel, que hubieran recogido el fruto los moderados, reaccionarios vergonzantes, cuyos prohombres se habían aprovechado de la desamortización de los bienes del clero, invocando para conservarlos con más seguridad el orden y el principio de autoridad, y á la sombra de estas bases fundamentales de toda sociedad bien constituída, falseaban la Constitución, favorecían la codicia de los banqueros y explotaban al país, al mismo tiempo que fomentaban en la reina el antitético maridaje del sensualismo y el misticismo, para tener á su devoción la regia voluntad.

De todo esto se hablaba con apasionamiento; los exaltados y los hipocritamente llamados moderados, se profesaban un odio africano; el periódico el *Murciélago* y las Hojas que se repartían clandestinamente referían las espoliaciones, las iniquidades que cometían los políticos, particularmente la fracción de los *polacos* que era la que había llevado el desenfreno, la tiranía y la depravación al último límite; se denunciaban con lujo de detalles y hasta con nombres propios, las liviandades que se atribuían á la soberana, y todo esto producía temores, zozobras, indignación y en general gran exacerbación de las pasiones.

El comercio de Madrid era en su mayoría libe-

ral; también por interés, si no por sentimiento, lo eran unos cuantos banqueros enriquecidos con las contratas de suministros al ejército Isabelino durante las dos guerras civiles; y el pueblo, que todavía vivía mezclado con la clase media, que había formado parte de la milicia urbana y que, como gran número de militares, adoraba al Duque de la Victoria, estaba siempre dispuesto á luchar por la libertad.

La Historia ha consignado con más ó menos imparcialidad lo que pasó en aquel memorable mes de Julio.

Viendo los generales insurrectos mal parada su causa, resolvieron en Manzanares, contra la voluntad de O'Donnell, hacer un llamamiento al pueblo, restaurar la Constitución liberal, restablecer la milicia ciudadana y llamar á Espartero para que se pusiera al frente del movimiento revolucionario.

Cánovas del Castillo, que en compañía de Fernández de los Ríos, había salido de Madrid para conferenciar con los generales insurrectos, llegó á Manzanares y aseguró á O'Donnell y á sus amigos que sin el concurso de los progresistas todo se perdería; redactó el famoso manifiesto conocido con el nombre de la villa en donde se escribió y publicó; se envió un mensaje al Duque la Victoria; el general Serrano que se hallaba en sus posesiones de Jaén, se unió á los sublevados; el manifiesto circuló rápida y profusamente; partieron emisarios á las provincias; en algunas se pronuncia-

ron las guarniciones, los preparativos para la lucha se hicieron en la Villa y Corte con gran reserva y actividad, y el 17 de Julio al terminar la corrida de toros que se había celebrado por la tarde, estalló en Madrid la insurrección popular, formidable, terrible.

Sorprendido el gobierno; antes de que pudiera contrarrestar la explosión con la fuerza que permanecía fiel, los insurrectos se dividieron en varios grupos, y mientras unos luchaban contra los polizontes, se dirigieron otros al palacio de la Reina madre situado en la plaza de los Ministerios, al del banquero Salamanca, á las casas del conde de San Luis, del ministro de Hacienda Domenech, del de Fomento Esteban Collantes, y no encontrando á las personas á quienes se proponían arrastrar y destruir, saquearon sus viviendas, arrojaron á la calle por puertas y balcones muebles, cuadros y cuantos objetos hallaron á mano, formaron con ellos grandes hogueras; y cuando las tropas acudieron á sofocar la rebelión, comenzó la lucha que duró tres días: lucha furiosa, encarnizada, que en parte pude presenciar desde los balcones de mi casa, porque en la calle de Leganitos los paisanos, atacados por la plaza de Santo Domingo y al mismo tiempo por la de San Marcial, se defendieron como leones sin que los soldados lograsen rendirlos, ni siquiera obligarles á abandonar el campo.

El conde de San Luis y sus compañeros de gobierno se eclipsaron; la Reina llamó al general

Córdoba para que formase un ministerio; pero antes de jurar desistió y el duque de Rivas fué presidente del nuevo gobierno, que sobrevivió algunas horas, por lo que fué llamado ministerio *relámpago*. Todos estos pormenores no llegaron á noticia del público hasta que pasaron los días de zozobra y angustia en que vivieron los habitantes de Madrid mientras duró la lucha.

En tanto que en palacio se organizaba la resistencia y el pueblo, que había levantado barricadas en todo Madrid, se batía con desesperado denuedo; en casa del banquero Sevillano se reunieron los prohombres del progresismo y nombraron una Junta de salvación presidida por el veterano general San Miguel, para que dirigiese el movimiento popular y evitase la efusión de sangre.

Retiradas las tropas y vencedor el pueblo, el general San Miguel, que recorrió los puntos dominados por los insurrectos en medio de delirantes aclamaciones, fué á palacio á tranquilizar á la Reina y todo se calmó, aunque el pueblo aleccionado por anteriores desengaños, mantuvo las barricadas, aumentó su número estableciéndolas en los puntos estratégicos que antes habían ocupado las tropas y permaneció arma al brazo, dispuesto á no dejar su actitud belicosa hasta que llegase Espartero á Madrid, se organizase la milicia ciudadana y fuese definitivo y completo el triunfo de la libertad.

IV

La ansiedad con que habíamos vivido en la primera quincena de Julio; las noticias y los comentarios que oía en los corrillos que se formaban en las calles ó en las casas de los antiguos amigos á quienes visitamos; lo que contaba el ama Rosalía al volver de la compra; cuanto mi padre me refería acerca de los sacrificios realizados por los progresistas para consolidar la libertad; todas aquellas impresiones, despertaban en mi espíritu ideas que no tardaban en convertirse en sentimientos. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo que significaban la política, los gobiernos, la monarquía, la libertad, el despotismo. Aquella enmarañada serie de conceptos diversos, antitéticos, que se traducían en conspiraciones, luchas, venganzas, grandezas y miserias, se me aparecía como un caos.

Lo que pretendían los liberales me parecía, no solo razonable sino justo. Me explicaba que Fernando VII cometiese todo género de iniquidades para conservar el poder absoluto; pero no comprendía que María Cristina, aquella hermosa napolitana que llamó en su auxilio á los liberales para defender el trono de su hija, que tantas esperanzas hizo concebir respecto del progreso de la nación, pagase con la más odiosa ingratitud á los llamados primero *Cristinos* é *Isabelinos* después. ¿Podían mostrar tanta perversidad los reyes, á

quienes sin reflexionar en lo que representaban y sólo por instinto consideraba yo como modelos de perfección moral?

En mis excursiones con Becquer por las calles y plazas de Sevilla, la Cruz de hierro que había y quizás subsiste aún en la plaza de San Gil, no lejos de la Macarena, nos había incitado á hablar con entusiasmo del Rey Don Pedro, llamado el Cruel por unos y por otros el Justiciero.

Entre los muchos rasgos de aquel monarca que la leyenda ha popularizado, se cita el del castigo que impuso al codicioso y poco caritativo párroco de San Gil, á quien mandó enterrar vivo por no haber querido dar sepultura cristiana al cadáver de un pobre. La cruz de hierro enclavada en el sitio donde sufrió el desalmado eclesiástico tan terrible castigo, perpetúa el recuerdo, y Becquer, que había leído mucho y tenía buena memoria, me refirió aquel y otros muchos rasgos del famoso rey, que me entusiasmaron.

Por la primera vez se fijó mi imaginación siempre inquieta en lo que un rey significaba ó debía significar. Divagamos Becquer y yo sobre aquel tema, forjándonos monarquía y monarcas al gusto y la medida de nuestra fantasía, y con este motivo convinimos en que los magnánimos reyes, por su poderío, su grandeza y su justicia, eran verdaderos enviados de Dios al mundo para gobernar á los hombres, premiar sus virtudes y castigar sus maldades.

Tal concepto tenía yo de los monarcas, cuando

los sucesos que se desarrollaron en España me llenaron de confusiones y de dudas.

Mi natural impresionabilidad debía hacerme olvidar, siquiera fuese momentáneamente, las aspiraciones que al regresar á Madrid me proponía realizar, y preocuparme sólo de lo que veía y oía en torno mío.

Los tres días que duró el combate del pueblo con la tropa, fueron de privaciones para nosotros como para la mayoría de los vecinos de la Corte que no tenían bien surtida la despensa ó no vívian en casas próximas á tiendas de comestibles, carnecerías ó panaderías.

Fiambres y pan bastante duro, fué lo que comimos en raciones escasas, por si duraba mucho la imposibilidad de salir á la calle. El agua se tasó con mayor escrúpulo, porque sólo disponíamos de una tinaja, no muy grande, que había llenado el aguador en la mañana del 17. Todo lo soportamos con resignación, y cuando en la madrugada del 20 corrió la voz de que había cesado la lucha con el triunfo del pueblo soberano, nos resarcimos de la pasada abstinencia. Mi padre salió á adquirir nuevos pormenores de lo ocurrido, volvió lleno de gozo, y accediendo á mi ruego me permitió que sin salir del barrio en que habitábamos, fuese á ver las barricadas de que oía hablar sin darme cuenta exacta de lo que podían ser.

Dos había en los extremos de la calle de Leganitos, cruzándola de parte á parte, formadas con grandes cajones repletos de piedras arrancadas

del pavimento y cubiertos por esteras y colchones. Los que desde ellas se habían batido, formaban animados grupos; cada cual refería sus proezas, enumeraba las víctimas que había causado y hacía las honras fúnebres de los paisanos heridos ó muertos.

En cada una de las dos barricadas había un palo enclavado en uno de los cajones sosteniendo un cartel que decía: *Pena de muerte al ladrón*; letrero que ví repetido en las demás barricadas que hallé al paso.

Resuelto á extender mi paseo de exploración hasta la calle de Tudescos, para dar un vistazo á mis amigos los Araujo, desde la de Leganitos me encaminé por la de San Cipriano á la plaza de los Mostenses deseoso de averiguar qué suerte había corrido el zapatero remendón que desempeñaba las funciones de portero en la casa donde habité con mi familia antes de trasladarnos á la de la calle del Olivo.

El Sr. Zacarías se las echaba de liberal en los tiempos en que mandaban los moderados, y era de presumir que habría tomado parte activa en la lucha.

Cuando llegué á la plaza, había en ella numerosos grupos formados en su mayor parte por los dueños de los cajones del mercado, domésticos y domésticas, menestrales; y los balcones y las ventanas de las casas estaban atestados de gente.

Todos miraban con vivo interés á la casa en donde habitaba D. Francisco Chico, odiado jefe de la

policía de Madrid mientras los reaccionarios estuvieron en el poder.

Delante de la puerta, formando dos filas una á cada lado, había unos cuantos hombres de mala catadura, mal trajeados, de aspecto bravucón y todos con fusiles y correaje.

Cerca de ellos y en animada conversación aparecía un abigarrado y numeroso grupo, del que formaba parte el zapatero, quien al verme se acercó á mí, me dió un abrazo y exclamó:

—A todos los malvados les llega su San Martín. Ahora es la nuestra, y aunque el muy tuno ha sabido esconderse, lo que digo y sostengo es que no ha salido de su madriguera.

Por el señor Zacarías y los que le rodeaban, me enteré de que el torero Pucheta, jefe del pueblo que había luchado contra la tropa en la calle de Toledo y en la plaza de la Cebada, había enviado en la madrugada del día 20 á varios hombres de su confianza para que, muerto ó vivo, se apoderasen del más odiado de los polizontes. Registraron el cuarto en que habitaba, los demás de la casa sin olvidar las bohardillas trasteras, y todo inútilmente. El pájaro había volado.

Pero lo mismo el zapatero que otros vecinos de la plazuela, que desde que estalló la rebelión en la noche del 17 habían guardado las bocacalles para que ni el jefe policíaco ni el ordenanza que le guardaba las espaldas y vivía en su compañía pudieran escaparse, aseguraban que los habían

visto entrar cuatro ó cinco días antes de comenzar la lucha; pero no salir.

Uno de los presentes, que tenía puesto de verduras en la plazuela, añadía que el ama de gobierno del D. Francisco, que era parroquiana suya, le había dicho que su amo estaba enfermo de mucha gravedad y que no sería extraño que las liase, porque las pindongas con quienes estaba enredado, su habitual glotonería y la mala vida que llevaba, le tenían poco menos que aniquilado.

Pero á pesar de las afirmaciones de los vecinos, los enviados de Pucheta no habían podido dar con él.

Poco antes de llegar yo, según me dijo el señor Zacarías en voz baja y con cierto misterio, habían vuelto los emisarios del torero, se habían colocado en la puerta arma al brazo, como estaban, cuatro de ellos habían subido con el que los mandaba; y como éste había asegurado que de aquella hecha darían con el escondrijo, los del grupo de que yo formé parte y los demás curiosos que llenaban la plaza, aguardamos con ansiedad el resultado de aquella nueva tentativa.

No fué preciso esperar mucho: los de los fusiles entraron de pronto en el portal, donde uno de los que habían subido habló con ellos, y les faltó tiempo para anunciar que al fin había caído el polizonte en el garlito. La noticia cundió rápidamente, los circunstantes se reunieron en tropel delante de la puerta de la casa, los paisanos armados les obligaron á dejar libre el campo, y al cabo de un

cuarto de hora de febril ansiedad, vimos salir del portal á cuatro hombres que en unas improvisadas parihuelas conducían acostado sobre un colchón al odiado y odioso jefe de la policía, cubierto con una manta y con todo el aspecto de un cadáver.

Detrás del grupo y atado codo con codo, iba á pie el ordenanza, á quien reconocí porque era el mismo que cuando yo vivía en la plaza de los Mostenses estaba de plantón en la puerta de la casa de su jefe y cuando éste salía le seguía á muy corta distancia.

Lo mismo los que llevaban en andas al gran policiaco, que los que á culatazos empujaban á su no menos lívido y abatido cómplice, llenaban á uno y otro de improperios que coreaban y ampliaban los espectadores, mostrando todos una alegría feroz sin que el estado de las víctimas les moviese á piedad.

La comitiva, precedida de los paisanos armados y seguida por la mayor parte de los que presenciaban aquel espectáculo, que me horrorizó y me indignó, aunque lo justificaba el odio á que se habían hecho acreedores aquellos dos hombres tan inícuos como despreciables, se dirigió por la calle de Isabel la Católica á la plaza de Santo Domingo y desde allí, según supe más tarde, aumentándose el séquito y continuando los improperios, las maldiciones y las más groseras frases, fueron conducidos Chico y su acólito á la calle de Toledo y fusilados cerca de la Fuentecilla por las enardecidas huestes de Pucheta.

Más noble y justo habría sido entregarlos á los tribunales, formarles causa, sustanciarla y condenarlos al castigo que les hubiera impuesto la ley; pero en las grandes convulsiones sociales, hay que disculpar esos terribles desahogos de los oprimidos, cuando los desalmados y crueles opresores caen en su poder.

Se contaban horrores del que durante tantos años había sido jefe de la policía y señor absoluto de vidas y haciendas. La Historia ha consignado, confirmando lo que por entonces se refería en todas partes, que favorecido por la Reina madre y por los moderados, había vejado y perseguido á cuantos protestaban de los escandadalosos negocios que realizaban los políticos, ó expresaban ideas liberales. Al mismo tiempo se aseguraba que quedaban impunes robos y asesinatos, á cambio de crecidas sumas que le entregaban los criminales.

Lo cierto es que había llegado á acumular riquezas extraordinarias y que en su casa estaban las paredes cubiertas de cuadros pintados al óleo formando una magnífica galería; porque, lo que parece increible, aquel hombre taimado, perverso, sin sentimientos humanos, era inteligentísimo en el arte pictórico, y atesorar pinturas de verdadero mérito, constituía uno de sus mayores goces.

No recuerdo si era solterón ó estaba separado de su consorte: lo que no he olvidado es que vivía en la casa de la plaza de los Mostenses, sin más ser-

vidumbre ni compañía que un ama de gobierno, mujer de edad y de toda su confianza, según se susurraba en la vecindad.

Pero en todo Madrid era notorio que mantenía con gran boato á cuatro ó cinco amigas íntimas; que unía á la debilidad erótica impropia de su edad, pues contaba á la sazón cincuenta y tantos ó sesenta años, una gula de las más refinadas, y que no tenía el diablo por donde desecharle.

Me parece verle, cuando éramos vecinos, salir de su casa mirando á todas partes con recelo y con cara más falsamente risueña que seria. Su expresión habitual era el cinismo. Según contaban, no se enfadaba nunca ó por lo menos aparentaba no enfadarse, y sonriéndose y con frases de chanza, cometía las más crueles felonías.

Una semana antes de que se sublevase el pueblo, se vió obligado á guardar cama y la enfermedad que se le declaró alarmó en extremo al médico que le asistía.

A pesar de la gravedad de su estado, cuando se enteró de que había estallado la revolución popular, no dudó de que si los rebeldes triunfaban irían á buscarle; y como para las eventualidades de aquel género tenía preparado un escondrijo, dispuso que le trasladaran á él su ordenanza y el ama de gobierno, quedándose él primero en su compañía, porque también corría peligro.

Cuando en efecto fueron á buscarle, el ama de gobierno aseguró que hacía muchos días que no había parecido por la casa. Registraron los emi-

sarios de Pucheta todas las habitaciones y no le encontraron. Sospechando que podía haberse ocultado en la vecindad no dejaron sin examinar cuidadosamente todos los cuartos y dependencias de la casa, y al ver lo inútil de sus pesquisas se alejaron convencidos de que habría buscado refugio en otra parte.

Pero los habitantes de la plazuela que tomaron las armas desde el primer momento, aseguraron como indiqué que le habían visto entrar en su albergue y juraban y perjuraban que de él no había salido.

Entonces—según una versión de las varias que circularon con viso de verdad—el mismo Pucheta fué á ver á una de las amigas del jefe policiaco, que según sus noticias estaba ofendida y deseaba vengarse de un desprecio que la había hecho, y sin duda con amenazas ó promesas logró que le indicase donde podía estar oculto el que buscaba con tanto afán.

Bien por la delación de la amiga despechada ó bien, como aseguraban algunos, porque los emisarios del torero jefe del pueblo al volver á la casa por segunda vez pusieran de rodillas al ama de gobierno y la amenazasen con fusilarla allí mismo si no revelaba donde estaba escondido su amo, lo cierto es que al fin y al cabo consiguieron apoderarse de él y de su compañero de tristes glorias y bien aprovechadas fatigas.

Algunos días después, con referencias á lo que los vecinos del jefe de policía dijeron, y á las reve-

laciones que hizo el ama de gobierno á las personas con quienes habló, me contó el Sr. Zacarías, que todas las habitaciones de la casa, incluso los pasillos, tenían cubiertas las paredes de cuadros; que uno de éstos de gran tamaño ocupaba el testero de un corredor descansando sobre un arca antigua destinada á guardar útiles de limpieza, y que el cuadro servía de puerta á un cuarto sin más luz ni aire que los que penetraban por un pequeño ventanillo colocado á bastante altura en la pared de carga que daba á un patio.

Apartando el arca y apretando un resorte bien disimulado en el cuadro, giraba éste y podía entrarse fácilmente en el escondrijo, donde no había más que un tablado con un jergón y un colchón, una mesa y un par de sillas.

En la mañana del 18 fué trasladado el enfermo al misterioso cuarto; encargó al ama de gobierno que al presentarse el médico le dijera que había salido á pesar de su estado á cumplir los deberes de su cargo; y cuando en la noche del 19 se supo que la revolución había triunfado, se encerró en el escondrijo con su amo el ordenanza y uno y otro seguramente poseídos de terror, aguardaron el desenlace de aquella terrible crisis, confiando en que la fidelidad del ama y la combinación del cuadro y el arca, los librarían de las iras del populacho.

Bien porque la amiga infiel y ofendida enterada del secreto lo confiara á Pucheta, ó porque el ama, á punto de ser fusilada, obedeciera al instinto de

conservación, que sobre esto cada cual divagaba á su gusto, lo cierto es que los paisanos armados y su jefe, penetraron en el cuarto donde la enfermedad y el pavor anonadaron á Chico, y obligaron á su acólito á pedir misericordia.

¿Quién puede saber la verdad de lo que allí ocurrió? Los paisanos que le sacaron del escondrijo en el colchón en que yacía y con una escalera de mano y unas tablas improvisaron unas parihuelas, eran los únicos que en su calidad de actores y testigos podían referir los pormenores de aquella terrible escena. Seguramente los refirieron hasta con lujo de detalles; pero entonces los periódicos carecían de los reporters que en la actualidad no desperdician ningún dato por nimio que sea, y al publicarse la noticia del fusilamiento de Chico y de su adlátere, sólo se insinuó que el terrible jefe de la policía llegó moribundo al lugar del suplicio, se limitó á pedir perdón con voz apagada, y murió como un perro al lado de su cómplice, víctimas los dos de la descarga con que el pueblo vengó á los que habían perecido á manos del odiado polizonte ó sufrían en el destierro, en la deportación ó en el presidio, las consecuencias de la persecución de los que acababan de expiar sus refinados y crueles crímenes.

El zapatero remendón no dejó de poner algo de su cosecha en el relato que hizo de lo que pudo averiguar después que el protector de bandidos y perseguidor de liberales, dejó para siempre su tan estimada galería de pinturas.

Si mal no recuerdo, la autoridad judicial cerró y selló las puertas de la casa; sus parientes se incautarían más tarde de los bienes que dejó, y de aquel hombre temible sólo quedó en la historia de la revolución de Julio de 1854 una triste memoria.

Más de medio siglo ha transcurrido, y todavía no se ha borrado de mi imaginación el espectáculo que presencié en la plazuela de los Mostenses.

A pesar de haber vivido algunos años cerca de aquel hombre á quien todos temían, incluso los poderosos; á quien la reina madre y los prohombres del moderantismo seguramente despreciaban y odiaban, pero á quien lisonjeaban y colmaban de dinero y de condecoraciones que él lucía engreído y vanidoso, ni oí el metal de su voz ni siquiera le saludé, aunque algunas veces tanto mi padre como yo le encontrábamos cuando entraba en su domicilio ó salía de él. Sin embargo, un periodista francés, con esa ligereza y al mismo tiempo aplomo de los escritores transpirináicos, sobre todo tratándose de las cosas de España, hizo una afirmación que me complazco en desmentir de un modo categórico y terminante.

En el año 1880 un financiero aragonés, D. Víctor Mariñosa, que alcanzó cierta notoriedad por su gran inteligencia en los negocios de banca, al mismo tiempo que por su ciega fe en el espiritismo, vino á Madrid con el propósito de unificar las Deudas del Estado, y al efecto fundó el Banco de la Riqueza Nacional, de cuyo Consejo de Admi-

nistración me nombró secretario por el deseo de favorecerme, pues ningún título ni competencia tenía yo para desempeñar semejante cargo.

A su debido tiempo hablaré de aquella empresa gigantesca que estuvo á punto de consolidarse y de realizar una magna operación. Por ahora me limito á consignar, que los periódicos financieros de Europa y especialmente los de Francia, dedicaron númerosos y extensos artículos al proyecto.

En una de las revistas más importantes de París, un Sr. Carlos Villedeuil publicó datos biográficos de los personajes que formaban el Consejo del Banco de la Riqueza Nacional, y aunque yo no era personaje, me dedicó unas cuantas líneas en las que no había una sola indicación que fuese exacta.

Comenzaba calificándome de *ecrivain charmant* y consignaba que debían traducirse mis obras al francés, dando principio con estas bondadosas afirmaciones á su fantástico relato, y á continuación añadía: «Debutó en 1853 en calidad de Secretario de D. Francisco Chico, fué después empleado en la Secretaría del Consejo de Estado y más tarde desempeñó el cargo de ejecutor testamentario del pastelero suizo Hermant. Carece de personalidad financiera.»

Esto último era lo único verdadero en la sucinta biografía que me dedicó.

Ni conocí más que de vista al temido y odiado jefe de policía, ni desempeñé jamás cargo alguno en el Consejo de Estado, ni una sola vez en-

tré en la tienda de Hermant, que en efecto dirigió durante muchos años una acreditada pastelería en la calle del Caballero de Gracia.

¿Quién suministraría aquellos erróneos y en cierto modo calumniosos datos al señor de Villedeuil? Difícil es averiguarlo, y no me queda más recurso que repetir la consabida frase: «Así se escribe la historia.»

V

Más de una hora pasé en la plaza de los Mostenses, y cuando detrás de la casi fúnebre procesión se fueron los curiosos y se cerraron balcones y ventanas, como mi propósito era además de ver las barricadas visitar á mis antiguos amigos los Araujo, por las calles del Rosario, Parada, San Bernardo, Justa, Silva y el callejón del Perro, llegué á la de Tudescos.

Delante de la puerta de la casa de mis amigos, señalada con el núm. 29, había una formidable barricada construída con muebles y colchones y defendida por el señor Juan el prendero que tenía su tienda en la casa de los Araujo, por sus hijos y por otros vecinos también con tienda, mozos de cuerda ó menestrales, dirigidos todos por un capitán retirado muy viejo, pero muy valiente y sobre todo muy liberal.

En las barricadas había centinelas que desempeñaban su cometido con la mayor formalidad, y algunos hasta con cierta prosopopeya.

El que estaba en la entrada del callejón del Perro me preguntó con mucha seriedad á donde iba, y cuando manifesté que me proponía visitar á los Araujo, muy queridos en el barrio, me dejó franco el paso.

De los tres hermanos Paco, Ceferino é Hipólito, el primero, como su tío el pintor que vivía con ellos, simpatizaba con la revolución, conocía á toda la gente menuda de su barrio, y por su carácter llano y bondadoso era muy estimado.

Ceferino, preocupado de su arte, la pintura, no era aficionado á bullangas, y por su parte Hipólito, el menor de los tres, de gustos refinados, muy instruído y poco populachero, no había visto con buenos ojos la insurreccion.

Hay que advertir que dos primos hermanos suyos, Eugenio y Rafael, que se habían quedado huérfanos siendo niños, habían vivido en su compañía hasta que fueron uno á Guadalajara para ingresar en la Academia de Ingenieros militares y el otro á Toledo para ingresar en la de Infantería; que Hipólito tenía también aficiones análogas á las de sus primos, y que no le agradaba que hubieran sido vencidos los militares por los paisanos.

Mi entusiasmo por el pueblo sólo halló eco en Paco Araujo, que accediendo á mi ruego, bajó conmigo á la calle para hablar con el prendero y los demás valientes que custodiaban la barricada á quienes deseaba yo preguntar algunos pormenores del combate.

Les agradó mi curiosidad, refirieron detalles de

la pelea, todos interesantes, y después de una hora larga de conversación las ideas de patria y libertad penetraron en mi espíritu y llegó al colmo mi entusiasmo por aquellos hombres que se habían jugado la vida.

Bajo aquella impresión, hubiera querido yo haber luchado al lado suyo, y puedo asegurar que pasé muchos días olvidado de mis proyectos, dominado por la fiebre patriótica, identificado no sólo con el pueblo, á mis ojos heroico, sino con los generales que habían sublevado al ejército y con los soldados que habían contribuído al triunfo de la libertad.

¿Qué sabía yo en aquellos momentos de las miserias del corazón humano que se cubren con el manto del valor, la abnegación y el patriotismo?

Muchas veces, recordando el ardor que se apoderó de mí, me he preguntado para qué sirvió aquel triunfo. ¿Qué semilla regó aquella sangre generosa vertida en aras de un ideal, que para los directores del espectáculo tenía muy poco ó nada de idealismo?

Necesaria, aunque triste, es la experiencia: con ella puede el egoismo evitarnos disgustos; pero estorba para acometer las grandes empresas de la vida humana.

Dios mediante, tiempo y ocasión tendré de consignar mis desengaños: hablemos ahora sólo de las creencias y de las ilusiones que en aquel período de mi vida dominaron en mi imaginación.

VI

Volví á mi casa ponderando la cordura del pueblo, su marcialidad, su honradez; aquel letrero *Pena de muerte al ladrón*, que había visto en todas las barricadas del espacio que recorrí; la seriedad con que algunos paisanos armados custodiaban las casas, las platerías, las iglesias, permaneciendo en las puertas arma al brazo me llenaron de admiración, y por la noche, cuando toda mi familia se recogió, necesitando desahogar mi emoción, escribí una oda en la que rebosaba mi entusiasmo. Con decir que llamé *caudaloso* al Manzanares para poder calificar de *victorioso* al pueblo, rindiéndome á la fuerza del consonante, se comprenderá la claridad con que en aquellos momentos veía yo las cosas.

Como de costumbre, nada indiqué á mi padre ni á mis hermanas de que había perdido gran parte de la noche haciendo aquellos empecatados versos; pero al día siguiente volví á la barricada de la calle de Tudescos, donde me reconocieron y me acogieron con afecto. Vacilé antes de confesar á aquellos patriotas que me habían inspirado una oda; pero estaba escrito—como dicen los musulmanes—que había de ser débil ante el deseo de contribuir de algún modo, aunque tardía y pobremente, á la gran obra realizada, y no sin timidez revelé mi secreto.

Me pidieron en coro que leyera los versos, y ro-

deado de una veintena de hombres de todas clases y condiciones, entre los que figuraba el capitán retirado, todos en mangas de camisa y sudando el quilo, porque hacía un calor sofocante, leí con mi calor poético y el de la temperatura la tal oda, que me valió, dicho sea sin retruécano, una *calorosa* ovación.

Me hicieron repetir las estrofas; los primeros aplausos, que fueron ruidosos, atrajeron más gente á la barricada, llegaron mujeres á engrosar el corro y otras asomadas á los balcones próximos, gritaron varias veces que leyera con voz más alta.

Cuando leí un verso que decía:

«Ya el venerable nombre de Espartero»

la exaltación de los oyentes llegó al colmo y todos prorrumpieron en frenéticos vivas al gran caudillo de la libertad, de quien en otra ocasión diré lo que pensaban muchos de los que le vieron y trataron de cerca, como también indicaré lo que pude pensar del general Cabrera, caudillo del absolutismo y su contrincante, al conocerle y tratarle también de cerca en el ocaso de su vida.

Pero volvamos á mi oda. No sé cuantas veces me hicieron repetir la lectura, y cuando ya no era posible continuar aquella escena, que si me halagaba, me dejó extenuado, el capitán exclamó:

—Eso debe publicarse en las *Novedades*, para que todos nuestros amigos se enteren del tributo que este joven rinde al pueblo soberano.

La idea me halagó; pero alegué que no conocía á ningún redactor de aquel periódico.

—Ni falta que hace—añadió el capitán.—La redacción está aquí cerca, en la calle de Jacometrezo. Me voy con usted así como estoy, nos acompañan cuatro valientes de estos con el fusil al hombro para hacernos los honores, y aunque tampoco conozco á nadie de los que andan y bullen en ese periódico... ¡qué diablo! son amigos, y aun cuando no lo fueran, quien manda ahora es el pueblo. Eso ha de publicarse, porque el pueblo lo quiere, y cartuchera en el cañón.

Así terminó su arenga, designó á cuatro de los que allí estaban, cogieron éstos las carabinas, y en mangas de camisa todos, como escoltándonos al capitán y á mí, por la travesía de Moriana nos dirigimos á la calle de Jacometrezo.

Los que pasaban á nuestro lado y los que custodiaban otras barricadas, creían que me llevaban preso y unos se compadecían de mí, mientras que alguno que otro insinuaba:

—¡Ese mocito será de los *polacos!*

Sin hacer caso de la gente y seguidos de algunos curiosos, llegamos á la redacción de las *Novedades* y el capitán manifestó á un portero que salió á nuestro encuentro, que deseaba hablar con el director ó por lo menos con cualquier individuo de la redacción.

Poco después bajó al portal de la casa en donde estábamos el único redactor que se hallaba allí en aquellos momentos.

Era un joven de veinticinco á veintiocho años, más bien bajo que alto, con mucho gracejo, de expresión algo irónica y á la vez muy simpático.

Se enteró por el capitán del objeto de nuestra intempestiva visita, me pidió el manuscrito, empezó á leerle, saltó al final y dijo:

—Está bien, se publicará—y añadió bondadoso —por lo que he leído hay estro en esta oda, entusiasmo sincero. Es usted poeta, y como yo también lo soy, celebro conocerle.

Le pregunté su nombre. Era Vicente Barrantes, que había adquirido fama con un tomo de preciosas baladas que había publicado, y que después figuró mucho como literato y político.

Al día siguiente apareció mi oda en las dos ediciones que hacía las *Novedades*, periódico fundado por Fernández de los Ríos, de gran circulación y el preferido entonces por el elemento liberal.

Mucho he sentido después que se publicase mi composición, no por las ideas y sentimientos que me habían inspirado al escribirla, sino por lo ramplona y vulgar que era. ¿Pero qué poeta no ha cometido pecados como el de que me acuso?

Mi padre, á quien algunos amigos enteraron de la publicación de mi poesía, me riñó por mi falta de confianza para con él; alegué mi natural modestia, celebró el resultado de mi labor poética, y pasé unos cuantos días saboreando mi popularidad en la barricada de la calle de Tudescos.

Pero no debía detenerme en aquella pendiente, y pareciéndome poca cosa una oda, aspiré á escri-

bir nada menos que un poema para celebrar á un tiempo la victoria del pueblo y la de los generales sublevados.

La ignorancia es atrevida y puse manos á la obra, enjaretando en unas cuantas horas trescientos y tantos versos, que al fin califiqué de ensayo lírico por no atreverme á llamarlos poema, adjudicándole el pomposo título de *Cantor de los héroes de la revolución de Julio.*

En aquellas estrofas que Becquer y Campillo no habrían permitido que ingresasen en el arca que esperaba en Sevilla mi aviso para ser trasladada á Madrid, había sinceridad, entusiasmo; pero abunnandaban en ellas conceptos vulgares, frases altisonantes, candideces, puerilidades.

Antes de escribir estas líneas he hojeado el único ejemplar que conservaba; me produjo el efecto que acabo de indicar y acto continuo hice con él un auto de fe. Sin embargo, no sería sincero si no declarase, aunque de ello me avergüence, que cuando lo escribí me pareció digno de los que yo calificaba de héroes... y no me equivoqué del todo.

Venciendo la timidez que me inspiraba mi padre, pues no por otra causa le ocultaba mis debilidades poéticas, le leí el ensayo lírico, que le pareció admirable; no sólo porque rendía ardiente culto á su tan amada libertad, sino porque como ensalzaba al veterano general San Miguel y en una de las más ramplonas estrofas nombraba á los generales sublevados, pensó, imitando al consabido carretero, que aquellos versos debían imprimir-

se y que cuando formasen un cuaderno en buen papel con cantos dorados y una letra muy clara, sería oportuno que me presentase al general San Miguel, que era entonces el amo del cotarro, y después á Espartero y á los demás generales. ¡Qué diantre! Mala ventura había de ser la mía, si entre unos y otros no me proporcionaban un destinillo, por modesto que fuera; y si lograba ganar siquiera quince ó veinte duros mensuales, para algo útil me habría servido mi inexperta lira.

Esta indicación de mi padre me pareció muy acertada, y la cosa más natural del mundo que los héroes favoreciesen á su joven cantor.

Pero para imprimir aquellos versos era preciso algún dinero, y con los gastos del viaje, adquisición de muebles y utensilios, mes de alquiler adelantado y mes de fianza al casero y la manutención de la familia, habían mermado grandemente los recursos de que disponíamos. Estábamos en las postrimerías de Julio y no sabíamos si á principios de Agosto podría cobrar mi padre su paga, para lo que era necesario que hubiera llegado á Madrid el aviso oficial de Sevilla antes de formalizarse la nómina.

Si cobraba su cesantía, estaba resuelto á hacer un sacrificio; pero no hubo paga, porque la Administración caminaba entonces y creo que sigue caminando, con más lentitud que las galeras aceleradas.

Era preciso no perder tiempo, porque en cuanto llegasen á Madrid los caudillos victoriosos, que en

honor de la verdad sólo habían arriesgado el pellejo en la *Vicalvarada*, se verían asediados por los pedigüeños y en semejante caso, como decía mi padre, los que primero pidiesen serían los favorecidos.

Urgía buscar una recomendación para el general San Miguel, quien según me informaron, era muy aficionado á la poesía, había tenido trato con las musas en sus mocedades y era además de bizarro militar ilustrado literato.

Mi amigo Federico Chiva, que vivía en la calle del Río no lejos de mi casa y á quien visité recordando nuestras antiguas relaciones, podía darme algunos pormenores acerca de los generales, porque su padre era coronel de uno de los regimientos de Caballería sublevados, amigo y protegido del general Dulce y algo le habría oído manifestar en las conversaciones familiares.

La madre de mi amigo, doña Micaela Gilarte, militara de las que tan graciosa como hábilmente retrató en sus comedias Narciso Serra, se prestó á satisfacer mi curiosidad, y por ella supe que el general San Miguel era bastante sordo, aunque hacía lo posible para disimularlo, y que rígido y ordenancista en apariencia, era en el fondo amable y bondadoso.

Enterada de mi deseo, me aconsejó que sin pararme en barras le escribiese una carta felicitándole y pidiéndole audiencia.

Ni nuestra antigua amiga doña Concha Ordoño, ni otras personas de nuestras relaciones á quie-

nes acudimos, conocían al general, y al fin se resolvió que mi padre copiase con su clara letra el ensayo lírico para remitírselo con una carta mía solicitando que me designase día y hora para tener el honor de ponerme á sus órdenes.

En aquellos tiempos eran muy corteses los personajes políticos y rara vez dejaban sin respuesta las cartas que recibían. Mi ansiedad por saber el resultado de mi pretensión no duró mucho. Desconocidos en aquel tiempo los pretenciosos y despectivos B. L. M., que tanto se han generalizado después, á las cartas se respondía con cartas, y á las veinticuatro horas de llegar la mía á su destino, recibí una esquela firmada por el general otorgándome la solicitada audiencia.

Durante aquellos días se habían engalanado las barricadas con ramos de flores, coronas de laurel y retratos en litografía de Espartero, de San Miguel y de la mayor parte de los generales victoriosos. Los retratos aparecían en dorados marcos bajo doseles de terciopelo, seda ó percalina de los colores nacionales; por las noches se iluminaban con faroles de aceite ó velas de sebo, y ante aquellas imágenes, bastante feas por cierto, se cantaban canciones patrióticas acompañadas por guitarras y bandurrias.

Para formarme una idea del aspecto del general antes de hallarme en su presencia al acudir á la cita, me detuve en algunas barricadas á contemplar los retratos que de él había en aquellos improvisados altares patrióticos y no dejó de im-

presionarme la severa energía que acusaba su rostro.

Esto, unido á la recomendación que me había hecho mi padre de que no me olvidase de darle el tratamiento de Vuecencia que le correspondía por su alta graduación en la milicia y el cargo de Ministro universal que á la sazón desempeñaba, me hizo temer que no acertaría á expresar mi pretensión con la serenidad y el desparpajo que me parecían necesarios para su buen éxito. En todo se paga el aprendizaje.

La advertencia de mi padre me había sorprendido. Por primera vez me fijé en que había entre los hombres jerarquías, superioridad de unos sobre otros que los inferiores reconocían con la acción y la palabra, y como con aquel motivo recordé que á los Reyes se les trataba de Majestad, á los Príncipes de Alteza, á los Prelados de Usía Ilustrísima y había además diversas clases de Excelentisimos señores á quienes había que dar tratamiento de Vuecencia, pensé, inspirado por el espíritu cristiano que siempre me ha dominado por intuición primero y por reflexión después, que no era justo endiosar á los simples mortales con tan pomposos dictados, cuando con tanta sencillez y hasta franqueza pedíamos al Supremo Hacedor el pan de cada día.

Pero mi buen padre procuró demostrarme la necesidad social de que hubiera clases; añadió que la igualdad y la fraternidad eran una gran cosa, aunque irrealizables; y si bien no me con-

vencieron estas afirmaciones, resolví poner en práctica su recomendación.

Quizás no acertaría á colocar con oportunidad los Vuecencias indispensables, y menos aún si el original tenía como los retratos cara de pocos amigos. Ante este temor vacilé algunos instantes; pero vino en mi ayuda la voluntad, que tantos servicios me ha prestado, y esperando que saldría del paso del mejor modo posible, me encaminé resuelto á despejar aquella incógnita.

VII

Me es imposible fijar con certeza donde vi al general: sólo conservo el vago recuerdo de una casa de la calle de la Luna en la acera de la derecha entrando por la de San Bernardo, casi enfrente de la de Pizarro ó la de Panaderos que hoy luce el nombre del insigne periodista D. Andrés Borrego.

Era un amplio edificio, que más que á casa de vecindad parecía destinado á oficinas. He olvidado por completo si era aquel el domicilio particular del general ó si había instalado allí su cuartel general, digámoslo así, por ser entonces la calle de la Luna un sitio céntrico y no lejos del Palacio Real.

Subí, no sin alguna emoción, la ancha escalera después de atravesar el portal, donde había dando la guardia paisanos y soldados á la vez, y numerosas personas de todas clases y condiciones que seguramente acudían como yo á pretender, ó por lo menos á saludar y felicitar ver al ilustre caudillo.

En la antesala del piso principal había porteros con uniforme civil y ordenanzas militares. En bancos adosados á la pared estaban sentados dos ó tres señoras, algunos caballeros, oficiales del ejército y recuerdo que entre los circunstantes se hallaba un eclesiástico.

Uno de los porteros me preguntó qué deseaba, le enseñé la esquela del general y después de leerla, con una amabilidad poco común en los cancerberos de los ministerios y direcciones, lo mismo por entonces que en los tiempos actuales, me indicó que tomase asiento, porque tendría que esperar un buen rato.

Al cabo de media hora larga se abrió una puerta de las que comunicaban con aquel vestíbulo y desde su dintel pronunció mi nombre un oficial con muchos cordones en el pecho que era, según supe después, uno de los ayudantes de D. Evaristo, como le llamaban familiarmente.

Le seguí y no tardé en hallarme en presencia del general, que sentado en una poltrona delante de una gran mesa de despacho, conversaba con dos ó tres militares de alta graduación, que por turno se acercaban á su oído esforzando la voz. Otro tanto hizo el ayudante para indicarle quién era yo y el general, dirigiéndose á mí, me dijo:

—Acérquese, joven, y hábleme alto, porque soy algo tardo de oído.

Sacando fuerzas de flaqueza y deseando inaugurar los Vuecencias que debia espetarle:

—Doy gracias á Vuecencia—casi balbuceé—por

haber accedido á mi ruego otorgándome el permiso para saludarle y felicitarle.

Sin duda no oyó mis palabras, porque interrumpiéndome, dijo:

—Comprenda usted que en estos momentos me falta tiempo para leer versos; pero he dado un vistazo á los de usted y deseo saber con qué objeto me los ha enviado.

—Pues mi objeto—añadí—ha sido, si mi ensayo lírico agradaba á Vuecencia, dedicárselo, obtener su protección y el auxilio necesario para publicarlo.

—¿Qué dice? No oigo bien—indicó al ayudante.

Este, casi gritando, repitió mis palabras.

—Que vaya con usted á ver á Aguirre—dijo—y encárguele de mi parte que haga lo que pueda en obsequio de este joven. Aquí está el manuscrito—añadió cogiendo de la mesa mis versos—llévenselo ustedes.

Aunque se había mostrado amable conmigo, no dejó de imponerme la inamovilidad de sus facciones, natural consecuencia de su sordera, que disimulaba con expresión de severidad algo forzada.

Pero en fin, había podido comunicarle mi deseo, y no dudé que accedía á él, al disponer que aquel señor Aguirre procurase complacerme, lo que me satisfizo, tanto más cuanto que sólo me había costado dos Vuecencias.

¿Quién era el señor Aguirre?

El ayudante me condujo por un largo corredor á un despacho en el que entramos como Pedro por su casa.

Sentado á un escritorio estaba un caballero joven en traje de paisano, que á la sazón dictaba cartas á un escribiente.

Era, como supe después D. Ruperto Aguirre, secretario particular del general, persona de toda su confianza, inteligente, laborioso, de esmerada educación y de una bondad casi angelical.

Se enteró de la orden del general, recogió el manuscrito que llevaba el ayudante, ordenó al escribiente que se retirase y cuando nos quedamos solos me preguntó qué era lo que yo pretendía.

—Hábleme usted con completa franqueza—me dijo, y había en su voz, algo nasal, tanta dulzura y en sus ojos azules tal sinceridad, que inspiraba confianza al mismo tiempo que simpatía.

Le referí el entusiasmo que había despertado en mí la valentía y la honradez del pueblo al luchar por la patria y por la libertad; le insinué el éxito que había obtenido mi oda en la barricada de la calle de Tudescos, recordando él haberla leído en las *Novedades*; le confié que estimulado por el deseo de rendir homenaje á los paisanos y á los militares; es decir, á los héroes de la revolución, había escrito el ensayo lírico que le había entregado el ayudante, y por último le manifesté que había solicitado del general la necesaria protección para que se publicase.

—Muy bien—dijo el señor Aguirre.—Vamos á ver lo que se puede hacer en obsequio de usted. ¿Tiene usted relaciones con algún impresor?

—No conozco á ninguno; hace poco que he llegado á Madrid y además carezco de recursos para costear la impresión de mis versos.

—Por lo que veo, este manuscrito formará un cuaderno de veinte ó treinta páginas impresas. Poco puede costar la impresión y además es de segura venta. El general, que se complace en proteger á los jóvenes y más si cultivan la poesía, desea que haga lo posible en favor de usted. Así lo haré por deber y por gusto.

Me indicó una imprenta á cuyo dueño conocía, escribió de su puño y letra una carta recomendándome á él, me encargó que si surgía alguna dificultad le buscase, y nos despedimos con la mayor cordialidad, encaminándome yo sin perder un minuto á la calle de la Zarza, número 1, donde debía ver realizadas mis esperanzas.

VIII

La carta, muy lacónica, dirigida al encargado de la imprenta D. Miguel González expresaba que el general tendría sumo gusto en que se imprimieran mis versos lo más pronto posible y en las mejores condiciones económicas.

El impresor examinó el manuscrito, calculó que con la portada llenaría 24 páginas impresas en cuarto, me preguntó si se encargaba de adquirir el papel y después de indicarle que lo que deseaba el general, es decir yo, era que se publicase sin pér-

dida de tiempo, quedamos en que al día siguiente iría á corregir las pruebas.

Satisfecho, porque en mi ignorancia me figuré que había logrado cuanto deseaba, volví á mi casa, enteré á mi padre y á mis hermanas de lo sucedido, celebramos el éxito de mi tentativa y esperé con ansia el nuevo día para tornar á la calle de la Zarza y ver en letras de molde mis épicas estrofas.

En mi segunda entrevista con el impresor convinimos en que la tirada fuese de 500 ejemplares, mas 25 en un papel de lujo con canto dorado y cubierta especial.

Cuando me disponía á salir de la imprenta se oyó un repique de campanas, que poco después se generalizó en todos los ámbitos de Madrid. Preguntando en la calle á los que en animados corrillos comentaban aquella inesperada manifestación de júbilo, me enteré de que la Reina había dirigido un mensaje á Espartero llamándole para que se pusiera al frente del Gobierno; de que el invicto general había enviado desde Zaragoza, á donde acudió en cuanto supo el triunfo de la revolución, á su ayudante predilecto con una carta para la soberana manifestándola que su emisario expondría las condiciones en que aceptaría el mando; de que aunque un tanto depresivas para la majestad habían sido aceptadas, y de que llegando al colmo el entusiasmo popular con tan plausible motivo, se había mandado á las iglesias que repicasen recio, se había dispuesto que recorriesen bandas de mú-

sica las calles y que por la noche hubiera conciertos y hasta bailes en las barricadas.

El pueblo, como he observado después, es lo más bonachón, cándido, y si no fuera irreverencia añadiría angelical del mundo.

Mi padre refería que en uno de los motines ó algaradas que con tanta frecuencia se sucedían, uno de los promovedores de la bullanga, sin duda para alterar la monotonía de los vivas de rúbrica, gritó de pronto: «¡Viva la poligamia!» Cuantos le oyeron repitieron el grito; pero á continuación se preguntaron unos á otros: «¿Qué es poligamia?»

Tal es el manso, bondadoso y siempre confiado y sufrido pueblo.

En los corrillos que se formaron para comentar el repiqueteo de las campanas se daban vivas á Espartero, á San Miguel, á los generales, al pueblo soberano, á la libertad, á la reina, que en su famoso manifiesto declaró que había padecido *una serie de deplorables equivocaciones;* y como yo unía en aquellos instantes á la alegría general la mía particular pensando que al día siguiente enviaría á mi casa el impresor los ejemplares de *El Cantor de los héroes,* tomé parte en el concierto general, y mezclado con los grupos no dejé de gritar, de recibir abrazos y apretones de manos y de pagarlos con no menos bonachona, cándida y casi angelical sinceridad.

Los que conservaban el uniforme, el correaje y el famoso morrión de milicianos ocultos bajo sie-

te estados de tierra mientras ejercieron el poder los moderados, se endilgaron aquellas para ellos venerables prendas, se proveyeron de fusiles en la Maestranza, y reconstituyendo en lo posible su anterior organización, empezaron á prestar servicio dando la guardia de Palacio por mitad, en compañía de los soldados del ejército regular.

¡Qué días aquellos y qué noches de animación y de jolgorio! Los vencidos se habían ocultado ó se habían disfrazado de liberales; Pucheta era una potencia en los barrios bajos y empezó á dar empleos á sus paniaguados; se formaron numerosas Juntas que dictaron órdenes á su antojo; había un espantoso desbarajuste, pero bajo una superficie brillante de expansión, de alegría, de esperanza.

Muchos de aquellos bravos que se habían batido, esperaban dejar las herramientas de sus respectivos oficios para desempeñar destinos bien remunerados de los que daban lustre y exigían poco esfuerzo. ¿Por qué no habían de disfrutar de las ventajas del triunfo los que habían sufrido las consecuencias de su odio á los tiranos y de su amor á la libertad?

La velada de aquel día la pasé en la barricada de la calle de Tudescos, donde siempre me recibían con agrado. Allí me anunciaron llenos de alborozo que de un momento á otro debía llegar Espartero á Madrid, que O'Donnell se había adelantado á los generales para recibirle, y que las tropas insurrectas entrarían solemnemente en la

Corte, fraternizando con las que se hallaban de guarnición en Madrid y con el pueblo.

Este programa entusiasmaba á los que le referían y á los que le escuchaban. Hubiérase creído que la felicidad de aquellos hombres dependía de los sucesos que debían realizarse; y sin embargo, después de ocho ó diez días de holganza, como los defensores de las otras barricadas tendrían que reanudar el trabajo que les proporcionaba la subsistencia, enterándose entonces de que si habían satisfecho las necesidades corporales al mismo tiempo que las de su espíritu inconsciente, había sido porque los vecinos acomodados les habían provisto de víveres y de bebidas.

No pasó mucho tiempo sin que oyese de aquellos mis improvisados amigos amargas quejas; porque como ha ocurrido siempre y seguirá ocurriendo, las masas sirven de escala á los audaces para elevarse y cuando la han utilizado la arrinconan ó la destruyen.

Pero en aquellos momentos la alegría nos contagiaba á todos.

IX

Al día siguiente empleé la mañana en escribir las cartas que debían acompañar á los ejemplares de *El cantor de los héroes* que me me proponía enviar á los generales victoriosos; y como según me prometió el impresor debían quedar en mi poder lo más tarde el 27 por la noche, salí de

casa después de terminada mi tarea epistolar para averiguar las señas de los respectivos domicilios á donde deberían llegar mis epístolas.

En estas andanzas me sorprendió una de esas tempestades frecuentes en verano, que desahogó su furia en un formidable chaparrón con detrimento de las flores, cuadros, doseles y colgaduras que adornaban las barricadas.

Duró bastante tiempo el aguacero y regresé á mi casa calado de pies á cabeza; pero muy satisfecho porque había conseguido averiguar las señas que necesitaba saber.

El impresor cumplió su palabra, y al anochecer recibí los ejemplares del ensayo-lírico, figurándome una vez más que con ellos entraba la fortuna en mi hogar, rico en ilusiones y esperanzas; pero pobre en los indispensables recursos para vivir.

Como aún no habían regresado los generales, el 28 me limité á llevar un ejemplar de los de lujo al general San Miguel y otro á su secretario. Sólo pude ver á éste, porque el ilustre veterano había ido con sus ayudantes y una lucida escolta á recibir al invicto Espartero que debía llegar á Madrid aquel día, como llegó en efecto, produciendo su presencia una nueva explosión de delirante entusiasmo.

No había entonces más línea férrea que la de Madrid á Aranjuez, la primera que funcionó en España, aunque es posible que ya hubiera en Cataluña algún ramal en activo servicio. El duque de la Victoria con sus ayudantes y también escol-

tado, llegó en silla de postas por la carretera de Aragón entrando en la Corte por la puerta de Alcalá, que en aquella época era una verdadera puerta, puesto que unidos á sus flancos había á la derecha dos edificios uno de los cuales era el antiguo Pósito y otro un cuartel, creo que de Ingenieros. A la izquierda se alzaba la tapia del Retiro, que encerraba el palacio de San Juan, la célebre y abandonada Fábrica de loza, y formando ángulo en el Prado torcía á la izquierda, seguía en línea horizontal hasta el Campo de la Lealtad y subía de nuevo, también hacia la izquierda, hasta un cuartelillo del arma de artillería que precedía á un gran patio dependiente del Retiro, donde había una Iglesia, numerosas viviendas de guardas y empleados de la Real Casa y se hallaba la entrada principal del jardín, que por la calle de las Estátuas que aún subsiste, daba acceso al estanque.

Antes de traspasar la Puerta de Alcalá se detuvo la silla de postas y el general se trasladó á una carretela abierta en donde estaban esperándole el general O'Donnell, el capitalista Sr. Matheu y el brigadier Allendesalazar.

En la carrera que debía seguir la comitiva formaban soldados del ejército, milicianos con el antiguo uniforme y paisanos armados, todavía sin traje marcial.

La carretela se dirigió por la calle de Alcalá y la Puerta del Sol á la calle de Espoz y Mina, donde se detuvo delante de la puerta del edificio que hay

enfrente del pasaje, morada entonces del opulento capitalista Matheu, gran amigo del general Espartero que en ella debía hospedarse.

Precedían y seguían á la carretela el general San Miguel y otros generales que tenían mando ó estaban de cuartel, con sus respectivos ayudantes y escoltas, á caballo todos.

Informado por el Sr. Aguirre del itinerario que debía seguir el deseado y adorado héroe de Luchana, desde la calle de la Luna me dirigí á la Puerta del Sol, á donde llgué cerca del medio día, no teniendo que esperar mucho para oir los frenéticos vivas, las entusiastas aclamaciones y ver á los batidores que abrían paso al esperado Mesías del liberalismo á través de la compacta y electrizada muchedumbre.

No sin gran trabajo y continuos saludos llegó el invicto general á la casa donde debía residir; al apearse del carruaje todos querían estrechar su mano, abrazarle; el público pidió que se asomase al balcón y en efecto, poco después aparecieron ante la multitud el general Espartero y el general O'Donnell, se abrazaron al parecer cordialmente, y los que estaban próximos oyeron la famosa y legendaria frase del duque de la Victoria: *Cúmplase la voluntad nacional.*

La muchedumbre prorrumpió en frenéticos vivas al idolatrado caudillo de la libertad, sin acordarse de que á su lado estaba el instigador y jefe del pronunciamiento militar. Ni O'Donnell tragaba, como suele decirse, al pueblo soberano, ni és-

te tragaba á quien se había inclinado en favor de la revolución como el náufrago próximo á perecer que se agarra á una tabla para conjurar el peligro y salir á flote.

Después de aquel abrazo, muy parecido al ósculo de Judas á su Maestro, se retiraron del balcón los dos generales, poco á poco fué desapareciendo la muchedumbre de la calle de Espoz y Mina, y sólo quedó en la puerta de la casa un piquete de milicianos que quiso dar guardia de honor al que debía, según sus partidarios esperaban, acabar con la reacción, implantar para siempre la libertad y hacer la felicidad del país.

En el estado en que se hallaba mi ánimo, sin poder sospechar la falsía de aquel abrazo que presencié, sin darme cuenta de las pasiones, egoismos y miserias humanas que cubría aquella hermosa superficie de amor á la libertad, de patriotismo, de fe, de ilusiones y de esperanzas, aquellos gritos repercutían en mi corazón, se reflejaban en mi mente aquellas escenas de encantador optimismo y me parecía que aquel grandioso ejemplo de un pueblo que había luchado por su ideal, de unos caudillos que habían sacrificado su reposo, su bienestar y hasta su vida por la felicidad que la entusiasta muchedumbre cifraba en la libertad y en la justicia, auguraba una era de paz, de progreso, de prosperidad, sintiéndome orgulloso de nacer á la vida pública en aquellos solemnes momentos.

¿Qué significaban las zozobras y los apuros que

experimentaba con mi padre y mis hermanas en el misterio de mi hogar? Mis versos, expresión sincera del sentimiento que llenaba mi alma, serían leídos por los generales, por los que en breve gobernarían al país, por el ejército, por el pueblo; y en mi absoluto desconocimiento de la realidad, no dudaba que alcanzaría si no fama, por lo menos notoriedad; y si no aliviaba la precaria situación de mi familia, al menos ganaría el aprecio de los que á poca costa podían mostrarse conmigo agradecidos y generosos.

Creía estar identificado con la revolución triunfante, desinteresadamente, por puro patriotismo, y como la inmensa mayoría de los que en calidad de actores ó comparsas habían tomado parte en aquella trigicomedia, acariciaba en el fondo de mi alma una esperanza egoísta.

X

Si en esta narración me he detenido á recordar sucesos que detalladamente consigna la Historia en sus páginas, es porque aunque no tomé en ellos parte activa, me impresionaron en extremo y experimenté la fiebre que en aquellos días de Julio de 1854 dominó como una verdadera epidemia en toda España y particularmente en Madrid.

Cuando á los cuatro ó cinco meses me curé, la convalecencia fué penosa.

Los generales y el ejército sublevado hicieron su entrada triunfal en la Corte; se formó un ministe-

rio presidido por Espartero, cuyo programa no era muy arriesgado ni difícil de realizar, puesto que se limitaba á repetir la frase *Cúmplase la voluntad nacional*, que los gobernantes de aquel tiempo como los que les han sucedido y les sucederán, modificaban para su uso personal, diciéndose: *¡Cúmplase nuestra voluntad!*

Distribuí á los *héroes* de mi *Canto* los ejemplares de lujo á ellos destinados, y llevé algunos de los ordinarios á varias librerías para su venta en comisión; pero no en todas quisieron admitirlos.

Recuerdo que Monier, muy antiguo en Madrid y muy acreditado, que tenía su librería en la Carrera de San Jerónimo, donde le sucedieron Durán primero y después Fé, acompañando sus palabras con una sonrisa burlona, me dijo que no me molestase en dejarle ejemplares de aquel folleto, porque seguramente no se venderían.

—No pasará mucho tiempo—añadió con acento socarrón—sin que los ídolos de ahora sean olvidados, execrados y hasta maldecidos. Si vende usted una docena de ejemplares de esos versos, puede darse por satisfecho.

Me fuí mohino, pensando que aquel hombre debía ser de los vencidos, y sobre todo nada amable. Pero algo de verdad debía haber en su augurio, porque saqué de mi casa cincuenta ejemplares con ánimo de dejarlos en un par de librerías, volviendo dos ó tres veces á buscar más para colocar lo menos trescientos en las seis de más importancia que había entonces en Madrid, y el librero que ad-

mitió mayor número, se limitó á quedarse con seis.

Este fué el primer desengaño, y desdichadamente para mí no debía ser el último.

Haré en lo sucesivo caso omiso de los sucesos públicos para ocuparme sólo de los relacionados con mis esperanzas, no sin consignar antes que mis coetáneos se enteraron una vez más de que no era oro todo lo que relucía. Los que no fueron testigos presenciales de la lucha política y social, que duró hasta que la guerra de Africa ofreció una nueva dedada de miel á los incorregibles españoles, saben por haberlo leído ú oido referir que los compadres de siempre tomaron parte en el banquete de la Unión liberal, que fué opíparo gracias á los famosos ochavos morunos, y que hubo dos ó tres años de tregua y en apariencia, de prosperidad.

Los *héroes* recibieron mi folleto y unos antes, otros después, me enviaron amables epístolas dándome gracias; no por los elogios, que sin duda, en su opinión, todos se los merecían, sino por el ejemplar que les regalaba.

Uno de los primeros que ejecutó aquel acto de cortesía fué el general San Miguel, que ya había resignado el mando en Espartero.

Aquellos autógrafos me halagaban y confirmaban mi creencia de que cuando acudiera á solicitar la protección de tan ilustres personajes, realizarían mis modestas aspiraciones; pero como me había figurado que apenas apareciese *El cantor de los héroes de la revolución* en los escaparates

de los libreros, el público entusiasta los habría arrebatado y los libreros á quienes había dejado las señas de mi domicilio se apresurarían á pedirme nuevas remesas, agotándose los quinientos ejemplares en breves días, y mis ilusiones no se realizaban, experimenté el segundo desengaño.

El tercero no tardó en sorprenderme bajo la forma de una factura del impresor de la calle de la Zarza, de la que resultaba que le debía 500 reales por la impresión de 525 ejemplares de *El cantor de los héroes.*

No era una suma exorbitante: antes por el contrario, me pareció muy razonable; pero en lo que no tenía razón el impresor, según mi creencia, era en pedirme aquella cantidad. ¿No había solicitado yo el auxilio del general para que mis versos se imprimieran? ¿No había accedido á mi ruego al dar orden á su secretario para que me complaciese? ¿No había indicado yo al bondadoso Sr. Aguirre que carecía de recursos para hacer la impresión por mi cuenta y riesgo? ¿No me había dado una carta para el impresor comunicándole que el general vería con gusto que mi ensayo lírico se imprimiese pronto y en las mejores condiciones económicas?

En mi concepto, quien debía sufragar los gastos y satisfacer el importe de la factura era el general. Para dirigirme á una imprenta y encargar un trabajo, no necesitaba que me auxiliase nada menos que el hombre ilustre que en aquellos mo-

mentos era jefe supremo y único del gobierno de la nación.

Mi padre que se enteró de la inoportuna llegada de la factura y que por lo que le había referido del resultado de mis entrevistas con el general y con su secretario creía como yo que el primero era quien debía abonarla, atribuyó lo que ocurría á un error del impresor, y le devolvimos el molesto papelito, anunciándole que al día siguiente iría yo á hablar con él.

Fuí, en efecto, y le indiqué que á quien debía presentar la factura era al secretario del general; pero alegó que quien había encargado el trabajo debía abonar su importe. De haberse hecho la impresión por cuenta del general se lo habría anunciado el Sr. Aguirre, y en su carta nada decía sobre el particular, limitándose á ponerme en relaciones con él.

Trabajo me costó que consintiese en presentar la factura al Sr. Aguirre: juzgaba que sería tiempo perdido, y no se equivocó.

Cuando al día siguiente volví á saber el resultado de su gestión, me enteró de que el secretario después de consultar al general le había dicho rotunda y categóricamente que ni yo había solicitado auxilio pecuniario para costear la impresión de mis versos, ni me lo había ofrecido, limitándose, como podía ver en la carta de presentación que me dió, á recomendarme para que me sirviese pronto y me tratase respecto del precio con la mayor consideración.

En este último extremo le había complacido, puesto que había fijado un precio sumamente económico. Ni el general ni su secretario tenían responsabilidad. Quien debía pagar era yo, y no había más que hablar sobre el asunto. Si me negaba ó retrasaba el pago, se vería obligado á llevarme á los tribunales.

Fácilmente comprenderá el lector benévolo, el susto y la desesperación que la amenaza produjo en mi ánimo inexperto en trances de aquel género. A pesar de lo exiguo de la cantidad, era de todo punto imposible que la abonase mi padre. Agotados los recursos que había traído de Sevilla y no pudiendo cobrar su cesantía el 1.° de Agosto por el motivo que antes indiqué, estaba apuradísimo. ¿Cómo aumentar su pesadumbre con aquella nueva é inesperada obligación?

Confié al impresor la situación en que nos hallábamos, le rogué que esperase hasta que cumplidas las formalidades oficinescas pudiera mi padre cobrar su paga, prometí entregarle entre tanto el producto de la venta de los ejemplares; pero mis súplicas fueron inútiles.

La amabilidad con que me había tratado cuando me creía favorecido por el general San Miguel, se trocó en grosería, llegó á acusarme de haber abusado de su confianza y terminó diciéndome:

—Usted es insolvente; pero no importa, le citaré á juicio, no tendrá usted más remedio que reconocer la deuda, y como no podrá pagarla irá usted á la cárcel.

Entre atemorizado y soberbio protesté indignado, y diciéndole:

—Haga usted lo que guste—me alejé sin saber qué me pasaba. ¡Yo á la cárcel por haber ensalzado á los héroes de la Revolución, por haber creído en la protección del general San Miguel, que negaba que hubiera solicitado su auxilio! ¡Qué disgusto tan grande para mi padre, para mis hermanas, y qué vergüenza para mí!

XI

Me guardé muy bien de repetir á mi padre la acusación y la amenaza que había formulado el impresor. Su genio violento y la injusticia del dictado, habrían dado lugar á un serio disgusto y me limité á referirle el resultado de la gestión que se había hecho cerca del secretario del general.

Al ver mi aflicción, en vez de sulfurarse como era de esperar y de temer, procuró tranquilizarme. El impresor aguardaría á que se regularizase su situación; en cuanto cobrase sus haberes se pagaría la factura en dos ó tres plazos; todo se arreglaría del mejor modo posible, y en último término bueno era que fuese yo conociendo los sinsabores de la vida y la poca formalidad de los hombres.

Pero aquel optimismo no me convenció. Resonaba en mi oído la amenaza del impresor, y pasé el resto del día dominado por el temor del injusto castigo que me había anunciado.

Al día siguiente llegó la citación para el Juzgado y entonces no tuve más remedio que confiar á mi padre lo que le había ocultado.

Siempre he tenido un instintivo miedo á la Justicia y he observado que lo mismo sucede á las personas de mayor probidad, mientras que los tunantes y los malvados apenas se preocupan de que hay leyes y magistrados para castigar á los que las infringen.

Sobre este y otros temas análogos consignaré más adelante mis impresiones y mis observaciones. Ahora sólo diré que mi imaginación me hizo sufrir mayor tortura que la que me habría impuesto la realidad, de haberse confirmado la amenaza de llevarme á la cárcel por el presunto delito de abuso de confianza.

Mi padre continuó tranquilizándome. El juicio de conciliación era una fórmula, un trámite para que reconociéramos la deuda, y como la reconoceríamos y nos obligaríamos á pagarla, no ocurriría nada. No se metía en la cárcel tan fácilmente á una persona honrada.

Procuré hablar con el secretario del general y me fué imposible. El portero que le anunció mi visita me dijo de su parte que le dispensase, pero que estaba atareadísimo y no podía recibirme.

Recorrí las librerías para saber si se habían vendido ejemplares de mis versos y me enteré de que de los cincuenta ejemplares que dejé en ellas sólo habían comprado diez.

Sin consultar á mi padre fuí á un puesto de li-

bros viejos que había en la calle de Jacometrezo cerca de la plaza de Santo Domingo y pregunté al dueño de ella si le convendría adquirir los ejemplares que me quedaban del *Cantor de los héroes.*

—Según y como—me contestó.—A peseta el ejemplar resulta caro. A real, quizás se venderían á la larga; pero para ganar algo, sólo puedo pagarlos á cuartillo de real.

La proposición me indignó y pensé que más valía quemar los ejemplares que malvenderlos de aquel modo.

Llegó el momento señalado para el juicio, y como era natural mi padre me acompañó en calidad de hombre bueno.

El impresor formuló su demanda, insinuando que había habido mala fe de mi parte y excesiva bondad de la suya.

Sacando fuerzas de flaqueza expliqué al juez con la mayor brevedad lo ocurrido, las lágrimas se me saltaban de los ojos al hablar, la emoción ahogó la voz en mi garganta y con la venia del magistrado habló mi padre para decir que desde luego reconocía la deuda que inconscientemente había yo contraído, comprometiéndose á pagar la mitad de ella el 1.° de Septiembre y la otra mitad un mes después. Explicó por qué necesitaba este respiro; y como el juez vió sinceridad en nuestra conducta y por otra parte pensaría sin duda que no era conveniente que apareciera en aquel litigio el nombre del general San Miguel, se mostró conciliador, aconsejó al impresor que aceptara la

oferta de mi padre, de la que le darían testimonio, y nos despidió con la mayor afabilidad.

Cuando salimos del Juzgado el impresor habló con mi padre y le exigió que consignase la promesa en *pagarés*, de cuyo abono respondería con su paga. Así se hizo y yo respiré; porque triste era lo que pasaba, pero más triste hubiera sido para mi padre y para mí que mi aventura hubiese terminado en el Saladero, que así llamaban entonces á la cárcel.

XII

Los apuros crecieron en mi casa; referí el paso que había dado cerca del librero de viejo, la cantidad irrisoria que me había ofrecido por cada ejemplar; y como mi padre profesaba la teoría de que no se debía pedir dinero prestado á los amigos, porque se corría el riesgo de perderlos sin salir de apuros, optamos por malvender los ejemplares del ensayo lírico. Volví al puesto, el librero disminuyó su oferta reduciendo á 100 reales el importe de los 450 ejemplares, acepté á escape antes de que se arrepintiera, y quedó consumado el sacrificio.

Aún fué más lejos la codicia humana: como el prendero en libros fijó en dos reales el precio de cada ejemplar, que había comprado á menos de cuartillo de real; cuando al cabo de dos ó tres semanas fuí á las librerías para saber los que se habían vendido, me sorprendió la noticia de que ni

uno solo había sido comprado. Hasta los que habían dicho que habían colocado algunos ejemplares, cuando traté de averiguar si podía contar con algún dinero para pagar al impresor, me presentaron intactos los que les dejé en comisión. La operación que realizaron fué sencillísima: compraron al prendero por un real lo que habían vendido en cuatro y todos ganaron, menos el pobre é inocente autor, que después de colmar de elogios á los *héroes*, altos y bajos, de la revolución obtuvo por recompensa la informalidad de un general ilustre, la persecución de un impresor intransigente, unos cuantos desengaños, dolorosos siempre pero más aún para las experiencias prematuras, y el sacrificio pecuniario que mi padre se vió obligado á aceptar.

Nada hicieron en mi favor los que tanto ensalcé; algunos á quienes me dirigí pidiéndoles recomendaciones para obtener algún modesto empleo contestaron con evasivas, corteses pero indiferentes, y mis esperanzas se desvanecieron por completo. Mi padre, por su parte, tampoco lograba ser atendido.

Destruídas las barricadas, convocadas las Cortes y organizada la milicia; como siempre sucede, los más audaces y los que más gritaban lograban abundante pesca en aquel río revuelto; las luchas entre los dos elementos políticos de que se componía el gobierno estallaron pronto; según decían los preteridos y los desengañados surgían de nuevo los mismos perros con distintos collares,

y como todo aquello era refractario á mis incipientes ideas respecto de la cosa pública y ninguna utilidad ofrecía á mi deseo de trabajar y ganarme la vida, aparté mi atención de los sucesos que iban formando la historia de aquel accidentado período, y busqué en mis antiguas ilusiones consuelo á los desengaños y aliciente á las esperanzas que al regresar á Madrid desde Sevilla llenaban mi imaginación.

XIII

El espíritu como la materia tienen en sí mismos los elementos de regeneración que necesitan para desempeñar sus respectivas funciones mientras que el tiempo, insaciable consumidor de energías, puede ser vencido en su constante lucha con la naturaleza.

La ciencia lo afirma y la experiencia lo demuestra á los que saben observar. He visto tantas veces durante mi vida cerrarse los horizontes á impulsos del desaliento y abrirse y sonreir ante la fe, la perseverancia y el trabajo, que me habría ahorrado muchos temores y pesadumbres si la experiencia, que sólo busca á los viejos para mortificarlos, se acercara alguna que otra vez á la juventud para fortalecerla, ya que le es imposible guiarla y dirigirla, porque no se deja dirigir ni guiar.

Me olvidé de los sinsabores sufridos, recordé que en Sevilla había un tomo de poesías esperando labrar la gloria de tres jóvenes poetas, y no añadí

la fortuna, porque lo que acababa de sucederme con mi ensayo lírico echaba por tierra los optimistas cálculos de Becquer. Sin embargo, la derrota de mis versos se explicaba: eran de actualidad, flor de un día, y los que estaban tan guardaditos en el arca se encontraban en condiciones más favorables.

El *Cantor de los héroes* me había costado disgustos y á mi padre dinero; pero aunque á bajo precio, vendió el librero los ejemplares que me compró y al saber que me quedaban los que recogí de las librerías arrambló con ellos; las *Novedades* dedicó algunas líneas encomiásticas á mis versos, y nos daban la enhorabuena los amigos que se habían enterado de la publicación. De modo que si no provecho, podía creer que alguna honra había alcanzado, y si esto había ocurrido con un trabajo improvisado, de efímera existencia, ¿qué no conseguirían siquiera para nuestra fama aquellas composiciones cuidadas, bien corregidas, de asuntos diferentes, todas interesantes y bellas, al menos en nuestra presuntuosa opinión?

Estimulado por esta perspectiva, lo primero que hice fué escribir á Campillo y á Becquer animándoles á emprender el viaje á Madrid, y encontrando entre mis papeles la carta de D. Juan José Bueno para el duque de Rivas y la de D. Manuel Arjona para su hijo, me dispuse á presentarlas.

D. Joaquín Arjona no estaba en Madrid, recorría con su compañía algunos teatros de provin-

cias y me informaron en su casa de que no regresaría hasta fines de Agosto.

Creo haber indicado que en Sevilla escribí un drama titulado *Isabela*, y como me propuse entregárselo á Arjona para que lo leyera y si era de su agrado le representase, me dediqué á corregir y perfeccionar aquella obra que mi inexperiencia creía digna de la escena.

Me sobraba tiempo en un mes para terminar la corrección del drama, y me dispuse á visitar al duque de Rivas, á quien tanto Becquer como yo admirábamos por haber leído sus inimitables romances.

Aunque he referido al hablar de la revolución que el duque de Rivas presidió el ministerio *relámpago*; es decir, el que solo duró unas cuantas horas por haberse entablado la lucha entre el pueblo y el ejército y haberse formado la Junta de salvación, ni me enteré entonces de que había existido aquel ministerio de tan breve vida, ni paré mientes en que había figurado en él el gran poeta.

Así es, que cuando decidí visitarle ignoraba el papel político que había desempeñado en el drama de la revolución y solo pensaba en el autor de *El moro expósito* y del *Don Alvaro ó la fuerza del sino.*

Vivía en la calle que en la actualidad ostenta su título nobiliario, en el palacio que todavía subsiste señalado con el núm. 1; y con la carta de D. Juan José Bueno y un ejemplar de los de lujo del *Cantor de los héroes* me encaminé resuelto á visitarle. Mi

propósito no pudo realizarse: había salido de Madrid con su familia en los primeros días de Agosto y no regresaría hasta mediados de Septiembre. El portero me indicó que todas las semanas remitía al señor Duque las cartas, revistas y periódicos que se recibían para él, y como vió en mi mano una carta y un cuaderno, se ofreció á hacerlos llegar á su poder.

Acepté la oferta y quedé en volver al día siguiente llevando en un paquete bien acondicionado el cuaderno y una carta. En efecto, escribí una breve epístola al insigne poeta, rogándole que aceptara como humilde homenaje de mi admiración el ejemplar de mi ensayo lírico recientemente publicado y le anuncié que á su regreso tendría el honor de ponerme á sus órdenes.

Por mi falta de práctica cancilleresca omití en la carta las señas de mi domicilio, lo que fué ventajoso para mí, porque el lector comprenderá que de haberlas conocido, me habría devuelto el ejemplar manifestándome su desagrado por lo inconveniente y poco delicado de mi obsequio.

Sólo mi cándida ignorancia podía disculpar que ofreciese á quien había sido vencido por la Revolución triunfante, el panegírico entusiasta de los vencedores. ¿Era una inocentada de mi parte, una burla ó un insulto?

Cuando regresó el Duque á Madrid y fuí á presentarle mis respetos, me recibió en el acto y antes de leer la carta de recomendación que le entre-

gué, fijando en mí con cierta curiosidad sus expresivos y cariñosos ojos:

—Tenía deseo de ver á usted—me dijo—para saber á qué atenerme respecto de su objeto al enviarme el cuadernito de los versos en loor de unos militares rebeldes.

Aquellas palabras, aun dichas con acento bondadoso, me desconcertaron.

—¿Han disgustado á vuecencia?—balbuceé, recordando que por su alcurnia era además de gran poeta excelentísimo señor.

—Déjese de tratamientos—añadió—y hábleme con entera lealtad, aunque después de ver á usted presumo lo que va á decirme.

—Pues bien yo, señor duque, tengo gran afición á la poesía; he pasado una corta temporada en Sevilla y allí con otros compañeros he leído los *Romances caballerescos* y el *Don Alvaro*; las poesías de usted eran nuestra admiración y nuestro encanto. Conocer á usted, oir sus consejos, alcanzar su protección, fué mi más vivo deseo; y como el distinguido abogado y literato D. Juan José Bueno se brindó á darme una carta de recomendación para usted, que es la que acabo de entregarle, cuando se calmó la agitación en que hemos vivido, vine á tener el honor de saludar á usted, y no encontrándole me permití ofrecerle los versos que me había inspirado la revolución, que acababa de publicar, y que tanto han disgustado á usted, lo que siento con toda mi alma, porque aunque desde luego me figuro que carecen de mérito, nada

más lejos de mi ánimo que molestar y mucho me nos ofender á usted.

Al pronunciar estas palabras sinceramente conmovido, se llenaron mis ojos de lágrimas.

—Tranquilícese usted—insinuó el señor duque con dulzura—no hay motivo para que se aflija. Lo que pude juzgar impertinencia resulta candidez, que doy por bien empleada, porque me persuado de que no fué su ánimo de usted ofenderme.

—¿Ofenderle yo? No puedo comprender...

—¿Ignora usted que al sublevarse el pueblo fuí llamado á Palacio para encargarme del Gobierno?

—Lo ignoraba, y ahora me explico la falta de consideración y de respeto que he cometido. Ruego á usted encarecidamente que me perdone.

—No hablemos más de eso: el político perdona y olvida; el poeta tiene el mayor gusto en ofrecer á usted su afecto.

Leyó la carta de D. Juan José Bueno, y con la mayor afabilidad me preguntó si contaba con recursos para vivir, qué posición ocupaban mis padres y qué proyectos me animaban.

Entonces no podía yo comprender todo lo que había de noble generosidad en sus preguntas; pero después he recordado muchas veces la expresión de su rostro cuando me interrogaba, y he comprendido que con su deseo de conocer las interioridades de mi posición, quería borrar la penosa impresión que sus primeras palabras habían causado en mi ánimo.

También fuí sincero y le referí en parte los

apuros con que vivíamos y lo que me había sucedido con la impresión y venta del malhadado *Cantor de los héroes.* Le confié asimismo los propósitos y las esperanzas que acariciábamos Becquer, Campillo y yo, y fué bastante caritativo para no malograr con su experiencia mis dulces ilusiones.

Me animó á trabajar, á perseverar. «La vida es una contínua lucha»—añadió.—Sentia carecer de influencia para proporcionarme alguna ocupación lucrativa; pero estaba dispuesto á hacer en mi obsequio cuanto le fuera dable.

—Venga usted á verme á menudo...—añadió—tráigame algunas de sus poesías, las leeré, diré á usted mi opinión sobre ellas, le aconsejaré lo que crea más oportuno para que avance usted con paso seguro por la senda que con tanta afición y entusiasmo ha emprendido. Y si necesita usted algo más que afecto y consejos, acuda usted á mí.

Confieso que le habría abrazado impulsado por la más sincera gratitud; pero me limité á estrechar la mano que me tendió y la besé con devoción.

¡Cuántas veces he evocado el recuerdo de aquella entrevista! Era el Duque de una estatura regular, esbelto, fornido, de correctas facciones helénicas, de cutis fino y sonrosado, de cabello ya gris porque contaba á la sazón sesenta y dos años, pero rizoso y abundante. Todo en su aspecto acusaba elegancia, distinción, pulcritud y al mismo tiempo naturalidad y sencillez.

Era una de esas personas que, como dicen los andaluces con tanta exactitud y poesía, tienen *ángel.*

Salí agradablemente impresionado de aquella visita que comenzó en tan malas condiciones para mí; volví á los pocos días, le leí algunas composiciones que no le parecieron del todo mal, me indicó los defectos que halló en ellas; le hablé del drama *Isabela*, que por entonces me preocupaba y llevó su bondad hasta ofrecerse á leerle y corregirle.

Entró en el amplio y elegante despacho donde estábamos el marqués de Auñón, su hijo mayor que podría tener entonces de veintidós á veinticuatro años, y me presentó á él.

Sin duda habían hablado de mi inocentada; el hijo, como el padre, la consideró más digna de conmiseración que de censura, y me acogió con gran afabilidad.

No era desconocido para mí el marqués de Auñón. Cuando en 1852 formaba yo parte de la compañía que dirigía Arjona en el teatro de Variedades, se representó con buen éxito un drama suyo. Asistía á los ensayos con varios amigos, sobre poco más ó menos de su edad, todos de la nobleza y por rara coincidencia de corta estatura, contrastando su aspecto con el del Marqués que era alto, esbelto y elegante. Teodora Lamadrid que desempeñaba el principal papel de la obra, era muy festejada por aquellos jóvenes distinguidos; pero no pudo prescindir de dedicarles uno de los acerados chistes que con frecuencia é ingenua naturalidad salían de sus labios.

Al terminar uno de los ensayos, cuando se des-

pidieron el Marqués y sus amigos, quedó Teodora en el escenario con varios actores.

—¿En qué piensa usted?—la preguntó Fernando Ossorio al verla al parecer ensimismada.

—En lo pequeños que son los grandes... de España—contestó con sencillez angelical.

¡Teodora era adorablemente temible!

El joven Marqués se mostró conmigo tan afectuoso como su ilustre padre; me indicó que tenía sus habitaciones en el piso bajo del hotel y que me recibiría con el mayor gusto. Leeríamos él sus versos, yo los míos y pasaríamos algunos buenos ratos.

No dejé de aprovechar su generosa oferta, y aunque por las circunstancias y azares de la vida cesé de visitarle y no hemos vuelto á encontrarnos en más de medio siglo que ha transcurrido, no he olvidado las deferencias y las bondades de que me colmó mientras que fuí á visitarle con alguna frecuencia. Nunca dejó de recibirme, ni aun estando en su compañía sus amigos, jóvenes todos de la más distinguida aristocracia; y aunque la humildad de mi traje contrastaba con la riqueza y elegancia de los que lucían los que con él se hallaban, aunque todo acusaba mi pobreza y mi insignificancia, se complacía en guardarme las mayores deferencias, me atendía con exquisita y piadosa delicadeza, me animaba y en vez de humillarme como tantos otros habrían hecho en su lugar, parecía complacerse en hacerme olvidar lo mísero de mi condición.

Pocas almas tan generosas como la suya he hallado en igualdad de circunstancias, y la gratitud que sembró en la mía, ha sido siempre uno de los más gratos recuerdos de aquellos tiempos tan difíciles para mí.

Tanto él como su ilustre padre oyeron en tres ó cuatro sesiones la lectura del drama que me proponía entregar á Arjona, me indicaron las correcciones que debía hacer en él, y no dejé de acudir á aquel hospitalario palacio hasta que mis desdichas me obligaron á emprender trabajos tan diversos y penosos, que bien podría calificarlos de trabajos forzados.

Otro de los hijos del duque de Rivas á quien tuve ocasión de conocer, el marqués de Bogaraya, vivo retrato de su insigne padre, corazón de artista, entusiasta adorador de la música, *virtuoso* de mucho mérito, muy considerado por los profesores del divino arte, y de un carácter llano y afectuoso que le hacía en extremo simpático, me dió muestras de estimación cuando nos encontrábamos en los conciertos en donde se rendía culto á la música y á donde también me llevaban mis aficiones musicales. ¡Qué goce es agradecer!

XIV

La agitación política que reinaba en España y particularmente en Madrid, fué causa de que la temporada teatral se retrasase aquel año. Arjona no regresó á la Corte hasta fines de Septiembre, y

me alegré de su tardanza, porque así tuve tiempo de dar la última mano á mi *Isabela.*

Los dos meses que siguieron al de la Revolución los empleé en reanudar las relaciones que dejé al trasladarme á Sevilla y en adquirir otras nuevas, tanto para buscar algún esparcimiento en el trato social, que era muy de mi agrado, como para ver si con la ayuda de los buenos amigos conseguía una colocación.

Doña Concha Ordoño y sus hijas Cristina é Isabel vivían en uno de los pisos de la casa número 6 de la calle del Barco, y en otro de la misma habitaba la familia de D. Francisco Arriera, antiguo é íntimo amigo de mi padre, que era á la sazón apoderado general del Conde de Vía Manuel. Pasaba la mayor parte del año fuera de Madrid recorriendo las posesiones del Conde, inspeccionando la gestión de los administradores subalternos ó permaneciendo algunas temporadas en las diversas fincas del rico patrimonio que estaba á su cuidado. Al informarse de la precaria situación de mi padre, le ofreció hablar á su principal para que le colocase en la administración de los bienes que poseía en la Corte, cuya oficina estaba en el palacio que habitaba en la misma calle del Barco entre la de la Puebla y la plaza de San Ildefonso. La promesa le agradó en extremo, porque aunque el sueldo que le asignasen fuese escaso, unido á su cesantía bastaría para que cesaran los apuros que tanto nos afligían.

El buen señor Arriera nos presentó á su familia

compuesta de su esposa, su hijo Carlos, que ha llegado á ocupar los más altos puestos en la carrera jurídico militar, y sus dos hijas Cristina y Elisa.

Con motivo de la vecindad se habían conocido y se visitaban las familias Ordoño y Arriera, y tanto la una como la otra reunían á sus amigos y á los demás vecinos de la casa una noche á la semana. Aquellas veladas fueron una de mis más agradables distracciones.

Mi antiguo amigo y colaborador Pedro Ripoll, que seguía estudiando la carrera de Leyes y mirando con codiciosos ojos á Cristina la hija mayor de doña Concha, no faltaba ninguna noche. Acudían también con puntualidad tres distinguidas señoritas, hijas del general Monet que con su hermano, que ha sido un brillante oficial de Estado Mayor alcanzando alta graduación en el Ejército, habitaban en el segundo piso de la casa; y eran además contertulios los vecinos Vicente Sanahuja, que figuró después algo en política, una hermana suya casada con un médico que alguna que otra vez cuando sus quehaceres se lo permitían formaba parte de la reunión, y Federico Uriarte, que seguía la carrera de Estado Mayor y vivía en uno de los pisos terceros con su padre, brigadier retirado.

Algunos amigos de Carlos Arriera, entre los que recuerdo á Orduña, que ha sido uno de los más distinguidos jefes de Telégrafos, y Manuel Sandoval, primo y más tarde esposo de Cristina, la hija

mayor del buen amigo de mi padre, completaban con Eduardo Prieto, joven pianista á quien presenté yo, el personal de aquellas reuniones, que fueron para mí motivo, no sólo de recreo, sino de estudio del corazón humano.

Todavía quedaban en los jóvenes de aquel tiempo reminiscencias del romanticismo; y si las mamás y los papás se preocupaban, como es de suponer que harían, de colocar ventajosamente á sus hijas; estas que, sobre todo en la clase media, no conocían más que de oídas el lujo y el boato que después ha influído tanto en el modo de ser de las nuevas generaciones, aprovechaban el hermoso período de la Primavera de la vida, forjándose ilusiones y acariciando esperanzas de no difícil realización, puesto que no aspiraban más que á ser sinceramente amadas y á tener por compañero en la vida un joven juicioso, abogado, médico, militar, sobre todo militar, ó empleado con probabilidades de llegar algún día á percibir del Estado un sueldo de doce ó catorce mil reales. Como se ve, no eran exageradas sus pretensiones.

Las madres de aquella época enseñaban á sus hijas á ser mujeres de su casa; cuando tenían dos ó tres en edad de poder dedicarse á los quehaceres domésticos, distribuían entre ellas el trabajo; durante la semana, una tenía á su cargo la inspección de la cocina y del lavado, otra se ocupaba del repaso de la ropa y del planchado, otra del aseo de las habitaciones. Alternaban en estas faenas bajo la dirección de la madre, y en ocasiones

no se limitaban á vigilar y auxiliar á las domésticas, sino que guisaban, lavaban, barrían, planchaban y cosían; con lo cual adquirían costumbre de trabajar, experiencia, y los que á ellas se unían con el lazo del matrimonio, estaban seguros de que cumplirían perfectamente su misión de amas de casa.

Una criada *para todo*, solía bastar á las familias que podían llamarse acomodadas: sólo las clases privilegiadas tenían á su servicio cocinera, doncella y lacayos. Quiero decir con esto, que era más facil y posible entonces crear un hogar modesto, pero relativamente feliz, que en los tiempos que sucedieron á aquellos que recuerdo.

Claro es que había señoritas que por nada del mundo entraban en la cocina ni metían las manos en el agua á no ser para lavárselas, juzgándose perfectameute educadas, porque tocaban una polka ó un vals en el piano, bordaban un perro de aguas en cañamazo ó pintaban á la acuarela un ramito de flores. Pero éstas eran la excepción y no se las miraba con buenos ojos, considerándolas como de dificil acomodo.

Un par de vestidos, un velo para diario, una mantilla para las grandes solemnidades y abundante ropa interior, bastaban á aquellas jóvenes de la clase media, que envidiaban seguramente á las de las aristocracias de la sangre ó del dinero; pero que no salían de su esfera modesta y por lo mismo tranquila y agradable.

Bajo este simpático aspecto se me presentó la

mujer en aquella sociedad, y eso que las familias de las señoritas que la formaban disfrutaban de buena posición y podían permitirse algunas de las peligrosas satisfacciones que ofrece el lujo; pero la señora de Arriera era una de las madres á quienes antes he aludido, y doña Concha Ordoño juzgaba con acierto que una esmerada educación moral, intelectual y casera, eran para la dicha de un hogar factor más importante que la ostentación de las vanidades.

Las veladas transcurrían animadas y distraídas. La hija mayor de doña Concha y yo, declamábamos escenas del *Pelayo* de Quintana ó del *Otelo* de Shakespeare; se jugaba á prendas; Prieto tocaba polkas, valses y rigodones que bailábamos con el mayor gusto; á veces las mamás referían interesantes episodios, la señora de Arriera de la guerra civil que había presenciado ú oido contar, doña Concha de sus recuerdos palatinos, y rara era la noche que no me obligaban á leer algunos de mis versos, porque todos los concurrentes eran fervientes devotos de la poesía.

Esta afición, que dicho sea de paso, era muy de mi gusto, dió lugar á que reprodujéramos con las variantes indispensables las antiguas *Cortes de amor*; y siendo yo el poeta de las dos respectivas casas, á falta de otro mejor y de más altos vuelos, organicé las fiestas que se celebraron con gran contentamiento de las jóvenes y hasta de las bondadosas mamás.

Adjudiqué á cada señorita el nombre de una

flor femenina y á los caballeros el de una flor del género masculino. Cristina la hija mayor de doña Concha era la *Azucena*, Isabel, la menor, la *Rosa*, Cristina Arriera la *Camelia*, su hermana Elisa la *Dalia*, Paquita Monet la *Pasionaria*, su hermana Margarita la *Margarita*, su otra hermana Isabel la *Hortensia*. Convertí á Pedro Ripoll en *Alelí*, á Manuel Sandoval en *Tulipán*, en *Clavel* á Carlos Arriera, á Federico Uriarte en *Laurel*, á Orduña en *Pensamiento* y á Sánchez Pescador en *Nardo*.

Las florecitas me hacían trabajar en grande, porque en una de las dos reuniones semanales debían mis versos figurar escenas amorosas, de celos, de despecho, de riñas, de reconciliaciones entre las flores de aquel fantástico jardín convertido en Corte de Amor, y necesitaba no solo escribirlos sino hacer alusiones al estado de ánimo de las flores femeninas y masculinas que sostenían relaciones más ó menos misteriosas, ó sentían mútuas inclinaciones sin atreverse á formularlas.

Como las mamás aprobaban los proyectos que poco á poco caminaban á convertirse en realidad, ellas mismas me apuntaban indicaciones convenientes á sus deseos y propósitos, y tampoco las flores de uno y otro sexo dejaban de hacerme recomendaciones interesadas.

Los diálogos ó soliloquios que yo aderezaba, eran aprendidos y recitados por las mismas flores; y estos cándidos, inocentes y pueriles entretenimientos, nos hacían pasar ratos deliciosos, en

los que aún más que los versos animaban el cuadro los comentarios.

XV

Sólo Eduardo Prieto y yo carecíamos de flores femeninas á quienes dar celos, quejas ó dirigir indirectas frases de amor.

Mi amigo el pianista era uno de esos seres desdichados que pasan por el mundo al lado de las dichas que ofrece, sin poder disfrutar de sus encantos.

Primo de Teresa y Concha, era hijo único de una hermana de la madre de mis buenas amigas de Sevilla, casada con un comerciante de desahogada posición y establecida en Madrid desde hacía muchos años.

Concha me dió una carta para sus tíos recomendándome que los visitase, y en uno de los primeros días de Agosto, al buscar alicientes para distraer la pena que me había producido el malhadado asunto del *Cantor de los héroes*, me encaminé al núm. 4 de la entonces plaza de la Leña y hoy calle de la Bolsa, donde tenían su domicilio los parientes de mis buenas amigas.

Formaban aquella familia el matrimonio, su hijo Eduardo, una hermana de la señora de la casa, soltera ya de edad, y una antigua amiga que habiéndose quedado sola en el mundo, halló un hogar en el seno de aquella familia.

Vivían todos en la más perfecta armonía, con

pocas necesidades, con poco trato y consagrados á querer y mimar al mozo, entonces de diecisiete años, que milagrosamente había dominado las muchas enfermedades que desde la más tierna infancia había sufrido.

De la continua lucha que había sostenido con la muerte le habían quedado tristes reliquias; su naturaleza no había podido desarrollarse armónicamente, había en su contextura un lamentable desequilibrio, aparecía desvencijado, cojeaba, sus facciones finas contrastaban con su figura desdibujada; y como por efecto de sus males no había frecuentado escuelas y había vivido, como suele decirse, pegado á las faldas de su madre, su inteligencia estaba atrasada, carecía de trato, y más para que distrajera su ánimo que con un fin lucrativo, después que un maestro de primeras letras le enseñó á leer y á mal escribir, le dedicaron á la música, para la que mostró disposiciones y afición.

D. Lorenzo Zamora, profesor de piano que gozaba por entonces de mucho crédito en Madrid y de quien hablaré después, porque fué un gran artista y para mí un querido é inolvidable amigo, tomó por su cuenta al enfermizo adolescente, despertó en su alma dormida un verdadero amor hacia el divino arte, y cuando yo le conocí era ya un pianista de mérito.

Cariñosamente acogido por la familia de Teresa y Concha, mi primera visita fué larga, hubo mucha expansión en ella, tocó Eduardo el piano con

una expresión que contrastaba con su apariencia enfermiza; y poseído de admiración por su talento de pianista y de piedad por su desdichado aspecto, le colmé de elogios, prometí ir con frecuencia á oirle, le agradó mi promesa, según me dijo su madre, brilló en su rostro siempre triste, un rayo de alegría, y nos separamos dispuestos á ser en adelante muy buenos amigos.

Antes de que Cervantes creara la inmortal figura de *Don Quijote* existía en España el quijotismo. El gran novelista dió forma á aquel espíritu que vagaba en la atmósfera española. Cualidad ó defecto, generosidad sublime ó debilidad ridícula, el quijotismo es genuina y exclusivamente español: los que no hemos nacido Sanchos, somos más ó menos Quijotes.

A pesar de la tiranía infantil de que hice víctima á mi bondadoso abuelo materno, á sus no menos bondadosos contertulios y á las dos pobres viejas que amenizaban mis tardes domingueras, siempre he sentido más simpatía por los débiles que por los fuertes, más interés por los desgraciados que por los felices; y si no he consagrado toda mi vida á desfacer agravios, no ha sido por falta de voluntad. Los desengaños no me han curado por completo, y cuando estoy bajo la influencia de la impresión olvido las lecciones de la experiencia, motivo por el cual andando el tiempo, me convencí de que debía desconfiar del primer movimiento de mi voluntad y adoptar el segundo.

Pero en aquella época ignoraba lo que después

he sabido, y gozaba más consolando á los tristes, que disfrutando de la dicha de los alegres.

Aquel joven con alma infantil, que no había disfrutado de los juegos y las satisfacciones que sonríen á los niños; que aparte de los individuos de su familia sólo había conocido á su maestro de primera enseñanza y á su profesor de piano; que sin duda habría sentído los extremecimientos de la materia y del espíritu; que no había tenido ningún amigo; que deseaba algo que no sabía lo que era, pero que en realidad era la vida, al encontrar en mí un mozo de su edad, franco, expansivo, de carácter alegre, porque guardaba las penas para mis soledades, que al oirle expresar con el piano lo que por falta de palabras no podía decir le comprendió, le animó y le demostró afecto, encontró lo que adivinaba y deseaba, y me profesó desde el primer momento verdadero cariño al que correspondí por un impulso de piedad del que ni yo mismo me dí cuenta.

Aquella familia sencilla y bonachona formó buen concepto de mí; agradecía las atenciones y deferencias que guardaba al joven á quien tanto querían por lo mismo que era tan desdichado; le permitieron que saliera conmigo á pasear y esta libertad parecía ensanchar sus pulmones con el aire y el sol; su espíritu se despertó de un penoso letargo; el afecto que yo le inspiraba se componía de gratitud y de curiosidad; cuando pasaban dos ó tres días sin verme se entristecía, y sus padres me rogaron que los visitase con frecuencia.

Accedí á su ruego, y comprendiendo que sorprendería y agradaría al joven tantos años recluído en su albergue conocer la vida social, le presenté en las casas de doña Concha y de la señora de Arriera, después de preparar á los que allí se reunían para que le acogiesen con piadosa bondad y me ayudasen en la obra que inconscientemente había emprendido de pulir el diamante que en apariencia era todavía carbón. Obligado por sus circunstancias especiales á no tomar parte activa en nuestros recreos, podía prestar servicio á las señoritas que antes de que asistiera á las reuniones tenían que sentarse al piano para que bailasen sus compañeras, y no tardó en ser estimado de los circunstantes experimentando á su vez la dicha de haber descubierto un mundo agradable completamente desconocido para él.

Pero no podía tomar parte activa más que en los juegos de prendas, y me abstuve de adjudicarle el nombre de una flor que hubiera sido un verdadero sarcasmo.

Mi calidad de organizador y director de aquellas comedias poéticas que representábamos para ocupar agradablemente las veladas, me obligaba á permanecer en terreno neutral. Confidente de las parejas que se entendían, aunque había en el personal femenino una ó dos vacantes y me hubiera sido grato ocupar una de ellas, comprendí ó mejor dicho adiviné que lo humilde de mi condición habría retraído á la que hubiera sido objeto de mi solicitud y además habría carecido de

la independencia que necesitaba para desempeñar con imparcialidad mi papel.

XVI

Refiero estas puerilidades, no porque puedan interesar á los lectores y menos en los actuales tiempos en los que tan de prisa se vive y se prefiere lo positivo á lo ideal, sino porque me proporcionaron durante los años de continua lucha contra la adversa suerte, el medio de estudiar y conocer el corazón femenil de acuerdo con la teoría del piano que expuse al hablar de mi amistad con Teresa en Sevilla; de disfrutar de las ventajas de una discreta y honrada intimidad con las jóvenes sin sufrir los sinsabores de los noviazgos, y sin incurrir en el desagrado de las mamás, que se complacían en que fuese buen amigo de sus hijas, porque estaban seguras de mi probidad, y se habrían opuesto á que pretendiera á alguna de ellas un jovenzuelo como yo, sin carrera, sin posición, viviendo pobremente, y que si podía presentarse en sociedad con decoro, aunque con modestia, era debido á que el sastre Bandallós me hizo un traje negro, el zapatero Atanasio Araus á quien mi padre en sus buenos tiempos dió algún dinero para que se estableciese en la calle del León y que pagó en calzado, me proporcionó unos botines de charol, por entonces muy de moda; botines y traje á pagar cuando mejorásemos de fortuna. En cuanto al sombrero de copa, indispensable en la época á

que me refiero, había en el postigo de San Martín un industrial que por un napoleón ó sea diez y nueve reales y un sombrero viejo, daba un sombrero de copa alta al parecer completamente nuevo.

Aceptado como moro de paz, mostrándome tal cual era; es decir, sencillo, ingenuo, expansivo, sociable;—¡Dios mío, cuánto he cambiado después! —atendiendo con el mismo interés que á las hijas á las mamás, que siempre agradecen estas deferencias, era yo confidente de unas y otras; arreglaba las diferencias que surgían entre las parejas enamoradas, y esta labor misteriosa realizada en apartes que no infundían recelo ni á las mamás ni á los galanes, buscándome éstos también para que les prestase auxilio, todos me demostraban afecto, tenían para mí la sinceridad que no solían emplear en el trato social y yo, primero inconscientemente, después á sabiendas, descubría las bellezas y las pequeñeces del corazón femenino y en aquella deliciosa labor encontraba los elementos que debían servirme más tarde para idear y escribir mis novelas, y lo que para mí era más útil é importante, adquiría un amplio y exacto concepto de la vida familiar y social y podía trazarme, no al azar, sino con conocimiento de causa, la conducta que debería observar en adelante para satisfacer las aspiraciones afectivas de mi alma.

Escribí y publiqué en el año 1857 una novela de cortas dimensiones titulada *Una teoría y un puñado de mujeres*, que aunque de escaso mérito, incluiré

en mis obras literarias, si Dios permite que pueda realizar mi propósito de reunirlas y publicarlas, porque las pocas páginas de que consta son el vivo reflejo de lo que pensé y sentí en aquel período de mi existencia y el boceto de las almas femeninas que me enseñaron los misterios del corazón humano.

Como es de presumir, sólo utilicé en la novela á que me refiero una parte de mis observaciones y deduje de ellas consecuencias distintas de las que formaron mi enseñanza y mi experiencia durante los seis años de incesante lucha que sostuve hasta que resolví ir á París en busca de mejor suerte, sin más tregua á mis desdichas que las que me ofrecía el trato social á que dedicaba el tiempo hábil que me dejaban mis tareas literarias y mis gestiones en busca de una posición.

Porque no me limitaba á frecuentar las reuniones de la calle del Barco: Zamora, el profesor de piano de Eduardo Prieto, con quien no tardé en identificarme profesando admiración á su talento y cariño á su alma de genial artista, me presentó en casa de una de sus discípulas predilectas, Andrea Reyes, que vivía con su madre doña Ana en la casa núm. 3 de la calle de la Ballesta, donde una noche por semana se celebraban amenas reuniones.

Visitaba también con frecuencia á una señora inglesa, doña Eloisa Gattebled, viuda de un español que había desempeñado un alto empleo en Manila, llamado Santa Coloma.

Aquella señora, que por entonces contaría de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, era poetisa, muy romántica, muy sentimental, poco favorecida por la naturaleza, picada de viruelas, algo estrafalaria; pero con su talento, su voz de una dulzura insinuante y sus ojos de un verde claro que tenían algo de magnéticos, rechazaba y atraía á la vez.

Hija de un inglés y de una francesa, había recibido una educación esmerada y era muy instruída. Desdichas de familia la habían traído á España en los albores de su juventud; la conoció en Sevilla mi tío Fernando, aquel hermano de mi padre sordo-mudo que era poeta, fué uno de sus primeros adoradores y según se complacía en repetir, conservaba un dulce recuerdo de aquel primer amor, más intelectual que afectivo.

Poco después casó con el Santa Coloma, hombre de edad madura, quien como solía decir á cuantos frecuentaban su trato más que esposo había sido para ella un solícito padre, y con este motivo se lamentaba de no haber conocido las dichas de un amor verdadero, confesión que á su edad y con su aspecto, queriendo parecer sublime tocaba en lo ridículo.

Al quedar viuda con tres hijos, dos hembras Emilia y Matilde y un varón, Laureano, se trasladó desde Manila á Madrid, se instaló en el piso entresuelo de la casa núm. 7 de la plaza de Oriente, y como en la capital de Filipinas había sostenido amistoso trato por la elevada posición de su

esposo con las autoridades religiosas, militares y civiles, al venir á la Corte reanudó sus antiguas relaciones con los que habían sido capitanes generales, intendentes y altos funcionarios. Insinuante y entrometida, ensanchó su esfera de acción haciéndose recomendar á importantes hombres políticos, y según supe más tarde se dedicó á proporcionar á los ricachones filipinos cruces y veneras, extendió más tarde esta lucrativa industria á la isla de Cuba, y no desdeñó á los provincianos que deseaban ser caballeros ó comendadores de las diversas Ordenes civiles con que se premian méritos alguna que otra vez y se halaga la vanidad de los que ni siquiera tienen el mérito de ser sencillos y modestos. Además daba lecciones de francés, de inglés y de literatura á algunas señoritas de las más altas clases de la sociedad madrileña.

Persuadidos de su discreción los que por su influencia podían complacerla, se estableció una completa confianza entre ella y los llamados á realizar las satisfacciones vanidosas de sus clientes; y como aquellos favores se remuneraban bien y la intermediaria se contentaba con una mínima ganancia, estos beneficios, las lecciones y la viudedad que cobraba por la Tesorería de Manila, la proporcionaban una desahogada posición.

Siempre estaba su casa llena de aspirantes, ricos unos y en busca de porvenir otros, viéndose estos últimos obligados á hacerla la corte, como indicaré más adelante por ofrecer un curioso cuadro de costumbre de aquel tiempo, que en distinta

forma supongo que habrá seguido y seguirá reproduciéndose.

Aunque al trasladarnos á Sevilla había cesado de funcionar la Agencia de negocios que estableció mi padre, de vez en cuando recibía cartas encargándole el despacho de asuntos pendientes en los Ministerios. Al regresar á Madrid, como los progresistas sus amigos no hacían caso de él ó le aconsejaban que tuviera paciencia, para aminorar sus apuros aceptó dos ó tres comisiones que le encargaron antiguos clientes y una de ellas fué que visitase á la señora Gattebled de Santa Coloma, cuyo domicilio le indicaba el interesado, para averiguar si había recibido una cantidad que en letra de cambio le había enviado y recoger, si estaba ya en su poder, el diploma de una Encomienda de número de Isabel la Católica, que debía haberse expedido á su favor.

Mi padre se apresuró á cumplir el encargo, y como para darse á conocer hizo que pasasen una tarjeta á la señora de Santa Coloma, después que hablaron del asunto motivo de la visita, le preguntó doña Eloísa si tenía parentesco con un don Fernando Nombela á quien había conocido en sus mocedades en Sevilla.

Cuando supo que había sido su hermano, se alegró; pero la faltó poco para desmayarse al enterarse de que hacía unos cuantos años que había pasado á mejor vida. Entonces, muy emocionada, reveló á mi padre que mi pobre tío fué el primer hombre que la habló de amor, naturalmente por

señas, y que conservaba de él un recuerdo que no la abandonaría mientras viviese. Con este motivo le ofreció una amistad verdadera, casi un parentesco espiritual; se informó de nuestra situación, y al saber que mi padre era viudo con cuatro hijos y que el mayor, es decir yo, cultivaba la poesía, quiso conocernos y cuando fuí presentado á ella me abrazó, me besuqueó á pesar de ser yo un mocetón de diez y ocho años, llamó á sus hijos y con voz conmovida exclamó dirigiéndose á mí muy emocionada:

—Has perdido á tu madre: en adelante yo la reemplazaré—y añadió á sus vástagos—aquí teneis un nuevo hermano. Dadle un abrazo.

Emilia que era una joven de diez y seis primaveras, Matilde que tendría catorce, y Laureano que había cumplido quince, obedecieron á su madre; me abrazaron con efusión, me tutearon y mostraron mucha alegría ante el improvisado pariente.

—Ven cuando quieras—añadió la mamá—siempre tendrás un puesto en nuestra mesa; por las noches se reunen algunas señoritas amigas de mis hijas y no faltan jóvenes como tú; mis hijas tocan el piano y cantan; alguna que otra noche se improvisan bailes; no dejes de venir y si se te hace tarde no te apures, no te faltará en esta casa una cama donde puedas dormir.

Recuerdo que al mismo tiempo que agradecía aquellas inesperadas y novelescas deferencias, se rebelaba mi espíritu ante la oferta de aquella pegadiza maternidad. No: por nada del mundo acep-

taría yo una madre que reemplazase, aunque fuese hiperbólicamente, á la que vivía siempre en mi pensamiento, á la que rendía diario culto, á la que no podía olvidar y amaba siempre con toda mi alma.

Pero, en fin, en aquella casa fuí en efecto considerado como de la familia; y si no podía avenirme á llamar madre á la amabilísima doña Eloísa, lo que ella sentía mucho, no me desagradaba considerar como hermanos á Emilia, que era de un carácter angelical, inocentona y buenaza; á Matilde, que con dos años menos era más lista, más perspicaz y poseía una inteligencia superior á la de su hermana, y á Laureano, zagalón incoloro, para quien su madre había obtenido la gracia de guardia marina, niño mimado, haragán y presumido cuando vestía el microscópico uniforme de la Armada española.

Por de pronto, persuadido de que los cariños que van muy de prisa se paran pronto, me limité á visitar de vez en cuando á aquella madre y á aquellos hermanos postizos; pero en el año 1856 mi trato con la familia de Santa Coloma llegó al período álgido, y á su debido tiempo referiré curiosos pormenores de las personas á quienes conocí en aquella casa y de los sucesos allí acaecidos, que influyeron directa ó indirectamente en mi porvenir.

XVII

En las postrimerías del año 1854 y en la primera mitad del siguiente, me faltaba tiempo para ensanchar el círculo de mis relaciones, sobre todo de las que únicamente podían proporcionarme solaz.

Por las mañanas empleaba tres ó cuatro horas en mis trabajos literarios; de once á una visitaba á los amigos que podían auxiliarme en mi propósito de hallar una colocación; entretenía una buena parte de las tardes en casa de Prieto ó en la de su maestro de piano, que adorador del arte que cultivaba y viendo en mí un oyente entusiasta, pasaba horas y horas dándome á conocer las admirables obras de Bach, Mozart, Haydn y Beethoven, que interpretaba con amorosa perfección, educando mi afición al divino arte y despertando mi alma á las inefables emociones que durante mi vida he debido á la música.

Tres noches por semana empleadas en las gratas reuniones á que asistía, alegraban mis tristezas; pero cuando volvía á mi casa, cuando estaba solo ó conversaba con mi padre de nuestra precaria situación, las impresiones que recibía producían en mi ánimo un contraste doloroso.

Nada lograba para mejorar mi suerte; cuantos se proponían favorecerme me daban esperanzas, pero la realidad no llegaba nunca; los apuros crecían en mi hogar; el pago de la factura del impresor del *Cantor de los héroes* nos había impuesto

penosos sacrificios y era de todo punto necesario para mí resolver aquel apremiante problema.

Harto había hecho en mi favor el duque de Rivas, y aunque me había dado á entender que si necesitaba auxilios pecuniarios acudiría en mi ayuda, ¿cómo molestar á aquel bondadoso protector con una miserable petición de dinero?

Alejado de la política, no podía pedir nada por insignificante que fuese, á los que mandaban, á pesar de que entre ellos tenía amigos particulares, porque su talento y la nobleza de su carácter le ganaban la consideración y el afecto hasta de sus adversarios políticos. Sin embargo, tanto él como el marqués de Auñón, su hijo, me dieron cartas de recomendación para personas que podían favorecerme. Tampoco estas gestiones obtuvieron resultado satisfactorio.

Recordé que D. Manuel Bretón de los Herreros me había auxiliado con su influencia para ser admitido por Arjona en su Compañía cuando resolví dedicarme á la escena, y fuí á verle á la Biblioteca Nacional, de la que era entonces director.

Me recibió afectuosamente, se enteró de mi propósito de consagrarme á cultivar las letras, me pidió que le llevase algunos versos míos, y al indicarle que me agradaría conocer las dependencias de la Biblioteca llamó á su sobrino Cándido, que estaba empleado en la sección del Indice, para que me hiciese los honores de aquella mansión del saber; y después de emplear una hora larga

en aquella grata tarea, salí encantado de aquella visita.

Desempeñar un cargo, por modesto que fuera, en la Biblioteca fué desde aquel instante mi aspiración.

Pasar días enteros entre aquellos estantes que contenían millares de libros en los que habían eternizado sus autores las creaciones de su genio, el fruto de su estudio, sus ideas, sus opiniones, sus creencias, sus dudas; ir poco á poco nutriendo mi inteligencia con aquellos exquisitos manjares; estar en continuo trato con los escritores ilustres de todos los tiempos y todos los países, debía proporcionar á un aspirante á literato como yo era entonces una noble, pura y constante satisfacción, una ilustración que abriría á su espíritu nuevos y dilatados horizontes. Además tendría un sueldo, que por modesto que fuera me permitiría llevar al ánimo de mi familia la tranquilidad y poner término á las zozobras y temores que eran el pan nuestro de cada día.

Animado por el vehemente deseo que se apoderó de mí, volví á visitar al insigne Bretón de los Herreros, y después de expresarle el efecto que me había producido el paseo que había dado con su sobrino á través de las numerosas salas de la Biblioteca, le aseguré que mi mayor felicidad sería obtener un puesto, el más humilde, en aquel centro de cultura que estaba bajo su dirección. El, que con tantas deferencias y bondades me había favorecido, podría una vez más otorgarme

su valiosa influencia para que mi deseo se realizase.

No vacilé en confiarle la triste situación que atravesaba mi familia, las gestiones desdichadamente infructuosas que había hecho para conseguir una colocación; pero después de oirme, no solo con benevolencia, sino hasta con interés, me manifestó que en la Biblioteca había un número determinado de oficiales, ayudantes y escribientes, que los nombramientos los hacía el ministro de Gracia y Justicia, de cuyo ministerio dependía aquel centro docente; que solo tan elevado funcionario podría satisfacer mi pretensión, por que aunque no hubiera como no había entonces ningún puesto vacante, si lograba una eficaz recomendación para el ministro y éste quería complacer á quien se interesara por mí, podría nombrarme temporero hasta que hubiese plaza de plantilla. No se juzgaba con suficiente influencia para hablar al ministro su jefe, que era el famoso progresista D. Joaquín Aguirre. Si hallaba yo algún prohombre de la situación que me recomendase y el ministro deseaba servirle, al entrar á prestar servicio bajo sus órdenes en la Biblioteca, haría en mi favor cuanto pudiera.

La ilusión me había hecho suponer que la realización de mi esperanza dependía del gran autor cómico, y me había figurado que al oir mi ruego le satisfaría en el acto. No fué así ni podía ser; y cuando me separé de él resolví emprender una nueva campaña para alcanzar lo que, dada la

vehemencia de mi carácter, era ya para mí una necesidad imperiosa.

Narciso Serra, de quien los que admiraban el talento y la asombrosa facilidad para versificar, decían que era hijo natural del general Ros de Olano, me había dado muestras de afecto en varias ocasiones, y como supe que había tomado parte en la *Vicalvarada* reingresando en el arma de Caballería á la que había pertenecido, resolví visitarle. Figurando entre los *héroes* á quienes había celebrado, algo podría hacer por su *Cantor*.

Vivía entonces en la calle del Carmen con su madre, una buena señora de cuyo lado no se apartó durante su vida y á la que quería entrañablemente. Si lo que se murmuraba acerca del origen del poeta militar era cierto; con sus virtudes, su recogimiento, su conducta ejemplar y el amor que profesó á su hijo, se hizo acreedora aquella santa mujer á la estimación y el respeto de todo el mundo. En su compañía habitaba un hermano suyo, distinguido médico, hombre recto, bondadoso, que fué siempre para su sobrino un verdadero padre y un cariñoso amparador de su hermana.

Serra, que había vuelto al servicio militar y que con motivo del triunfo de los insurrectos había obtenido el grado de teniente, era ayudante del general Ros de Olano, que le distinguía y estimaba, haciendo la vista gorda ante sus genialidades; porque si era desarreglado en la forma, en el fondo era un alma de Dios, y luego su inspiración poéti-

ca, su gracejo y la nobleza de su alma le hacían simpático á cuantos le trataban.

Me recibió muy cariñosamente y al confiarle que me había metido á poeta dejando de ser cómico, en prueba de lo cual le dí un ejemplar del *Cantor de los héroes*, me obligó á que leyera algunos fragmentos de mi desdichado ensayo lírico; recitó de memoria los últimos versos que había escrito, chispeantes de gracia y originalidad; me regaló un tomo de poesías que había publicado recientemente y entretenidos con esta charla poco faltó para que me olvidase del principal objeto de mi visita.

No conocía al ministro; pero hablaría en mi favor al general Ros de Olano, su jefe, también poeta; y por lo menos me proporcionaría una carta de recomendación para el ministro.

Quedé en volver dos días después á saber el resultado de su gestión y aproveché aquel compás de espera para solicitar el apoyo de D. Eugenio de Tapia, literato y académico de la Lengua, que había sido buen amigo de mi abuelo materno y que después de haber llegado á los más altos puestos en la magisiratura se había jubilado y pasaba una apacible vejez en su casa propia de la calle de la Puebla, entre su anciana esposa y una simpática y bella sobrina que cuidaba y animaba á los dos viejos, con lo que resultaba aquel hogar un perfecto modelo de paz y bienandanza.

Se alegró al saber que cultivaba yo las letras, y aunque no tenía gran amistad con el ministro de

Gracia y Justicia, porque según me dijo se hacía poco caso de los que ya no podían dar nada de sí, llamó á su sobrina que era también su amanuense, y le dictó una carta recomendándome á don Joaquín Aguirre.

Por segunda y hasta por tercera mano conseguí dos recomendaciones más que uní á la epístola de D. Eugenio de Tapia y á la del general Ros de Olano que me proporcionó Narciso Serra, y me figuré que con aquellos elementos el triunfo era seguro.

Redacté una solicitud exponiendo mis aficiones literarias y suplicando que se me confiriese un empleo en la Biblioteca Nacional para servir al Estado y aprovechar al mismo tiempo la ocasión de completar mis estudios.

A este documento de carácter oficial, acompañé las cuatro cartas de recomendación que había logrado y una mía bastante sentimental, pidiendo al ministro su protección, á la que debería no sólo los recursos indispensables para vivir, sino los medios de llegar algún día á la celebridad.

Bajo un sobre llevé yo mismo al ministerio aquellos papeles y esperé con ansia el resultado de aquella pretensión, de cuyo éxito no dudaba.

Tan persuadido estaba de que realizaría mi deseo, que todas las mañanas iba á la Biblioteca para leer algunas obras que deseaba conocer, y sobre todo para acostumbrarme á la vida estudiosa á que me proponía dedicarme cuando consiguiese el empleo que había solicitado.

En el despacho de Bretón de los Herreros, á quien di cuenta de los medios que había puesto en juego para llegar á ser subordinado suyo, vi á D. Juan Eugenio Hartzenbusch, quien me reconoció como á uno de los actores que habían tomado parte en la representación de su precioso drama *La ley de raza*, estrenado con gran éxito por Teodora y Arjona en el teatro de Variedades cuando yo formaba parte de la compañía.

Al informarse de que había dejado el teatro por las letras, aprobó mi resolución, porque según su frase, «todo lo que la escena tenía de bueno por fuera lo tenía de malo por dentro»; me ofreció su amistad con aquella sinceridad que reflejaban sus ojos, sus palabras, todo su sér; y como al mismo tiempo no era muy optimista, juzgó que no era cosa fácil que el ministro accediese á mi solicitud. En esto coincidía con su opinión la del director de la Biblioteca; pero no me desanimé. Ya lo he dicho: siempre he necesitado acariciar esperanzas, sin ellas no habría podido vivir, ni viviría hoy á pesar de mis años.

Pero pasaba el tiempo, el ministro no resolvía mi petición ni en pró ni en contra, preguntaba yo en el negociado correspondiente del ministerio y allí nada sabían. Con esa falta de piedad de que hacen gala los que sentados ya á la mesa del festín miran y tratan á los que aspiran siquiera á las migajas, me decían que no todas las solicitudes se resolvían, que algunas dormían eternamente en

los cajones de la mesa ministerial; y al hablar así se sonreían maliciosamente.

Estábamos á fines de Octubre, las elecciones de diputados á Cortes debían verificarse en uno de los primeros días de Noviembre, la agitación política preocupaba en todas las esferas; en los clubs se peroraba contra el gobierno; como siempre sucede, pero con más motivo en épocas revolucionarias, los intereses de partido, de fracción y hasta los individuales pugnaban por abrirse paso haciendo caso omiso de los de la generalidad del país, y si yo no lograba mi pretensión antes de que las pasiones llegasen al período álgido, lo que seguramente ocurriría durante el período electoral y después de abiertas las Cortes, corría el peligro de que se malograsen los pasos que había dado.

En esta situación, mi candidez, mi desconocimiento de la vida real, me impulsaron á emplear la única arma que poseía, digna de figurar al lado de las famosas carabina de Ambrosio y espada de Bernardo, y la esgrimí escribiendo una agridulce epístola en verso, que sin decir nada á nadie envié al olvidadizo ministro.

Si mi epístola llegó á manos de su Excelencia y la hojeó siquiera, debió reirse del vate que contaba sus cuitas, exponía de nuevo sus modestas aspiraciones, se quejaba de su triste suerte, recordaba á los poderosos que no debían despreciar á los débiles, é invocando en su apoyo la historia de los tiranos que no habían atendido á las justas exigencias del pueblo que los había encumbrado,

citaba los ejemplos de Apío Claudio, Nerón, Tiberio y otros de su calaña.

Mis amenazadores versos fueron sin duda á parar al cesto de los papeles con la anterior solicitud y las cartas de recomendación. Ni de los que me habían recòmendado ni de mí hizo caso el ministro, que sin duda tenía cosas más importantes en que pensar, y una vez más quedaron defraudadas mis esperanzas.

XVIII

Mi hermana Dolores iba á una *Amiga*, como llamaban antonces á los colegios de niñas, y la directora que era una marisabidilla muy pretenciosa se enteró de mis aficiones literarias y me encargó que pusiera en verso la Salve para que la cantansen las alumnas.

Salí del paso como pude, le agradó la versión que hice de la oración que más he rezado durante mi vida, resolvió protegerme y me dió una carta para el propietario de una revista literaria, de cuyo título no puedo acordarme, que redactaban dos escritores poco conocidos entonces, pero que después alcanzaron gran fama, sobre todo uno de ellos, porque el otro murió joven, y para ganarse la vida se vió precisado á ser periodista, cuando los periódicos más políticos que literarios, daban mucho trabajo á sus redactores, poco provecho y ninguna reputación á los que no es-

cribían artículos de fondo, que eran los adulados ó temidos por los prohombres de la política.

Los dos escritores á quienes aludo eran Carlos Pravia y Antonio Trueba. Este último desempeñaba aún el cargo de dependiente de una ferretería; pero en los ratos que le dejaban libre sus prosaicas tareas, escribía aquellos sencillos y encantadores versos que hicieron popular á *Antón el de los cantares.*

Los dos me acogieron con afectuoso interés prometiéndome publicar los versos y artículos que les llevase, y pasé algunos ratos agradables en su compañía, sobre todo en la de Trueba, cuyo angelical carácter encantaba. Después fuimos siempre buenos amigos; pero solo á esto se limitó la protección que pudo ofrecerme la maestra de mi hermana, porque el periódico apenas producía lo necesario para cubrir sus gastos y no podía remunerar á sus redactores.

Puesto que no encontraba ni como escritor ni como escribiente el medio de ganar algo para no ser gravoso á mi familia, pensé que sería más fácil hallar una colocación como la que desempeñaba Trueba, y durante unos días sostuvo mi ánimo una penosa lucha.

El sastre Bandallós conocía á muchos comerciantes y por su mediación podría ser admitido como dependiente en una tienda. La idea de trabajar no me asustaba; había oído decir que los dependientes de los comercios comenzaban el oficio desempeñando los menesteres más vulgares y

tampoco esto me detenía en mi propósito: lo que me hacía sufrir era la idea de tener que renunciar á las reuniones nocturnas que me hacían olvidar las miserias de la vida, al trato con el Duque de Rivas, Bretón de los Herreros, Hartzenbuchs y Narciso Serra que me alentaban á cultivar la poesía, á la soñada gloria; porque si bien podía imitando á Trueba escribir versos y enjaretar artículos en los escasos ratos de ocio ¿qué consideración merecería el mancebo de una tienda, á los que disfrutaban de una buena posición social ó de una celebridad justamente adquirida? Me despreciarían, se olvidarían de mí, caería en un abismo.

Pero los apuros de mi familia exigían un sacrificio y resolví sacrificarme.

Mi padre daba todos los meses al sastre Bandallós una cantidad que no pasaba de dos ó tres duros, para ir pagándole la ropa que nos había hecho, y yo era el encargado de llevárselos.

En uno de los primeros días de Noviembre me dió cuarenta reales, que era lo más que podía darle aquel mes, y con este motivo decidí aprovechar la ocasión para confiar al sastre mi resolución y pedirle que me recomendase á cualesquiera de los comerciantes de quienes era amigo.

Salí de mi casa, y aunque estaba resuelto á buscar una colocación por humilde que fuera, como el sacrificio era muy doloroso, antes de ir á casa de Bandallós me acerqué al ministerio de Gracia y Justicia por si acaso había tomado el ministro

una resolución favorable respecto de mi solicitud.

Los del negociado, que ya me conocían, apenas me vieron y antes de que les interrogase, me anunciaron casi con fruición que todo seguía en el mismo estado.

Bajé maquinalmente por la calle de San Bernardo y sin darme cuenta del camino que seguía, porque sólo pensaba en las ventajas y los inconvenientes de mi resolución, llegué á la Puerta del Sol por la calle del Arenal. En el reloj del ministerio daban las once, y cuanto más me acercaba á la calle de la Montera, más temía llegar.

¡Qué mañana pasé! La lucha ha sido mi constante pesadilla en este mundo; pero en aquellos momentos la que sostenía aquilatando el pró y el contra del acto que me proponía realizar, fué terrible.

Deseaba y temía el instante de ver al que representaba entonces mi última esperanza. Opté por retrasar mi visita, y en vez de dirigirme á la calle de la Montera, me fuí por la Carrera de San Jerónimo á la calle del Príncipe para hacer tiempo, que es lo que más agrada hacer á los españoles.

XIX

Caminaba ensimismado por la acera de la derecha, cuando un joven que salió del portal de una casa que había en donde después se ha edificado el Teatro de la Comedia, se detuvo al verme y ten-

diéndome los brazos exclamó entre sorprendido y gozoso:

—¡Tú por aquí! ¡Qué feliz casualidad encontrarnos! Dame un abrazo y cuéntame qué ha sido de tu vida desde que no nos vemos.

Era Javier Márquez mi íntimo amigo de Almería, mi compañero de la clase de Retórica y Poética, y experimenté al verle una verdadera satisfacción, porque conservaba de él un grato recuerdo.

Al pronto no le reconocí, porque algo había cambiado su aspecto en los seis años que habían transcurrido. Nos separamos siendo unos adolescentes y al hallarnos de nuevo éramos ya unos hombrecitos. Le encontré flaco, demacrado: los ojos siempre penetrantes y llenos de vida; pero todo su sér acusaba una fatiga impropia de su edad.

Después de abrazarnos con sincero cariño, y cuando olvidado de la preocupación que me había dominado durante toda la mañana, me disponía á responder á su deseo de saber qué me había sucedido desde nuestra separación, me interrumpió diciéndome:

—¿Llevas algún dinero?

La pregunta me sorprendió y debió conocerlo, porque sin darme tiempo para responderle, añadió:

—Hoy me ha sido adversa la suerte. Entré en la casa de donde me has visto salir con cinco duros esperando duplicarlos y los he perdido. ¡Azares de la vida! Unas veces se gana y otras se

pierde. Por perder no me aflijo. Gracias á Dios, como cobro la renta de la hijuela de mi madre, mi padre, que es mi administrador, me adelanta fondos cuando estoy á secas. Hasta para ser calavera es necesario tener juicio, y me iba á mi casa á estudiar un rato. No hay que forzar á la suerte. Cuando no nos hace caso es inútil llamarla. Ya volverá á sonreirnos. Siempre vuelve, y esta vez no ha tardado. Nuestro encuentro es además de una gran satisfacción para mí, señal de que la suerte se ha arrepentido de la mala pasada que acaba de jugarme. Seguro estoy de que si vuelvo á entrar en donde me han desplumado, me resarzo con creces. Por eso te he preguntado si llevas algún dinero.

Le oía sin comprenderle bien; adivinaba más que entendía sus palabras, y vino á mi memoria el recuerdo de mi tío Pepe, jugador impenitente que unas veces empleado, otras cesante, adorando siempre á su mujer y á su hijo único, les hacía pasar una vida de zozobras, de privaciones, de sobresaltos: un verdadero martirio con breves intervalos de febril prosperidad.

Ante su insistencia fuí sincero y le dije que tenía en el bolsillo cuarenta reales que me había dado mi padre para hacer un pago.

—Préstamelos.

—Es imposible: no tengo más remedio que entregarlos antes del mediodía.

—Te aseguró que los entregarás. Ahora son las once y media, vienes conmigo, con los dos duros ju-

gamos una vaca, y duplicamos si no cuadruplicamos esa cantidad. Que me equivoco y perdemos cuarenta reales. Eso se sabe en ocho ó diez minutos; mi casa está muy cerca, vivo en la Carrera de San Jerónimo esquina á la calle de Santa Catalina, cuatro pasos como quien dice; me esperas en la puerta para no perder tiempo, subo, si no está en casa mi padre estará mi hermana Angeles; le pido los dos duros, te los doy y nos vamos juntos á hacer el pago que te ha encargado tu padre, charlando por el camino de nuestras respectivas historias. No vaciles. Estoy seguro de que los dos duros van á multiplicarse. ¡Es una corazonada!

El deseo de complacerle, y algo también de esa curiosidad insana que empuja á los peligros, me decidió á acceder á su ruego, al mismo tiempo que le compadecía y formaba el propósito de apartarle de aquel funesto vicio.

No había visto ningún tapete verde; sólo leyendo la *Piel de Zapa* de Balzac me había formado una idea de lo que podía ser una casa de juego y estaba seguro de que me inspiraría horror; pero de todos modos, pasar de la suposición á la realidad, era un aliciente que además podía serme útil.

Mal estudiante, quería suplir con la observación lo que debía aprender en los libros; y como la ocasión era propicia, subí con mi amigo á casa del famoso Silverio, que según supe después era uno de los garitos más frecuentados de la Villa y Corte.

Por supuesto que no sabía lo que era una vaca, que fué lo que Márquez me propuso, y aunque había oído hablar del monte, porque entonces este juego de azar era el clásico, ignoraba como se jugaba, y el espectáculo que iba á presenciar no tenía para mí más atractivo que el de la novedad y el del peligro en que, según había oído decir, ponía la paz y el bienestar de los hogares.

Había tanta gente en torno de una amplia mesa, que no pude ver bien lo que allí sucedía. Márquez se abrió paso, como persona acostumbrada á aquellos trotes, y aún no había podido darme cuenta de lo que veía ni de lo que decía una voz en medio del silencio que reinaba, cuando con cara alegre se acercó á mí mi amigo y me dijo:

—Vámonos: en el portal ajustaremos cuentas. Era cosa sabida... ¡Me lo daba el corazón!

—Pero, ¿qué ha pasado?—le pregunté con temor mientras bajábamos la escalera.—¿Se ha perdido el dinero?

—¡Que ha de perderse! Arriesgué los dos duros á una sota para salir pronto del paso y gané la puesta. Puse los cuatro á un dos y los dupliqué. ¡O todo ó nada!—dije—y coloqué los ocho duros al lado de otro dos, y como no hay que abusar de las buenas rachas y además me figuré que estarías impaciente, me he contentado con una onza que vamos á partir como hermanos.

Al decir esto me daba ocho duros, que me negué á aceptar.

—Sólo quiero los dos que necesito—dije—Lo que has ganado te pertenece.

—Al subir te anuncié que íbamos á jugar una vaca.

—Y eso ¿qué significa?

—Que si ganaba, debía partir contigo la ganancia.

Insistí en mi negativa, y sintiendo ver á mi amigo dominado por la afición al juego, aproveché la discusión que entablamos para exortarle á abandonar un vicio que podía originarle los mayores disgustos.

Javier Márquez era mucho más impresionable que yo; se albergaban en su alma los más nobles y generosos sentimientos, con sensibles intervalos en los que la materia subyugaba al espíritu. Comprendía con su viva imaginación mejor que con su inteligencia no sólo lo bello, sino lo bueno y lo justo; pero era debil y su enfermiza voluntad cedía á la influencia de quien lograba hablar á su corazón ó á sus sentidos.

Cuando nos encontramos, cursaba según me indicó el cuarto año de la carrera de Derecho, y frecuentaba con asiduidad el trato de unos cuantos amigos, estudiantes como él, de familias pudientes y distinguidas como la suya; pero poco ó nada vigilados por sus padres. Con un barniz de buena educación, incapaces de cometer ante la sociedad la más mínima falta de probidad vivían, sin cubrir demasiado las apariencias, entregados á los dos vicios más funestos: las mujeres fáciles y el juego

de azar; vicios, que como he visto andando por el mundo, son tolerados y hasta disculpados cuando un frac ó un uniforme visten á los desdichados que son sus víctimas, y que parecen y son en efecto, detestables y groseros, con chaqueta ó con blusa.

Mi buen amigo era una pasta dúctil que se amoldaba á todas las formas, por más que los buenos sentimientos dominaban en él. Más adelante referiré como cambió de modo de ser, lo mismo física que moralmente.

Nada extraño era que el mal ejemplo de sus camaradas le hubiera pervertido, conservando en su ánimo los buenos instintos con que había nacido, la caballerosidad de sus actos. Le faltaba una madre. Su padre, hombre de mundo, consagrado á la abogacía y sobre todo á la política, había dejado á su hijo gran libertad, se ocupaba poco de las interioridades de su hogar; con que nada faltase á sus vástagos y particularmente á su hija, creía cumplir perfectamente sus deberes.

Poseía importantes bienes en Motril, su situación económica era próspera, vivía con todo género de comodidades, y además de dar á su hijo una cantidad mensual para sus gastos particulares, cuando se enteraba de sus deudas las pagaba, limitándose á reprenderle ligeramente, porque opinaba que á cada edad había que darle lo suyo.

En una palabra: la situación moral y física en que hallé á mi amigo, era la consecuencia del medio ambiente en que vivía.

Cuando después de referirle á grandes rasgos lo que me había ocurrido desde que nos separamos en Almería, le hablé de mis proyectos literarios, desperté su dormida afición á las letras, sobre todo á la poesía, y me manifestó vivos deseos de reanudar nuestra antigua amistad, viéndonos con frecuencia.

No le oculté la resolución que había tomado de suplicar al sastre á quien iba á entregar los dos famosos duros que se habían cuadriplicado, que me recomendase á algún comercio para prestar en él los servicios que me exigieran, y esto le afligió mucho. De ningún modo debía hacer aquel sacrificio. Por de pronto quiso de nuevo darme, no ya la mitad de la ganancia, sino el total. En todos los apuros de mi casa debía recurrir á él; sino tenía dinero cuando yo lo necesitase lo buscaría. Por nada del mundo consentiría que me convirtiese en mancebo de una tienda.

—Puedo proporcionarte un trabajo literario— dijo de pronto.—Mi tío Augusto que entiende mucho de agricultura y economía política, tiene á su cargo la parte correspondiente á estos ramos de la ciencia en el *Diccionario enciclopédico* que publica Mellado, un editor de mucha nombradía aunque de poco rumbo. Le paga un duro por cada columna, y como todo se reduce á traducir artículos del francés, la tarea no es difícil. Cuando me veo apurado le pido trabajo y me da medio duro por cada columna, lo que no deja de tenerle cuenta, porque con sus manos lavadas co-

bra sin molestarse. Pero yo no soy menos listo que él, y endoso la tarea á un compañero de clase que como siempre anda á la cuarta pregunta hace la traducción por cinco reales, de modo y forma que en esta operación gano yo cinco por columna, y mi tío diez. Le pediré trabajo, y como es natural te cederé mi parte, con lo que ganarás diez reales por columna. Lo malo es que según mis noticias la traducción de que se trata durará poco; pero entretanto representará tu drama Arjona, á quien según me has dicho te recomienda su padre, el mío pondrá en juego sus relaciones para prestarte ayuda, y como le diré quien eres, se alegrará de que alterne contigo mejor que con mis camaradas de la Universidad; todo cambiará y lo pasaremos en grande. Por de pronto—añadió—toma á cuenta del trabajo que voy á proporcionarte la ganancia que nos han producido tus cuarenta reales. Darás un alegrón á tu padre al llevárselos, y los iremos descontando á medida que te pague las traducciones; porque tendrás que entenderte conmigo. Supongo que sabrás el idioma francés.

—Poco y mal. En Almería me gustaba hablar con los marineros, y como comprendía mejor á los franceses que á los ingleses, prefería á los primeros y aprendí de viva voz muchas palabras y algunas frases. Después fuí durante dos meses á casa del profesor Mr. Sauzeau y allí, aunque desaplicado como siempre, me solté algo en la truducción. Además tú tendrás un buen Diccionario, me lo

prestas hasta que yo adquiera otro, y creo que podré acometer la empresa sin dejarte mal.

Mientras que entré en la tienda de Bandallós me esperó en la puerta, salí gozoso por no haberme visto obligado á realizar el propósito en que el amable sastre debía ayudarme, y accediendo á las reiteradas instancias de Márquez, acepté en calidad de anticipo por mi colaboración en el *Diccionario enciclopédico* los catorce duros que debíamos al azar.

Le acompañé á su casa dándonos cita para continuar por la tarde nuestras mutuas confidencias y me apresuré á volver á mi albergue para referir á mi padre mi aventura, aunque le oculté el origen del dinero que le entregué, limitándome á decirle que enterado Márquez de nuestros apuros y debiendo obtener por su conducto trabajos literarios, se había obstinado en darme á cuenta aquella cantidad.

XX

Los que viven con estrechez, al día y en muchas ocasiones á la mitad del día, saben lo que es la imprevista llegada de una cantidad por pequeña que sea.

Organizando la labor, podía traducir una ó dos columnas cada día y el producto de aquel trabajo llevaría la tranquilidad y un relativo bienestar á mi casa.

Los aprendices de literato de los tiempos en que

escribo estas líneas que se hallen en el triste caso en que yo estaba entonces, celebrarían que les remunerasen como á mí me remuneró mi amigo, aun dejando para su excelente tío la mitad de lo que abonaba el editor. Aquellas columnas, que el curioso lector puede ver en la ya rara edición del *Diccionario enciclopédico* de Mellado, equivalían cada una á dos páginas de los tomos en 8.º, y según he oído referir, por la traducción de un libro de 18 á 20 pliegos; eso sí, bastante descuidadas todas ellas, se han pagado y siguen pagándose 100 pesetas, 75 y hasta 50. De cobrar lo que el editor satisfacía á D. Augusto de Burgos, percibiría el traductor de 360 á 400 pesetas por cada tomo, y su sustituto de 120 á 200. Aquellos tiempos eran mejores que los actuales para los pacotilleros literarios.

Márquez, que era vehemente en todo y para todo, fué á ver á su tío sin pérdida de tiempo y por la tarde al reunirnos de nuevo me entregó un pliego en francés de 32 columnas, y aquella misma noche puse manos á la obra.

Al comenzarla me convencí de las dificultades con que iba á luchar. Lo que yo sabía del idioma francés no bastaba, y además se trataba en aquellas páginas de agricultura, asunto para mí completamente desconocido; pero mi padre, aficionado al campo y persuadido en vista de los desengaños que formaban su experiencia, de que su felicidad consistiría en ser labrador, vino en mi ayuda y con auxilio de un buen Diccionario que me prestó mi

amigo pude traducir en la primera sesión un par de columnas, que por conducto de su sobrino sometí al día siguiente al examen del traductor titular.

Le pareció bien mi labor, esto me animó, organicé el trabajo y observé con gran satisfacción que ocupándome en él cinco ó seis horas diarias podía ganar un duro.

Después de nuestro inesperado encuentro en la calle del Príncipe, Márquez y yo nos veíamos con frecuencia, estableciéndose entre los dos una lucha afectuosa. Quería él que le imitase en la vida desarreglada que llevaba, dispuesto á sufragar todos los gastos que ocasionase mi complicidad en sus devaneos, y yo me había empeñado en corregirle de los vicios que minaban su salud y malograban las cualidades de que estaba adornado.

XXI

Faltaría á la sinceridad con que me he propuesto consignar mis recuerdos y mis impresiones, si atribuyera la actitud en que me coloqué respecto de mi amigo, á virtudes que ningún joven posee de verdad, por más que se den casos de que una innata ó estudiada hipocresía haga ostentación de ellas sin practicarlas.

Acababa yo de cumplir diez y ocho años, y mentiría como un bellaco quien con el cuerpo sano y teniendo también el alma sana y educada en los

más severos principios de la moral cristiana, afirmase que en la edad á que me refiero y á veces mucho antes, no había experimentado sensaciones extrañas, estremecimientos insólitos, curiosidades vehementes y sugestivas y capciosas tendencias á conocer y saborear el fruto prohibido.

Que esto suceda antes ó después, es cuestión de temperamento, de suerte y de prudencia, ó para hablar con más exactitud, de miedo.

En mi sér, que á Dios gracias no carecía de robustez y de salud, había llegado á dominar casi en absoluto el espíritu á la materia. Si me subyugaba el arte; si me entusiasmaba todo lo grande, todo lo bello; si era capaz de imponerme sacrificios por un goce espiritual, me era posible y en ocasiones fácil, privarme de las satisfacciones que otros seres inconscientes ó maliciosos, no ya en la juventud sino hasta en los comienzos de la adolescencia, necesitan á toda costa y corren ciegos á ellas como la mariposa á la luz en que ha de perecer.

Porque como ya he dicho en otro lugar, cada cosa debe llegar á su tiempo, y es gran verdad según afirma no sé bien si Galeno ó Hipócrates, que el secreto de la salud, del bienestar y de la felicidad posible en el mundo, consiste en usar de todo y no abusar de nada.

Claro es que para observar estas reglas juiciosas lo primero es el temperamento, y quien deba á la Providencia un temperamento tranquilo, no sabe el tesoro de que dispone. Como esta gracia se ob-

tiene sin buscarla, la suerte entra por mucho para obtenerla.

Y luego el miedo es factor importante del juicio ó la abstinencia de que voy hablando. Por mi parte no quiero engalanarme con una santidad de que carecía: si he logrado dominar los instintos de la bestia humana, ha sido por dos causas: la primera y principal porque no he podido prescindir de asociar en todas mis acciones el espíritu á la materia, y luego porque habiendo visto los terribles efectos de los vicios que aquejan á la humanidad he podido escarmentar en cabeza ajena, lo que no suele suceder á la mayoría de los mortales.

La horrible vida que, amándolos entrañablemente, daba mi tío Pepe Rodríguez á su mujer y á su hijo, y otros muchos ejemplos análogos, me hicieron temer al juego.

La facilidad con que Javier Márquez convirtió dos duros en diez y seis, pudo demostrarme que si se perdía, también se ganaba, y estimularme á tentar á la suerte, sobre todo en la apurada situación en que me hallaba; pero cuando me refería con verdadero entusiasmo que había ganado, pensaba yo en los que habían perdido; porque aun entonces carecía de experiencia, rápida é intuitivamente descubría en las dichas las desdichas de que se forman.

Esto me ha hecho sufrir bastante imaginariamente durante mi vida; pero me he librado de muchos disgustos reales y efectivos.

La embriaguez, otro de los vicios, quizás el más

grosero en que he visto incurrir á tantos hombres de talento y de la más completa honradez en el estado normal, se apareció á mis ojos con toda la repugnancia que produce, cuando por hacer una hombrada llevé al Teatro del Genio la botella de rom escamoteada en mi casa. Bebí por no ser menos que mis camaradas de aquella improvisada y ridícula orgía, tuvo necesidad un buen amigo de llevarme á mi casa en un estado lastimoso, y dí á mi amada madre el único disgusto que la causé en mi vida.

Además del horror que despertaba en mí el recuerdo de mi única embriaguez, ni en aquel tiempo ni después he podido explicarme el goce que pueden producir las bebidas alcohólicas, sobre todo el vino, ese vino vulgar, falsificado, que convierte al hombre en bestia ó fiera.

En cuanto al más generalizado y poderoso de los vicios: la lascivia, podría repetir la frase bíblica: «Que arroje la primera piedra quien con sinceridad se crea limpio de pecado».

Una cosa es rendir tributo á la ley natural y otra infringirla entregándose no en cuerpo y alma, sino en cuerpo sin alma, á los apetitos desordenados de la flaqueza humana.

Al predominio del espíritu sobre la materia debí, como ya he dicho, librarme en el período de mayor peligro de gran parte de las voluptuosidades instintivas que acechan, persiguen, luchan y casi siempre dominan al sér humano. Pero como antes confesé también, no fué todo virtud.

Mi padre no era austero ni me trataba con severidad. Pensaba, con razón, que son más los que pecan por ignorancia que por depravación, y procuró que de un modo indirecto fuese enterándome de lo que de todos modos tendría que aprender, con daño si no estaba advertido. Sabía además que los jóvenes hacen muy poco caso de las lecciones teóricas, y que en muchas ocasiones creen poseer la ciencia infusa figurándose que con la inteligencia de que presumen estar dotados, se librarán de los contratiempos que les señalan para que los eviten. Así es que procuraba, mejor que perder el tiempo con advertencias llamadas á ser puestas en cuarentena, colocarme en el caso de observar por mí mismo el efecto que producía en los demás lo que juzgaba que yo no debía hacer.

Este modo indirecto de educar es eficaz, y tengo que agradecer á mi buen padre que lo adoptase para mi educación.

Cuando me dediqué al teatro, debió pensar que en aquel medio ambiente corrían peligro mi candidez y mi salud, y en vez de sermonearme y poner á mi alcance la calidad y cantidad de aquellos peligros, buscó el medio de que yo mismo los descubriese.

Mi pariente Miguel Mayoral estaba por entonces terminando la carrera de Medicina en Madrid é iba con frecuencia á mi casa. Por su claro talento y su carácter franco, alegre, bondadoso y sencillo, era simpático á cuantos le conocían y trataban y en las tertulias de mi familia era el niño mimado.

Mi padre habló sin duda con él, que ya era un hombre de veintidós ó veintitrés años, mientras que yo no había cumplido aún diez y seis; y una noche, al marcharse después de haber pasado la velada con nosotros, me encargó que fuese al día siguiente á las once á buscarle á su casa.

—¿Tienes algo que decirme importante?—le pregunté con curiosidad.

—No; pero estoy seguro de que te agradará ver un museo muy interesante en mi compañía.

Al día siguiente acudí á la cita y nos encaminamos al Colegio de San Carlos, situado entonces como ahora en la calle de Atocha.

Por el camino me indicó algo acerca de lo que íbamos á ver; pero sin dar importancia á la cosa. Necesitaba hacer un estudio anatómico, y como se figuraba que no me disgustaría formarme una idea de la riqueza en piezas anatómicas que poseía la Escuela de Medicina para la enseñanza práctica de los alumnos, lo que por otra parte podía serme útil, me había invitado á acompañarle.

Los que hayan penetrado en aquel curioso y terrible museo de las enfermedades que aquejan á la humanidad, y hayan fijado particularmente su atención en la sección de las que pueden ser el resultado de la lascivia, comprenderán el efecto que produjeron en mi ánimo aquellos casos con los más insignificantes detalles tan admirablemente reproducidos en cera ó cartón piedra.

Mayoral, como si se tratase de la cosa más sen-

cilla del mundo, me explicaba aunque someramente aquellos casos, que por lo que decía eran frecuentes, envenenaban la sangre y condenaban á los pacientes á una vida valetudinaria y llena de remordimientos cuando el vicio no adormecía por completo su conciencia.

Mi situación era delicada en aquellos momentos: deseaba preguntar, profundizar y no me atrevía; pero observaba, grababa en mi memoria lo que veía, experimentaba ante cada nuevo ejemplar un horror creciente que me producía escalofríos, y cuando después de haber pasado dos horas lo menos viendo las miserias de la bestia humana, abandonamos el Colegio y sin hablar de lo que había examinado con curiosidad y terror nos separamos Mayoral y yo, me encaminé á mi casa profundamente impresionado.

Aquella visión quedó marcada para siempre en mi imaginación como un sello indeleble, y me salvó de los peligros á que conduce la flaqueza humana cuando se convierte en implacable vicio. Un miedo, más altruista que egoísta, acudió en mi auxilio cuando fué necesario, y gracias á la lección indirecta que había preparado mi padre, comprendiendo yo con perfecta claridad donde acababan los fueros legítimos de la naturaleza y donde empezaban las liviandades groseras y repugnantes de la perversidad de la materia entregada sin freno alguno á sus torpes deseos, pude en mi vida íntima, en mi trato social y en la concepción y ejecución de mis obras literarias, mantener el equilibrio

ó la ecuaminidad, como se dice ahora, entre los dos elementos esenciales de la existencia: el cuerpo y el alma, y disfrutar á la vez de salud corporal y de salud espiritual, lo que no deja de ser un bien, que sólo puede apreciarse con exactitud cuando no habiendo cesado de luchar en la vida social, se llega á la avanzada edad que cuento sin tener que pagar en dolorosos achaques goces desordenados de la juventud, y sin más penas en el orden moral que las que causan la pérdida de seres amados y los desengaños que producen las ilusiones.

Pongo punto á esta larga, aunque no del todo inútil digresión, manifestando que con mis cariñosas indicaciones logré que Javier Márquez renunciara en absoluto al juego. Lo que no conseguí fué que hiciera otro tanto respecto de sus debilidades eróticas. Dos años después llegó á gastarse su naturaleza de tal modo, que el médico de su familia le aseguró que si no cambiaba de vida duraría muy poco, dos ó tres meses nada más. Afortunadamente tomó una resolución violenta que referiré más adelante, y no se realizó el augurio del médico.

Por ahora baste decir que reanimadas sus aficiones literarias con mi ejemplo, ocupaba el tiempo que las clases y los estudios le dejaban libres en escribir versos y artículos que me leía cuando nos veíamos, lo que sucedía con frecuencia.

De todos los amigos y compañeros con quienes se reunía á diario antes de nuestro encuentro; sin dejar la amistad que les profesaba, so-

lo conservó intimidad con uno de ellos, José de Arroquia, tipo caballeresco, de una exquisita educación, de buen talento, de una familia distinguida y pudiente, no recuerdo si del mismo Jaén ó de una importante población de la provincia.

XXII

A los pocos días de mi encuentro con Márquez, me sorprendió agradablemente una esquela que llevó á mi casa un mozo de cuerda. Todavía no funcionaba el correo interior.

La carta era de Becquer, me anunciaba que acababa de llegar, que estaba rendido del viaje y me rogaba que al día siguiente fuese á verle. Se había alojado en una casa de huéspedes de la calle de Hortaleza, cuyo número me indicaba.

Esta noticia me llenó de alegría; porque si admiraba á Becquer, el cariño que le profesaba era mayor que mi admiración, con ser esta muy grande y muy sincera.

A las nueve de la mañana del siguiente día fuí á verle, y una zafia doméstica de las que en aquellos tiempos sólo podían servir en las casas de huéspedes baratas, me condujo por un estrecho y oscuro pasillo y deteniéndose ante una puerta:

—Este es el cuarto del joven á quien usted busca—dijo.—Llame usted á ver si está despierto y le deja entrar.

Dió media vuelta y se alejó. Siguiendo su consejo iba á llamar cuando Gustavo, que me espe-

raba y sin duda había oído la poco culta indicación de la maritornes, abrió la puerta y me tendió los brazos.

Entré en el cuarto, que era muy reducido y sin más luz que la que penetraba por una ventana que daba á un estrecho patio. Un catre con un colchón, una mesa cubierta con un tapete muy deteriorado, una palangana de peltre sobre un pie de hierro, un jarro con agua al lado de un cubo, los dos de zinc, y dos sillas de Vitoria, componían con el baul que había traido el huesped el ajuar de aquel modesto cuarto de estudiante. Una de las sillas reemplazaba á la ausente mesa de noche y sobre ella estaba aún una palmatoria de metal blanco con un cabo de bujía que había alumbrado la noche anterior al que llegaba á la Villa y Corte pobre de dinero, pero rico de ensueños y esperanzas.

No había podido resistir más tiempo al deseo de venir á Madrid; y á pesar de su carácter pacífico, de su inalterable paciencia, había resuelto jugar el todo por el todo.

El primer obstáculo que había tenido que vencer fué la oposición que su madrina hizo al viaje. No había visto la excelente señora con buenos ojos que su ahijado dejase la pintura por las letras. Pintando cuadros de género como su padre y su tío, podía ganarse la vida. Los ingleses seguían comprando los que representaban escenas andaluzas; pero, ¿quién compraba los versos? Nadie. Era una locura venir á Madrid sin un empleo ó una ocupación lucrativa. En Sevilla, á su lado

podía vivir con holgura; pero sus recursos no la permitían proporcionarle una pensión suficiente para atender á sus necesidades. Además se había acostumbrado á considerarle como un hijo; la idea de su ausencia la afligía; en Madrid pasaría privaciones, en tanto que á su lado nada le faltaría.

Según me refirió Gustavo, las discusiones sobre aquel tema entre madrina y ahijado desde que éste anunció su propósito hasta que resolvió llevarlo á cabo contra la voluntad de la buena señora, fueron violentas.

Surgió el inevitable rompimiento, y mi pobre amigo no pudo contar para el viaje y su estancia en Madrid el mes que suponía tardar en encontrar los recursos necesarios para vivir, más que con treinta duros que le había dado su tío, de los cuales ya había gastado doce en la galera acelerada que le había conducido á Madrid y en su manutención durante el trayecto.

Un conocido de Sevilla le había recomendado la casa de huéspedes en donde se alojaba y en la que por seis reales diarios le darían cama y comida: pobremente, sin duda; pero eso era lo de menos. Había realizado su sueño dorado, podía estirar á dos meses los diez y ocho duros que poseía y en este tiempo ¿no habría de realizar alguno de los proyectos que acariciaba?

Mis confidencias no fueron menos tristes que las suyas. A grandes rasgos le referí cuanto me había pasado desde nuestra separación y la esca-

sa esperanza que tenía de que los versos guardados en la arquilla de Campillo nos sacaran de apuros. Por una parte la agitación política no predisponía los ánimos á los tranquilos goces del arte y por otra, había oído decir al Duque de Rivas, á Bretón, á Hartzenbusch, á Serra, á Trueba y á Carlos Pravia, que ningún editor compraba poesías. Solo uno, no recuerdo si Delgado, gran explotador de los autores dramáticos, ó un D. Vicente Boix, pagaba á Zorrilla un real por cada verso. Los periódicos literarios se limitaban á publicar las composiciones de los poetas aplaudidos en el Liceo ó en las tertulias donde se rendía culto á los renglones desiguales; pero sin ofrecerles renumeración

De todos modos, no era cosa de dar por perdido nuestro trabajo: según me dijo Becquer, Campillo no tardaría en reunirse con nosotros, traería los versos y si encontrábamos un editor que los publicase, aunque sólo quedasen los ceros en el cálculo de la ganancia de que ya tiene noticia el lector, por lo menos nos daríamos á conocer.

No había motivo para que nos desanimásemos: además Gustavo acariciaba un proyecto que seguramente realizaría con creces nuestro deseo de gloria y de fortuna.

No todos los editores podrían acometer la magna empresa de que se trataba. Era de todo punto indispensable un capitalista ó poco menos, porque la obra que había concebido debía constar de cuatro ó cinco grandes tomos, con numerosas ilus-

traciones; sería necesaria la colaboración de literatos, arqueólogos, dibujantes y grabadores de verdadero mérito, y aunque en su concepto el éxito era seguro, sólo los preparativos exigirían una crecida cantidad de dinero.

Desde luego me asociaba á su proyecto, reservándose la dirección, porque había meditado mucho sobre el asunto, habiendo trazado minciosamente el plan de aquella obra que debía ser un monumento literario y artístico. En cuanto se enterara de su pensamiento un editor inteligente, cerraría el trato en las condiciones que se le exigieran, porque no solo uniría su nombre á una empresa grandiosa, sino que triplicaría ó cuadruplicaría su capital.

Bastaba una simple carta de presentación para el editor, que después de informarnos acerca de las condiciones de los que había en Madrid, nos pareciese mejor; y una vez elegido, no sería difícil que cualesquiera de los ilustres literatos que me dispensaban su afecto, conociese al *rara avis* que necesitábamos y nos pusiera en relaciones con él.

Al hablarme de aquel modo despertando en mi ánimo viva curiosidad, brillaban el entusiasmo y la fe en los ojos de Becquer, que por lo general parecían dormidos ó por lo menos soñadores.

Gustavo se había sentado en el catre y yo á su lado ocupaba la silla de Vitoria que estaba libre: la luz que entraba por la ventana era tan ténue, que parecía que estaba anocheciendo. En aquel medio, y no añadiré ambiente, por que faltaba el

necesario para respirar á gusto, me refirió mi buen amigo su proyecto, que me pareció colosal.

La obra debía titularse *Los templos de España* y contener la más amplia y detallada descripción de cuantos en nuestra patria representaban el sentimiento religioso, la devoción, la piedad y el arte bajo sus múltiples aspectos.

Si acertase á reproducir el grandioso plan de la obra con la elocuencia, con el fervor, con la fe y el entusiasmo que palpitaban en sus palabras, podría el lector sorprender á Becquer en uno de los momentos más inspirados de su vida, inspirada siempre en lo bueno y lo bello.

No se trataba de un estudio pura y simplemente arqueológico, de una descripción técnica más ó menos detallada como las que habían hecho algunos eruditos españoles, muy meritorias, muy documentadas; pero más labor de fotógrafo que de pintor artista. Lo que Gustavo pretendía, era hacer un grandioso poema en el que la fe cristiana, sencilla y humilde, ofreciese el inconmensurable y espléndido cuadro de las bellezas del Catolicismo. Cada catedral, cada basilica, cada monasterio, sería un canto del poema. La idea, el sentimiento estarían expresados por la fábrica con el mármol, la madera, el hierro, el bronce, la plata, el oro, las piedras preciosas al servicio de artistas arquitectos, pintores y escultores. A estas expléndidas formas darían alma la oración, la liturgia, el sencillo, severo y solemne canto llano, las melodías del

órgano, los símbolos de los dogmas, la elocuencia sagrada...

Con una ingenuidad encantadora, que acusaba el dominio que tenía del asunto que bullía en su mente y palpitaba en su corazón, me refirió Gustavo sin olvidar el más insignificante detalle, lo que quería que fuese aquella magna obra.

Desde la más humilde ermita hasta la más suntuosa catedral; desde el sencillo motete hasta el grandioso *Tantum ergo* ó el terrible *Dies iræ*; desde la sencilla oración hasta el solemne *Te Deum*, todo debía aparecer en su natural gradación.

La Religión nos recibe al nacer, nos guía, con los sacramentos nos perfecciona, nos acompaña siempre, bendice el hogar que creamos, y cuando acaba nuestra vida, nos conduce á la tierra bendita donde hemos de dormir el sueño eterno. Era preciso, en concepto de Becquer, penetrarse de lo que representa y es la Religión en el mundo; de lo que era capaz de realizar la fe, y evocarla ante los creyentes, rodeada de su humildad y su grandeza, demostrando el poderío del arte inspirado por el sentimiento religioso.

Había leído el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand, y había admirado el pensamiento de la obra; pero en relación con su proyecto no era más que un boceto, precioso, sí; pero muy reducido ante la magnitud del asunto. De cada templo había que hacer una *Nuestra Señora de París*, sin que una sóla piedra, un sólo detalle dejase de decir su palabra enigmática y desempeñar su mi-

sión en el conjunto de la obra. El estudio que Becquer había hecho de la catedral de Sevilla, minucioso para la vista, profundo para el pensamiento, debía aplicarse á todas las de España, que por las reseñas que había leído ofrecían tesoros de observación al pensador y supremos goces de admiración al artista.

De todo aquel maravilloso conjunto, resultaría la belleza moral del Cristianismo en el grandioso marco del Catolicismo, y la obra sería á la vez histórica, filosófica, artística, patriótica y glorificaría á los que habían dedicado su fortuna, su ingenio y su piedad á enriquecer á España con magníficos monumentos religiosos.

Cuanto más comprendía la magnitud de la obra, más se afianzaba en mi ánimo la creencia de que su éxito había de ser maravilloso. Becquer podría emprenderla y terminarla. Tampoco dudaba de que hallaría un editor inteligente con el capital necesario para acometer la empresa.

Mi buen amigo me comunicó su entusiasmo y él, con diez y ocho duros por todo capital, y yo obligado á traducir artículos de agricultura á diez reales columna, nos juzgamos estar á la altura de los más poderosos de la tierra, porque nuestra imaginación veía terminada la grandiosa obra de los *Templos de España*, impresa con letra clara y elegante, en magnífico papel, ilustrada con preciosos grabados y no menos preciosas litografías, y los cuatro ó cinco tomos encuadernados con ta-

filete y cantos dorados, ocupando puesto preferente en las Bibliotecas.

Por las nubes andábamos, cuando se abrió la puerta del cuarto y nos devolvió á la realidad la zafia maritornes que, colándose de rondón en el cuarto y sin hacer el menor caso de mí, dijo á Becquer:

—Por lo visto usted se mantiene del aire. Ni ha pedido el chocolate para desayunarse ni piensa usted en comer, y eso que es la una y media. Los otros huéspedes ya están sentados á la mesa.

Cuatro horas nos habían parecido unos cuantos minutos. En un mísero cuarto casi á oscuras, sentado en un plebeyo catre me había revelado Becquer un pensamiento que podía llenar el mundo y yo, en una desvencijada silla de Vitoria, había escuchado con admiración el fantástico relato, seguro de que entrañaba la gloria y la fortuna del autor del proyecto y de sus colaboradores. ¡Hermosa juventud, rica de ilusiones y de esperanzas! Por el camino del ensueño, llega á la realidad donde esperanzas é ilusiones se convierten en desengaños; pero ¿quién la quita lo que he gozado esperando y creyendo?

XXIII

Nos separamos quedando yo en volver por la tarde á buscarle para hacerle los honores de Madrid, y cuando cumplí mi promesa encontré á Bec-

quer en compañía de un joven de alguna más edad que la nuestra.

—Aquí tienes—me dijo—á un poeta tan desdichado como nosotros, paisano mío á quien conocí después que te ausentaste de Sevilla, que ha llegado hace poco y que será nuestro compañero de penas y alegrías.

Me tendió su mano y la estreché con verdadera simpatía, porque su rostro expresaba una sinceridad y una nobleza que desde el primer momento impresionaban agradablemente.

Fué en efecto un buen amigo, un leal compañero, luchó como nosotros y desde aquella tarde juntamos, con nuestra pobreza positiva, las aspiraciones y las esperanzas que llenaban nuestra mente y nuestro corazón.

Se llamaba Luis García Luna y había nacido en Sevilla en el año 1834 en el seno de una familia que había ocupado altas posiciones. Su abuelo D. Francisco de Paula García Luna había sido ministro de Hacienda y su padre, que murió joven, había formado parte de la Guardia Real de Fernando VII. Niño aún, perdió también á su madre y recogido por su abuelo paterno, se crió y educó al lado de éste mientras vivió, pasando después á vivir al amparo de dos hermanos de su madre.

En la capital de Andalucía, donde residió después del fallecimiento de sus padres, estudió con aplicación las primeras letras, y más tarde cursó como yo la carrera del Notariado terminándola; pero apasionado por la literatura, especialmente

por la dramática, resolvió desentenderse de los protocolos y dedicarse exclusivamente á su afición favorita.

Como es de presumir, no agradó á sus tíos aquella determinación; tuvo que romper relaciones con ellos, como las había roto Becquer con su madrina, y se trasladó á Madrid en busca de fortuna, dejando en Sevilla á la que debía ser compañera de su vida en cuanto consiguiera los medios de crear y sostener un hogar.

Carolina, que así se llamaba la que después de cuatro años de separación y de mutua constancia, fué digna esposa de García Luna, era huérfana como él y vivía en Sevilla con una familia antigua amiga de sus padres.

A esta familia pertenecía una buena señora que desde hacía algunos años residía en Madrid, donde había enviudado, y que para aumentar su corta viudedad había establecido una casa de huéspedes en la calle de la Paz. Por recomendación de su prometida se alojó García Luna en casa de doña Soledad, quien no tardó mucho en convertirse de patrona en una cariñosa madre de su joven huésped y hasta del mismo Becquer, de quien también fué paño de lágrimas.

Cuando la conocí era ya señora de cincuenta y ocho á sesenta años, sevillana también, menuda, apañadita como dirían sus paisanos, de expresión bondadosa, viva de genio, ingenuamente servicial, limpia como el oro, aficionada á echar sermones, por su bien, á sus huéspedes y esmerándose en

tratarlos con delicadezas, no de las que artificiosamente produce la urbanidad, sino de las que brotan espontáneamente de los corazones nobles y generosos.

Creo inútil decir que en calidad de ama de huéspedes no hizo negocio; pero mientras su viudedad alcanzaba á auxiliar á los que consideraba como hijos, era feliz en medio de sus apuros. Si ayudando á García Luna y á Becquer les facilitaba el medio de que lograsen con su talento una brillante posición, se daba por satisfecha. No había más remedio que querer á aquella santa mujer, y también yo la tomé cariño por lo buena que era para García Luna y fué para Becquer el breve tiempo en que por carecer completamente de recursos, no tuvo más remedio que aceptar el hospedaje que la buena señora le brindó sinceramente condolida de su desdicha.

XXIV

Gustavo deseaba dar un vistazo al Madrid de sus sueños y de sus esperanzas y abandonamos el cubil de la casa de huéspedes de la calle de Hortaleza, encaminándonos á la Puerta del Sol.

En aquel tiempo existía aún entre la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo la célebre iglesia del Buen Suceso, cuya misa de dos era el recurso de los perezosos. El perímetro de la plaza, llamada puerta por haberlo sido en el primitivo Madrid, era una tercera parte menor que el

que ahora ocupa. Las casas de aquel paraje, el más céntrico y famoso de la Villa y Corte, eran viejas, pobres las tiendas, modestos el café de Levante y la Horchatería que había en la acera de la derecha viniendo de la calle Mayor y que poco después desplegaron un lujo que fascinó á los madrileños, acostumbrados á la casi cueva donde estaba instalado el todavía viviente café de Pombo.

El Principal ó Correos, como llamaban al que es ahora y fué siempre ministerio de la Gobernación, y la casa del Maragato, que ocupa la manzana situada entre las calles del Correo, Mayor, Pontejos y Esparteros eran los únicos edificios que podían figurar con decoro en tal paraje, que entonces era el más importante de la capital de España.

Los que aparecían en las calles de Alcalá y la Carrera, lo mismo que los que en las de la Montera y de Preciados formaban ángulo con la Puerta del Sol, acusaban una respetable antigüedad y adolecían de todos los achaques de la vejez.

La impresión que Madrid produjo en Becquer no fué muy grata. Su imaginación le había hecho suponer magnificencias y grandezas que no existían por aquel tiempo, en que solía decir la gente que Madrid era un corral de vacas.

Las iglesias que vimos al paso: San Luis, el Buen Suceso, el Convento de las Calatravas que todavía no había sido restaurado, San José, San Fermín de los Navarros en el Prado, San Antonio frente al Congreso, San Ginés, Santa María que

estaba en el emplazamiento que hoy ocupa la última casa de la acera de la derecha de la calle Mayor, carecían de interés por su aspecto exterior é interiormente, no ofrecían nada de notable.

Las de Sevilla, sin contar la Catedral, eran superiores. El vistazo á Madrid desanimó á Becquer; pero si faltaban monumentos artísticos, si en la comparación con la capital de Andalucía salía perdiendo á los ojos del artista, en cambio la vida intelectual de la nación en Madrid estaba y en Madrid había que buscar la gloria y el dinero para vivir y disfrutar de la vida.

Para olvidar aquella mala impresión, habló Gustavo de su gran proyecto que aún no conocía Luna, y como yo no había podido trabajar ni por la mañana ni por la tarde, y necesitaba recuperar el tiempo perdido, dejé á mis camaradas charlando y me encaminé á mi casa, donde encontré á mi padre y á mis hermanas consternados.

XXV

Aquella tarde había sido asesinado por su cochero el conde de Vía Manuel, y este suceso no sólo afectaba á mi familia por un sentimiento de humanidad, sino también porque habiendo recibido mi padre una carta de su amigo Arriera anunciándole que de un momento á otro regresaría á Madrid y le presentaría á su principal, que había prometido colocarle en las oficinas de su casa,

el trágico fin del Conde destruía una vez más sus esperanzas próximas á realizarse.

La noticia del crimen circuló rápidamente por Madrid, mi padre acudió al palacio de la calle del Barco en donde ya el Juzgado de guardia instruía las primeras diligencias. La puerta estaba custodiada por guardias de orden público y en los corrillos que se formaron oyó distintas versiones sobre el inesperado y terrible suceso, confirmando todos la violenta muerte del infortunado Conde.

Como sucede en análogos casos, cada cual refería á su manera los pormenores de aquel sangriento drama, atribuyendo el movil del asesino á celos más ó menos fundados, y conviniendo todos en que el cochero era hombre de un carácter violento, desalmado y brutal.

Parece ser que formaba parte de la servidumbre de aquella casa nobiliaria una joven de extraordinaria belleza, de la que el cochero se enamoró no consiguiendo ser correspondido. Sin duda se exacerbaría su pasión al verse despreciado, sospecharía ó le harían sospechar la causa del desdén de que era objeto, y Dios sabe lo que pasaría en las interioridades de aquella mansión sin que se apercibieran los amos, porque en los palacios donde abundan los servidores arde siempre una guerra sorda, encubierta con la aparente humildad lacayuna.

Los que suponían estar bien informados, contaban refiriéndose á los que habían presenciado el crimen, que al ver el Conde que no estaba el

coche enganchado á la hora en que lo había pedido, preguntó la causa de la tardanza y se enteró de que el cochero debía haber bebido más de lo regular ó hallarse enfermo, porque permanecía en la cochera sobre una silla como amodorrado y contestaba con improperios y amenazas á los que le advertían que era hora de enganchar.

Vestido como estaba para salir, el Conde que era muy llano y trataba con la mayor bondad á sus servidores, bajó al gran patio en donde estaba la cochera y entró en ella para informarse por sí mismo de lo que ocurría.

Un momento después le vieron algunos criados salir espantado, y detrás, cerca de él, iba el cochero blandiendo un puñal y profiriendo las más groseras frases. Antes de que pudieran acudir en su auxilio los testigos, el malvado asestó á su amo con rapidez y saña las puñaladas que pudo, hasta que le sujetaron. Pero ya era tarde: su víctima cayó herida de muerte.

Fuera ó no exacto en todos sus detalles este relato, lo cierto y doloroso fué que el conde de Vía-Manuel, en el mejor período de la vida, rodeado de una familia cariñosa, considerado y querido por las prendas de su carácter, sucumbió á impulsos de la ciega brutalidad de un miserable.

Desde la casa donde se había cometido el horrendo crimen, fué mi padre á visitar á la señora de Arriera, y allí le dijeron que había sido llamado por telégrafo D. Francisco, apoderado general como ya indiqué, del malogrado Conde, cuya pre-

sencia en Madrid era de todo punto necesaria por estar enterado de los asuntos de la casa y ser el hombre de confianza del noble á quien lloraba su familia y á quien rendían tributo con su pena, no sólo sus deudos y amigos, sino los vecinos de la calle que conociendo sus cualidades le estimaban sinceramente.

El criminal necesitó ser defendido por la policía al trasladarle á la cárcel, porque las clases populares de la calle y del barrio querían castigarle, anticipándose á la Justicia.

Con tan triste motivo cesaron las reuniones en casa de Arriera, y las que continuaron celebrándose en la de doña Concha perdieron por algún tiempo la amenidad que las caracterizaba.

XXVI

Becquer, García Luna y yo nos veíamos todos los días y por indicación del segundo, algo más práctico que nosotros en los negocios, convinimos en mantener secreto el proyecto de la obra descriptiva de los *Templos de España.*

Eramos desconocidos, y si la idea de aquella publicación interesaba al editor á quien la propusiéramos, la emprendería desde luego; pero buscaría para realizarla á literatos afamados. Luna tenía instintos de comerciante: en su concepto, debíamos buscar á una persona ajena por completo á los negocios editoriales; pero con capital suficiente para llevar adelante la empresa.

Ante todo procedía combinar detalladamente el plan de la obra, lo que debía hacer Becquer, y bajo su dirección desempeñar nosotros la tarea que nos encomendase.

En la Biblioteca Nacional hallaríamos libros que consultar; y si como Gustavo pensaba, una de las primeras monografías debía ser la de la Catedral de Toledo, en cuanto nuestra situación mejorase, iríamos á pasar algunos días en la antigua Corte de los reyes godos.

Por de pronto había que resolver el problema que más nos apremiaba. Luna había escrito una zarzuela, cuyo protagonista era el célebre escultor sevillano Montañés. Yo estaba dando la última mano á mi drama *Isabela*, y con la carta que para Arjona me había dado su padre, era de esperar que se representaría.

Con los recursos de que disponía Becquer podía atender á sus necesidades durante mes y medio lo menos; Luna tenía asegurada la subsistencia por tiempo ilimitado en casa de doña Soledad, y yo mal que bien, con las traducciones agrícolas podía ayudar á mi padre.

Luna y yo éramos incansables para buscar recursos, sin desmayar aunque no los hallásemos. Becquer, por el contrario, con energía suficiente para pasar horas y horas estudiando y escribiendo y mejor aun pensando y soñando, carecía de iniciativa y hasta de fuerza física para luchar por la existencia.

Por las mañanas salía temprano de su chirivi-

til y registraba los parajes y rincones más característicos de Madrid, como en sus mocedades había hecho en Sevilla.

Residía en Madrid, empleado si no recuerdo mal en una oficina del Gobierno, un amigo de Becquer llamado Federico Alcega. Creo que se habían conocido en el Colegio náutico de San Telmo, en el que habían sido compañeros, aunque en distinto curso, por que Alcega tenía cinco ó seis años más que Gustavo.

Federico Alcega vivía con su familia en la calle de Atocha muy cerca del Colegio de San Carlos, quería entrañablemente á Becquer y se veían con frecuencia.

A pesar de su intimidad, era mi buen amigo tan delicado que durante algún tiempo le ocultó lo precario de su situación; y si al fin llegó á enterarse de ella y se obstinó en llevarle á su casa, donde fué admitido como un individuo más de aquella excelente familia, tuvo que adivinarlo. Antes de que esto sucediera, á los dos meses de la estancia de Becquer en Madrid, la buena de doña Soledad le hospedó en su casa, lo que hizo con el mayor gusto por indicación de García Luna.

También fué Gustavo buen amigo de Javier Márquez, á quien le presenté poco después de su llegada. Casi todas las tardes paseábamos por el Retiro, por el Campo del Moro ó por la Ronda, que en aquella época ofrecía el aspecto de los aduares marroquíes, transformada después en las

amplias, animadas y bien urbanizadas calles de Sagasta, Carranza y Alberto Aguilera.

Quise presentar á Becquer en las casas que yo frecuentaba, para que sobre todo en las veladas distrajese su ánimo; pero no pude conseguirlo. Solo logré que algunas tardes me acompañase á la de Eduardo Prieto, estimulado por el aliciente de oirle tocar el piano. La música le entusiasmaba. Creo que era lo único que, al mismo tiempo que su espíritu, animaba sus músculos. Por oir una sonata de Mozart, una sinfonía de Behetoven, una fuga de Bach ó una romanza sin palabras de Mendelshonn habría hecho todo género de sacrificios.

En esto participaba yo de su entusiasmo, pudiendo asegurar que no solo me deleitaba el divino arte, sino que ha sido siempre y sigue siendo en las postrimerías de mi vida, el gran estímulo de lo que me atrevería á llamar mi inspiración, suponiendo que me haya concedido este preciado don la Providencia.

Los mejores pensamientos que puedan encontrarse en mis obras literarias, y sobre todo los sentimientos más delicados, los he debido á la música de los grandes maestros.

No olvido, que viviendo por los años 1869 y 70 en la calle de Serrano en un piso tercero de la casa que hoy tiene el núm. 26 y tenía entonces el 14, separaba un tabique mi despacho del gabinete del otro cuarto tercero, en el que había adosado á la pared un buen piano, que todos los días desde

las nueve de la mañana hasta las doce y por las noches desde las ocho hasta las diez, reproducía con un estilo y una expresión admirables, las obras de los compositores que antes he nombrado, las de Chopín, Brahms, Schumann, Listz, y las fantasías sobre motivos de óperas, que entonces gozaban de gran boga, de Herz, Souloff, Talberg, Ravina y otros pianistas no menos célebres.

Todas las mañanas, y siempre que podía por las noches, á las horas indicadas entraba en mi despacho, y al mismo tiempo que deleitaba mi oído aquella hermosa música, sentía en mi cerebro una incansable actividad. Trabajar de aquel modo era para mí un goce, y en aquella temporada escribí lo mejor que ha trazado mi pobre pluma.

—¿Cómo puede usted trabajar con ese ruído?— preguntaban algunos compañeros ó amigos particulares, á quienes no podía menos de recibir.

A estas preguntas contestaba con vulgaridades. De otro modo no me habrían comprendido.

Los días en que por enfermedad de la pianista ó cualesquiera otro motivo estaba mudo el piano, me parecía que me faltaba algo esencial, y mi labor era más breve y más premiosa.

Quién tan magistralmente tocaba el piano era una señorita, á quien jamás ví y cuyo nombre ignoré. Pertenecía á una familia poco aficionada al trato social, y no nos habían pasado tarjeta ni visitado como era y es costumbre entre vecinos. Muchas veces he recordado á aquella desconocida pianista, agradeciéndole cuanto hizo sin saberlo

y ni siquiera sospecharlo, en beneficio de mis trabajos literarios y de mis aficiones musicales.

XXVII

Corregido mi drama *Isabela* por el duque de Rivas y el marqués de Auñón, me favoreció este bondadoso protector con una carta de recomendación para Tamayo. Debía yo presentar á Arjona la que para él me había dado su padre; pero según me indicó el marqués de Auñón, su consejero aulico, su autor favorito, su mejor amigo era el aplaudido autor de *Virginia* y *Locura de amor*. Sometía á su juicio cuantas obras le entregaban los poetas, y también formaba parte de aquel tribunal misterioso D. Manuel Cañete, afamado crítico, muy ducho en cosas de teatros, porque antes de juzgar dramas y comedias, había apuntado muchas en calidad de apuntador, oficio que desempeñó en sus mocedades.

Visité á Arjona, quien ya tenía noticia por su padre de mis propósitos; y aunque me recibió con afabilidad, comprendí que no le habían agradado las cordiales relaciones que mantuve en Sevilla con el famoso Asistente y con su excelente esposa doña Rosario.

El gran actor me había tenido á sus órdenes en una condición modesta, y son muy pocos los hombres que aun dotados de talento y de generosos instintos, se conforman con tratar de igual á

igual á los que en otro tiempo necesitaron su protección y estuvieron á su servicio.

Bien educado y de gran corrección en sus actos y en sus palabras, procuró que la carta de su padre acortara lo menos posible la distancia que había entre el director y empresario de un teatro y un aspirante á autor; me ofreció leer con interés el drama, para lo cual habría bastado que me hubiera presentado á él sin recomendación alguna; insinuó que desearía poder aceptarle y representarle, aunque tenía muchas obras de autores reputados y muchos compromisos, lo que aun en el caso de que pudiera realizar mis deseos, le obligaría á retrasar el gusto de complacerme, y terminó la entrevista dándome una tarjeta para que pudiera entrar en el teatro, asistir á las funciones, saludarle en el escenario y ver á mis antiguos compañeros, muchos de los cuales formaban aún parte de su compañía.

Acabó recordándome mi pasado; lo que aunque obedeciera en él á la necesidad de desahogar un momento de despecho, no me ofendió.

Han creído algunos escritores de mi tiempo que me mortificaban preguntándome si era pariente mío un Nombela que figura en el reparto de las comedias ó dramas que se estrenaron en los años 1851 y 52 en los teatros del Drama y de Variedades. Como los papeles que desempeñé eran insignificantes, esperaban sin duda que me negase á mí mismo. Pero como me apresuraba á confesar que yo había sido aquel modesto actor por quien

me preguntaban, no conseguían su malévolo objeto.

Tampoco al despedirnos me mortificó Arjona con su recuerdo.

Dos ó tres días después visité á Tamayo, que ya era un autor dramático de los más distinguidos de aquel tiempo, aunque aún no había llegado al apogeo de su gloria, como llegó más tarde con el *Drama nuevo*.

Era entonces muy joven, quizás no contaría más de veintiséis años, y á su gran conocimiento de la escena, porque en ella había nacido y se había criado siendo como era hijo de la célebre actriz Joaquina Baus, unía una inteligencia clarísima y muchas, en mi concepto todas, las cualidades que brillan en las obras de Shakespeare.

Era además amable hasta tal punto, que á veces parecía artificioso lo que había de sincero en su trato. Al verme, recordó que me había conocido cuando formaba parte de la Compañía de Arjona; añadió, porque su naturaleza le impulsaba á ser grato á todo el mundo y más á los pequeños que á los grandes, que era lástima que hubiese abandonado la escena, porque mostré buenas disposiciones; y después de tributar grandes elogios al marqués de Auñón, me dijo—porque no es posible emplear en el mundo para todo la sinceridad—que era muy amigo de Arjona, que alguna que otra vez consultaba con él las obras que le entregaban; pero que se abstenía de dar su parecer, añadió modestamente, por carecer de autoridad

y porque nadie era infalible en asuntos de arte. Pero de todos modos recordaría á menudo á Arjona mi deseo, que era el suyo también; y si le hablaba de mi drama, por tratarse de mí á quien había conocido siendo un niño enterándose de quién era yo y de lo que prometía, leería con interés la obra y confidencialmente me diría su opinión.

Creerá el lector que tenía grandes condiciones para diplomático, y en honor de la verdad no era así. Aunque le traté poco, he oído los juicios que admiradores y adversarios suyos formaron de él; cuando nos encontrábamos, de tarde en tarde, conversábamos con la intimidad respetuosa que inspiraba, y el concepto definitivo que formé de su carácter fué que cuando ofrecía algo lo ofrecía con sinceridad, con resolución, gozando al poder prestar un servicio; pero al mismo tiempo era débil, no quería malquistarse con nadie y cedía siempre, por bondad y por comodidad.

Modelo de hogares fué el suyo, gracias á su digna y adorada compañera, de quien fué á un tiempo esposo queridísimo y niño mimado. Profunda y sinceramente religioso, no incurrió más que en un pecado, de soberbia, que le honra y enaltece.

Cuando se abusó en el teatro de las amañadas ovaciones, de las innumerables llamadas al escenario de autores de obras muy medianas y algunas muy ineptas, se negó á aceptar aquellos agasajos, aunque para él se considerasen merecidos

y hasta ocultó su nombre ilustre con el vulgar seudónimo de D. Joaquín Estébanez.

No ha faltado quien atribuya esta renuncia terminante y solemne á los aplausos que tanto halagan á los autores, al cumplimiento de un voto por haber obtenido una gracia, de Dios solicitada. Bien pudo ser cierta esta versión; pero opto por la anterior.

El público, que no sabe juzgar, y que en cuestiones teatrales se deja guiar por los *chorizos* ó los *polacos*, que con distinto traje siguen siendo lo que fueron en los corrales de la *Pacheca* y de la *Cruz*; que mide por el mismo rasero á los dramaturgos de genio y á los don Eleuterios Crispín de Andorra, merece el desprecio que implica negarse á oir sus aplausos y ocultar un nombre glorioso con un nombre y un apellido vulgares.

Para terminar el episodio relacionado con mi drama *Isabela*, confiaré al lector que á pesar de la bondad con que lo juzgaron el duque de Rivas, su hijo el marqués de Auñón, Becquer y Luna, no se representó. Cuando muchos años después, revolviendo papeles cayó en mis manos, comprendí que si se hubiera representado habría pasado inadvertido, sumiéndole en el olvido la más completa y justa indiferencia. El asunto carecía de novedad, y aunque abundaban las situaciones dramáticas; los caracteres sin relieve, sin colorido, cortados por el patrón de tantos otros, quitaban interés á la acción. Sólo había en la obra una versificación fácil, en algunos períodos brillante, fuego de arti-

ficio que puede fascinar, pero no conmover ni mucho menos convencer.

Mucho me alegré de que sólo conocieran el drama dos ó tres buenos amigos, pues lo que es Arjona y Tamayo sólo le vieron por el forro, como suele decirse.

Mientras duró la temporada teatral fuí varias veces al saloncillo del teatro por la noche ó á los ensayos por la tarde. Arjona me acogía con forzada amabilidad, conservando siempre la distancia que en su concepto debía separar al antiguo racionista del primer actor y director de escena. Algunos años después, cuando era yo redactor literario de *La Epoca* y colaboraba en *La Política*, siendo en ambos periódicos mi principal tarea las revistas de teatros, se humanizó bastante las pocas veces en que la casualidad nos reunió.

Pero cuando pretendía que representase mi drama, se mantenía reservado y apenas me atrevía á preguntarle si había podido leer algunas escenas de aquella obra en que cifraba mis esperanzas de adquirir notoriedad y de ganar dinero.

La duda me mortificaba más que me habría mortificado la realidad, aun siendo adversa. A mis rápidas y temblorosas preguntas, contestaba con evasivas. No había podido leer ni un acto siquiera; había hojeado el manuscrito y le tenía en el teatro muy guardado en un cajón de su mesa de director, aguardando una ocasión propicia; porque, eso sí, deseaba conocer la obra y que fuese admisible para complacerme.

Tamayo, á quien solía ver en el saloncillo del teatro, se apresuraba á decirme que todavía no le había hablado Arjona de mi drama, no atreviéndose él á interrogarle porque sabía lo preocupado que estaba con las apremiantes atenciones de su doble cargo de empresario y director de escena.

Desesperado con tanta dilación, fuí una tarde al teatro á la hora en que calculé que terminarían los ensayos, resuelto á salir de dudas. Habían transcurrido cinco meses desde que le entregué el drama y ya era tiempo de que me diera una respuesta categórica.

Al saludarle le rogué que en cuanto acabase el ensayo me concediese unos minutos, porque deseaba hablarle.

—También yo deseaba que hablásemos—me dijo—porque he leído el drama y quiero comunicar á usted mi opinión.

Mi resuelta actitud debió decidirle á poner término á mi zozobra; y aunque dudé que fuese cierto lo que me anunciaba, aguardé á oirle para formar un juicio exacto de su veracidad.

Cuando acabó el ensayo me condujo á su despacho de director, con mucha cortesía me rogó que tomase asiento, y procurando dar á su voz una expresión cariñosa:

—Pues sí—me dijo—he leído el drama con el interés que puede usted figurarse, y está muy bien escrito, versificación facil, conceptos ingeniosos, mucho lirismo. He visto con gusto que es usted poeta... El pensamiento de la obra es muy intere-

sante, aunque no nuevo; pero en el desarrollo de la acción se ve, y es natural, una gran inexperiencia. ¿Es la primera obra dramática que ha escrito usted, no es cierto?

—Sí, señor.

—Se conoce á la legua. La práctica y el tiempo son indispensables á todo autor. Jamás la primera obra, y á veces ni la segunda ni la tercera, pueden utilizarse. Así es que, con gran sentimiento mío por usted y por la persona que me le ha recomendado, me veo en la precisión de devolverle su obra, cuya representación sería un fracaso, y aquí la tiene usted—añadió, sacando del cajón los tres actos, que sujetos con un balduque me parecieron estar del mismo modo que se los había entregado.

—Por supuesto—indicó con la satisfacción de quien ha salido de un mal paso—que no debe usted desanimarse. Es usted joven, tiene usted mucho tiempo por delante, estudie usted, escriba nuevas obras y cuente usted conmigo, con mi teatro. Mi mayor satisfacción será proporcionar un triunfo al que vino á buscar mi apoyo aspirando á ser actor.

En aquel momento, lo confieso, me mortificó el recuerdo con que quería rebajarme y dominando mi genio, violento siempre ante las injusticias y las iniquidades, le dije con la mayor calma:

—¿No cree usted que haciendo algunas reformas en el drama, las que usted juzgue convenientes, podría representarse?

—No hay reforma posible para él: sería preciso hacerle de nuevo y en ese caso vale más que elija usted otro asunto de mayor novedad, más dramático... y eso, lo repito, es cuestión de tiempo.

—Sin embargo, y perdone usted mi insistencia, —añadí—me parece que conservando algunas de las escenas capitales, suprimiendo otras y haciendo nuevas las que fuere preciso, podría quedar la obra...

—No se canse usted, amigo mío: sería tiempo perdido.

—Quizás me engañe la pasión; pero creo que debe producir gran efecto en el público la escena en que el protagonista llega de América.

—Padece usted un error. Son muchas las obras en que viene de América algún personaje: eso ya no produce efecto.

—Tal vez; pero la escena en que se verifica el cambio de anillos entre el americano y la joven...

—También ese recurso está muy gastado. Créame usted, olvide para siempre esta obra y á buscar la revancha.

Levantándome entonces y cogiendo con violencia el manuscrito:

—Gracias por el consejo—exclamé fuera de mí; —pero á mí vez, á pesar de lo joven que soy, me permito aconsejar á usted que no engañe tan miserablemente como á mí á los que busquen su proteccion.

—¡Que dice usted!...

—Digo que usted no ha leído mi drama.

—¿Cómo que no?

—En él nadie viene de América, ni se efectúa ningún cambio de anillos.

—¿Dice usted que no?...

—Digo y repito, que más noble y más digno de un artista como usted, habría sido declarar que por falta de tiempo ó de voluntad, no había leído el drama.

—Son tantos los que leo, que he podido confundirme.

—No se confundirá usted más con obras mías—añadí, disponiéndome á alejarme.

—Volveré á leerlo.

—¡Es inútil!... Un pobre ex-racionista como yo, no debía haber obligado á mentir á un gran artista, á un personaje como usted. No desperdiciaré la lección.

Y sin más despedida, me alejé del teatro. Si hubiera leído el drama, habría tenido razón para desecharle. Con su patraña logró que un mozalbete le avergonzara.

Este episodio que se guardó muy bien de referir á Tamayo, lo supo éste por mí muchos años después. Claro es que confié á García Luna y á Becquer el triste resultado de mis pretensiones; pero por consideración al anciano Asistente de Sevilla, nada dije al Duque de Rivas ni á su hijo, de la censurable y á la vez ridícula conducta observada por Arjona conmigo. Andando el tiempo me limité á reproducir la escena de nuestro rompimiento, con algunas variantes y sin aludir al que

seguí considerando como un gran artista escénico, en un artículo titulado *Senda de espinas*, que publiqué en *La Epoca* y forma parte del tomo segundo de mis obras literarias.

XXVIII

No fué García Luna más afortunado que yo. Cuando me proponía escribir la *Historia universal del Teatro*, tuve ocasión de conocer al famoso actor cómico D. Antonio Guzmán, ídolo del público, entusiasta por su arte, de un trato afabilísimo y por todos conceptos sumamente apreciable y simpático.

Me manifestó afecto, y al regresar de Sevilla fuí á visitarle, lo que agradeció porque se había retirado de la escena y vivía de su jubilación poco menos que olvidado.

Los que disfrutan de notoriedad, al renunciar de grado ó por fuerza á las glorias y vanidades de la vida, no tardan en notar que sus admiradores se alejan para admirar á un nuevo astro, quedando solo para consolar á los abandonados el amor de la familia si han sabido crearla y conservarla y el de algunos, muy pocos, amigos de los que nos estiman por lo que, pobres ó ricos, jóvenes ó viejos, queda en nosotros y hasta nos sobrevive.

Uno de mis mayores goces ha sido buscar á los preteridos y rendir homenaje á los destronados. Esta muestra de consideración, de respeto, de cariño es quizás la que agradecen con más sinceri-

dad, los que teniendo aún en los oídos el eco de las alabanzas, de los aplausos, de las ovaciones, hallan en torno suyo el vacío, el silencio, la triste realidad.

Guzmán, que había sido un verdadero artista, siempre entusiasta por el teatro, se complacía conversando conmigo, no sólo del concepto que los dos teníamos del arte, sino refiriéndome interesantes anécdotas de los actores de quienes había sido compañero, de los autores á quienes había conocido; y cuando podía yo disponer de un rato, no dejaba de hacer la corte con verdadero cariño á aquel rey de la escena, que se había quedado sin trono y sin vasallos.

Como García Luna se proponía escribir para el teatro y sobre todo tenía interés en que su zarzuela se representase, le llevé á casa de Guzmán que mantenía buenas relaciones con Caltañazor, actor cómico, también dedicado al género lírico que empezaba por entonces á adquirir gran apogeo, y que estaba llamado á ser otro ídolo del público, como lo había sido Guzmán.

La zarzuela ó sea la ópera cómica española, empezaba á ser por entonces el espectáculo favorito de la clase media.

Al regresar de París, donde pasó una larga temporada, el compositor D. Rafael Hernando, se propuso crear en España algo parecido á la ópera cómica francesa y consiguió que Olona, que también conocía el género lírico cómico francés, le escribiese un libro que se tituló *El Duende*, vau-

deville calcado en los de que tanto abunda el repertorio transpirenáico.

Hernando hizo unos cuantos números musicales, la obra se representó en el flamante teatro de Variedades, Manuel Catalina desempeñó el principal papel, y una tiple que si mal no recuerdo fué Amalia Ramírez, que adquirió gran celebridad, y María Bardán, madre de Francisco Arderíus, coadyuvaron al éxito de la obra con un actor llamado Carceller, cuyo papel se reducía á aparecer en escena tres ó cuatro veces sin hablar, á pesar de lo cual era muy aplaudido por su mímica.

Estos artistas contribuyeron, con la música fresca y entre sentimental y alegre del compositor y la habilidad del autor del libreto, á aclimatar en España un género que no era enteramente nuevo; pero que ampliado y mejorado, adquirió en breve tiempo gran desarrollo.

La zarzuela *El duende* se representó más de cien noches seguidas, éxito que en aquel tiempo pareció fabuloso.

El mismo Hernando escribió la música de dos nuevas zarzuelas: *Gloria y peluca* y *Colegiales y soldados*, cuyo brillante éxito inspiró á varios compositores y actores, que como Salas y Calvet habían cantado óperas, á fundar una sociedad para explotar el nuevo género.

Hernando fué el iniciador y Salas, el famoso barítono que desde golfo de los de su tiempo había llegado á ser un aplaudido artista, acogió la idea con entusiasmo. Barbieri, corista en las compa-

ñías de ópera que habían actuado en los teatros del Circo y de la Cruz y que con el aliciente de las célebres bailarinas rivales la *Fuoco* y la *Guy Stéfani* habían sacado de sus casillas al público madrileño; el genial Barbieri, repito, que ya dejaba presumir lo que llegaría á ser como compositor; Gaztambide que desde músico de orquesta en los teatros, por su instinto artístico y su mal genio había adquirido notoriedad, Olona el libretista indispensable y algunos otros músicos y actores, trataron de fundar con Hernando y Salas una sociedad para explotar la zarzuela.

Arrieta fué invitado á la junta preparatoria; pero como á su regreso de Milán había sido protegido y mimado por la Reina, quien para que se representasen las óperas que había compuesto, ordenó que se construyese un teatro en el Real Palacio, juzgó tal vez que descender desde la ópera á la zarzuela no convenía á su fama, y brilló por su ausencia en la reunión.

Como sucede siempre que se trata de formar asociaciones entre artistas, á pesar de estar en mayoría los músicos, no hubo acorde perfecto entre los circunstantes, y al cabo de prolijas discusiones, no logrando entenderse, cada cual tiró por su lado y solo pudieron avenirse Gaztambide, Salas y Olona, quienes buscaron al capitalista D. Francisco Rivas, siempre dispuesto á emprender negocios de pingüe y segura ganancia; le propusieron la construcción de un teatro, cuyo coste le abonarían con creces en varios años, siendo de su

propiedad cuando acabasen de pagarle; y mientras los obreros levantaron el teatro de la Zarzuela, prepararon libretos y partituras.

El éxito de este negocio, á la vez financiero y artístico, fué completo. Durante muchos años, lo más distinguido y acaudalado de la burguesía y la gran masa popular, favorecieron aquel lindo teatro, porque con buen acierto, los que debían ser sus dueños y empresarios, dieron antes á conocer al público en el Teatro del Circo el género que se proponían cultivar, y libretistas, compositores y actores comenzaron á saborear los triunfos que se reprodujeron después en el coliseo de la calle de Jovellanos.

Con los de Olona, gran maestro en artimañas teatrales, alternaron los libros de Ventura de la Vega, García Gutérrez, Ayala, Camprodón, Serra y su inseparable y laborioso Pastorfido ó *Pastor pérfido,* como le llamaban en el Teatro, y el mismo Arrieta no se desdeñó al fin de enriquecer con su más inspirada música el precioso *Grumete* de García Gutiérrez y la *Marina* de Camprodón. Barbieri que ya había triunfado con *Jugar con fuego,* desarrolló toda su maestría en el nuevo teatro. Gaztambide y Oudrid, predecesores uno y otro de Chueca, sabían poco contrapunto; pero contaban con una inspiración que bastaba y sobraba para otorgarles grandes y legítimos éxitos. Todos se impusieron al público, y durante veinte años no abandonó la fortuna á los empresarios; pero al fin y al cabo la perdieron con el teatro de

su propiedad; que en este pícaro mundo no hay dichas ni desdichas que duren mucho tiempo.

He divagado apuntando los anteriores recuerdos, porque fueron contemporáneos del período en que más me preocupó cuanto se relaciona con el arte, y porque marcan la época más brillante de las campañas con que el teatro de la Zarzuela conquistó el favor del público madrileño.

XXIX

García Luna no alcanzó en sus pretensione mejor suerte que yo. Guzmán le recomendó á Caltañasor; este artista que era además hombre de buenos sentimientos, de exquisita educación y muy amigo de sus amigos, logró que se leyera la zarzuela en una reunión á la que asistieron los empresarios, pero les pareció demasiado literaria, demasiado fina para que el público, acostumbrado al *Duende*, á *La cola del diablo* y á otros *vaudevilles* á la francesa por el estilo, apreciase aquella obra, que en efecto parecía una comedia de capa y espada con inspirados versos y situaciones muy dramáticas.

Ya se había estrenado *Jugar con fuego*, y como había obtenido gran éxito, querían los empresarios directores que todas las obras se cortasen por el patrón de la aplaudida. Este es achaque de cuantos dirigen empresas teatrales, que son los que más fácilmente se equivocan, por que ocupados en defender y fomentar sus intereses, no se

preocupan de lo más esencial, que es estudiar el gusto del público para complacerle, y guiarle en caso necesario.

Tanto Luna como yo nos vimos obligados á renunciar á nuestra pretensión de pedir al teatro la solución del problema de nuestro presente, ya que el del porvenir nos sonría á través de los nubarrones que empañaban el cielo de nuestras esperanzas.

Buscamos en el periodismo lo que el teatro nos negaba, sin que en esta tarea nos secundase Becquer, porque no tenía el mejor concepto de los periódicos, sobre todo de los diarios, que consideraba en lo relacionado con la ejecución de la labor mecánica que exigían, lo menos intelectual de la literatura.

—No se debe escribir, ni pintar, ni esculpir, ni componer música, más que cuando el espíritu siente la necesidad de dar á luz lo que ha creado en sus entrañas—solía decir.

Esta teoría, tan exacta, la practicó durante su vida; y yo que por desdicha mía he tenido que infringir con frecuencia la ley psíquica que con tanto gusto oía proclamar, reconocía que un solo libro, un solo cuadro, una sola sinfonía; más aún si se quiere, una rima, un boceto, una romanza, bastan para dar á conocer á un escritor de raza, á un poeta ó á un artista de verdadera inspiración.

Un madrigal perpetúa á través de los siglos la celebridad de Gutiérre de Cetina; para la glo-

ria de Becquer habrían bastado una cualquiera de sus rimas, una cualquiera de las *Cartas de su celda.*

En su concepto, el artista debía ser objetivo y únicamente subjetivo cuando después de haber enriquecido su alma con contínuas y variadas observaciones, surgiera en ella la imperiosa necesidad de expresar una idea ó un sentimiento, nacidos de la meditación, de la adivinación ó del sufrimiento.

Comprendía el oficio del escritor, del artista; pero protestaba contra la esclavitud que imponía al genio. Se explicaba que obras como la de los *Templos de España* labrasen la fortuna de quienes la escribieran y editasen; pero lo que se califica de pacotilla literaria, no le parecía obra de inteligencia, sino labor manual.

Tanto Luna como yo estábamos de acuerdo con nuestro admirado amigo; pero mi compañero necesitaba conseguir pronto una posición para sacar de penas á la mujer amada que le esperaba en Sevilla, y yo recursos más sólidos que los que me ofrecía la traducción de artículos de agricultura, para ayudar á mi padre á atender al sostenimiento de la familia. Y aun reconociendo que eran labor de escritor los entonces llamados artículos de fondo, los cuadros de costumbres y las críticas literarias ó políticas, que tan justa fama habían alcanzado á *Fígaro* y al *Curioso parlante*, estábamos resueltos á aceptar el *oficio* periodístico si nos proporcionaba inmediata utilidad.

XXX

Pero tampoco fué propicia la suerte á nuestro deseo. Los dos buscamos recomendaciones para los directores de los periódicos que se publicaban, y solo conseguimos conocer en las antesalas de las redacciones á otros jóvenes, aspirantes como nosotros y no más afortunados.

En la redacción de *La España*, periódico moderado inspirado por el importante hombre político D. Pedro Egaña—de quien hablaré á su tiempo, porque en el período de la última guerra civil sostuve con él interesantes relaciones—y dirigido por D. José M.ª Bremón, conocí á Leopoldo hermano menor de éste y á su entonces inseparable amigo Carlos Frontaura. En otras redacciones entablé amistad con Juan Antonio Viedma, con José Marco y con Fernando Martín Redondo, que en los momentos en que trazo estas líneas es sin duda el decano de los periodistas de España, pues cuenta más de ochenta años y comenzó sus tareas en el de 1852. A todos estos compañeros y á otros muchos, consagraré el recuerdo que merecen: por ahora solo añadiré, que cuantos pasos dí para entrar en alguna redacción fueron inútiles, que á García Luna le ocurrió otro tanto, que las traducciones que me proporcionaba Márquez se acabaron, y que para sustituir en parte el producto que con ellas obtenía, me ví obligado á ejecutar un trabajo, el más penoso de cuantos he desempeñado en toda mi vida.

La familia de Federico Chiva estaba en relaciones con la de D. Tomás Muñoz y Romero, profesor de la Escuela de Diplomática y autor de muy notables obras de Geografía histórica. La madre de mi amigo le habló de mi precaria situación, rogándole que se interesase por mí. Por indicación suya, fuí á verle y me dijo que el Marqués de Morante necesitaba un escribiente que fuese por mañana y tarde á la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, situada entonces como ahora en la calle del León, á copiar una obra manuscrita del *Brocense*. La obra estaba escrita en latín y la copia debía ser exactísima, sin equivocaciones y con letra clara. Por entonces se vendían en los estancos resmillas ó pliegos sueltos de papel de hilo del llamado de *oficio* ó de *barbas*, con el sello taladrado, porque era el que servía para los documentos de la Curia, solicitudes, etc. La Fábrica del Timbre sellaba las resmillas que encargaba el Gobierno, y las que no se habían vendido como papel sellado se inutilizaban, destinándose los pliegos á borradores, cuartillas ú otros usos análogos.

Por cada pliego, que constaba de cuatro grandes páginas, en cada una de las cuales debería haber como mínimum veinticinco líneas, cobraría yo una peseta, siendo de mi cuenta el coste del papel.

Si me convenía aceptar aquel trabajo, desde el día siguiente podía comenzarle, entendiéndome con el Sr. Muñoz y Romero, porque el Marqués

estaba muy ocupado y no quería intervenir en pequeñeces como aquella de que se trataba.

Acepté desde luego, figurándome que aunque solo trabajase cuatro horas por la mañana y otras cuatro por la tarde, podría escribír lo menos cuatro pliegos, y diez y seis reales cada día era poco menos que una fortuna para mí. Otra ilusión que se desvaneció en la primera jornada.

Había estudiado yo el latín y hasta había sido aprobado en los exámenes de esta asignatura; pero había olvidado lo poco que había sabido y desde el primer momento encontré dificultades que solo con una gran paciencia—lo que más me ha faltado siempre—podría vencer.

La primera fué la escritura del manuscrito que debía copiar, cuya ortografía y abreviaturas exigían por lo menos algunas nociones de paleografía, y la segunda mi desconocimiento del latín. Necesitaba copiar letra por letra, palabra por palabra, mirar y remirar los trazos de las letras, que resultaban pálidos en su mayor parte, y luego ni siquiera tenía el aliciente de enterarme de lo que escribía.

El primer día solo pude copiar tres páginas. En los demás no pasaba de cuatro; y cuando fatigada la vista y embrutecida la inteligencia descansaba unos cuantos segundos, extrañaba que la perversidad humana que tan crueles tormentos y tan terribles suplicios ha inventado para sacrificar el amor al odio y la generosidad á la venganza, no hubiese incluído entre ellos el que la necesidad me

obligaba á sufrir. Piense un instante el lector en lo que significan ocho horas diarias copiando línea tras línea, punto tras punto, sin comprender una palabra de lo copiado y destrozándose la vista en una investigación minuciosa y contínua, y se dará cuenta de lo penoso de aquella tarea.

Dos meses largos empleé en ella, ganando en aquel tiempo sesenta pesetas, menos lo que costó el papel, y deteriorando mis ojos de tal modo que no volví jamás á tenerlos como antes de emprender aquel trabajo.

En cuanto á la inteligencia, se embotó y creo que si dura más aquel suplicio á que me condenó la necesidad en la Biblioteca de la Academia de la Historia, la pierdo por completo.

Para que no me ocurriese esto, asistía por las noches á las casas de Arriera, de doña Concha Ordoño, de doña Ana Reyes y de mi cada día más afectuosa mamá postiza, doña Eloisa Gattebled.

Durante aquellos dos meses, solo breves instantes pude ver á Becquer, á García Luna y á Márquez. Los dos primeros no podían contarme más que desdichas; Márquez se resarcía de mis ausencias frecuentando más á sus antiguos condiscípulos, y yo para buscar mayor consuelo á la tristeza que infundía en mi ánimo la árida y penosa labor á que estaba dedicado, destinaba una noche cada semana á oir música en casa de Eduardo Prieto.

XXXI

Nunca he olvidado los meses de Febrero y Marzo del año 1855, ni tampoco al *Brocense*, que de entender yo el idioma en que escribió, es posible que hubiera endulzado mi tortura.

¿Qué hacer para encontrar una nueva ocupación? Lo primero que se necesitaba para ser atendido, lo mismo por el gobierno que por los particulares, era formar parte de la milicia ciudadana ó ser más ó menos orador y acudir á los Clubs, que funcionaban con gran actividad, á decir unas cuantas desvergüenzas á los que mandaban.

Mi famoso carretero aparecía en todas partes, y si unos cuantos milicianos creían de buena fé que prestaban un servicio á la patria empuñando las armas para defender á la libertad y combatir al despotismo, la mayoría aspiraban á ser oficiales ó jefes para imponerse al gobierno, hacer su negocio, ó pura y simplemente darse tono luciendo el uniforme que, particularmente el de los artilleros, era muy vistoso.

Así como cuando imperaban los clericales, para todo hacía falta la cédula de Comunión; pàra ser atendido, para ganar un jornal en fábricas y talleres, cuyos dueños formaban parte de la milicia, era de todo punto necesario ser miliciano.

Ahora bien, yo que siempre he creído y sigo creyendo que todos los ciudadanos deberían ser soldados para defender la integridad de la patria

en sus respectivas provincias ó regiones; yo que soy entusiasta admirador de las instituciones y las costumbres suizas, no he podido menos de considerar la milicia nacional como una caricatura del Ejército. Quizás tuvo la culpa de este mi modo de pensar, el famoso morrión de mi maestro de primeras letras, que al ser encerrados Bruguera y yo en la despensa del colegio, nos sirvió de entretenimiento, cambiando nuestras lágrimas en risa cuando sucesivamente nos le calamos para divertir las horas de nuestra reclusión.

Recuerdo, que presentado por doña Eloísa Gattebled en casa de D. Narciso de la Escosura, á quien había conocido en Filipinas cuando fué deportado por Narvaez, y que á la sazón era coronel de un regimiento de milicianos, me preguntó si formaba yo parte de la milicia, y al contestarle negativamente me anunció que me alistaría y me enviaría el fusil y el correaje.

Este señor D. Narciso, era hermano de D. Patricio, político y literato de gran celebridad á quien dedicaré algunos párrafos más adelante, y según se decía entre los escritores de aquel tiempo, después de haber sido heredero de Espronceda en el amor de la célebre Teresa, se había casado con la hija de ésta y de su amigo; con la interesante Blanca, á quien como todos los vates de mi tiempo deseé conocer.

Con el triunfo de la Revolución, Narciso de la Escosura, que había pasado grandes apuros y privaciones, disfrutó de un período de relativa bien-

andanza, y recibía por las noches á sus relaciones en una amplia casa de la calle de Atocha donde vivía con su nueva consorte y una porción de hijos, entonces casi todos pequeños, pues sólo había una jovencita muy agraciada, ya en edad de merecer, que algunos años después casó con Ricardo Gullón, hermano mayor de mi amigo Pío.

La idea de conocer á Blanca Espronceda, la hija de Teresa á quien el canto del *Diablo mundo*, á ella dedicado, nos había hecho simpática y hasta adorable, me incitó á pedir á mi pegadiza madre, cuando supe que alguna que otra noche iba á la tertulia de D. Narciso, que me presentase para ver de cerca á aquella joven, que para todos los que habíamos leído los versos de Espronceda y conocíamos la historia de sus amores, era algo así como una reliquia, como un ídolo.

—Te llevaré con mucho gusto—me dijo Eloísa—pero te advierto que allí se juega y por lo general se pierde. De modo que debes proveerte de municiones.

Esta advertencia fué un jarro de agua fría para mi entusiasmo; pero como cuando aspiré á ser presentado en casa de Escosura todavía estaba condenado á lo que yo llamaba el suplicio del Brocense, pedí al Sr. Muñoz cinco humildes pesetas adelantadas, que juzgué suficientes para proporcionarme el gusto de saludar á la hija del gran poeta y de la tan admirada Teresa.

Llegó el momento deseado de ver de cerca á la que desde lejos admiraba, que podría tener enton-

ces de veintiseis á veintiocho años y era alta, esbelta, de facciones correctas, de grandes y expresivos ojos, bella, simpática y de una sencillez que, fuese natural ó estudiada, lo cierto es que encantaba.

Aquella noche fué también presentado en la casa Pío Gullón por su hermano Ricardo; y como desde que nos separamos dos años antes no había vuelto á verle, fué grande mi satisfacción al encontrarle y al saber que había tomado parte activa en la revolución en favor de las ideas liberales y de su genuino representante el general Espartero, de quien era íntimo amigo y consejero áulico D. Bernardo Iglesias, hermano de la madre de mi amigo.

El mismo deseo que á mí, le estimuló á pedir á su hermano Ricardo que le presentase en casa de Narciso de la Escosura: conocer á Blanca Espronceda. En aquella época en la que el *Diablo mundo* había seducido y contagiado á cuantos eran ó se juzgaban poetas, tanto estos como la clase media, saturada del romanticismo francés que aclimató en España el adorador de la desdichada Teresa, habían seguido con vivo interés las peripecias de los criminales amores; y la indigna conducta del amante al arrojar de su lado á la amada, había sido execrada, poniéndose el público de parte de la infeliz madre, á quien recogió con su hija Narciso de la Escosura, antes íntimo amigo de Espronceda.

Murió Teresa, su hija quedó al cuidado de Es-

cosura, y éste que duplicaba con creces la edad de la joven, como antes indiqué se casó con ella sacrificándola según una versión, y según otra muy á gusto de la interesada.

Se reunía bastante gente en aquella casa y lo mismo los dueños que sus amigos, parecían considerar el juego como el más divertido entretenimiento y el mayor aliciente de la reunión.

Allí ví por primera vez, en forma de un juguete, los famosos caballitos, que muchos años después he visto funcionar en gran escala en los Casinos de algunos balnearios y muy especialmente en los de Biarritz y Vichy. El juguete á que aludo, figuraba un círculo de 70 á 80 centímetros de diámetro. Por su circunferencia corrían caballitos con sus correspondientes jinetes, no recuerdo si dos ó tres en fila, y también he olvidado, porque ni entonces ni después he prestado atención á los juegos de azar, cómo se ganaba y cómo se perdía. Creo que cada caballito tenía un número y en los puntos en donde podía detenerse había listas, rojas unas y otras negras. Si por ejemplo el caballito núm. 1 se detenía en una raya negra, las puestas en favor del núm. 1 y del color rojo perdían, y las ganaban los que habían elegido el mismo núm. 1 y la raya negra. Otro tanto sucedía con los demás caballitos.

Los inteligentes enmendarán con su pericia los errores de que adolezca esta descripción, de la que no estoy muy seguro. Lo que sí puedo afirmar es que había gran animación, que los que jugaban parecían muy divertidos, y que yo perdí mis

cinco pesetas después de haberlas duplicado. Por fortuna mía, al acabarse mi caudal eran las doce de la noche y en aquellos tiempos estar fuera de casa después de dicha hora era aspirar al título de trasnochador.

Pío Gullón y yo debíamos, según las prácticas sociales de entonces, ir antes de que pasaran ocho días á hacer una visita de cumplido á los señores de la casa, y para llenar este requisito nos dimos cita, lo que me obligó á perder dos realitos, porque como las visitas de cumplido se hacían desde las tres hasta las seis, tuve que dejar una tarde la compañía del *Brocense*.

Por cierto que la visita que hicimos á Blanca Espronceda no careció de originalidad. Nos recibió en el salón, y como era preciso emplear siquiera un cuarto de hora en una conversación que fuese amena para una señora, después del saludo de rúbrica aguardamos á que iniciase el tema de su preferencia para secundarla. El frío y el calor son los más socorridos, y como no podía menos de suceder estando como estábamos en la segunda mitad de Enero, fué el frío el elegido.

En aquel tiempo eran muy pocas las casas de Madrid que tenían lo que llamaban entonces chimeneas á la francesa: los caloríferos ó chouberskys no se habían inventado, y la calefacción estaba reducida á los clásicos y vulgares braseros, constituyendo lujo las copas de metal dorado, que tenían marcado su puesto de honor en los salones.

Pío Gullón y yo caminábamos á los diecinueve

Abriles y nos hallábamos en ese período de la vida en que no se sienten calor ni frío corporales, porque toda la vida está en el sentimiento y en la imaginación. Pero la dueña de la casa á quien visitábamos, comenzó pidiéndonos mil perdones por el descuido de sus domésticos, que según observaba no había puesto la copa en la sala, con cuyo motivo nos recibía en un páramo.

Aseguramos que no sentíamos frío, y yo, insinuando una opinión que siempre he profesado, añadí que ni con fuego ni sin él, se podía obtener en las salas de recibir una temperatura que no fuese glacial.

Con este motivo se animó la conversación, y discutiendo amablemente entramos en calor.

Blanca me pidió explicaciones y me apresuré á complacerla, demostrando que en las salas de respeto, destinadas á recibir las visitas de cumplido, era donde representábamos todos las escenas más falsas de la comedia de la vida.

Aceptó en principio mi aserto, no sin insinuar que había excepciones; por ejemplo, ella no mentía al asegurarnos que tenía mucho gusto en habernos conocido, y más considerando que después de cumplir como cumplíamos en aquel momento una práctica de cortesía social, seríamos buenos amigos y nos recibiría con más confianza.

Pío Gullón, que siempre ha sido lo que aún es en la vejez, el tipo más perfecto y acabado de la corrección en todo y para todo; con esa elocuencia que resalta no solo en los discursos que pro-

nuncia en el Parlamento, sino en su conversación y hasta en el trato familiar, en una oración breve, concisa, sin que faltaran ni sobrasen una frase ni una palabra, hizo el elogio del salón, trono de las amas de casa, desde el que desplegaban toda su inteligencia, todas sus gracias, todos sus encantos, y al mismo tiempo ensalzó los goces de la intimidad sincera, considerándola como lo más hermoso del trato social.

Nuestra interlocutora se animó y en un arranque genial exclamó:

—No siendo yo esa reina encantadora, y convencida de que es verdad cuanto se ha dicho contra las salas de recibo, si les parece á ustedes acabaremos la visita en el comedor.

En efecto, nos trasladamos á la habitación que representa en los hogares la intimidad social, y el resto de la conversación fué franco, afectuoso, mostrándose muy contenta del giro que había tomado la conversación la dueña de la casa, que vivía en una atmósfera de vulgaridad y estaba por lo tanto poco acostumbrada á escenas como la que acabábamos de representar.

No recuerdo si Gullón continuó visitando la casa de Narciso de la Escosura. Yo no volví, porque no podía sacrificar á los caballitos el dinero que tan penosamente ganaba copiando al Brocense, y además por que habiéndome enviado el jefe miliciano un fusil, el correaje y una papeleta para que me inscribiera en su regimiento, le devolví aquellos pertrechos.

Por otra parte, las complicaciones y apuros en que me ví en cuanto se acabaron las copias que hacía para el marqués de Morante, me quitaron por algún tiempo el gusto que me proporcionaba el trato social, limitándome á ir á las reuniones semanales de doña Ana Reyes y alguna que otra tarde á casa de Prieto ó á la de su profesor D. Lorenzo Zamora para oir música, que era mi mayor goce y lo que renovaba mis energías para la lucha que me veía obligado á sostener.

XXXII

¡Qué contraste entre mi vida íntima llena de privaciones y temores, y la que hacía en sociedad en los breves momento de tregua que me proporcionaba mi carácter, en aquel tiempo sinceramente franco, espansivo y sociable.

Las veladas que doña Ana Reyes ofrecía á sus relaciones eran muy interesantes para mí. Su hija Andrea que contaba á lo sumo diez y seis ó diez y siete años, me impresionó desde los primeros momentos, despertando en mi espíritu una viva curiosidad de conocer á fondo un alma que al revelarse en la expresión de su rostro dejaba adivinar tesoros de ternura y de inteligencia.

Su belleza no resultaba de un perfecto dibujo en sus facciones, no era bonita; pero su mirada dulce é inteligente subyugaba, la expresión de sincera jovialidad que se reflejaba en sus ojos encantaba, y todo esto constituía en ella una belleza

moral superior á la que solo despierta codicia en los sentidos.

Había recibido una esmerada educación: sabía el francés, el inglés y en cuanto á la música, decía su maestro que era la mejor de sus discípulas. En vez de hacer ostentación de estas cualidades, era modestísima y se complacía en dejar en segundo término sus meritos, para poner en el primero los de sus amigos de la infancia y los de las señoritas que acudían á sus reuniones.

Lo único que un observador perspicaz podía descubrir en ella, es que queriendo á su madre, como era natural, la respetaba y quizás la temía más que la estimaba. Doña Ana, que hablaba perfectamente el español, era norteamericana, y como tal, excéntrica, impresionable y autoritaria. Viuda de un militar español, tenía dos hijos militares también, ausentes entonces, y dos hijas, Andrea y Consuelito que contaba cinco ó seis años.

Concurrían con familiaridad á aquella casa, una joven de la misma edad que Andrea llamada Antonia de Béjar, su hermano Alejandro y su primo Luis. Los tres eran huérfanos de padre y madre. El padre de Antonia y de Alejandro, lo mismo que el de Luis, había llegado en la milicia al grado de Coronel, y tanto Luis como Alejandro cursaban la carrera de Estado Mayor. Amigo de la infancia de Andrea era otro de los asíduos: Arturo Serrallach, entonces subteniente de infantería, guapo mozo, de alma noble, de claro talento y en extremo simpático.

Acudían además, con su madre, á las reuniones de la casa de la calle de la Ballesta dos hermanas, Pilar y Olimpia Terán, la primera tipo complete de la hermosura meridional, y la segunda por el contrario, dotada con los dulces encantos de la belleza de los países del Norte. Alguna que otra vez solía acompañarlas su hermano Pepe, real mozo, teniente de caballería que en tiempo de Fernando VII habría sido Guardia de Corps, y quien sabe si habría desbancado á los que en aquella época se hacían dueños de los más ilustres corazones femeniles.

Otra familia concurría á las veladas: la de don Casimiro Trillo, quien desempeñaba en Hiendelaencina las funciones de maestro de primeras letras cuando se descubrieron las famosas minas de plata, que durante algún tiempo gozaron de gran apogeo. El inteligente dómine empleó sus ahorros en acciones, y en breve tiempo se enriqueció lo suficiente para renunciar al profesorado y vivir como un príncipe, primero en Guadalajara y después en Madrid.

A casa de la señora de Reyes, solo iban Matilde y María Trillo con su madre y su hermano Felipe.

Completaban el número de los contertulios habituales, un señor Maranges, no recuerdo si auditor ó medico militar, con su señora, los dos ya entrados en años, pero ella muy amable y muy romántica; José María Molero alumno de la Escuela de Estado Mayor como Gregorio Jiménez Palacios,

que con una hermana suya frecuentaba también la casa, y Rafael Húmara, ingeniero militar recién salido del Colegio de Guadalajara.

La primera parte de la velada se dedicaba á la música y alguna que otra noche leía yo ó recitaba poesías á ruego de las aficionadas, entre las que figuraba en primer término la excelente señora de Maranges, quien sospechando que Andrea me interesaba, se constituyó en discreta protectora mía.

Esta sección duraba una hora, hora y media á lo sumo, y comenzaba la segunda parte, que era la predilecta de la mayoría, porque estaba exclusivamente dedicada al baile.

Andrea se complacía tocando el piano para que bailasen sus amigas; le era más grato tocar que bailar, y cuando no podía excusarse prefería el rigodón á la polka y al vals para no verse rodeada de unos brazos, con menoscabo de la pureza que era la esencia de su alma.

Su madre solía calificarla de sosa y hasta de insípida; pero al mismo tiempo, si estaba tranquila cuando la veía rodeada de sus amigos de la infancia, los Béjar, Serrallach y Molero, no sucedía lo mismo cuando los demás jóvenes y en particular yo, conversábamos con ella.

Encontrando un honrado placer y un motivo de constante estudio en la amistad especial que me permitía establecer una intimidad discreta con las jóvenes, muy del agrado de las mamás en cuanto podían juzgar mis intenciones, no tardé en con-

seguir la confianza de las amigas de Andrea, á quienes sorprendía y agradaba mi inesperada proposición.

Oía sus confidencias, disipaba sus temores, aclaraba sus dudas; y al persuadirse de mi sinceridad, de mi honradez, de mi lealtad, no vacilaban en abrirme su corazón, en el que hallaba por regla general nobles, puros y generosos sentimientos y alguna que otra vez, por excepción, perfidias y audacias que me entristecían.

Cuantas veces intenté establecer con Andrea aquella intimidad, experimenté un temor que no me explicaba ni quería explicarme, porque adivinaba, sin querer darme cuenta de ello, que no me bastaría la amistad de aquella joven, que necesitaría algo más, y era aquel un escollo que en la situación en que me hallaba por mi edad y por mi posición, debía evitar á toda costa.

Cuando la oía interpretar en el piano la música de Mozart, de Beethoven ó de Chopín, identificándose con la inspiración de aquellos grandes artistas; cuando en la conversación con sus amigos de la infancia al formar corros en los que era yo admitido por excepción, escuchaba sus juicios, sus apreciaciones reveladoras de una inteligencia privilegiada y de un alma ingénua y soñadora como la mía, ejercía sobre mí una influencia que hasta entonces había desconocido.

Deseaba penetrar en su alma, que parecía no huir de la mía, sino más bien buscarla con afectuosa curiosidad, y retrocedía dominado por el te-

mor de que lo falso de mi situación me ocasionase un gran disgusto. La verdad es que yo era pobre, muy pobre: podía alcanzar un porvenir risueño, pero el presente era triste, sombrío.

Al mismo tiempo que me recataba haciendo un sacrificio, las circunstancias parecían favorecer la aspiración que quería sofocar.

Doña Ana, que al principio me miró con recelo, cambió de pronto y me mostró aprecio después de dos ó tres conversaciones que procuró tener conmigo, hablándome de literatura, escudriñando mis ideas y mis sentimientos y penetrando en las interioridades de mi vida.

Por el maestro de piano de Andrea, supe que la buena señora le había hecho algunas preguntas respecto de mi conducta moral. En concepto de aquella señora, era de lamentar que yo no hubiera seguido la carrera militar, como sus hijos y los amigos de la infancia de Andrea.

Parecía interesarse por mí, y á la cuarta ó quinta de las veladas á que asistí, me preguntó después de un rato de charla si sabía el inglés. Al oir mi respuesta negativa, añadió:

—Si usted quiere, Andrea le enseñará ese idioma y al aprenderle usted se perfeccionará ella. Nunca salimos de noche. Puede usted venir de ocho á diez y dedicaremos una hora al inglés y otra á la música, que según veo tanto entusiasma á usted cuando mi hija ó su maestro tocan el piano.

¿Qué significaba aquella amabilidad? ¿No era un

estímulo á la inclinación que sin duda aquella señora de mundo había descubierto en mí?

Aquella noche no pude conciliar el sueño. En el mísero dormitorio donde la realidad se complacía en mortificar á mis ilusiones, no cesé de indagar á qué podía obedecer aquella bondad, aquella condescendencia, aquel deseo de que fuese más frecuente y más afectuoso mi trato con ella y con su hija. ¿Cómo negarme á tan grata invitación? ¿Cómo huir de lo que deseaba?

Las veladas en la casa de la calle de la Ballesta se celebraban los domingos y durante un mes acudí en las demás noches de la semana con la mayor puntualidad, no á tomar sino á saborear la lección de inglés.

Madre é hija me recibían en la sala. En el testero que había entrando á la derecha, se hallaba un sofá y á los lados de éste dos sillones. Doña Ana estaba arrellenada en el sofá cuando yo llegaba, y sólo y por rara excepción abandonaba su asiento, en el que permanecía como entregada á una apacible somnolencia.

En el lienzo de pared de la derecha había dos balcones, entre los que estaba el piano, y en el testero fronterizo al del sofá y las butacas aparecía un gran espejo descansando sobre una consola que adornaban un reloj, dos candelabros y dos floreros. Las sillas, que hacían juego con los sillones y el sofá completaban, adosadas á las paredes, el ajuar de aquella habitación cuyo pavimento cubría una estera de cordelillo, entonces artículo de

lujo, porque para pisar alfombras era preciso frecuentar palacios.

Cerca de la consola; es decir, á la mayor distancia del sofá, se colocaba antes de llegar yo un veladorcito en el que había recado de escribir y al que alumbraban los candelabros de la consola. De modo que desde el sofá podía verse perfectamente lo que pasaba en torno del velador, mientras que permanecía en la sombra el espacio donde estaban el sofá y los sillones.

En las noches de recepción se encendían cuatro brazos, cada uno con dos bujías, complemento de cuatro cornucopias doradas.

A las ocho en punto llegaba yo, la doméstica me anunciaba, entraba en la sala, saludaba á doña Ana con brevedad y me acercaba al velador donde me esperaba Andrea. El saludo á mi joven profesora era también muy breve.

Todavía no estaban en boga los diferentes métodos que después han prestado tantos servicios á los aspirantes á políglotas. Lo primero que solían hacer los profesores, era dar al alumno un libro en el idioma que deseaba aprender, enseñándole de este modo prácticamente la pronunciación.

Con este objeto, eligió mi interesante maestra dos libros: el *Paraíso perdido* de Milton y el *Ivanhoe* de Walter Scott, y la primera parte de la lección se destinaba á la lectura, primero en prosa y luego en verso.

Leía primero Andrea un párrafo que yo tenía que repetir. Tristemente cómico era aquel ejerci-

cio. La profesora y el discípulo sabían que lo que allí les reunía no eran ni el deseo ni la necesidad de enseñar y aprender un idioma. Deseaban instintivamente aparecer el uno ante el otro rodeados de atractivos, de encantos; y sin embargo, las torpezas, las equivocaciones ponían en ridículo á quien aspiraba á mostrarse ante la profesora con todas las perfecciones humanas posibles.

Mis torpezas eran acogidas con piedad por Andrea, que era buena, angelicalmente buena, y comprendía y hasta agradecía el motivo de mi aplicación.

Después de la lectura destinada á enseñarme la pronunciación, leía Andrea de nuevo los párrafos traduciéndolos, y aquel ejercicio me resarcía del anterior martirio. A la traducción libre seguía la literal, para que fuese yo aprendiendo vocablos.

Mientras duraba la lección, comprendíamos maestra y discípulo que estábamos vigilados y no cometíamos la más insignificante indiscreción. Después nos acercábamos al sofá y Andrea preguntaba á su madre si había llenado bien ó mal su cometido. Doña Ana encontraba siempre algo que criticar y que corregir.

Si estaba de buen talante, indicaba á su hija lo que debía tocar en el piano para darla gusto; y cuando no quería oir música y estaba en vena de charlar, se resarcía en media hora de su silencio de hora y media. Alguna vez anunciaba que no se sentía bien, que tenía sueño y la sesión terminaba en seguida.

En su trato conmigo era muy desigual. Unas noches se mostraba efusiva, otras indiferente, otras hasta agresiva.

Alguna que otra noche se levantaba del sofá, y sin recatarse ni decir una palabra salía de la habitación. Estas ausencias eran cortas.

Como no podía menos de suceder, en la lucha que sostenía conmigo mismo fuí lo suficientemente fuerte para no revelar de un modo categórico el sentimiento que llenaba mi alma, y Andrea demasiado noble y buena para darme á entender que lo que ambos soñábamos no podría pasar de ser un sueño. Con el carácter de su madre no había nunca medio de saber á qué atenerse: lo mismo la dejaba en libertad que la oprimía, tan pronto parecía adorarla como la miraba con indiferencia.

En una de las ausencias, después de una insinuación mía muy tímida, me dijo Andrea como haciendo un esfuerzo:

—Yo he de ser muy desgraciada en el mundo y no quiero que nadie lo sea por mí causa. Su afirmación fué por desdicha una profecía.

Los contertulios se enteraron de mis visitas nocturnas en los días de labor; la bondadosa señora de Maranges se mostró conmigo muy expansiva y me dió á entender que doña Ana parecía muy contenta; las amigas y los amigos de Andrea me daban broma y á ella también le decían cosas que encendían su rostro.

Una noche de las destinadas á la lección de inglés hallé sola á doña Ana.

—Esta noche—me dijo—vamos á estar los dos solos. Mi hija se ha visto obligada á guardar cama. No es cosa de cuidado lo que tiene. Según el médico, es cuestión de dos ó tres días de reposo.

—Entonces me retiraré.

—No... deseo que hablemos.

Y de buenas á primeras me dijo:

—A una madre, y menos cuando es una mujer como yo, no se le oculta nada de cuanto se relaciona con sus hijos. Usted viene haciendo la corte á mi hija y es necesario que esto acabe por buenas para que no sea menester que acabe por malas. Ni Andrea está en edad de tomar estado, ni usted, que es una criatura, puede hasta que pasen algunos años y tenga una posición, pensar en cosas formales. Se han acabado las lecciones de inglés. Para no tener que dar explicaciones á los amigos, seguirá usted viniendo á las reuniones; pero hablará lo menos posible con mi hija. Ese amorío no pasa hasta ahora de ser una niñada: antes de que tome cuerpo hay que acabar con él. Y no tengo más que decirle.

En esta forma y con resolución me habló doña Ana; pero yo, rebelde siempre ante lo inícuo, ante lo injusto, no me acobardé. Por el contrario, dije cuanto sentía á aquella señora dominante, caprichosa y excéntrica, asegurándola que haría desgraciada á su hija.

—Piensen lo que quieran los amigos—añadí—no volveré más á esta casa, donde una madre loca mortifica á un ángel que Dios le ha dado por hija.

Enfurecida ante mi actitud, que seguramente no esperaba, me llenó de improperios y despreciando sus palabras, que llegaron á la grosería, me alejé.

Los contertulios se enteraron de lo que había ocurrido, y como casi todos ellos eran buenos amigos míos, deseoso de saber hasta que punto aquella madre mortificaba á su hija, visité á los señores de Maranges, á las familias de Terán y de Trillo, sabiendo por unos y otros que Andrea había estado gravemente enferma, con cuyo motivo se habían suspendido las reuniones. También me enteré de que doña Ana había despedido al profesor de piano, temerosa sin duda de que por su conducto siguiera entendiéndome con su hija, como suponía, cuando en honor de la verdad todo se había reducido á que Andrea y yo, sin confesárnoslo explícitamente, habíamos sentido una mutua inclinación. Harto conocía ella á su madre, y no ignoraba yo los insuperables obstáculos que nos separaban.

Antonia de Bejar, á cuya casa fuí con frecuencia por que hice gran amistad con su hermano Alejandro, me dijo de parte de Andrea que perdonara á su madre y me asegurase que nunca olvidaría las esperanzas que habíamos acariciado.

¡Pobre Andrea!

Fué verdaderamente muy desgraciada. Según pude informe por nuestros respectivos amigos, pocos años después de nuestra separación, murió sin haber alcanzado la felicidad que merecía. En el

jardín misterioso de los recuerdos que guarda el alma como reliquias, ha vivido el suyo en la mía con el más respetuoso y desinteresado cariño.

Grande fué mi pesadumbre al tener que renunciar á lo que no había pasado de ser un idilio; pero tenía en aquellos momentos tantas desdichas en que pensar, era tan activa la lucha que por la existencia sostenía, que aquella brusca separación fué sólo un episodio, aunque muy doloroso, en la entonces accidentada novela de mi vida.

XXXIII

Siempre he odiado las situaciones falsas, y falsa de remate era la mía en aquellos instantes. Los sueños de gloria y de fortuna que excitaban mis naturales energías, contrastaban con la realidad que me condenaba á la pobreza vergonzante, la peor de las pobrezas. Veía con frecuencia á personas que por su alcurnia, su talento, su posición social revelaban á mi inexperiencia satisfacciones y privilegios que me estaban vedados; pero veía también que á pesar de la distancia que de ellas me separaba, me recibían con afecto y confiaban en mi porvenir, mostrándose dispuestas á ayudarme á vencer en la lucha, cuyas interioridades no podían conocer á fondo por que procuraba ocultarlas.

Habitaba una casa en la travesía de la Parada, que más parecía un cubil; sobre todo el cuarto donde yo dormía y escribía en una mala mesa de pino las poesías y los artículos que mis sentimien-

tos y mi imaginación me dictaban. Era una especie de sótano al que se bajaba por tres escalones, siendo preciso inclinar mucho la cabeza, por que el dintel de aquella abertura apenas medía una vara de alto. La escasa luz que allí había, penetraba por una ventana que estaba al ras de un patio.

En aquel antro pasé muchas noches sin dormir buscando solución al problema que me martirizaba, pensando que debía renunciar á mis propósitos, á las relaciones adquiridas y entrar de dependiente en un comercio ó descender aún más en la escala social. Todo menos aquel contraste diario, en el que aparecía ante mis relaciones en posición desahogada, siendo en mi hogar un verdadero pobre de solemnidad, lo que me hacía sufrir más que por mí por mis hermanas y mi padre.

Como en la actualidad van los jóvenes elegantes á las Calatravas á ver y saludar á las señoras y señoritas que acuden á las misas de doce y de una, en la época á que me refiero el punto de reunión para análogos efectos era la iglesia de San Martín.

Entre los concurrentes figuraban muchos alumnos de la Escuela de Estado Mayor, algunos de los cuales debían más tarde ser personajes y hasta hacer historia de España, como Martínez Campos; los hermanos Azcárraga, Mariano Capdepont, tan ilustrado militar como inspirado poeta, Jiménez Palacios, que llegó á ser subsecretario del Ministerio de la Guerra; y no faltaban los Béjar, Serrallach, Rafael Húmara, y otros militares á quienes no recuerdo. El elemento civil estaba re-

presentado por Moret y Prendergast que contaría diezy seis ó diez y siete años y era ya prototipo de elegancia y distinción, por Pedro López Sánchez, que fué después uno de los más brillantes catedráticos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid; por Angoloti, que tanto ha figurado como financiero, y por los dos Agustines: Agustín Aragón y Agustín Bonnat, que murieron muy jóvenes, no sin dejar el primero fama entre sus condiscípulos por su claro talento, su recto juicio y su aplicación de benedictino, y alcanzar el segundo la sincera y entusiasta admiración de los literatos y de los lectores de exquisito gusto de su tiempo, por que con los artículos que dió á luz en *Las Novedades* y la única novela que publicó, reveló sus grandes cualidades de psicológo humorista y estilista elegante á la manera de Alfonso Karr, Javier de Maistre y Sthendal, cuyas obras estaban por aquellos tiempos en todo su apogeo.

En el reducido atrio de San Martín ó *Portacœli*, se reunían los que he citado y otros muchos más, entre los que se hallaban los contertulios de las casas de Arriera y de doña Concha Ordoño, porque las señoritas que embellecían y alegraban las reuniones no dejaban de asistir á las misas, acompañadas por sus mamás, como asimismo las dos hermanas Terán y Antonia de Béjar, á quien algunos domingos acompañaba Andrea.

Antes de mi rompimiento con la madre de esta adorable joven, también iba yo á San Martín á oir misa y á formar parte del grupo de admiradores ó

adoradores de aquellas señoritas que estaban en el apogeo de su belleza, de sus ilusiones y de sus esperanzas.

Allí, donde todo era de color de rosa, no podía menos de ver al mismo tiempo el color gris de mis pensamientos y mis desdichas.

Cuando comprendí que ni debía ni podía luchar con una madre que haría sufrir á su hija las consecuencias de los disgustos que yo le proporcionase; cuando mi penoso presente y mi incierto y acaso desastroso porvenir se aparecieron á mis ojos con su terrible realidad, resolví evitar las ocasiones de ver á Andrea, cuya felicidad deseaba, ya que yo no podía ofrecérsela.

Eramos muy buenos amigos Alejandro Béjar y yo para que cesásemos de vernos; pero así y todo escaseé mis visitas á su casa durante algún tiempo, aunque después volvimos á vernos con frecuencia.

Transcurrió un mes en el cual fueron inútiles cuantas tentativas hice para buscar una ocupación lucrativa; los apuros eran cada día mayores en mi casa; mi padre confiaba, en que sería colocado en las oficinas de la condesa viuda de Vía-Manuel, pero hasta que terminase la testamentaría no sería posible; cuantos pasos daba para cambiar su cesantía por un empleo eran infructuosos; el general Serrano contestaba como siempre á sus cartas, pero no hacía más que cumplir y mentir; mi padre le pidió que al menos hiciese algo en mi favor y le envió una carta recomendándome á

Fernández de los Ríos para que me proporcionase trabajo en las *Novedades* ó en la *Ilustración*, que publicaba entonces. Tampoco esta recomendación surtió efecto. Lo único que me prometió Fernández de los Ríos fué publicar los artículos y los versos que le enviase; pero sin remunerar mi colaboración.

Becquer y Luna estaban en situación idéntica á la mía. Al primero se le habían acabado los recursos y tuvo que aceptar el hospedaje que le brindó con tanto gusto la buena de doña Soledad; pero su pesadumbre era pasiva, resignada. En cambio Luna y yo estábamos desesperados, porque nada conseguíamos y carecíamos de la paciencia que embellecía el alma de Gustavo.

Podía yo confiar á Javier Márquez lo angustioso de mi situación y seguramente me habría prestado auxilio; pero por lo mismo me guardaba muy bien de importunarle y afligirle.

Salíamos del paso en mi casa reduciendo nuestra alimentación á lo más indispensable; pero la ropa interior había ido gastándose y la exterior se había deteriorado con el uso. Mi padre y yo necesitábamos ver gente, salir á la calle y debíamos presentarnos con decencia. Era preciso reponer la ropa y el calzado, y para esto no alcanzaban nuestros recursos. Mis pobres hermanas habían dejado de ir al colegio y sólo salían con el ama cuando empezaba á anochecer, para disimular con la oscuridad la pobreza de sus deteriorados vestidos.

Yo no tenía más que dos camisolas para ir de

día á las visitas y de noche á las reuniones, y las cuidaba con el mayor esmero á fin de que una de ellas durase en buen estado toda la semana mientras se lavaba y planchaba la otra.

Uno de los domingos en que más me interesaba asistir á la velada de la señora de Reyes, supe en el momento de vestirme que no podía contar con tan indispensable prenda y desesperado al ver frustrado mi deseo por aquel mísero detalle, arrojé con violencia sobre mi cama la camisa inservible. Los cuellos que se usaban entonces eran bajos, á la marinera como los llamaban y que he usado siempre aunque no hayan estado de moda. Al caer la camisa, se desdobló el cuello apareciendo á mis ojos en su parte interior con la blancura de las recién lavadas y planchadas. Volví la prenda del revés, me la puse y mi disgusto se trocó en alegría. Ocultando la pechera con la corbata y el chaleco, cuello y puños podían desempeñar perfectamente su papel, y desde entonces mis dos pobres camisas se convirtieron en cuatro.

¡Cuántos detalles de estos podría referir, que en vez de avergonzarme y de entristecerme, me ofrecen un goce que debe parecerse algo al del soldado que puede referir en su tranquila vejez las peripecias de los combates que empeñó en su agitada juventud!

Haber sufrido privaciones de todos géneros y haber sacado ilesos de las luchas contra la adversidad el honor, el decoro y la salud, es una de las

mayores satisfacciones que puede conseguir el sér humano.

XXXIV

Una tarde, después de haber conversado largamente Becquer, García Luna y yo sobre nuestros apuros, tan cerrados vi los horizontes, que al separarme de ellos resolví poner término á aquella desesperada situación.

En las esquinas de las calles había visto carteles anunciando que en la Estación del ferrocarril de Madrid á Aranjuez se admitían peones para las obras de la prolongación de la línea férrea.

Desde la calle de la Paz me encaminé á la Puerta de Atocha y pregunté á un mozo de la Estación que hallé al paso, dónde tenían que presentarse los que solicitaran las plazas de peones que anunciaban los carteles.

El mozo me miró con curiosidad antes de contestar á mi pregunta.

Es de advertir que en aquel tiempo, todos los individuos de la clase media por pobres que fueran usaban sombrero de copa alta, que como ya he indicado, podía obtenerse por diez y nueve reales y uno viejo. Yo era uno de tantos.

—Ahora está cerrada la oficina—dijo el mozo.— Se abre por la mañana á las siete. Los admitidos montan en el tren y los van dejando en donde los capataces disponen. ¿Es para usted la plaza?—añadió.

—No—contesté rápidamente.—Un pobre hombre sin trabajo que vive en una guardilla de mi casa y está algo enfermo, me ha rogado que averigüe qué es lo que deben hacer los peones y qué jornal ganan, para ver si le conviene solicitar una plaza cuando se ponga bien.

—Si no es más que eso, yo puedo enterar á usted. Lo que tienen que hacer los peones es acarrear tierras en esportillas ó desmontar terrenos con picos. Los primeros ganan seis reales y los otros, que necesitan disponer de más fuerza, ganan ocho. Admiten á todos los que se presentan y pueden servir para el caso.

Le dí las gracias y me dirigí á mi casa resuelto á presentarme al día siguiente en la oficina y ser, si me admitían, uno de los que acarreasen tierra, ya que no me considerarían útil para manejar el pico.

Nada dije á mi padre, y á las seis de la mañana siguiente me levanté, me puse la peor ropa que tenía, cubrí mi cabeza con una gorra vieja, y procurando no hacer ruído, porque todos dormían en mi casa, salí á la calle y sin vacilar un solo instante me fuí á la Estación de Atocha.

Todavía no estaba abierta la oficina de enganche, llamémosla así, y tuve que esperar con otros veinte ó treinta jóvenes, hombres en la fuerza de su edad ó viejos, aspirantes como yo, porque no había llegado el encargado de admitir á los peones y estaba cerrado el despacho.

Más de una hora transcurrió y el deseado fun-

cionario no llegaba. Los aspirantes ocuparon el tiempo charlando, y lo que allí oí me conmovió profundamente. Había seres más desgraciados que yo.

A cosa de las ocho llegó un tren procedente de Aranjuez y los que aguardábamos nos acercamos á la puerta de salida para ver á los viajeros y sobre todo para examinar la locomotora y los vagones, que entonces despertaban viva curiosidad, particularmente en las clases pobres é ignorantes en las que no faltaba quien creyese que los caballos que movían el tren iban dentro de la máquina.

Entre los viajeros que llegaban ví al padre de Javier Márquez, quien á pesar de mi disfraz de casi pordiosero me reconoció.

—¿Qué haces aquí... con ese traje?—me preguntó.

Vacilé unos segundos en contestar. El padre de mi amigo insistió y le confié mi propósito. En la situación en que estaba mi familia, no debía ser gravoso, sino prestarle ayuda y había resuelto convertirme en peón.

—Toma esta maletilla—me dijo D. Joaquín Márquez—y ven conmigo.

—Estoy resuelto.

—Lo que pretendes hacer es una tontería. Para esos trabajos no sirves y además eres amigo de la infancia de mi hijo; sé que le has apartado, si no de todos de algunos de sus vicios, y quiero hacer algo en tu favor. Por de pronto, desde mañana vienes á mi casa á las ocho, te desayunas, almuer-

zas y comes con nosotros y durante el día desempeñarás los trabajos que te indicaré, propios de tu clase y de tu educación. Mientras tanto, procuraré buscarte una colocación ventajosa. Ahora no puedo favorecer á tu padre, porque soy de los caídos; pero no me faltan relaciones y haré por tí y por tu familia cuanto pueda.

Pasó cerca de nosotros un coche de alquiler, llamó al cochero, subió al carruaje después de recojer de mis manos la maletilla, me encargó que me fuera á mi casa á quitarme aquellos andrajos, que no faltase al día siguiente á la cita que me había dado y se alejó, dejándome confuso aquel inesperado encuentro y la proposición que acababa de oir.

El hijo primero y después el padre, habían evitado que realizase yo los proyectos que, contra mis inclinaciones y mis esperanzas, me inspiraba la necesidad.

Cuando llegué á mi casa no estaba mi padre; abrió la puerta una de mis hermanas que no se fijó en el deteriorado traje que había sacado á la calle, me dirigí á mi cuarto, cambié de ropa y volví á salir, encaminándome á la casa en donde doña Soledad hospedaba á Luna y á Becquer.

Allí supe que el día anterior debía haber llegado á Madrid Narciso Campillo con la arquilla repleta de versos, que para nosotros eran ya esperanzas perdidas ó como dijo Espronceda:

> ...Hojas desprendidas,
> del arbol del corazón.

Había escrito á Gustavo anunciándole su viaje, nada menos que en Diligencia, lo que indicaba que su excelente madre había hecho un sacrificio para evitarle incomodidades, y dándole las señas de la casa donde debía residir.

Sin pérdida de tiempo fuimos á averiguar si ya era habitante de la Villa y Corte, y tuvimos el gusto de darle un abrazo y el disgusto de participarle lo aflictivo de nuestra situación y de las tristes realidades en que se habían trocado nuestras risueñas ilusiones.

Menos fantástico que nosotros, no se sorprendió mucho ni se afligió demasiado al oir nuestras pesimistas confidencias. Dios abriría camino. Por de pronto, Becquer y yo podíamos recoger nuestras composiciones poéticas y publicarlas donde fuera posible. Si no dinero, nos proporcionarian reputación. El haría otro tanto, aprovechando la recomendación que traía para el gran Quintana, á quien la revolución triunfante había sacado del olvido popular, refrescando su fama.

Lo que más alarmaba á Campillo era no estar completamente bien de salud. Al emprender el viaje se sentía vigoroso, animado; pero en el segundo día experimentó malestar, ardor en la cabeza, mareos, su estómago rechazaba los alimentos y para sostener sus fuerzas había tenido que recurrir al café.

Al llegar á Madrid, molido después de cuatro días de diligencia, cenó ligeramente, se acostó y durmió bien tres ó cuatro horas; pero se despertó

ardoroso, no pudo volver á coger el sueño, no encontraba postura á su gusto. En una palabra, algo extraño debía tener, y para salir de dudas, suplicó á la patrona de la casa de huéspedes á quien había sido recomendado, que llamase á un médico.

Le esperaba cuando llegamos, y para no perder tiempo sacó del arca los papeles que la llenaban, hizo el reparto, Becquer recogió los suyos, yo los míos y en esta ocupación nos sorprendió el doctor.

Examinó á Campillo y notó alguna alteración en su pulso; el malestar que indicaba podía obedecer al cansancio del viaje, á un enfriamiento y también podía ser anuncio de alguna enfermedad solapada.

Era preciso aguardar á que con el descanso se normalizase el pulso, ó á que el tiempo descubriese la incógnita si la había. Volvería al día siguiente y entretanto debía Campillo quedarse en casa porque el tiempo era crudo, comer poco y esto si tenía apetito y armarse de paciencia.

Salimos con el doctor, quedando en volver por la tarde á ver cómo seguía nuestro amigo, y á las preguntas que dirigimos al médico contestó que no creía que fuese cosa de cuidado la indisposición; pero que era preciso estar muy alerta, porque había bastante viruela en Madrid.

Esta fué la enfermedad que al cabo de cuatro días de lucha entre la naturaleza y el mal, se declaró de una manera franca y violenta en nuestro buen amigo; pero yo no lo supe hasta que entró en convalecencia, porque al día siguiente de nues-

tra entrevista fuí á casa de Márquez, como había convenido con su padre, y pasé tres semanas ocupadp en el trabajo que me encargó, lo mismo los domingos que los días de labor, desde las ocho de la mañana hasta las ocho ó las nueve de la noche, con cuyo motivo llegaba rendido á mi albergue y me acostaba.

García Luna, que había padecido la enfermedad que aquejaba á Campillo, y la bondadosa doña Soledad, se constituyeron en sus enfermeros hasta que su madre llegó de Sevilla. Prohibieron á Becquer que fuese á verle y convinieron en ocultarme lo que pasaba para evitarnos el contagio, y por este motivo, cuando llegó á mi noticia con todos sus detalles lo que había sucedido, fuera de peligro el enfermo, resolvió volver inmediatamente á Sevilla y á así lo hizo con su excelente madre en cuanto el médico le dió de alta.

Tal fué la primera y breve estancia de Campillo en Madrid.

A Dios gracias, por entonces disfrutaba yo de salud, y buena falta me hacía, porque la tarea que me encomendó el padre de mi amigo, sin ser tan penosa como la copia del *Brocense*, era difícil, árida y exigía gran esfuerzo de atención.

El Ilmo. Sr. D. Joaquín Márquez era abogado, aunque no ejercía su profesión; pero en calidad de tal sostenía un pleito ante el Consejo de Estado como representante y defensor de una sociedad minera. Los pliegos de papel sellado que hasta el momento en que empecé á trabajar formaban los

autos, pasaban de doscientos, y mi misión era leer unas tras otras aquellas aburridas páginas, extractar su contenido para que el extracto enterase al abogado de lo que hasta entonces se había pedido, negado ú otorgado y pudiera defender ante el Consejo á la Sociedad que representaba.

Era aquella labór de pasante; es decir, de abogado incipiente. Exigía conocimientos de Derecho de que yo carecía y especialmente de la legislación minera, que ignoraba, y que además me era antipática por los grandes disgustos que las minas habían ocasionado á mi padre.

La mala letra de los autos me hacía perder mucho tiempo, había páginas que tenía que leer varias veces para enterarme bien de los conceptos; y sin la preparación oportuna para semejante tarea, sin poder sujetar á mi imaginación que quería volar y se veía aprisionada entre aquellas fórmulas curialescas, avanzaba muy poco, y por las noches me retiraba á mi casa rendido y ademas desconsolado.

Trabajaba desde las ocho hasta las doce. A esta hora se almorzaba y yo ocupaba un puesto en la mesa familiar, donde era tratado con el mayor afecto. El almuerzo duraba próximamente una hora, tenía otra de descanso, que pasaba conversando con mi amigo Javier y con su hermana Angeles, que era muy ilustrada y lo sabía.

A las dos volvía al despacho y continuaba la tarea hasta las seis ó seis media, hora de la comida que solía durar bastante, porque con frecuen-

cia nos acompañaba alguno de los dos hermanos Barroeta, sobrinos de D. Joaquín, y se hablaba de política ridiculizando á los liberales, se referían los sucesos del día que se habían contado en el Casino y cuando nos levantábamos de la mesa eran más de las ocho.

El esfuerzo intelectual que tenía que hacer para enterarme del contenido de los autos y la redacción del extracto de lo esencial de ellos, me fatigaba sobremanera y no podía disfrutar de aquellos ratos de expansión que me ofrecían las animadas y suculentas comidas en que tomaba parte, porque más que satisfacción me proporcionaban pesadumbre.

A D. Joaquín Márquez le gustaba comer bien y los manjares que se servían en su mesa con todos los perfiles de la más perfecta gastronomía, eran sabrosos y nada vulgares; pero al saborearlos no podía menos de recordar que mi padre y mis hermanas estaban condenados al mísero cocido, muchos días sin postre, y por la noche á una modesta cena de patatas, lentejas ó judías, pareciéndome una indignidad disfrutar de festines mientras que en mi casa ayunaban ó poco menos. Esto, unido á que jamás he considerado la comida como un goce, me hacía sufrir pensando que pagado en metálico el trabajo que desempeñaba, proporcionaría á mi familia lo necesario, mientras que en la forma en que era remunerado, resultaba la remuneración depresiva, supérflua y ni me halagaba ni me aprovechaba.

Al cabo de tres semanas dí cima á mi tarea, y al despedirme de D. Joaquín me dijo:

—Tengo un proyecto que podrá poner término favorable á tu precaria situación. Ven mañana y te lo confiaré, si como espero no se me escapa en una entrevista que debo celebrar esta tarde, la ocasión propicia de proporcionarte un porvenir ventajoso.

Este anuncio me sorprendió, me preocupó grandemente y anhelé que pasara el tiempo con rapidez para satisfacer la curiosidad que se apoderó de mi imaginación. Cuando llegué á casa de Márquez al día siguiente, me llevó su padre á su despacho, cerró la puerta y arrellenándose en un sillón y encendiendo un veguero me mandó sentar y me dijo:

—¿Tendrás deseo de conocer el proyecto que te insinué ayer?

—Sí, señor... francamente, sólo el anuncio de él me ha quitado el sueño.

—No es la cosa para menos. Has de saber que se trata de una excelente boda que si la aceptas, como deseo, resolverá de un modo feliz el problema de tu vida.

Aquel inesperado anuncio me sorprendió desagradablemente. ¿Pues qué, podía ser una boda motivo de una especulación? De sobra he sabido después que se efectúan enlaces interesados, verdaderos negocios que algunos califican de buenos y que yo he creído y sigo creyendo que son malos, por no decir los peores que pueden reali-

zar la insensatez y la codicia humanas; pero entonces no podía ni siquiera imaginar que una boda no fuese la mútua y expontánea inclinación de dos almas inspiradas en el amor y, por tanto, en la generosidad y la abnegación.

Al cabo de una breve pausa, manifesté á mi interlocutor que no comprendía bien lo que me proponía.

—La cosa es bien sencilla—añadió.—Reside en Madrid una señora de la más antigua y acrisolada nobleza, que se interesa vivamente por una señorita que se quedó huérfana en la niñez, á la que recogió y ha educado con el beneplácito de su esposo. La señorita de quien se trata, que por cierto es agraciada y de un carácter muy bondadoso, tiene sobre poco más ó menos tu edad, y su protectora ya entrada en años y de quebrantada salud, desea casarla con un joven que aunque carezca de fortuna pertenezca á una familia honrada de la clase media y sea lo que tú eres, un buen muchacho de sanas costumbres, laborioso, que aspire á labrarse una posición y posea condiciones para ello. La señorita será dotada por su protectora y el candidato que por las dos sea aceptado, obtendrá desde luego un empleo de doce mil reales en la administración del patrimonio de los señores de quienes se trata y los honores de Gentilhombre de S. M. la Reina; es decir, un presente muy aceptable y un porvenir brillante. Soy abogado de la señora que tan generosos propósitos abriga—añadió—me los ha confiado para que la

ayude á realizarlos, y juzgando que reunes las cualidades que desea para su protegida, te propongo esa boda, naturalmente con el beneplácito de tu padre, seguro de que serás aceptado.

Quise interrumpirle para manifestarle la impresión que me habían producido sus palabras; pero no me dejó meter baza y prosiguió:

—Mañana te pones la mejor ropa que tengas, y si algo te falta mi hijo Javier te lo prestará. Así acicalado te diriges á la Iglesia de Santa María dispuesto á oir la misa de once. Allí me encontrarás en el lado de la derecha del altar mayor, me buscas, te acercas á mí, me saludas y oyes la misa con la mayor devoción. Al terminarse, te colocas al lado de la pila del agua bendita de la derecha, entrando, y á poco me verás llegar con una señorita. Nos saludas, nos ofreces agua bendita, sales con nosotros, te indicaré que nos acompañes hasta un caserón con todo el aspecto de un antiguo palacio que hay al principio de la Cuesta de la Vega, accedes, hablas conmigo poco y bueno, te fijas en la joven, que de seguro te agradará por su modestia y la dulce expresión de sus ojos, y como yo tengo que ir al Consejo de Estado, en cuanto deje á la joven en su casa vienes conmigo y me comunicas la impresión que hayas recibido.

Traté nuevamente de expresar la resolución que había tomado de no emprender aquella aventura; pero se levantó y me dijo:

—Ahora no quiero saber lo que piensas. Cuales-

quiera que sea tu resolución, no puedes menos de hacer lo que acabo de indicarte. Es cosa convenida, y si faltases á la cita haría yo un mal papel. Además los problemas, por sencillos que sean, y el de que se trata es de los más árduos, no deben resolverse sin examinar bien las consecuencias de la resolución que se tome. Ni una palabra más ahora. Mañana á las once nos veremos en Santa María.

Levantándose resuelto á abandonar el despacho; le obedecí, salí detrás de él; y como á pesar de hallarnos en pleno Invierno hacía uno de esos días en los que nada tiene que envidiar Madrid á los pueblos del litoral del Mediterráneo, por la Carrera de San Jerónimo, atravesando el Prado y el Campo de la Lealtad, me encaminé al Retiro á meditar sobre aquel inesperado capítulo, que un piadoso deseo ó un interés egoista, quería introducir en la novela de mi vida.

Mi inexperiencia no podía inspirarme la sospecha, que más conocedor del mundo, habría surgido en mi mente al oir la proposición que me preocupaba; pero bastaba el concepto que me había formado del amor y de su consecuencia natural para santificarle, y no me explicaba cómo podían pactarse matrimonios en condiciones semejantes á las que me había indicado aquel señor que deseaba mi bien.

Sin ahondar mucho en aquel misterio, ni un solo instante pensé tomar parte activa en aquella comedia. Prefería ser pobre á vender lo que en mi

concepto era lo mejor del alma humana. Un empleo suficientemente remunerado y unos honores en los que nunca había pensado, ni me halagaban porque representaban una servidumbre que por instinto rechazaba mi espíritu esencialmente cristiano, no bastaban á decidirme á unir mi vida para siempre á una joven, ignorada, desconocida, que á cambio de mi nombre, antes de darme su corazón empezaba por poner precio á lo que ni se debe vender ni se debe comprar.

Me pareció que el Sr. Márquez me había inferido una ofensa, naturalmente sin querer. Acaso se efectuaban uniones como la que me había propuesto; pero si esto sucedía ¡qué vergüenza para el hombre que las aceptaba! ¡Qué indignidad, trocar en miserable interés lo más hermoso de la existencia humana! ¿Qué mujer podía ser aquella, á quien para resolver el gran problema de la vida bastaba una rápida entrevista en la penumbra de una iglesia con el llamado á ser su esposo?

Me indignaba aquella desconocida, y al mismo tiempo me inspiraba lástima. Debía ser un caso excepcional el suyo.

De todos modos no podía prescindir de ir al día siguiente á la Iglesia de Santa Maria: de lo contrario mi protector se habría indignado; pero al abandonar el Retiro había resuelto preferir la pobreza en que estaba sumido á realizar un buen negocio á costa del más noble de los sentimientos del alma.

El programa se realizó al día siguiente, aunque

no por completo. Al terminar la misa me situé junto á la pila del agua bendita designada, y no tardó en llegar D. Joaquín con una joven vestida de negro y tocada con un velo, porque entonces las pocas señoras que lucían sombrero, lo reservaban para pasear en coche.

Según lo convenido, debía yo hablar poco y bueno; pero no pude despegar los labios. En dos minutos llegamos al caserón, la joven entró después de despedirse de nosotros, más con la acción que con la palabra, porque sin duda estaba avergonzada, y cuando el Sr. Márquez y yo nos quedamos solos, con muestras de mal humor me dijo:

—Pareces un doctrino; ni siquiera hemos podido oir el metal de tu voz. No sé el efecto que habrá producido tu actitud reservada y silenciosa; pero temo que haya contribuído á malograr mi plan en tu favor.

—Celebraría que así fuese—insinué.—Si ayer me hubiera usted dejado hablar, habría renunciado á su propósito, que agradezco; pero cuya realización es de todo punto imposible.

—Me lo explico, tendrás novia y por eso...

—Se engaña usted; ni mi pobreza ni el estado de mi ánimo me permiten pensar en amoríos.

—¿Y siendo así, no te entusiasma la ocasión que se te presenta de mejorar de fortuna y unirte á una joven de tan distinguidas prendas como la que acabas de ver?

—Lo siento mucho; pero carezco del entusiasmo que usted querría ver en mí.

—¿No te ha parecido bien esa señorita?

—Como no he pensado ni un solo instante... en esa boda, me he limitado á mirarla con respeto y, para ser leal, diré que hasta con lástima.

—Eres un insensato, y desde luego te aseguro que no harás carrera. Esa boda que desprecias, te habría proporcionado valiosas relaciones, habrías entrado en Palacio, lo que tantos desean sin conseguirlo, y habrías hecho tu suerte. En la vida solo una ó dos veces viene á buscarnos la fortuna, y si la despreciamos nos abandona para siempre. Reflexiona... aún es tiempo.

—He reflexionado, y dando á usted sincera gracias por su interés, le ruego que desista...

—Bien está: yo nada pierdo, ni esa joven tampoco. ¡Habrá tantos que considerarán como una dicha lo que rechazas!

—Que la disfruten si la desean.

—No hablemos más del asunto. Puede ser que algún día te arrepientas.

Llegamos á la puerta de los Consejos y se despidió de mí con frialdad. Así terminó aquel proyecto y sólo supe andando el tiempo, que aquella joven era algo más que pretegida de la señora cuyo nombre también conocí, y que como no podía menos de suceder, encontró un marido como hay tantos por esos mundos de Dios.

XXXV

Dejé de ir á comer á casa de Márquez pretextando que había conseguido una ocupación que me lo impedía; pero continué siendo verdadero y leal amigo de Javier, quien deseoso de acudir en mi auxilio y al mismo tiempo en el de Becquer, nos manifestó que deseaba que los tres escribiéramos un periódico literario, cuyos gastos costearía.

Celebramos unas cuantas conferencias para tratar del plan de la publicación; se animó Becquer confiado en que si hacíamos algo nuevo, algo inexperado, tendría gran éxito; asociamos á Luna á nuestro proyecto, se convino en que después de cubrirse los gastos repartiríamos entre los cuatro las ganancias y otra vez, aunque no con tanto optimismo, hizo cuentas galanas nuestro querido Gustavo.

El periódico sería semanal y se titularía *El Mundo*. Becquer fué el padrino y escribió un precioso artículo-programa. Nuestras muertas esperanzas renacieron; pero duraron poco. El primer número de *El Mundo* apareció con el artículo indicado, otro de Luna, otro mío y poesías de los cuatro únicos redactores; pero olvidamos que era necesaria una administración para hacer la indispensable propaganda, y los miles de ejemplares que se tiraron en buen papel y hasta con lujo tipográfico, no fueron admitidos en las librerías en comisión para su venta, y al buscar una persona

inteligente en asuntos periodísticos para que nos auxiliase, nos manifestó que las propagandas se hacían antes de que aparecieran los periódicos. Hombre de bien á carta cabal, nos demostró además que en aquella época de agitación política no podía llamar la atención ni alcanzar éxito un periódico literario que no fuese satírico, desvergonzado y hasta escandaloso. *El Mundo,* que había examinado con interés, no podía despertar ni siquiera curiosidad y era lástima que gastásemos el dinero inútilmente.

Aquel nuevo desengaño tuvo suficiente elocuencia para que reconociéramos que llegaba á tiempo y era por lo tanto saludable. Renunciamos al *Mundo*... y sus pompas. Márquez pagó los gastos del primer número, que apenas circuló, y que como tantos otros periódicos de su clase y estofa, sirvió para envolver los géneros de una tienda de ultramarinos.

Durante muchos años he conservado un ejemplar de aquel periódico malogrado al nacer; pero se me ha extraviado y lo siento porque el artículo-programa que escribió Becquer para *El Mundo,* debía figurar en la cada día más buscada, leída y apreciada colección de sus obras.

Gustavo aceptó con su ingénita resignación aquel nuevo fracaso. Los tiempos no eran propicios para alcanzar notoriedad con versos ni artículos literarios. Si la idea de coronar á Quintana había sido acogida con entusiasmo, el homenaje se dedicaba más al liberal y al patriota que al poe-

ta; así es que para nada nos sirvieron las poesías que guardó la arquilla más de medio año. Becquer que empleó algunos ratos de su forzado ocio en dar un vistazo á sus composiciones, fué destruyéndolas poco á poco y ni una sola de ellas aparece en sus obras, porque todas perecieron á sus manos. Solo por casualidad conservo inédita la que él calificó de juguete romántico titulada *Las dos*, y como está escrita de su puño y letra, con otros autógrafos y papeles de algún interés, dispondré que á mi muerte sean remitidos á la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

De mis poesías solo utilicé tres ó cuatro: las restantes sufrieron la suerte que merecían: anulación y olvido.

La vida que hacía Becquer, que seguramente es lo que más deseará saber el lector, era monótona y triste; pero como la tristeza era su elemento, ni se afligía ni se quejaba. En vez de vivir en el mundo, vivía en su cerebro y en su corazón. Las miserias y pequeñeces de que está llena la existencia, no alternaba su ritmo habitual que era la calma, la serenidad, la resignación. Jamás sintió el aburrimiento; la soledad, que le agradaba en extremo, estaba para él llena de seres, de ideas, de sentimientos que formaban un mundo en el que hallaba sus más puras y hermosas satisfacciones.

En Madrid le faltaban los libros de la biblioteca de su madrina; pero tenía una gran memoria; los personajes de las leyendas, de las novelas, de

los dramas que había leído; las poesías que recordaba, vivían en contínua comunión con sus proyectos literarios, con las ideas y los sentimientos que más tarde habían de palpitar en sus rimas, formar la grandiosa galería de cuadros, monumentos y esculturas que constituyen las obras que eternizan su nombre y su gloria, y pasaba horas y horas en aquel bullicioso silencio, en aquella poblada soledad, en aquella pasiva actividad, que le hacía olvidar las exigencias de la materia para entregarse en su solemne pobreza, á los puros é inefables goces del espíritu.

En Sevilla había asistido á las representaciones de las óperas italianas que por entonces disfrutaban de gran boga y que hoy son tan injustamente desdeñadas. Donizetti y Bellini eran sus ídolos, porque como él eran esencialmente artistas y como él también llevaban desde que nacieron el germen de la enfermedad que debía privar de la razón al primero y acabar con el segundo en el período más hermoso de su juventud.

Ocasión tendré de rendir tributo á los dos compositores que también fueron, han sido y siguen siendo los que con el recuerdo de sus melodías, que quedaron grabadas en mi alma desde que las oí por vez primera, me han ofrecido dulcísimos momentos de tregua en los períodos en que más he sufrido. Ahora sólo deseo consignar que Bécquer, que sabía de memoria, con la memoria del corazón, las óperas *Lucía*, *Poliutto*, *Linda de Chamounix*, la *Favoríta*, *Norma*, los *Puritanos* y *Son-*

námbula, en sus soledades tarareaba más con el pensamiento que con la voz, aquellas melodías todo amor ó dolor, que en la primera mitad del siglo XIX hicieron palpitar á tantos corazones y llenaron tantos ojos de lágrimas, de esas lágrimas que hacen bien y consuelan.

Así es que en la más absoluta pobreza, debiendo al afecto caritativo de una señora, si no completamente pobre por lo menos de escasos recursos, lo necesario para no morir de inanición, pasaba el tiempo en un estoicismo que á Luna y á mí nos admiraba y á la vez nos desesperaba.

A los dos ó tres días de perder las ilusiones que el *Mundo* periódico nos había hecho concebir de lograr lo que el mundo real nos negaba, tomamos parte Luna, Becquer y yo en una escena que voy á referir.

Fué á mi casa á ver al ama Rosalía un joven asturiano de su mismo pueblo, que había llegado haría cosa de un mes y que gracias á un tío suyo mozo de comedor de la señora condesa del Montijo, logró una plaza de guarda de la posesión que aquella ilustre señora tenía en Carabanchel.

El astur, de veinticuatro á veinticinco años, guapo y simpático, vestía pantalón, chaleco y chaquetón azules con vivos encarnados y botones dorados, y cubría su cabeza con una gorra también azul galoneada de oro entre vivos del mismo color que los que adornaban el traje.

Se mostró muy contento porque ganaba doce reales diarios y además le daban casa.

—¿Sois muchos guardas?—le preguntó el ama.

—Cuatro—contestó el mozo—porque la posesión es grande: dos vigilan de día y dos de noche, por turno; pero estos días no somos más que tres, porque uno estaba enfermo y ha tenido que marcharse á su pueblo. No tardará en ser reemplazado, porque la plaza es muy golosa.

Por casualidad asistí á aquella entrevista, y obedeciendo á una idea que cruzó por mi mente, pregunté:

—¿Y tiene usted mucho que hácer?

—Poca cosa—me dijo.—Cuando me toca vigilar de día, entro de servicio á las siete y mi obligación se reduce una semana á permanecer sentado cerca de la puerta principal de la verja ó paseándome, y otra en la puerta que da al campo. Cuando estoy en la puerta principal, hago además las veces de portero. Sé á quien debo dejar entrar y á quien no. Cuando están la señora Condesa ó sus hijas, que también tienen título, reciben y entonces toco una campana avisando la visita. Para el servicio de la noche, nos relevamos á las nueve y los que se quedan vigilan á fin de que nadie escale las tapias. Algunas noches en Primavera y en Verano hay gran reunión y entonces prestamos servicio los cuatro guardas. Hay mucha sujeción; pero poco trabajo.

—¿Y dice usted que está vacante un puesto de guarda?

—El enfermo se fué ayer, y como hoy he salido temprano porque cada quince días tenemos uno libre, no sé si habrá ido alguno á pretender...

El resto de la conversación nada interesa á este relato. Mi propósito, por supuesto descabellado, después de oir al paisano del ama Rosalía, fué solicitar la plaza vacante. Si no había más que hacer que pasear ó estar sentado, aunque siempre vigilando, nada más fácil para mí al lograr mi deseo que aprovechar aquellas largas horas leyendo, pensando y aguardando entre árboles y flores tiempos más bonancibles.

Con la actividad que he aplicado á todos mis proyectos, salí de mi casa y fuí á la del duque de Rivas resuelto á pedir al marqués de Auñón que me recomendase á la condesa del Montijo.

Tuve la suerte de que pudiera recibirme y formulé mi súplica, por supuesto sin indicarle el cargo á que aspiraba, en lo que no obré bien. Me limité á decirle que, según mis noticias, había un puesto vacante en las oficinas de la Condesa y que bastaría para conseguirlo una tarjeta del Marqués rogándola que me recibiese y de ser posible me admitiese á su servicio.

Cuando el Marqués, interesado por mí, deseaba que le diese más pormenores acerca de mis pretensiones, llegó una visita, y como le había insinuado que me urgía formular mi solicitud, me dió una tarjeta después de escribir en ella dos líneas recomendándome.

Muy esperanzado fuí á comunicar á Bécquer y á Luna mi proyecto, que no les pareció mal; y como ninguno de los dos había estado en Carabanchel, al anunciarles que aquella misma tarde

me proponía salir de dudas, se ofrecieron á acompañarme y quedamos en que á las dos y media volvería á buscarlos.

Para no hacer el viaje en balde, desde la calle de la Paz me encaminé á la plaza del Angel, núm. 8, donde la Condesa habitaba el palacio en que después se estableció y aún subsiste el Centro del Ejército y de la Armada. Pregunté allí si se hallaba en Madrid y me dijeron que residía en su quinta de Carabanchel. Después de comer, sin comunicar á mi padre mi proyecto, fuí á buscar á Gustavo y á Luna, y por la calle de Toledo, franqueando la puerta y el puente sobre el Manzanares del mismo nombre, seguimos la carretera que conduce primero á Vista Alegre, gran posesión entonces del banquero Salamanca, después á Carabanchel Bajo, al Alto y por último á Leganés.

Becquer estaba aquella tarde más animoso que de ordinario. Por la mañana había empezado á escribir una novela que debía titularse: *Mal, muy mal, peor*, cuyo protagonista era un músico á quien la lucha con la realidad había sumido en la locura como sucedió á Donizetti, y moría joven en pleno triunfo como Bellini.

Nos refirió algunas de las situaciones que había pensado, todas ellas dramáticas, y con este motivo recordó la breve vida y el triste fin de Bellini, que como ya he indicado era su músico predilecto.

Aunque los días de Abril suelen ser en Madrid revueltos y desagradables, tanto la mañana como la tarde del que destinamos á nuestra expedición,

fué un verdadero día de Primavera. El cielo estaba despejado, la brisa saturaba la afmósfera con el perfume que había robado á los lilos de la Casa de campo; y aunque el camino que seguíamos nada tenía de poético y sí mucho de prosaico, al dejar tras de nosotros el viejo y pretencioso puente y las casuchas de los Mataderos, para seguir la carretera, sentimos la alegría de vivir que tan admirablemente ha pintado Zola en una de sus mejores novelas.

Becquer hacía el análisis de las óperas de Bellini, considerando que bastaban *Norma* para expresar la magnitud de su genio y *Sonnámbula* para dar á conocer la intensidad de su sentimiento y la belleza de su alma.

Luna y yo le oíamos con deleite, y para demostrarnos la exactitud de sus apreciaciones, de la teoría pasó á la práctica.

Cogió del suelo una rama seca, la despojó de las marchitas hojas, la partió por la mitad y destinando una de ellas á simular un violín y la otra el arco, comenzó á tararear la *Sonnámbula.*

En aquellos momentos ni sabía por dónde iba, ni se cuidaba de que los que pasaban á nuestro lado: lavanderas, arrieros, soldados ó campesinos, se quedasen mirándonos y sobre todo á él.

En aquellas miradas había sorpresa primero y luego en las de unos burla y en las de otros lástima.

Oí decir á unas mujeres que pasaron á nuestro lado, fijándose en Gustavo:

—¡Pobre joven! Sin duda se ha vuelto loco y le llevan á Leganés.

Cuando llegamos á Carabanchel terminaba Becquer el concertante del final del primer acto.

Guiados por un mozalbete á la quinta de la condesa del Montijo, pregunté á un guarda que estaba sentado cerca de la cancela de la verja engolfado en la lectura de un periódico, si podría ver á su ama.

—Hará cosa de media hora que ha salido en un coche para Madrid—me contestó.—Ha debido cruzarse con ustedes en el camino.

Recordé que, en efecto, había pasado un coche á nuestro lado cuando estábamos cerca de la posesión de Vista Alegre. ¡Viaje perdido!

—De todos modos—añadió el guarda—no habría usted podido ver á la señora. No recibe más que á sus relaciones ó á las personas á quienes concede audiencia, y para eso hay que entenderse antes con su apoderado, que en esta época suele vivir también en Carabanchel.

—Traía una tarjeta de un señor Marqués amigo de la señora.

—¿Qué Marqués? Conozco á todos los que vienen de visita ó á las fiestas que se celebran en la quinta.

—El Marqués de Auñón.

—Ya sé quién es. De cualquier modo, como si lo viera, al pasarle la tarjeta habría mandado que fuese usted á enterar al apoderado de la incumbencia que aquí le trae.

—¿Dice usted que vive en Carabanchel?

—Sí, señor; el mismo chico que le ha guiado á usted y está esperándole, le indicará su casa.

Miré en torno mío y ví que en efecto el mozuelo me aguardaba, aguardando tal vez una propina por el servicio que me había prestado.

—¿Cómo se llama el apoderado?—pregunté al guarda.

—Debe usted conocerle, porque es muy sonado; creo que hace comedias de las que echan en los teatros. Se llama D. Tomás.

—¿Y el apellido?

—Rodríguez Rubí.

—Mil gracias.

—No hay de qué... Si va usted ahora puede ser que le encuentre.

Me agradó la esperanza de conocer á aquel autor dramático, que había sido director del Teatro Español organizado por el Conde de San Luis, y que tanta fama había alcanzado con la *Rueda de la fortuna*, *Borrascas del corazón* y la *Trenza de sus cabellos*, que tan brillantes triunfos habían proporcionado á Matilde Díez, y despidiéndome del guarda después de indicar éste al muchacho á dónde debía conducirme, referí á Becquer y á Luna, que me esperaban bajo la sombra de un arbol, el mal éxito de mi tentativa y el paso que iba á dar cerca del apoderado de la Condesa, que era nada menos que un autor dramático de los más célebres.

Emprendimos la caminata, y también me fué adversa la suerte. Rubí no estaba en Carabanchel;

solo ví á su señora que me recibió con la mayor amabilidad. Enterada de mi deseo de entregar á la Condesa del Montijo la tarjeta recomendatoria que para ella me había dado el Marqués de Auñón, se ofreció á informar á su esposo de mi propósito, y me indicó que pasados dos días estaría de vuelta y le hallaría en casa si iba por la mañana antes de las once.

Empezaba á anochecer y los tres viajeros, después de entregar yo todo mi capital que se reducía á cuatro cuartos al mozalbete servicial, emprendimos la vuelta á la Corte.

Cansado el cuerpo y triste el alma, los tres amigos que no habíamos sentido al ir á Carabanchel el peso de las ilusiones, al volver nos molestaba la pesadumbre de las contrariedades sufridas y apenas hablamos. Pensábamos y sufríamos.

Dos días después torné yo solo á casa del gran poeta y tuve el gusto de conocerle, no tardando en estimarle, porque en cuanto se enteró de mi proyecto, y sobre todo del motivo que me impulsaba á querer realizarlo, me habló con un afecto y una sinceridad que me encantaron.

Mi historia era la de casi todos los artistas; también él había sufrido antes de saborear los aplausos del público. La lucha era necesaria para ser hombre de provecho. El cargo que pretendía ni me lo concedería la Condesa, ni yo serviría para desempeñarle, ni aunque lo consiguiese me convendría.

Amigo del Conde de San Luis, estaba en aque-

llos momentos de capa caída y nada podía hacer en mi favor; pero conservaba relaciones muy íntimas con los actores de más viso, y si escribía para el teatro me ayudaría con su influjo.

Entonces le confié que había entregado un drama á Arjona y la esperanza que tenía de que le representase atendiendo á la recomendación de su padre; porque todavía no había llegado para mí el desengaño que más tarde sufrí.

Como facilitaba mi expansión con su bondad, le insinué la absoluta necesidad que tenía de ganar algo y le rogué que á pesar de su opinión, intercediese con la Condesa para que me nombrase guarda de su quinta.

—Será inútil—me dijo—pero haré lo que usted desea. De once á doce suelo ir todos los días á ver á la Condesa. Venga usted conmigo, espera en el jardín mientras yo despacho con ella los asuntos pendientes, le indicaré la pretensión de usted y veremos lo que resuelve, aunque desde luego estoy seguro de su rotunda negativa.

Así fué; al enterarse de mi pretensión y de mis condiciones personales, suposo que se trataba de alguna apuesta que habría hecho con otros jóvenes de que me atrevería á solicitar el empleo de guarda; pero Rubi, según me dijo, la disuadió refiriéndole lo aflictivo de mi situación y entonces, compadecida, le encargó que me diese algún socorro de su parte.

Lo agradecí; pero no lo acepté. Yo no pedía limosna, pedía trabajo.

Así terminó aquella aventura, que me proporcionó la satisfacción de conocer el buen corazón de Rubí, á quien más adelante y estando yo en mejores condiciones tuve ocasión de tratar y estimar por la bondad de su alma, al mismo tiempo que admiraba su inspiración y su habilidad como autor dramático.

XXXVI

Cuando en aquel mismo día llegué á mi casa á la hora de comer, encontré á mi familia más animada que de costumbre. Mi padre había ido á ver á los hermanos Román y José Garreta, que eran parientes de mi madre bastante lejanos, primos terceros ó cuartos; pero cuando los conocí en la niñez los llamaba tíos, ellos á mí sobrino, y apenas los recordaba, porque sólo de tarde en tarde los veía y ya hacía tiempo que nada había sabido de ellos.

Algunos días antes del que dediqué á mi viaje á Carabanchel, encontró mi padre á Román, pasaron un rato charlando de minas, á las que nuestro pariente era por entonces muy aficionado y le encargó que fuese á verle.

En la entrevista que celebraron mientras que yo solicitaba la plaza de guarda, enterado de la situación de mi padre, le propuso que le auxiliase en el cargo que desempeñaba de contador de una Sociedad minera. Emplearía por las mañanas una

hora ú hora y media los días de labor y le daría una gratificación de diez duros al mes.

Este era el motivo de la satisfacción que reflejaban en su rostro mi padre y mis hermanas; y como por esta circunstancia al reanudar nuestras relaciones con aquellos dos tíos que eran solterones y principalmente con su hermano mayor Camilo, que estaba casado, disfruté de un período relativamente agradable, algo así como un oasis en el desierto, voy á referir á grandes rasgos la historia de aquella familia que figuró en su tiempo; historia que demuestra la frecuencia con que suelen dilapidar los hijos las grandes fortunas que heredan de sus padres.

Mi abuelo paterno, aquel anciano que tanto me mimaba, tenía una prima que se llamaba María Cleofé Huerta, quien además de ser lo que se calificaba por entonces de real moza, era mujer de gran imaginación, de iniciativa, en extremo simpática, de agradabilísimo trato, de mucho mundo; en una palabra, una de esas hijas de Eva que pueden dar quince y raya á los diplomáticos más listos, inteligentes y solapados.

Conoció en su mocedad á un joven francés que desde Montpellier, lugar de su nacimiento, pasaba algunas temporadas en Barcelona y en Madrid dedicado á la venta de joyas. Traía las últimas novedades de París, las exhibía en las casas de la grandeza, hacía buenos negocios; y prendado de la que por entonces no se llamaba todavía doña María, sino pura y simplemente Mariquita, la pi-

dió en casamiento decidido á establecer en su ciu dad natal una joyería.

Se celebró la boda, y como desde el primer momento reveló la esposa su clara inteligencia y su carácter suave y cariñosamente dominante, en vez de realizarse el plan del marido se realizó el de la mujer.

Había en Madrid buenos plateros y alguno que otro lapidario; pero las joyas que enriquecían las piedras preciosas procedían de Francia, y con buen acierto pensó la recién casada que podía ser un magnífico negocio abrir en Madrid una lujosa joyería con un surtido completo de las últimas novedades parisienses.

No estaban aun de moda los viajes mal llamados de novios, porque los que los emprenden dejan de serlo al emprenderlos; pero con su instinto comercial quiso la recién casada conocer las joyerías de París, y su marido que no tardó en persuadirse de su superioridad, la dió gusto.

Con el pequeño capital que poseía Garreta, que este era el nombre del esposo de Mariquita, con el dote que ella aportó al matrimonio, y al mismo tiempo con el crédito que abrieron al ex-viajante las casas de París que había representado en España, al regresar del viaje alquilaron un amplio piso principal en la Carrera de San Jerónimo, amueblaron con lujo el salón y los dos gabinetes que le flanqueaban, y en posesión de un buen surtido de joyas, establecieron la primera joyería á la francesa que hubo en la Corte de España.

Garreta visitó á sus antiguas parroquianas, y Mariquita con sus artes y su labia consiguió que una aristocrática dama suplicase á la Reina María Cristina, recién casada con Fernando VII, que la recibiese para tener el honor de mostrarla las joyas que había traído de París.

En aquella entrevista con la bella soberana, se captó su afecto; fué desde entonces su proveedora y después hasta un poco su amiga, cambió el familiar nombre de Mariquita por el de doña María Cleofé, su casa fué frecuentada por la grandeza, por los banqueros, por la clase media enriquecida y en el espacio de veinte años de una prosperidad creciente, al quedarse viuda con siete hijos, tres hembras y cuatro varones, cada uno de ellos heredó de la hijuela del padre un millón de reales, y cuando retirada del comercio falleció diez ó doce años después, dejó otro tanto á cada uno de sus herederos. Fué verdaderamente una gran mujer.

Su hija mayor y también el mayor de los varones, educados en Montpellier, residieron toda su vida en aquella ciudad. Otra de sus hijas fué la primera esposa del gran pintor D. Federico Madrazo, y la menor casó con un rico comerciante en peletería de origen francés, Mr. Daguerre, que reuniendo á la fortuna de su esposa la que él logró con su talento financiero y su probidad, llegó á ser uno de los más fuertes capitalistas de Madrid. De este matrimonio nacieron dos hijas que por su belleza, su talento y sus virtudes han sido gala y ornamento de la aristocracia madrileña,

porque casaron á su vez con un conde la mayor y con un marqués la menor.

Solo conocí y traté á los otros tres hijos varones, Camilo, Román y José, á quienes no sé por qué llamaba tíos, toda vez que nuestro parentesco era muy lejano; pero de mutuo acuerdo y con buena voluntad aceptamos aquel vínculo familiar.

Camilo, que podría tener de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años cuando le conocí, estaba casado con la hija mayor de un rico labrador de Arganda, llamada Luisa Sancho-Granados, era muy guapa, algo más joven que su esposo, de clara y viva inteligencia, muy cariñosa y muy aficionada á pasar la vida del mejor modo posible.

Del mismo modo de pensar era su marido; pero dominado por una inveterada pereza, necesitaba escasos alicientes para considerarse feliz á su manera.

Había estudiado poco, no había seguido ninguna carrera, sus aficiones se limitaban á comer y beber de lo mejor y en abundancia, á cazar de vez en cuando, á dormir diez horitas lo menos y á pasar la velada en el café jugando al billar alguna que otra vez; pero generalmente viendo jugar, que era lo que más agradaba á su natural indolencia.

Era esencialmente bondadoso, no se incomodaba por nada del mundo, se complacía en que su cara mitad fuese á paseo ó al teatro con sus ami-

gas, y aunque por su invencible pereza no la acompañaba, se alegraba sinceramente de que disfrutase de la vida.

Si rico era él, rica era ella; no les dolía gastar, porque aunque los dos millones que el buen Camilo había heredado se habían quedado reducidos á la cuarta parte cuando le conocí, como ella poseía grandes viñedos y tierras de labor en Arganda, no faltaban en aquella casa ni el desahogo ni la alegría que produce la seguridad de que el filón que se explota tardará en agotarse.

Tenían un hijo de cuatro ó cinco años llamado Pepito, á quien como era natural querían entrañablemente, y bien puede asegurarse que en aquella casa reinaba un apacible bienestar nunca turbado por entonces, aunque como es de presumir andando el tiempo el metálico se acabó, quedandoles solo la renta de las propiedades rústicas y urbanas, que tuvieron el buen acierto de no vender ni hipotecar.

Caí en gracia á aquellos tíos en tercero ó cuarto grado, y á la segunda visita que les hice me indicó mi tía Luisa que las tardes de que pudiera disponer fuese á buscarla para acompañarla en sus paseos. Pepito iba con ella; pero era muy pequeño, y como solía reunirse con amigas y amigos, todos gente alegre, al terminar el paseo en el Café, no la dejaban pagar y esto la contrariaba. Llevando al lado un hombrecito como yo, ya era otra cosa. Enterada de que mi bolsa era una figura retórica, me daría el dinero necesario para los gastos

que hiciéramos y ya vería yo que buenos ratos pasábamos.

—Lo que siento—insinué—es que mi situación no me permita sufragar esos gastos sin necesidad de auxilio.

—¡Qué tontería!...—exclamó—eres mi sobrino, vas á hacerme un favor y de ningún modo consentiría que además del tiempo sacrificases tu dinero. Somos de la familia y no hay más que hablar.

Esta escena pasó delante de mi tío Camilo, que asintió á lo que dijo su consorte, añadiendo:

—Tú déjate querer y aprovecha la ocasión de divertirte. Eso es todo lo que se saca del mundo.

Los paseos resultaban entretenidos y eran para mí, además de una tregua á mis inquietudes, ocasión de proseguir mis estudios, no diré *in anima vili*, pero tampoco *in anima nobile*, porque las amigas de mi inesperada tía y sus amigos, unos marido y mujer, otros novios, otros independientes, eran alegres, animados, bromistas, todo lo libres que se puede ser sin faltar á la educación, ni tampoco á una moral algo elástica.

Ibamos unas tardes á lo reservado del Retiro, otras á lo reservado del Campo del Moro, otras al Laberinto de la Castellana; algunas veces, cuando se organizaban meriendas, á la Moncloa ó al Soto de Migas calientes, y aquellas excursiones terminaban: cuando íbamos al Retiro, en el Café de la Iberia, que estaba casi enfrente de la calle del Lobo, hoy de Echegaray, en cuyo fondo había un reducido jardín; cuando íbamos al Campo del

Moro, en el café Español, que aún subsiste frente á la Contaduría del teatro Real, ó en el de los Angeles en la Bajada del mismo nombre.

Antes de salir de casa me entregaba mi tía tres ó cuatro duros para los gastos que ocurrieran, y como era rumbosa y además solo tres ó cuatro caballeros formaban parte del grupo, y solían estar distraídos con las damas en el momento de pagar, lo regular era que yo pagase. El niño Pepito nos acompañaba siempre con verdadero gusto de su madre.

Dos ó tres noches por semana íbamos al teatro; por supuesto sin el pequeñuelo. Como comprenderá el benévolo lector, la superficie de la vida cambió de aspecto para mí, y no le extrañará que me agradase aquel cambio.

Cuanto más nos tratábamos, mayor afecto me demostraba mi tía y yo la pagaba, porque su carácter franco, espansivo, risueño; su inteligencia perspicaz, velada con un matiz de modestia, su naturalidad, su veleidad que la hacía llegar á los linderos del peligro sin traspasarlos, aquel modo de ser que entonces no podía yo comprender bien; pero que después me lo he explicado, constituían una mezcía de desenfado, de libertad y de atrevimiento templado y contenido por solidas virtudes, todo expontáneo, sincero, natural y por lo mismo siempre agradable y algunas veces encantador.

Al volver del paseo ó del teatro quería darle el dinero quo me había sobrado, y me decía que lo guardase para los gastos del día siguiente. Insis-

tía yo en que ajustásemos cuentas; pero no lo lograba. Apuntaba los ingresos y los gastos y no gastaba un solo ochavo—entonces no había céntimos—de aquel capital que no era mío. Jamás quiso mirar los papeles que la entregaba. Los rompía y acabó por empeñarse en que dispusiera para mis gastos personales de aquellos minúsculos superabits, que me servían para convidar á Luna y á Becquer á tomar un café ó un refresco, para llevar algunas golosinas á mis hermanas ó para comprar algún libro, que era en lo que más me agradaba emplear el dinero.

Los picaderos en aquel tiempo, y supongo que ahora sucederá lo mismo, eran punto de reunión de gente rica y de buen humor. Las mamás iban con sus hijas; pero mi tía no podía ir sola y su vástago era muy diminuto para dedicarle á la equitación.

Como es de presumir, mi excelente y generosa tía se empeñó en que aprendiera yo á montar costeando ella el importe de las lecciones, y no tuve más remedio que acceder á su deseo, lo que en honor de la verdad no dejó de agradarme. ¿Cómo no había de halagarme disfrutar de los goces un tanto vanidosos que la riqueza ofrece á los que la poseen?

En la actual plaza de Santa Bárbara, en la acera de la derecha después de la calle de Hortaleza, había varios solares y en uno de ellos se hallaba establecido el amplio y elegante picadero de un señor Frías, reputado maestro de equitación, por

supuesto después de Hidalgo, que era el primero y más acreditedo de todos los de la Corte.

Por las tardes, antes del paseo, nos reuníamos en el picadero con unas cuantas señoritas y algunos jóvenes que como yo aprendían á montar, mientras que las mamás, mi tía Luisa y algunos caballeros que tenían á pupilo en las cuadras del establecimiento sus briosos corceles y se disponían á montarlos, formaban animadas tertulias.

De aquel escogido personal sólo recuerdo á las hijas de un Sr. Belza, que había sido Intendente en Filipinas, dos lindas y simpáticas jóvenes, y al Sr. Gargollo, opulento capitalista que si no recuerdo mal adquirió después el solar contiguo á la iglesia de San José en la calle de Alcalá, donde había estado el convento, y mandó construir el teatro de Apolo y las magníficas casas de aquella manzana que forman àngulo con la calle del Barquillo y la plaza del Rey.

Una hora de leción y otra de charla, servían de prólogo á nuestros cotidianos paseos; y cuando al fin del primer mes estuve en condiciones de salir á caballo con el maestro y algunas condiscípulas y condiscípulos, las mamás y con ellas mi tía y su Pepito, iban en coches propios ó de alquiler al punto designado por el maestro como término de nuestra excursión, que solía ser las Ventas del Espíritu Santo, la Florida, la Moncloa, Carabanchel, Chamartín. No íbamos al Retiro, porque el amplio paseo que hoy existe en el Parque de Madrid, gracias á la iniciativa del duque de Fernán Núñez,

formaba parte de lo reservado, no como hoy se halla, sino distribuído el terreno en alamedas y jardines.

El sitio designado debía estar próximo á un merendero ó á un Café. Allí nos reuníamos los jinetes y los que habían utilizado los carruajes, se merendaba ó se refrescaba y ya anochecido regresábamos al picadero, donde las mamás recogían á sus hijas y la sociedad se disolvía.

En aquel tiempo, algunas familias hacían á la francesa las dos más importantes comidas: entre once y doce almorzaban y comían de seis á siete; pero la mayoría de los madrileños, particularmente los de la clase media, hacían honor á los garbanzos de dos á tres y cenaban desde las diez en adelante al volver á casa del teatro ó de las reuniones. Las funciones acababan por regla general antes de las doce y todavía se trasnochaba poco. Unicamente andaban por las calles después de la media noche los que hacían una vida desarreglada, y los que formaban el *coro de ángeles* del Casino de Madrid, que así llamaban á unos cuantos caballeros muy conocidos en la buena sociedad, que al salir de los teatros ó de las reuniones se iban al Casino, que estaba entonces en la Carrera de San Jerónimo, y allí permanecían una ó dos horas contando cada cual los pormenores más recientes de la también llamada *crónica escandalosa*. Según parece, se murmuraba en grande, y cuando la realidad escaseaba, la invención hacía de las suyas. Todo menos dejar de aportar alguna noticia sensacio-

nal á aquel cenáculo de *maldicientes*, que también con este mote los designaban.

XXXVII

No por hacer aquella vida de jolgorio dejaba de consagrar el tiempo de que podía disponer á mis aficiones literarias, ni de preocuparme del porvenir y hasta del presente; porque en primer lugar mortificaba á mi amor propio lo falso y en cierto modo depresivo de mi situación, y después porque aquella sociedad superficial que frecuentaba estaba muy lejos de ser el ambiente que necesitaba mi espíritu para realizar sus aspiraciones.

Mi buena tía, que era naturalmente cariñosa, me trataba con afecto y se esmeraba en quitar importancia á los favores que me dispensaba; pero á pesar de mi inexperiencia me sentía humillado cada vez que me obligaba á ser rumboso con su dinero y también cuando reponía mi deteriorado y pobre guardarropa.

Agradecía sus donativos, hechos por ella con ingeniosa delicadeza para no ofenderme; pero no se me ocultaba que sus dádivas obedecían al mismo tiempo que al deseo de favorecerme, al de que no hiciera mal papel en su compañía.

Hay que perdonar la soberbia que entraña la pobreza que no es efecto de la holgazanería ó de los vicios. Se explica y debe agradecerse la limosna que puede servirnos para atender á las más indispensables necesidades; pero para disfrutar de

los goces y de las vanidades... á pesar de mis pocos años me parecía que al aceptar aquellos favores incurría por lo menos en una flaqueza que me rebajaba á mis propios ojos.

No era aquella existencia de satisfacciones, más materiales que espirituales, la que yo deseaba, y doy gracias á Dios de que me inspirase estas ideas en aquel período de tregua; porque de haberme engolfado en los placeres de la gula y de la vanidad, habría vivido y disfrutado algún tiempo de la generosidad un tanto egoísta de mi tía; pero no habría continuado la lucha que aficionándome al trabajo y fortaleciendo mi voluntad, me ha proporcionado el honroso bienestar de que disfruto; no debido á la suerte como algunos pretenden, sino ganado en larga y buena lid.

Aquel período de relativa bienandanza para mí, duró cerca de tres meses y cesó por que el matrimonio con su vástago solía trasladarse en la última decena de Mayo á Aranjuez para pasar en el Real Sitio la fiesta de San Fernando, en cuyo día hacía mi tío Camilo los honores á la mesa con más prodigalidad que de ordinario. Allí permanecían en las habitaciones que se reservaban en el inmenso caserón de la antigua fábrica de cristales, que era de su propiedad, hasta mediados de Junio, y desde Aranjuez dando un rápido vistazo á Madrid, se dirigían á Arganda, donde residían hasta que terminaba la vendimia.

La vida alegre de mis tíos continuaba en el fondo, aunque variando en la forma.

De aquella época de pasajera prosperidad me quedaron un grato recuerdo y algunas prendas más en mi guardaropa.

XXXVIII

También había disfrutado de la herencia de sus padres Román Garreta, hermano de Camilo; pero con más inteligencia que éste. Tenía gustos aristocráticos, y en vez de buscar sus satisfacciones en la gastronomía y la ociosidad; apenas se vió en posesión de los cien mil duros de la parte de su herencia se fué á París, pasó un par de años de diversión en diversión, volvió á Madrid con todos los perfiles de la elegancia parisiense, compró un birlocho, carruaje ligero que estaba muy de moda entre los jóvenes de la aristocracia madrileña, fué lo que se llamaba no sé porque un *lechuguino*, teniendo la fortuna de que no le dominase ningún vicio, y al cabo de unos seis ú ocho años de derrochar el dinero con cierto juicio, cuando vió que solo le quedaba la quinta parte de su fortuna, renunció á las pompas y vanidades y procuró vivir de la renta que hábiles y mañosas jugadas de Bolsa le proporcionaban, como así mismo de las minas á cuya explotación aplicó igualmente la cuquería indispensable para no ser víctima de los filones que tan pronto aparecen y elevan el valor de las acciones, como desaparecen y convierten en desengaños las más risueñas esperanzas.

Cuando le conocí y traté, era muy bondadoso, te-

nía resabios de esplendidez; pero había visto las orejas al lobo y no quería ver el resto de la fiera.

José, el menor de todos los hijos de doña María Cleofé, era poca cosa, bajito, de facciones muy finas, también afectuoso, morigerado en sus costumbres, y en su vida económica lo que se llama una hormiguita. No había malrrochado el dinero, y se decía que por el contrario, había aumentado su capital; pero él aseguraba á todas horas que los tiempos eran difíciles, siendo preciso sacrificar el presente para no sufrir apuros en el porvenir.

Cuando se estableció en Madrid la industria de coches de alquiler á la usanza de otras capitales de Europa; aunque en pequeña escala, emprendió mi tío Pepe este negocio adquiriendo unos veinte carruajes de los llamados *simones*, los caballos y las guarniciones necesarias; y aunque como es de presumir tenía que tratar con los cocheros y mozos de cuadra, no enfadándose nunca, no riñendo jamás con nadie, iba á su negocio, siempre con cara afable, sonriéndose y procurando en todo no apartarse de la equidad, ni de la línea de conducta que se trazaba en beneficio de sus intereses.

Nadie sabía á cuánto ascendia su capital, y á no ser por los coches de alquiler, ni en qué valores consistía. Vivía con su hermano Román en una modesta casa de la calle de Barcelona, cuyo alquiler pagaban á medias y tenían á su servicio á una especie de ama de llaves que era á la vez cocinera y aseaba la casa, persona de mucha confianza y antigua servidora de la familia.

Los gastos de aquellos apacibles solterones debían ser muy exíguos. Román frecuentaba mucho la casa de D. Federico Madrazo, su hermano político, donde era muy querido; pasaba algunos ratos en el Café donde solían reunirse los mineros, y alguna que otra vez iba al teatro. Su hermano salía temprano á oir misa, volvía á casa, se ocupaba en sus negocios, por la tarde pasaba un buen rato en una casa de la calle de la Salud donde estaban las oficinas de una asociación benéfica de cuya junta directiva era miembro importante, asistía á novenas y después de comer, á la francesa; es decir, de seis á siete de la tarde se quedaba en casa acostándose temprano.

Se susurraba que hacía limosnas; pero practicando la buena doctrina nadie se enteraba de sus actos caritativos.

A pesar de sus excelentes cualidades, había algo en él que no parecía natural, y era por tanto menos simpático que su hermano. Entonces me pareció, sin explicarme la causa, que le faltaba un poco de corazón.

No los visitaba con frecuencia. Mis regocijadas tardes con mi tía Luisa y sus amigos, las mañanas dedicadas á Becquer, Luna y á buscar recomendaciones para entrar en algún periódico ú obtener algún empleo lucrativo, y las veladas de que podía disponer que destinaba á distraer mi ánimo en las reuniones que todas las noches se celebraban en casa de la señora de Santa Coloma, absorbian mi tiempo y apenas podía consagrar dos ó tres ho-

ras á mis trabajos literarios, algunos de los cuales se publicaban en *La Ilustración.*

XXXIX

Más tranquilo mi padre con el sobre sueldo que percibía mensualmente auxiliando á Román Garreta; al notar mi pesadumbre por lo esteril de mi lucha hasta entonces, procuraba animarme. Mal que bien salíamos adelante, y no era el presente sino el porvenir lo que debía ser objeto de mi preocupación.

Entre los amigos que procuraban emplear su influencia en mi favor, se distinguía por su bondad para conmigo D. Ramón Crooke, distinguido y muy considerado jurisconsulto, político más teórico que práctico; es decir, que se preocupaba de la cosa pública, pero sin explotarla, hombre de gran talento, de admirable palabra, muy instruído y muy aficionado á la literatura.

Habitaba en el piso principal del núm. 8 de la calle del Arenal, y parecía tener gusto en recibirme cuando iba á verle, no con mucha frecuencia, porque era entonces uno de los abogados que más trabajaban en Madrid y estaba siempre muy atareado.

Era muy culto, poseía un espíritu crítico amplio, sincero, penetrante, y yo le oía con devoción, aprendiendo mucho muy útil y agradable en los ratos que pasaba en su compañía.

Parecía complacerse en registrar los rincones

de mi cerebro y escudriñar mis ideas y mis sentimientos. No sólo me permitía, sino que me rogaba que le contradijese si lo creía oportuno, que le expresase mis opiniones sin tener en cuenta sus años, su posición y su experiencia. ¡Qué más hubiera yo querido! Pero me faltaba la riqueza que el estudio proporciona á la inteligencia y mis conceptos brotaban del choque, como las chispas de la piedra que hiere el eslabón.

D. Ramón Crooke, que era muy aficionado á la música y muy inteligente en la ciencia del divino arte, solía decirme:

—Tiene usted melodías en su alma y eso es lo que da Dios. La armonía, el contrapunto, la fuga, lo que representa estudio y ciencia le falta á usted; pero eso puede llegar á poseerse trabajando. ¡A trabajar! Y estrechaba mi mano con paternal cariño.

Según supe algunos años después, mi padre que hacía mucho tiempo que era amigo suyo, porque se conocieron en Granada siendo muy jóvenes los dos, le había rogado que me explorase y le confiara el concepto que formase de mis aptitudes, para disuadirme de mis proyectos si había de perder el tiempo estérilmente, ó en caso contrario para favorecer mis aficiones.

Juzgándome con excesiva bondad, aconsejó á mi padre que no me contrariase, y esta opinión puso término á la lucha que sosteníamos: él exhortándome á renunciar al cultivo de las letras y á buscar una colocación productiva, y yo asegu-

rándole que las letras me proporcionarían más á mi gusto lo que por bien mío constituía su deseo.

Cuando falleció, muy anciano, pues contaba ochenta y cinco años, pudo partir de este valle de lágrimas persuadido de que había realizado mis esperanzas. Todavía no había llegado con mi labor literaria á alcanzar la modesta fortuna que disfruto; pero había avanzado bastante en el camino para llegar á ella.

D. Ramón Crooke deseaba proporcionarme un empleo que me permitiera auxiliar á mi padre en los gastos de la familia y me dejase tiempo para estudiar y escribir.

A este fin pensó que lo mejor era obtener una pensión que favoreciese mis propósitos, y me aconsejó que dedicase una poesía á la Reina, asegurándome que el marqués del Salar, que era íntimo amigo suyo y si no recuerdo mal desempeñaba un alto puesto en Palacio, hablaría á la soberana en mi favor. Resuelto á protegerme de verdad, arregló las cosas del modo más eficaz para realizar aquel plan. Yo solicitaría una audiencia de S. M. y el marqués del Salar recomendaría mi solicitud. En el día señalado, iría D. Ramón á buscar á su amigo el marqués, los dos se trasladarían á Palacio donde yo los esperaría en la Mayordomía mayor provisto de la composición que debía ofrecer á la Reina; el marqués entraría conmigo en la Real cámara y hablaría en mi favor; Crooke nos esperaría para saber el resultado de mi gestión, que sin duda sería favorable y de aquel modo

quedaría resuelto satisfactoriamente el problema que me preocupaba.

No era posible hacer más por el hijo de un amigo, y agradecí con toda mi alma aquella prueba de sincero interés.

Sin embargo, confesaré que no me agradó mucho la idea de adular en verso á la Reina, porque ¿qué otra cosa que adulación son las composiciones que los poetas dedican á los monarcas? Pero debía complacer á mi protector y escribí una oda de corte clásico, que le pareció bien.

Como no tenía secretos para Bécquer y Luna, les confié mis nuevas esperanzas, no dudaron del éxito y el último, que tenía una letra muy clara, se empeñó en hacer en papel marquilla una copia esmerada de la oda, que se encuadernó con tapas de moaré blanco, apareciendo en la primera el escudo dorado de las armas reales.

Cuando todo estuvo á punto, solicité la audiencia reglamentaria, que me fué concedida para la tarde del 5 de Julio á las siete y media, hora en que S. M. regresaba de paseo y solía recibir antes de sentarse á la mesa.

Mi tío José Garreta me proporcionó el frac indispensable, compré una corbata blanca, unos guantes blancos también, y como poseía en regular estado el resto de las prendas para vestir de etiqueta, á cosa de las siete del día consabido me presenté en la Mayordomía mayor de Palacio.

Allí debía esperar al Marqués del Salar y á don Ramón Crooke. Expliqué á los empleados el mo-

tivo de mi visita y me invitaron á tomar asiento hasta que llegase el Jefe, á quien también esperaba un joven, sobre poco más ó menos de mi edad, de carácter tan franco y expansivo, que no tardó en conversar conmigo como si hubiéramos sido antiguos conocidos.

Era Aníbal Rynaldi, cuya llegada á Madrid habían anunciado los periódicos, y bien merecía los elogios que le tributaban porque de origen árabe, hablaba correctamente diez y ocho idiomas además del suyo, y había solicitado audiencia de la Reina deseoso de ofrecer á España sus servicios como políglota. Vestía traje europeo, y únicamente revelaba su origen el fez que cubría su cabeza. Le acompañaba, vestido del mismo modo, un hombre como de cincuenta años á quien llamaba padre adoptivo, porque había sido su maestro, le había sacado del seno de su familia, que era muy pobre, le quería entrañablemente y esperaba que hiciese una brillante carrera al servicio de España.

Tan simpático me fué el joven, que le rogué que me indicase las señas de su domicilio para ir á visitarle, seguro de que en cuanto nos tratásemos seríamos muy buenos amigos.

Entonces fué cuando conocí á su maestro y padre adoptivo, porque le llamó para comunicarle mi deseo, al que accedió con gusto quedando yo en ir á visitarles lo más pronto que me fuera posible.

Eran aquellas dos personas en extremo intere-

santes y me alegró en extremo haberlas conocido.

Rynaldi prestó, en efecto, importantes servicios al ejército durante la guerra de Africa y posteriormente ocupó un empleo de confianza en la Interpretación de lenguas del Ministerio de Estado. Tanto él como su padre adoptivo, fueron buenos amigos míos, los presenté en casa de la señora de Santa Coloma y más tarde ejercieron una gran influencia en la vida de Javier Márquez.

De todo esto, que no dejará de interesar al lector, hablaré más adelante.

Transcurrió media hora y no acudían á la cita ni mi protector ni el Marqués del Salar.

Un ujier entró en la Mayordomía y anunció que S. M. la Reina había regresado y que su excelencia el Sr. Mayordomo mayor esperaba en la antecámara regia á las personas á quienes se había concedido audiencia.

Rynaldi y su padre adoptivo se fueron con el ujier y yo, no sin gran impaciencia, aguardé á mis protectores.

Dieron las ocho, el ujier volvió á avisar que el Mayordomo mayor preguntaba por el Marqués del Salar y por un joven á quien S. M. había concedido audiencia.

Uno de los empleados, después de hablar conmigo, subió á manifestar á su Jefe lo que pasaba. Yo tenía que esperar al Marqués. Sin duda había ocurrido algo extraordinario; de todos modos estaba á sus órdenes y haría lo que dispusiera.

Cuando volvió el empleado á decirme que Su

Majestad había pasado al comedor y ya no podía recibirnos, llegó solo el bueno de D. Ramón, con el rostro descompuesto, agitado, y acercándose á mí exclamó:

—Ya sé que llego tarde, y lo siento. Explicaré al Sr. Mayordomo lo que ha ocurrido. Pero usted ¡ah! es usted el sér más desgraciado que conozco.

A continuación me refirió que cuando se disponía á ir á casa del Marqués del Salar, llegó su esposa desolada. Había salido á paseo con el único hijo que tenían, niño de corta edad, y se le había escabullido en el Prado donde había gran aglomeración de gente, porque todos paseaban por la sección contigua á la calzada destinada á los jinetes y á los coches, á la que llamaban *París* y era la más estrecha, dándose el caso de que á veces tenía que detenerse la circulación, mientras que el amplio centro del Prado estaba completamente desierto.

La buena señora había buscado al niño sin encontrarle, y volvía á consultar á su esposo qué deberían hacer. D. Ramón, á quien aguardaba un coche en la puerta de su casa, se dirigió al Gobierno político y allí tuvo la suerte de encontrar á su hijo, á quien un municipal había llevado al hallarlo solo y llorando cerca del Dos de Mayo.

Volvió con el niño á su casa para tranquilizar á su esposa; pero había perdido una hora, el Marqués debería estar impaciente y en el mismo coche fué en su busca.

Nuevo y doloroso contratiempo. El Marqués del

Salar había sufrido un ataque de apoplegía. Cuando llegó Crooke, se celebraba una consulta. Esperó el resultado; pero viendo que eran las ocho, comprendió lo crítico de mi situación en la Mayordomía de Palacio y acudió á explicarme lo ocurrido, volviendo en seguida á casa del Marqués.

Todo hacía presumir que el desenlace de la enfermedad sería funesto.

Lo fué, en efecto, y como al día siguiente debía salir la Corte de jornada para el Real Sitio de San Ildefonso, mi buen amigo vió malogrados sus planes en mi favor, y en medio de sus tribulaciones compadecido de mí, pronunció las palabras que antes he consignado.

En aquel tiempo escribía yo por las noches rápida y lacónicamente lo que me había pasado durante el día. En la del 5 de Julio tracé estas líneas después de consignar lo sucedido: «No quiero meditar en mi desgracia. Esperanza, no me abandones.»

La verdad es que en medio de mis mayores aflicciones, la esperanza ha vivido siempre conmigo.

Vencido en la lucha, tras breves períodos de decaimiento, ha levantado mi ánimo dándome fuerzas para renovar el combate. En el ocaso de mi vida, sigue ofreciéndome algo de inefable cuando medito en el insondable misterio de la muerte.

XL

Con la Canícula empezó la dispersión á los Sitios Reales en busca del fresco, á los balnearios en busca de salud, y tuve que guardar mi oda á la Reina para mejores tiempos, que no llegaron, porque no tenía mucho empeño en que llegasen para aquella poesía de pie forzado.

Fuí á visitar á Aníbal Rynaldi y á su padre adoptivo, que estaban muy contentos porque la Reina les había prometido su protección y esperaban de un momento á otro la realización de tan grata promesa.

Algo de extraño y novelesco había en la existencia de aquellos dos seres. El padre y maestro, que si no recuerdo mal se llamaba Alí, era un hombre muy reposado y sentencioso. Poseía también muchos idiomas, había prestado en sus mocedades servicios como intérprete á los franceses cuando estos emprendieron la conquista de Argelia, y por lo que me indicó, en uno de sus viajes había conocido á una familia árabe muy pobre, en cuyo seno había nacido su discípulo Aníbal.

La viva inteligencia del rapaz, su carácter docil y la nobleza de su corazón le habían interesado, y deseoso de educarle y hacer de él un hombre de provecho, consiguió que sus padres le confiaran á su cuidado. Contaba entonces doce años, y en los siete que habían transcurrido le había enseñado á hablar y escribir los idiomas que poseía.

Ni yo estaba entonces en condiciones de ahondar mucho en la existencia del buen Alí y de su discípulo, ni tampoco el primero se franqueaba demasiado. Pero el joven Aníbal me había sido muy simpático, como buen oriental todo lo poético le encantaba, quiso conocer algunos de mis versos que grabó en su prodigiosa memoria, y su padre adoptivo pareció complacerse en la amistad que se estableció entre los dos.

En casa de la señora de Santa Coloma fueron muy bien acogidos y alguna que otra noche iban á las reuniones que agradaban en extremo á Aníbal.

Alí conversaba con la dueña de la casa, quien dadas sus aficiones poéticas, pasaba buenos ratos en su compañía. Aníbal disfrutaba al verse entre las señoritas que asistían á las reuniones, todas muy agraciadas, mirando con predilección á Emilia, la hija mayor de doña Eloisa, que cantaba con mucha expresión preciosas romanzas de Schubert y algunas italianas y francesas. A mediados de Agosto obtuvo el joven el deseado empleo; pero no para quedarse en Madrid, sino para ir en compañía de su padre adoptivo á desempeñar una misión que debía ocuparles durante algún tiempo.

XLI

A los pocos días del fracaso de mi tentativa para obtener la protección de la Reina me buscó el poeta Juan Antonio Viedma y me comunicó que

un amigo suyo iba á publicar un periódico político de cuya redàcción podría yo formar parte, si me convenía.

Como me dijo que se estaba organizando la redacción, le supliqué que hablase en favor de Becquer y de Luna, á quienes había conocido por mi conducto, y ofreció complacerme. Al día siguiente me participó que los tres debíamos ir con él sin pérdida de tiempo á ponernos de acuerdo con el director del nuevo periódico.

Me faltó tiempo para comunicar á mis amigos la fausta nueva, y como era de esperar, Becquer se resignó; Luna, por el contrario, experimentó gran alegría.

El periódico debía titularse *El Porvenir*, y su propietario y director era D. Juan Belza, hermano de las señoritas á quienes conocí en el picadero, autor dramático de los que en aquella época utilizaban las obras que más éxito alcanzaban en París, político á ratos, progresita de la izquierda como se diría ahora, hombre á la sazón de treinta y cinco años, revoltoso, bullanguero, desarreglado en sus costumbres, y dispuesto siempre á provocar ó aceptar lances, que tan frecuentes eran por entonces entre periodistas y políticos. Después de una vida agitada y azarosa, falleció el año 1888.

Al modificarse el Ministerio, poco antes de terminar la primera legisiatura de las Cortes constituyentes, entró en Hacienda un aragonés muy rico, liberal de la derecha con matices de conservador, llamado D. Juan Bruil, y no sé por qué de-

cidió Belza combatirle á sangre y fuego. Sus motivos tendría; pero ni se los preguntamos ni nos los confió.

A este propósito obedecía la publicación del periódico.

La redacción quedó constituída con el director, que escribiría artículos de fondo, un joven poeta que hacía poco que había llegado á Madrid desde Alicante llamado Carlos Navarro y Rodrigo, Juan Antonio Viedma, Becquer, García Luna y yo.

Navarro y Viedma, que escribirían, ayudando á Belza, los sendos artículos doctrinales que eran en aquellos tiempos lo más importante de los periódicos, percibirían cada uno treinta duros al mes; Luna haría sueltos políticos, encargándose además de la confección que consistía en extractar *La Gaceta* y lo más importante que publicasen los demás diarios, para lo cual era de gran importancia saber manejar las tijeras; Becquer tomaría de los periódicos franceses lo que en España pudiera interesar, escribiría críticas literarias y revistas de teatros, y yo me encargaría de la *gacetilla* y de hojear los periódicos de provincias, teniendo además á mi cuidado la Sección religiosa, la Cotización de los valores públicos y los anuncios de los espectáculos. Luna, Becquer y yo cobraríamos veinte duros mensuales.

Al frente de la imprenta donde debía componerse é imprimirse *El Porvenir*, estaba un antiguo tipógrafo muy inteligente, muy activo, capaz en caso de apuro no sólo de componer y tirar el

periódico, sino de redactarlo desde el título hasta el pie de imprenta: se llamaba D. José María Faraldo, y sabía hacerse querer á pesar de su carácter un tanto quisquilloso, juzgándose siempre en posesión de la verdad.

Nos hemos visto después muchas veces, siempre con gusto; durante algunos años fué director gerente de *La Nación*, periódico liberal; después de la revolución de Septiembre contribuyó á la fundación del famoso periódico revolucionario *La Igualdad*, y siempre muy trabajador, muy activo, fué muy estimado por periodistas y tipógrafos. Según tengo entendido, un escritor que figura desde hace tiempo en el número de los redactores de *La Correspondencia* es hijo suyo.

La *gacetilla* era en aquellos tiempos una de las secciones más favorecida de los periódicos. Se formaba con noticias más ó menos auténticas y comentarios agridulces. Por regla general las tijeras cortaban las noticias que aparecían en otros diarios, el recorte se pegaba con una oblea sobre la cuartilla y con una cabeza ó un pie, ó con comentarios sin pies ni cabeza, se salía del paso. Era necesario un poquito de ingenio, otro poquito de mala intención, algunos granitos de sal molida, de vez en cuando se empleaba la pimienta; y con lo recortado y lo original, noticias de sociedad, de teatros, bibliográficas, de robos, de crímenes, se ofrecía al lector ó por lo menos debía servírsele, un manjar suculento unas veces, ligerito otras, pero siempre con salsas que debían ser apetitosas:

migajas del festín que *Fígaro* había regalado á los lectores de sus cada día más admirados artículos.

En aquella sección debía hacerse oposición á los políticos que no eran santos de la devoción del periódico; pero no con la grandilocuencia de los artículos de fondo y de los sueltos llamados *de intención*, sino en broma, con ironía, á fuerza de alfilerazos y sobre todo de chistes.

Este género literario, del que Carlos Frontaura fué más tarde maestro, llegó á tener vida propia y exclusiva en los dos periódicos que publicó y alcanzaron gran celebridad, primero *El Grillo*, y luego *El Cascabel*. Este último semanario alcanzó una tirada de 40.000 á 50.000 ejemplares de cada número, éxito que pareció fabuloso y lo era en aquella época. Su popularidad fué inmensa, se vendía en toda España, dió gran reputación á su propietario y casi exclusivo redactor, y pudo enriquecerle; pero siendo Frontaura como era y ha sido siempre hombre de buenas costumbres, gastaba cuanto ganaba, no faltando quien le ayudase en esta labor, motivo por el cual no llegó á rico, y habiendo combatido con su especial gracejo á los políticos y á los funcionarios, no tuvo más remedio que ser funcionario y político, lo mismo que su antecesor Fray Gerundio, que fué sin duda alguna el verdadero progenitor de la *gacetilla*.

Navarro y Rodrigo resultó, como periodista político, en posesión de todas las condiciones que para brillar en la prensa requería entonces el oficio, y además poseía las cualidades que para medrar

necesitan todos los hombres que hacen una profesión de la política.

Contaba entonces veintidós años y había sido muy aplicado y estudioso. No había seguido una carrera porque su padre, honrado, pero pobre industrial, con cuatro ó cinco hijos, harto había hecho no obligando á ninguno de sus vástagos á abrazar su profesión, y permitiendo sobre todo al mayor que había aprendido bien la primera enseñanza y mostraba talento, que cultivase las letras deseoso de que fuera más afortunado que él.

Además de una clara inteligencia y de mucha lectura, poseía Navarro y Rodrigo tres cualidades, las más precisas é importantes para abrirse camino: fuerza de voluntad, perseverancia y flexibilidad. Era además minucioso observador, los detalles y las menudencias no solo no eran despreciados por él, sino que sabía aprovecharlos. Naturalmente dúctil, ya en aquel período de su primera juventud, sabía aparentar cierta entereza, que no dejaba de ser agradecida cuando al fin cedía como haciendo una concesión.

No disponía de muchos recursos; pero era muy económico y no sólo entre nosotros sus compañeros, sino entre los redactores de otros periódicos á quienes conocimos, pasaba por más aficionado á guardar el dinero que á gastarlo.

Ocasión tendré de consagrar algunos otros párrafos á la memoria de este compañero de pobreza, que llegó á ser ministro y rico, porque volví á ser colega suyo en la redacción de la *Política*, cé-

lebre periódico de D. Antonio Mantilla, otro periodista á quien recordaré oportunamente. En cierto modo, como verá el lector á su tiempo, contribuí indirectamente á proporcionarle la ocasión de que durante la guerra de Africa apreciase O'Donnell sus cualidades de hábil político y después doña Manuela, la esposa del famoso general, su maestría en el arte culinario.

Viedma, que recibía todos los meses de su casa más de lo necesario para pagar un buen pupilaje, vestir con elegancia y permitirse algunas de las varias satisfacciones que proporciona el dinero, era considerado por todos nosotros como un Creso y le queríamos porque era leal, no se daba tono y sabía apreciar las cualidades de sus compañeros, sin que la ruin envidia, tan desarrollada en las esferas de la política, de las letras y de las artes, se albergara un instante en su corazón. Además era un buen poeta, discípulo de Zorrilla, todo imaginación, todo hipérbole, todo ritmo y color.

Los cinco redactores de *El Porvenir* contribuíamos cada cual desde su puesto á quemar la sangre al venerable D. Juan Bruil, sin que nos hubiera hecho daño alguno y antes de que sus actos influyeran en bien ó en mal de la nación.

Esta era entonces la característica del periodismo, que ha continuado, continúa y seguramente continuará manifestándose mientras que haya periódicos, por más que el aspecto industrial que ha tomado la prensa moderna y que cada día se acentuará más y más, haya modificado aquel sistema,

que consistía en considerar admirable, inspirado y sublime cuanto hacían los amigos y odioso, detestable y estúpido cuanto hacían los adversarios.

Entonces, un grupo de políticos que se entendían perfectamente para destruir lo existente, buscaban fondos que no solían poseer; hallaban un banquero que con su cuenta y... codicia facilitaba recursos, disponían las baterías en regla y empleaban las artes del periodismo de su tiempo, ó lo que es lo mismo la más completa mala fe hábilmente enmascarada con los perfiles del talento y las galas del patriotismo.

Según la importancia, la influencia ó el temor que inspiraban á la Corona los del grupo oposicionista, tardaban más ó menos en anular al enemigo y ocupar su puesto. Cuando esto sucedía había reparto de prebendas y hasta los mozos de las redacciones sacaban tajada. Después morían á hierro los que á hierro habían matado, y de aquí los continuos cambios de gabinete que amenizan la historia política de España en el siglo XIX.

Como desde que entré á formar parte de la redacción de *El Porvenir*, continué algunos años obligado á ser periodista para ganarme la vida y conocí las interioridades y misterios del periodismo, algunos de los cuales puse en acción en mi novela *Los trescientos mil duros*, que alcanzó popularidad cuando la publicó en Barcelona el editor Manero en 1866, tiempo tendré de referir interesantes episodios y de consignar el juicio definitivo que de la prensa periódica debo á la experiencia.

El Porvenir careció de porvenir. Duró poco. Al finalizar el primer mes, nos pagó el director la mitad de lo convenido, los honorarios del segundo se eclipsaron, y como la ruina debía llegar de un momento á otro, nos retiramos Luna, Becquer y yo.

No recuerdo cuando terminó el periódico su publicación, pero sí que su fin fué desastroso.

Nuestra permanencia en aquella redacción, aunque breve, nos sirvió para hacer amistades con varios periodistas, unos ya reputados y otros deseosos de serlo. Entre otros citaré á D. Camilo Alonso Valdespino, director y propietario de *Las Cortes*, periódico que compartía con *Las Novedades* el favor del público liberal y del cual fui también gacetillero con el sueldo de diez y seis duros mensuales, sin haber podido lograr que Becquer y Luna fuesen mis compañeros, por no haber puesto vacante para ellos.

Pero antes de que entrase á formar parte de la redacción de *Las Cortes*, ocurrieron sucesos que voy á referir para realizar el propósito que me mueve á escribir estas páginas.

XLII

A principios de Agosto empezó á susurrarse que el cólera, que tantos estragos había causado el año 1834, amenazaba de nuevo á España. Los habitantes de las poblaciones donde al presentarse por primera vez la epidemia había causado estragos,

y Madrid fué una de ellas, experimentaron un verdadero pánico.

El lector sabe que la taimada política, que todo lo utiliza en su provecho, difundió en 1834 la calumniosa noticia de que los frailes habían envenenado las fuentes y que esta era la causa de la horrible mortandad, producida principalmente por la falta de higiene.

En la época actual no hay epidemias más que en los pueblos donde imperan la incuria, la suciedad, la mala y escasa alimentación; en una palabra, en los pueblos que les falta mucho para poder considerarse civilizados.

En el año 1855 merecía Madrid el calificativo de *corral de vacas,* con que como antes dije se le calificaba. Faltaban agua, aseo, policía urbana, aunque sobraba policía política. Por otra parte se había estudiado muy poco por los médicos aquella enfermedad que en breves horas convertía en cadáveres á las personas al parecer más sanas y robustas. El miedo, causando depresión en el organismo, predisponía al mal. Era ciertamente terrible ver como en uno ó dos días desaparecían familias enteras.

El gobierno y el municipio realizaron cuanto les fué posible para aminorar los espantosos efectos de aquel horrible azote; pero no estando preparados para combatirle, poco pudieron hacer en favor del vecindario.

Antes de que apareciese en Madrid, el huésped del Ganges, como llamaban al cólera los ampulo-

sos publicistas y oradores de aquel tiempo, había diezmado á algunas importantes poblaciones del litoral y en la Villa y Corte esperábamos, ó mejor dicho temíamos, que de un momento á otro nos invadiese.

Esto ocurría en la última decena de Agosto. Unos cuantos casos aislados produjeron la alarma y poco después la invasión fué general, rápida, espantosa.

La primera medida que se tomaba en las casas un poco ordenadas, era suprimir de las comidas las legumbres, las frutas, todo cuanto podía alterar las funciones digestivas.

No había filtros más que en las farmacias, se ignoraba aún la conveniencia de hervir el agua enfriándola después para beberla, lo único que se sabía era que absorbiendo unas cuantas tazas de té con una buena cantidad de anisado, se podía obtener una reacción contra el frío glacial que era uno de los primeros síntomas del mal, y en cuanto la aprensión hacía creer á un prójimo que había sido atacado, al té y al aguardiente recurría.

Cada cual ponderaba un remedio: la verdad es que nadie, incluso los médicos, sabían lo necesario para combatir á aquel taimado enemigo.

Raspaill, que á fuerza de anuncios y reclamos había alcanzado celebridad en toda Europa, aconsejaba como preservativo el alcanfor, y mi padre se proporcionó plumas de ave, lo que no era difícil porque se vendían en todas las tiendas de objetos de escritorio, cortó la parte superior del ca-

ñón, introdujo en la inferior menudos pedacitos de alcanfor, cerró con lacre la abertura y haciendo con un alfiler un agujerito en el extremo opuesto, formó unos á manera de cigarrilllos que distribuyó entre todos los individuos de la familia.

Para librarnos de la epidemia debíamos tenerlos siempre en la boca. Además colocó en los rincones de cada cuarto terrones de alcanfor. Por fortuna, el olor que despide esta sustancia me ha sido siempre grato, y como la fe salva, todos en mi casa creímos que aspirando aquel aroma, nos libraríamos de la epidemia.

No fué así, por desgracia, como indicaré después de referir uno de los más dolorosos episodios que presencié en aquel período de calamidades.

En la tarde del 24 de Agosto fuí á visitar á la familia de D. Casimiro Trillo para informarme del estado de salud de los que la formaban. Matilde y María, á quienes conocí en casa de la señora de Reyes á cuyas reuniones acudían con su madre y su hermano Felipe, joven de mi edad, eran amigas mías; es decir de aquellas amigas que mantenían conmigo una discreta y respetuosa intimidad.

Cuando cesé de frecuentar la casa de Andrea, continué viendo en su domicilio á aquella familia, que parecía estimarme sinceramente. Felipe fué un buen amigo mío.

A cosa de las cuatro de la tarde llegué á la casa núm. 102 de la calle de Hortaleza, esquina á la de

Gravina, en cuyo piso segundo habitaban los señores de Trillo.

Me recibieron la madre y las dos hijas mayores que estaban poseídas de gran inquietud, porque Felipe, apenas acabó de comer, sintió en todo su cuerpo un frío glacial, tuvo que acostarse, le atiborraron de té con anisado, llamaron al médico à quien esperaban con impaciencia, y temían que hubiera sido atacado por la epidemia, que según supe después, aquel día se había desarrollado en Madrid como una explosión.

Tan angustiados estaban, que el mismo D. Casimiro había ido en un coche á buscar al doctor que solía asistirles, resuelto á no volver sin él.

Llegó, en efecto, con el deseado facultativo; el padre y la madre presenciaron el examen que hizo del enfermo, mientras que Matilde, María y su hermana menor, niña de nueve ó diez años, se quedaron conmigo en la sala, donde esperamos con ansiedad el resultado de la visita médica.

La madre volvió á la sala llorosa, el padre y el doctor la siguieron y oímos aterrorizados de los labios del último, que Felipe estaba atacado del cólera, con tal intensidad, que era necesario emplear inmediatamente los recursos más heróicos para obtener una reacción, no ocultando su temor de un rápido y funesto desenlace.

Recetó lo que juzgó oportuno, encargó á los padres lo que debían hacer, prometió volver dos horas después para ver el efecto de los medica-

mentos y nos dejó en un estado de dolorosa angustia.

La madre y las hijas lanzàban gemidos de desesperación; acudió á la sala el menor de los hijos que podría tener once ó doce años y las criadas penetraron también, llorando como unas Magdalenas.

El cuadro era desolador.

Sólo D. Casimiro y yo, aunque profundamente conmovidos, conservábamos la serenidad necesaria para dominar aquella aflictiva situación, y dejando á las señoras sollozando y cerrando las puertas para que sus lamentos no llegasen á oídos del enfermo, acudimos á cumplir los preceptos del médico.

Una de las criadas salió á la botica á buscar las medicinas necesarias. D. Casimiro y yo fuímos á la alcoba donde el pobre Felipe se retorcía en el lecho, no pudiendo soportar los calambres ni los demás efectos de la terrible enfermedad.

Era preciso ponerle sinapismos, y entonces no se vendía en España el papel saturado de mostaza que permite instantáneamente producir en los enfermos la revulsión deseada. D. Casimiro y yo tuvimos que ir á la cocina, no encontrábamos mostaza, enviamos por ella á la otra criada, llamamos á la señora de la casa para que nos proporcionase trapos y vendas; pero la infeliz estaba consternada, sus hijas ignoraban donde podrían hallar lo que tanto urgía, nadie sabía lo que hacía, la pena y al mismo tiempo el temor de ser invadi-

dos, impulsaba á todos á ir de un lado á otro agitados, nerviosos y sin poder prestar ningún servicio útil.

La niña se quejaba. Sentía un frío que la obligaba á hacer contorsiones como si sufriera un ataque de epilepsia. Fué preciso acostarla. La criada que llegó con los medicamentos, anunció que se encontraba mal, refirió que mientras había estado en la botica habían llegado numerosas personas aterradas en busca de remedios, porque rara era la casa en la acera de la derecha de la calle de Hortaleza donde no hubiera casos.

Los síntomas de la sirviente eran idénticos á los que habían experimentado Felipe y su hermanita. Se acostó también, y á partir de aquel momento D. Casimiro y yo íbamos de un cuarto á otro, dábamos las medicinas y desempeñábamos todos los menesteres, repugnantes y peligrosos, porque las señoras no acertaban á hacer otra cosa que llorar y la otra criada, al volver con la mostaza dijo que aquella casa estaba apestada y que se marchaba para no sufrir el contagio.

Fué preciso rogarle que se quedara. D. Casimiro le ofreció remunerarla y no sin gran trabajo se logró que desistiese de su propósito y nos auxiliase.

Felipe no entraba en reacción, cuando llegó el médico declaró que su mal no tenía remedio y que urgía pedir á la parroquia la Extremaunción.

Yo me encargué de dar este paso, y comprendiendo que no podría abandonar á aquella familia,

escribí con lapiz dos letras á mi padre, refiriéndole lo que pasaba para que no se alarmase y anunciándole que probablemente tardaría dos ó tres días en ir á mi casa. Como aquella carta debía llevarla un mozo de cuerda y yo no tenía los dos reales que costaba aquel servicio, encargaba á mi padre que le pagase.

La casa pertenecía á la parroquia de San José, á donde también habían acudido con la misma misión que yo numerosas personas, y según nos dijeron habían salido ya varios sacerdotes á llevar el último consuelo á las víctimas.

Por milagro encontré un mozo de cuerda que salía de una taberna, y como no cerré la carta y le leí lo que al pago de su servicio se refería, prometió llevarla inmediatamente.

Volví seguido del sacerdote portador del Santo Oleo, y el médico que hizo la tercera visita á las nueve de la noche, certificó la muerte de Felipe y nos manifestó que tanto la niña como la criada no tardarían en sucumbir.

¡Qué noche pasé! No la he olvidado durante mi vida, y á pesar de mi vejez que enturbia mi memoria, no se escapa de mi recuerdo ni un solo detalle.

La desolada madre se arrojó vestida sobre el lecho y nada bastaba á consolarla. Matilde, no menos afligida, pero sacando fuerzas de flaqueza, asistía á su hermanita. María auxiliaba á la criada. Don Casimiro, ante aquella catástrofe que poco después se agravó, se sintió vencido, se refugió en

su despacho y allí permaneció toda la noche, paseándose unas veces furioso como el león en la jaula, otras sentándose anonadado.

Yo, que á Dios gracias he conservado siempre bastante serenidad en las situaciones violentas y difíciles, fuí el único en aquella casa que en medio del cuadro de desolación que ofrecía, conservé la energía necesaria para atender al conflicto en que nos hallábamos.

El médico volvió á las doce de la noche y poco después expiró la niña. La criada estaba en el período álgido de la enfermedad y todo hacía suponer que no llegaría á la madrugada.

Reinaba en torno mío un sepulcral silencio. La infeliz madre, que acababa de perder dos hijos, había caído rendida en el lecho. Su esposo continuaba en su despacho sin darse cuenta de lo que le pasaba. Quise consolarle y me pidió que le dejase solo. El niño se había quedado dormido en el sofá del comedor. María, que según me dijo tenía miedo á los muertos, se encerró en su cuarto. La doméstica que disfrutaba de salud se había sentado á la cabecera de la cama de su compañera para asistirla. Matilde estaba en el salón sentada en una butaca, ensimismada, inmóvil.

Yo iba de un lado á otro sacando fuerzas de flaqueza y procurando alejar de mi mente las lúgubres ideas que aquel cuadro despertaba en mi ánimo, no atribulado pero sí dolorido.

Al entrar en el salón para ver como estaba Matilde, dió las dos el reloj que había sobre la consola.

Como mi pobre amiga estaba inmóvil, creí que dormía y me disponía á alejarme cuando con débil voz me dijo:

—No se vaya usted... necesito revelarle un secreto.

La estancia estaba casi á oscuras. Sólo una bujía colocada en una rinconera detrás de una pantalla portátil, proyectaba una débil luz sobre la esbelta figura de Matilde.

—Dígame usted cuanto guste—insinué.

—Mi corazón, que nunca me ha engañado, me anuncia que no tardaré en acompañar á mis pobres hermanos. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Pero sentiría morir bajo el peso de una calumnia que ha sido causa de que hayan terminado mis relaciones con Terán.

En efecto, el teniente de Caballería, el guapo mozo hermano de Pilar y de Olimpia, se enamoró perdidamente de Matilde, fué correspondido y poco tiempo después cesaron aquellas relaciones, sin que los contertulios de la señora de Reyes, ni los mismos padres de la joven que veían con agrado aquellos amores, pudieran explicarse la causa del inopinado rompimiento.

Como Terán, á pesar de ser mayor que yo, me tomó afecto y fué buen amigo mío, procuré inquirir el motivo que había originado la terminación de sus relaciones con Matilde, y sólo me contestó:

—Hay cosas que no pueden decirse ni al confesor. He querido á Matilde con toda mi alma, sigo queriéndola; pero mis ilusiones se han desvaneci-

do. No me preguntes más. Aunque ha acabado para mí, no puedo menos de compadecerla.

No insistí y tampoco pregunté á Matilde. Noté las veces que la ví en su casa que sufría. Sus expresivosojos parecían amortiguados. Hablaba poco. Una pena minaba su alma; pero la ocultaba y era preciso respetar su silencio.

El anuncio de la revelación que se proponía hacerme, me sorprendió y me interesó vivamente.

—Desde que mis padres resolvieron que nos estableciésemos en Madrid—me dijo—he sido víctima de una calumnia, sin que los calumniadores quisieran causarme el daño que me han causado. Yo misma la ignoraba hasta que Terán, dando crédito á la horrible invención, tuvo la poca caridad de confiarme el motivo que le obligaba á separarse de mí para siempre. Como sus palabras me sorprendieron, no pude explicarle la involuntaria infamia de que era víctima. Me limité á decirle que desde el momento en que dudaba de mi honradez, era indigno de mi cariño, y después... cuando he sabido la verdad, por decoro no he querido sincerarme á sus ojos.

Aquellas palabras aumentaron mi interés. Comprendiéndolo Matilde, en voz baja, profundamente conmovida, añadió al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas:

—Cuando residíamos en Guadalajara, mi hermana María estaba en relaciones con un alumno de la Escuela de Ingenieros militares. Los dos se querían mucho y al resolver mis padres hace dos años

que nos trasladásemos á Madrid, fué grande su desesperación. La idea de separarse les aterró. Necesitaban á toda costa que no se realizase aquel proyecto, y para conseguirlo concibió él una idea horrible, de la que yo debía ser víctima. Cuando mi hermana se enteró de mi rompimiento con Terán, adivinó la causa, y arrojándose á mis piés, llorosa y verdaderamente afligida, me refirió lo que su novio había ideado para que mi familia se quedase en Guadalajara; idea que ella aprobó segura de que al realizarla conseguirían sin menoscabo de mi honra su deseo de no separarse.

Matilde, profundamente emocionada, suspendió su relato.

La situación era verdaderamente dramática.

—Hable usted sin temor—dije á mi amiga—y disponga de mí como quiera.

—La idea fué diabólica—añadió, haciendo un esfuerzo para hablar.—«Si con habilidad hago que corra la voz en Guadalajara—dijo su novio á mi hermana María—de que tus padres se ven obligados á alejarse de la ciudad para ocultar una flaqueza deshonrosa de tu hermana Matilde, el rumor llegará á oídos de tus padres, y para demostrar lo calumnioso de él renunciarán á su propósito.» Mi hermana, sin presumir la infamia de que era cómplice, juzgó que en efecto, apenas se enterasen sus padres de la calumnia, tendrían empeño en demostrar á los maldicientes la iniquidad de aquella invención. Con sorpresa observé que los alumnos de la Escuela y algunas personas

de la población que no nos trataban, en las calles, en el paseo, hasta en la iglesia, me miraban con cierta curiosidad, bajaban los ojos cuando fijaba en ellos los míos y cuchicheaban; pero no dí importancia á mis observaciones. Como sucede en casos semejantes, la calumnia corrió de boca en boca; pero no llegó á oídos de mis padres, se realizó el viaje, y se dió crédito á la calumnia. Los alumnos la propalaron en Madrid, Terán la oyó, impetuoso como es no tardó en culparme de haberle engañado, sus insinuaciones me indignaron, no quise defenderme porque mi conciencia estaba tranquila y solo algún tiempo después mi hermana me reveló la calumnia fraguada y en apariencia justificada. Estoy segura de que pronto cesaré de vivir y deseo que esto suceda. Esa calumnia me perseguirá siempre: mi vida será horrible. Una intriga inocente, pero inícua en el fondo, acibarará mi existencia. Lo único que deseo y pido á usted, es que si como creo y espero, no tardo en acompañar á la tumba á mis hermanos, busque usted á Terán y le confié la revelación que acabo de hacerle, manifestándole que le perdono. Al mismo tiempo le pedirá usted que le entregue una cadena hecha con cabello mío que le dí á ruego suyo, y cuando haya pasado algún tiempo, se la da usted á mi madre para que conserve ese recuerdo de su desdichada hija.

—Por Dios, Matilde...—insinué verdaderamente afectado —cálmese usted, la verdad triunfará y usted que merece ser feliz, lo será sin duda alguna.

—Estoy herida de muerte. Si la epidemia no acaba conmigo, la pena acabará. Mientras exista, guarde usted el secreto que le he confiado por creerle leal amigo mío.

—Lo soy con toda mi alma.

—No hablemos más por hoy: ha dado usted á mi atribulada familia una prueba de verdadera amistad no abandonándonos. Pero debe usted descansar, siquiera para que no le falten fuerzas y pueda completar su buena obra. ¡Quién sabe si mañana habrá nuevas víctimas en esta casa! Quédese usted aquí, recuéstese en el sofá y haga por dormir unas cuantas horas. Yo me voy á mi cuarto. Me siento fatigada, no puedo auxiliar á mis padres.

Al terminar la frase se levantó, me tendió la mano que estreché con cariño y respeto, se alejó, y no pude obedecerla, porque me preocupaba hondamente cuanto acababa de oir.

¡Qué cosas tan horribles pasan en la vida! ¡Qué diabólicas ideas surgen en nuestro espíritu engendradas por el mísero y funesto egoismo!

La revelación que acabo de referir, me inspiró mi novela *Margarita*, la primera que escribí y publiqué dos años después en el folletín del *Diario Español*.

El reloj, que seguía impasible midiendo el tiempo, dió cuatro campanadas. La bujía se había consumido sin que me apercibiese de la oscuridad que reinaba en torno mío.

El silencio continuaba, alterado solo por el monótono tic-tac del reloj.

En medio de la sombra que me envolvía, penetré con el pensamiento en todas las habitaciones de aquella casa. En un dormitorio el cadáver de Felipe sobre la cama, después de haberle amortajado entre su padre y yo; en otro la niña, también muerta sobre su lecho, á quien la criada que hasta entonces se había librado de la temible enfermedad había vestido; en otro la doméstica agonizando; en otro la madre, en cuyo sér la materia había dominado al espíritu y dormía. En el comedor, dormitando en una silla y apoyada la cabeza sobre la mesa, se hallaba María; su hermanito, no dándose cuenta de lo que ocurría, se había echado en el sofá del comedor entregándose á un sueño profundo; Matilde se había refugiado en su cuarto, y el jefe de la familia continuaba en su despacho, paseándose, sentándose, furioso unos momentos, anonadado otros. Así los había visto antes de penetrar en el salón, y así los ví cuando á favor de la tenue claridad del alba fuí á enterarme del estado en que se hallaban.

Ni hablé á los que estaban despiertos ni me hablaron. Volví al salón, abrí uno de los balcones, y á pesar de lo temprano que era había corrillos en la calle, pasaban mozos con ataudes, eclesiásticos con los Santos Oleos. Oí dos aldabonazos en la puerta de la calle, miré con avidez y ví á un hombre portador de dos cajas mortuorias negras con galones de plata.

La criada bajó á abrir la puerta, D. Casimiro salió de su despacho, su esposa que estaba vesti-

da se levantó sobresaltada, María acudió también á la puerta... ¿pero para qué recuerdo estos detalles que aún me producen escalofríos?

El mozo recibió orden de volver con otro ataúd para la criada enferma, que había expirado sin que su compañera se apercibiese, porque se había quedado dormida y se despertó al oir los aldabonazos.

Cuando volvió después de haber bajado á abrir la puerta de la calle y entró de nuevo en la alcoba, oimos sus lamentos. Sólo entonces se enteró de que había estado algunas horas al lado de un cadaver.

El médico se presentó á las cinco, certificó la muerte de la criada, por indicación mía entró á ver á Matilde, y después de examinarla nos dijo á D. Casimiro y á mí que también había sido atacada de la epidemia. María tampoco se sentía bien. ¿Iban á sucumbir todos los individuos de aquella familia?

La madre, como poseída de locura, iba de un cuarto á otro, gritaba, daba lástima verla y oirla. Su esposo la increpaba.—«Piensa en los hijos que nos quedan—decía. Ahora no es el momento de sentir, sino de sacar fuerza de flaqueza para asistirlos.»

Creo que D. Casimiro era mayordomo de la Patriarcal de San Martin ó por lo menos tenía derecho á que los individuos de su familia fuesen enterrados en aquel cementerio. Me pidió que saliera á avisar á una sociedad de pompas fúnebres, de la

que también era socio, para que dispusiesen el entierro de los tres cadáveres, y tuvo el buen acierto de disponer que antes de salir me dieran una gran taza de café puro, porque moral y materialmente estaba desfallecido. Desde el día anterior á las dos no había tomado ningún alimento.

Reforzados mis nervios y sin darme cuenta del estado de mi espíritu, partí á desempeñar la comisión que me había dado el afligido padre, y en la calle en donde las personas aun si conocerse formaban corros y cada cual contaba lo que había presenciado ú oido referir, me enteré de que la epidemia había adquirido un desarrollo formidable. Sólo entonces pensé en el peligro que había corrido y que podía correr.

Durante las escenas de desolación á que asistí, no me preocupé ni un momento de mi persona, ni me acordé del cigarrillo de alcanfor que guardaba en uno de los bolsillos del chaleco; pero al oir contar tantos horrores, sentí aprensión y necesité hacer un gran esfuerzo para desempeñar el encargo que me habían confiado.

Recordé la rapidez con que habían pasado de la vida á la muerte Felipe, su hermanita, la criada, y la idea de que podía sucederme lo mismo, me horrorizó. Creo que entonces fué la primera vez que surgió en mi mente el temor de la muerte.

Necesité atravesar gran número de calles y plazas para llegar á la oficina donde recibía los avisos la sociedad de pompas fúnebres. El aspecto de la población era tétrico. Los médicos, que por en-

tonces usaban bastón con puño de oro y borlas, motivo por el cual era fácil reconocerlos, circulaban con paso precipitado, sin detenerse se comunicaban sus impresiones al encontrarse, y los mozos de cuerda llevaban á cuestas féretros de diversos tamaños con galones dorados ó plateados unos, con cintas blancas ó amarillas otros, forrados éstos últimos de burda bayeta negra.

Necesitaría mucho espacio para dar una idea del tétrico aspecto de las figuras, los accesorios y el fondo de aquel cuadro.

En la oficina de las pompas fúnebres había mucha gente portadora como yo de avisos, y los empleados tomaban nota, manifestando que carecían de material y de personal para atender á los pedidos que les hacían.

Cumplí mi cometido, me dirigí á mi casa para enterarme del estado de mi familia y encontré á mi padre y á mis hermanas angustiados, porque en la carta que envié olvidé indicar las señas del domicilio en donde debía pasar la noche.

Me abrazaron como si hubiera corrido un gran peligro y me hubiera salvado. En mi familia no había habido novedad.

Vivíamos entonces en una casa de la calle Ancha de San Bernardo esquina á la de la Cueva que hoy se llama del Marqués de Leganés. Era una casa muy vieja de dos pisos y nosotros habitábamos uno de los cuartos interiores del primero, cuya puerta de entrada y las ventanas de las habitaciones, daban á un corredor que recibía la luz

de un patio. Pagaba mi padre cinco duros al mes por aquel cuarto que no tenía más que tres alcobas, una en la que dormían mis hermanas Dolores y Felisa, otra que albergaba al ama y á mi hermana Rafaela, que contaba cuatró años escasos, y otra en la que dormíamos mi padre y yo. Una salita que servía á la vez de comedor y una microscópica cocina, completaban aquel mísero cuarto.

En la actualidad ocupa el solar de aquella especie de pocilga un amplio y elegante edificio marcado con el número 20.

Enteré á mi familia de lo que había ocurrido en casa de los señores de Trillo; entretanto me preparó el ama un almuerzo, y cuando anuncié que tenía que volver á la casa infestada, todos á una se opusieron, temerosos de que también fuese yo víctima de aquél foco de infección.

Pasada la primera impresión, comprendió mi padre que debía volver á prestar ayuda á aquella atribulada familia. Como estábamos en las postrimerías de Agosto, no tenían en mi casa más dinero que el necesario para acabar el mes; pero mi padre me dió un par de pesetas para lo que pudiera ocurrirme.

Al mismo tiempo me aconsejó que procurase ir á dormir á casa, y de no ser posible que le mandase recado con un mozo de cuerda; pero de todos modos, lo prudente en aquellos aflictivos momentos era que los individuos de la familia permaneciesen juntos, para estar tranquilos si la salud no se alteraba, ó en caso contrario para auxiliarse.

Ante mi padre y mis hermanas oculté mi aprensión, me las eché de valiente, aseguré que mi salud era completa; y en efecto, el almuerzo me dió fuerzas y mitigó bastante el temor que se había apoderado de mi ánimo ante el aspecto que ofrecía Madrid.

Cuando llegué, muy cerca de las once de la mañana, á la casa de la calle de Hortaleza, el médico que había ido dos veces á visitar á Matilde, la desahució por completo. No quería tomar medicinas; ni los ruegos de su madre, ni las admoniciones de su padre, bastaban á convencerla de que debía luchar. Estaba vencida de antemano.

Entré en el cuarto en donde estaba y me asustó su aspecto cadavérico: la rogué que obedeciese al médico; pero mi ruego fué inútil. Sus ojos, vidriosos, miraban sin ver. Estreché su mano y una debil presión de su parte, me demostró que aún no había perdido el conocimiento.

Su hermana lloraba en el salón como una Magdalena; pero no se atrevía á entrar en la estancia mortuoria.

—¡Yo!...—sollozaba—yo soy quien la mata. Y arrodillándose gritaba: ¡Perdón, hermana mía! ¡Perdóname!

Me acerqué y la supliqué que callase para que sus padres no se afligiesen más de lo que estaban.

Por la tarde, á cosa de las tres, llegó un carro fúnebre en el que fueron depositados los féretros de Felipe y su hermana. La pobre doméstica que

había sido depositada en un ataud de negra bayeta con galón blanco, fué transportada al Cementerio general del Norte en un carromato que ya contenía tres ó cuatro cajas con otros tantos cadáveres.

Un Sr. Madariaga, casado con una sobrina de los señores del Trillo, que si no estoy equivocado era ingeniero civil, y yo, fuimos los únicos que acompañamos á la última morada los restos del pobre Felipe y de su hermanita.

Cuando regresamos de la Patriarcal de San Martín, encontramos en la escalera de la casa al sacerdote que bajaba después de haber dado la Extremaunción á Matilde, que expiró poco después.

La desolación de aquella infortunada familia llegó al colmo. Perder tres hijos en poco más de veinticuatro horas era horrible. No había medio de consolar á aquellos doloridos y al mismo tiempo amedrentados padres.

María se sintió también atacada del mal que había llevado al sepulcro á sus hermanos, y temeroso de que sucumbiera en aquel foco de infección, manifesté al Sr. Madariaga que quizás podríamos salvarla llevándola á su casa.

Vivía muy cerca, en el número 5 ó 7 de la calle de Hernán Cortés; sólo habitaban en la casa su esposa y una criada. Hasta entonces no se había registrado un solo caso en la calle, en dos ó tres minutos podíamos conducirla á aquel paraje sano, donde estaría mejor atendida que en su casa, en la que todos estaban entregados al dolor.

Le pareció bien mi propósito y mientras que Madariaga hablaba al Sr. Trillo, que asintió, informé á María de nuestro deseo, al que se negó no queriendo abandonar á sus padres; pero logré convencerla, y evitando la despedida salimos al anochecer de la casa apestada y nos trasladamos á la de sus primos.

Me ofrecí á quedarme para cuidarla durante la noche, oferta que aceptaron, porque la esposa del Sr. Madariaga no disfrutaba de buena salud. Su marido y yo velariamos.

En la sala se improvisó una cama en la que se acostó María y la obligamos á tomar dos ó tres tazas de té con algunas gotas de anisado para ver si lograbámos que transpirase y entrara en reacción.

Madariaga y yo permanecimos á su lado, y los esfuerzos que hizo para contener los efectos del mal en nuestra presencia, produjeron en todo su organismo un sudor copiosísimo que paralizó como por encanto los síntomes alarmantes que me habían inspirado el proyecto de su traslación.

A cosa de las once se quedó profundamente dormida y Madariaga y su señora se empeñaron en que cenase con ellos, lo que agradecí porque estaba desfallecido y creí no poder desempeñar debidamente el cargo de enfermero.

Cuando volvimos, seguía la enferma durmiendo con la mayor tranquilidad, Madariaga la tomó el pulso que estaba en el estado normal y persuadidos de que el peligro había pasado, conseguí que se retiraran á descansar los primos de María, per-

maneciendo en vela la criada y yo, para atender á lo que pudiera ocurrir.

A la una de la madrugada todo quedó en silencio. Sobre una consola había una lamparilla que proyectaba en la estancia una débil claridad.

Me senté en una butaca sin perder de vista á María, y el cansancio, las emociones y los fueros de la tiránica materia, me sumieron en un profundo sueño.

Cinco campanadas de un reloj de pared que había en la antesala, me demostraron que había dormido cuatro horas.

La enferma se había despertado; pero estaba tranquila. Tenía sed, dispuse que le dieran una taza de té muy caliente y mientras la criada fué á buscarla, al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas balbuceó:

—Es usted un buen amigo... ¡Cuánto tenemos que agradecerle!

Después de tomar el té volvió á dormirse; torné á mi butaca y allí, despierto, medité con profunda tristeza en lo que en menos de dos días había presenciado. Por analogía, pensaba en mis amigos Becquer, Luna, Márquez; en mis compañeros de las veladas en las casas de Arriera, de D.ª Concha Ordoño, de la señora de Reyes, de la de Santa Coloma. ¿Me esperaban nuevas y dolorosas sorpresas cuando fuese á enterarme del estado de su salud?

El desdichado Sr. de Trillo envió al médico á casa de sus sobrinos para saber qué había sido de

su hija, temeroso de que volviese á aumentar su aflicción.

Serían las nueve de la mañana cuando llegó y la encontró tan bien, que dispuso que dejara el leche y se alimentase.

Cuando al abandonar la sala para despedirle, le referimos lo que había pasado desde que decidimos sacarla de su casa, nos dijo:

—¡La ha salvado el pudor! Sin pensarlo, al permanecer á su lado, han contribuido ustedes á su curación.

Como se hallaba bien, aunque muy débil, resolví ir á mi casa para ver si había habido alguna novedad, y si mi padre y mis hermanas estaban bien, visitar á los amigos, cuyo estado de salud me interesaba vivamente.

Becquer vivía entonces con la familia de Alcega en la calle de Atocha, muy cerca del Colegio de San Carlos. Fuí á verle y tanto él como los amigos que le hospedaban disfrutaban de buena salud; pero Gustavo estaba muy apenado por lo que había visto y oído relacionado con la epidemia.

Me dirigí después á la calle de la Paz, donde hallé á doña Soledad y á García Luna dominados por una aprensión que les hacía temer á cada instante caer enfermos, cosa frecuente en la inmensa mayoría de los habitantes de Madrid.

Les referí lo que había sucedido en casa de los señores de Trillo, y aunque tampoco estaba yo muy tranquilo, me las eché de valiente, animándolos.

El cólera no debía ser contagioso: de lo contra-

rio, no me habría perdonado habiendo estado como estuve dos días en una casa infestada.

Cerca estaba la plaza de la Leña y fuí á ver á la familia de Prieto. También disfrutaban de salud; pero habían recibido una carta de Sevilla que les había contristado en extremo. Teresa, mi amiga, mi maestra de psicología, había sido una de las primeras víctimas de la epidemia. En tres ó cuatro horas había sucumbido. Concha, su hermana, refería en la carta la dolorosa escena de la muerte de aquella angelical mujer.

En casa de Márquez no había habido novedad; pero raro era el día que no llegaba á noticia de mi familia la pérdida de algún amigo ó de algún conocido.

El mes de Septiembre fué desastroso. Todo contribuía á entristecer el ánimo; la lectura de los periódicos, que atraían como el abismo, aumentaba el terror, porque publicaban el número de los atacados, los barrios y las calles en que se cebaba la epidemia. El sol no brilló un sólo día en todo el mes, llovía á menudo; pero aunque cesase la lluvia, el cielo estaba cubierto de nubarrones. Parecía que una mano de hierro oprimía el corazón.

Hacer alarde de indiferencia, de desprecio al mal que diezmaba á los habitantes de Madrid, constituía el modo de ser aparente de los más miedosos. Proporcionarse distracciones, el remedio que buscaban los que evitando con el juicio y la discreción los peligros, se resignaban á acatar la voluntad divina.

Algunos extremaban la fanfarronería. Recuerdo que una de las pocas noches en que salí de mi casa, porque según decían los médicos los enfriamientos predisponían al mal y pasaba las veladas con la familia, fuí á un café donde debíamos reunirnos Viedma, García Luna, Becquer y yo, y allí excitaron vivamente nuestra atención dos caballeros ya entrados en años que estaban sentados á una mesa cerca de la que nosotros ocupábamos. A cosa de las diez se levantaron, llamaron al mozo y le dijeron:

—Toma nota, para que mañana cuando veamos aquí la *Gaceta* seas testigo de lo que esta noche auguramos. Yo digo *pares*.

—Y yo *nones*—añadió su compañero.

—La puesta es de dos duros.

—Está bien, señoritos; no lo olvidaré—dijo el mozo.

Los parroquianos se marcharon.

—¿Qué significa ese juego?—preguntamos al camarero.

—Significa—contestó—que esos señores, que son el uno comerciante y el otro empleado de Hacienda, desde que se ha declarado la epidemia apuestan todas las noches á que aciertan el número de los atacados cada día del cólera. Uno dice que será *non*, otro que será *par*, en la noche siguiente piden la *Gaceta* y el que ha acertado paga al otro la apuesta y además el café y las copas que les sirvo.

Aquel macabro juego de azar nos impresionó indignándonos, y lo refiero como un detalle de los

muchos que revelan los misterios del corazón humano.

XLIII

En el mes de Octubre continuó la epidemia haciendo estragos, pero con tendencia á extinguirse.

En uno de los días de la primera quincena regresó la Corte de la Granja. Del escuadrón de caballería que había estado de jornada, formaba parte Pepe Terán, y deseando cumplir la última voluntad de la infortunada Matilde, salí una mañana de mi casa para dirigirme á la de mi amigo y desempeñar el triste encargo de la muerta.

Terán quería verdaderamente á Matilde, y cuando oyó mi confidencia y la noticia de su fallecimiento, me abrazó con efusión y ví que sus ojos se llenaron de lágrimas.

No quería desprenderse del recuerdo que yo debía recoger y entregar á la madre de Matilde; pero cedió al fin á mi ruego y sin pérdida de tiempo fuí á casa de los Sres. de Trillo, á quienes después de la catástrofe sólo había visitado tres ó cuatro veces, porque se habían encerrado en su hogar con su pesadumbre y no querían ver á nadie.

Desempeñé mi misión cerca de la afligida madre y regresé á mi casa, donde me esperaba una dolorosa sorpresa.

Mi hermana Felisa, que contaba ocho años, á quien dejé por la mañana buena y sana, había sido atacada de lo que se llamaba cólera fulminan-

te y en las dos horas que estuve ausente hizo tan rápidos progresos la enfermedad, que á mi llegada estaba en la agonía y acercándome á su camita y queriendo estrecharla, presa de una inmensa emoción, expiró en mis brazos.

Se hacía querer por su carácter bondadoso, era muy inteligente y á pesar de su corta edad muy servicial. Dócil en extremo, se doblegaba á la voluntad de sus hermanas y agradecía las muestras de afecto de que era objeto.

Su muerte nos causó profundo dolor.

Mi padre, que había salido en busca de un médico, volvió con él cuando ya no había que hacer otra cosa que sentir su pérdida y llorarla.

A la aflicción siguió un problema económico de difícil solución.

Estábamos en los primeros días de Octubre, mi padre había cobrado su cesantía; pero se destinó según costumbre al pago de la casa y de las cuentas de los que durante el mes nos proveían de lo más indispensable para la vida. Con los diez duros de mi tío Román se atendía á otras necesidades menos perentorias; pero tanto él como su hermano habían salido de Madrid cuando el cólera se declaró oficialmente, y como no habían vuelto ni sabían en su casa donde se hallaban, nos habíamos quedado sin cobrar aquel importante refuerzo en Septiembre y Octubre.

Mi tía Luisa, su marido y su hijo permanecían en Arganda, no había medio de recurrir á ellos, y según me indicó mi padre, no contaba en aquellos

momentos angustiosos más que con dos ó tres pesetas.

¿Cómo enterrábamos á mi pobre hermana? Había que pagar derechos á la Parroquia ó consentir que la llevasen al cementerio en el carro de los pobres de solemnidad, hacinado su cadáver con otros y teniendo por sepultura la fosa común.

La situación en que se hallaba el ánimo de mi padre era la más á propósito para que á su vez fuese atacado de la terrible enfermedad, y algunos de los síntomas ya se le habían presentado, aunque con benignidad.

No sin trabajo pude conseguir que se acostase, encargándome yo de buscar los recursos indispensables para resolver el problema que nos preocupaba.

En aquel trance no tenía más remedio que acudir á la amistad. Busqué á Márquez, á quien no había visto hacía más de un mes, y ni él ni su familia estaban en Madrid. Me alegré de no hallarle. Por instinto entonces y después por reflexión, he sido siempre refractario á pedir dinero prestado á los amigos y ni siquiera adelantado por trabajo á los editores. Quizás no ha sido este proceder todo virtud: ahondando en él podría hallarse algo de orgullo ó por lo menos de amor propio.

Resolví no molestar á nadie de nuestras relaciones, dirigirme á la Iglesia de San Martín, comunicar al cura párroco lo aflictivo de nuestra situación y obtener de su caridad, que al fin y al cabo era ministro de Dios, el medio de que mi po-

bre hermana pudiera ser enterrada, con modestia, pero sin la crueldad que representaba á mis ojos el acto brutal de arrojarla al pudridero.

Penetré por el largo y angosto corredor que conduce á la Sacristía, y hallé en ella á varios eclesiásticos unos con los manteos, otros con sotana y sobrepelliz, que volvían de dar el Viático ó se disponían á ofrecer á los enfermos los últimos consuelos de la Religión. También había bastantes seglares del uno y del otro sexo, formando grupos unos y otros y hablando casi todos con viveza.

Por lo visto no llegué con oportunidad: unos afligidos, otros cansados, exigiendo éstos, oponiendo dificultades aquellos, algunos revelando pésimo humor con su actitud y sus frases, no parecían hallarse en uno de esos momentos en que el ánimo está predispuesto á ejercitar la bondad.

—¿Qué busca usted, joven—me dijo un mocetón que á juzgar por su atavío era el sacristán, aunque más parecía un mozo de cordel con sotana.

—Desearía hablar con el señor Cura Párroco.

—Llega usted en mala ocasión para eso... Acaba de marcharse refunfuñando y con razón, porque el trabajo agobia y no es posible resistir más. Si es para algo importante, puede usted hablar con el teniente.

Poco después, por indicación del sacristán, se separó de un grupo un eclesiástico en toda la fuerza de la edad, con cara de pocos amigos y vino á mi encuentro.

—¿Qué se le ofrece?—me dijo.—Despache pron-

to, porque no estamos para perder el tiempo.

Formulé no sin cierto temor mi pretensión, y sulfurándose al oirme:

—Es usted pobre—dijo—ni usted ni su familia tienen lo necesario para enterrar á esa niña y quiere usted que la parroquia le facilite los recursos de que carece. Harto hace al enterrar de balde á los que nada poseen. La soberbia es un pecado, y soberbia es pedir lo que usted pide. No tengo tiempo que perder. Deje usted las señas de su casa y se avisará al carro para que recoja el cadaver.

—Perdone usted—insinué nervioso no pudiendo contener mi indignación.—Al pobre que como yo pide una limosna, no se le insulta, se le socorre ó se le dice que perdone por Dios. Por lo menos un sacerdote debía...

No me dejó acabar.

— Caballerito—exclamó—dé usted lecciones á quien se las pida y aprenda á ser humilde.

—Quien debe aprender, por lo menos educacion, es usted.

Al oir aquel diálogo, cuantos formaban grupos prestaron atención; unos me increparon, otros fueron compasivos y el resultado fué que el sacristán, de mala manera, me obligó á salir de la sacristía y una vez en el corredor me pidió las señas de mi casa para que á la caída de la tarde pasara el carro á recoger los restos de mi pobre hermana.

La impresión que recibí fué dolorosa; pero si no en la forma, harto grosera, en el fondo tenía razón

aquel eclesiástico nada amable: soberbia era pedir para mi hermana, pobre de solemnidad, lo que otros pobres no podían ni siquiera solicitar.

Volví á mi casa, oculté la pena que me embargaba, engañé á mi padre diciéndole que todo lo había arreglado, y cuando á cosa de las cinco llegaron los sepultereros, mi muy querida hermana fué envuelta en una sábana, la bajaron al carro y acompañé sus restos, que después de unas cuantas paradas para aumentar el montón de víctimas, fueron conducidos al Cementerio general del Norte.

Allí asistí dominado por el dolor y la ira á esa inicua y bárbara operación, que consiste en arrojar los cadáveres á una gran fosa con todo el aspecto de un abismo, sin una oración, sin el menor respeto, como si los seres humanos fueran animales. No digo fieras: las verdaderas fieras son los que permiten que se practique esa cruel costumbre, y los que la ejecutan.

Salí del Cementerio horrorizado: á pesar de que ha transcurrido más de medio siglo, no se ha borrado de mi imaginación la escena que con ensañamiento presencié. La doctrina cristiana considera como obra de misericordia enterrar á los muertos; pero algunos de los que están llamados á difundir y practicar esa doctrina, la olvidan cuando el muerto es tan pobre que no puede su familia costearle un ataud, una sepultura alquilada por tiempo limitado y los derechos que la Iglesia cobra para que la madre tierra ofrezca al muerto el eterno reposo.

XLIV

La epidemia perdió su fuerza, disminuyeron los casos y al fin se cantó en las Iglesias el anhelado *Te Deum*. Como sucede cuando cesan las calamidades, terminan las guerras y pasa algún tiempo después de las catástrofes, al incesante temor sucedió la serenidad del espíritu ¿y para qué ocultarlo? el tétrico aspecto de la población se trocó en una exterioridad de alegría. Habíamos estado en peligro durante tres meses y habíamos salido ilesos: la enfermedad nos había respetado, éramos fuertes, nos enterábamos con gran satisfacción de que poseíamos una buena naturaleza.

Habían sucumbido millares de seres, como en las guerras sucumben millares de soldados; habíamos llorado á los deudos, lamentado la pérdida de los amigos, compadecido á las víctimas desconocidas; pero vivíamos y la, en este caso poco piadosa dicha de vivir, nos impulsaba á emprender una nueva vida, dejando en el fondo del alma el dolor y la tristeza mientras que en nuestro rostro aparecían la satisfacción y la alegría.

Son admirables las leyes á que se hallan sujetos el espíritu y la materia. Los yermos campos del Invierno se cubren de verdura y de flores en la Primavera, á la agitación sigue la calma, el reposo ahuyenta al cansancio y hasta los dolores que no se extinguen nunca tienen, como las enfermedades del cuerpo, treguas que nos permiten sobrellevarlos.

Como por encanto cambió el aspecto de Madrid, abrieron sus puertas los teatros, las luchas políticae que habían seguido con sordina prescindieron de miramientos y estallaron de nuevo, la guerra sorda que sostenían O'Donnell y Espartero y por ende sus respectivos partidarios, que ante el temor se había amortiguado porque nadie tenía segura la vida, estalló con más vigor ¿pero qué importaban las intrigas políticas á los que habían vencido al formidable é invisible enemigo?

Mi ánimo contristado por las lúgubres escenas que había presenciado, por la pérdida de mi pobre hermana, recuperó su natural energía para continuar la lucha en que venía empeñado.

Regresaron mis tíos Román y Pepe, cobró mi padre las pagas atrasadas y halló á un antiguo amigo, guardia de Corps, que al suprimirse aquel privilegiado organismo militar había ido á buscar fortuna á Filipinas, y que buen mozo como todos sus compañeros, casó en Manila con una señora no menos buena moza y por añadidura rica. El afortunado matrimonio resolvió establecerse en la Corte, por casualidad se encontraron mi padre y su antiguo amigo, y como este se hallaba resuelto á sacar el mejor partido posible de su fortuna, dándose al mismo tiempo buena vida, se dedicó á hacer préstamos en grande escala. Necesitaba un empleado de confianza que llevase sus cuentas y confirió á mi padre este encargo, asignándole una gratificación de quince duros al mes, con la obli-

gación de ir á su casa todos los días feriados de once á una.

Reunía mil reales al mes con esta nueva ayuda y se consideraba muy dichoso. Bien es verdad, que por entonces se vivía con cincuenta duros mejor que ahora con doble ó triple cantidad.

XLV

En la última decena de Octubre fuí admitido como gacetillero en el periódico *Las Cortes*, y mis diez y seis duros mensuales aumentaron el haber de la familia; pero mi padre quiso que la mayor parte de aquella cantidad se emplease en mejorar mi guardarropa interior y exterior, que bien lo necesitaba, asignándome dos reales diarios para mis gastos personales.

Mi modesta labor en *El Porvenir* me había dado á conocer en el periodismo, y D. Camilo Alonso Valdespino, que era propietario y director de *Las Cortes*, maestro en el oficio tal como entonces se le comprendía y practicaba, prefería los jóvenes con sus ilusiones, sus esperanzas y las primicias de su trabajo, á los hombres experimentados y curtidos.

Fueron compañeros míos en aquella redacción José Emilio Santos, Enrique Hernández, José María Larrea y Eugenio Olavarría, el que menos de veinticinco años, mientras que yo no había cumplido los diez y nueve, á pesar de lo cual me acogieron con afecto, me adiestraron en el oficio, me dispen-

saron el pago de la novatada y fuí un verdadero Benjamín de aquella buena familia político-literaria.

Deber y gusto mío es consagrar algunas líneas á la memoria de tan buenos compañeros en esta narración de mis impresiones y recuerdos.

Emilio Santos, después del director el redactor de más edad, había nacido en Algeciras y era un completo andaluz fino y atildado como la mayoría de los hijos de la provincia de Cádiz. De claro talento y muy laborioso, se había aficionado al estudio de los problemas económicos, muy olvidados en España en la primera mitad del siglo XIX, y trataba magistralmente en el periódico las cuestiones de Hacienda; pero la aridez de sus estudios no era óbice para que á cada instante luciese su gracejo con alegres chascarrillos, amenos cuentos y chistes de buena ley, porque eso sí, era muy correcto y muy pulcro.

Hablaba mucho; pero siempre enseñaba algo.

Cuando cesó nuestro diario trato, y después de la contra-revolución quedó O'Donnell dueño del campo, lo que había en él de político, que no era mucho, le impulsó á buscar nuevos horizontes en la agrupación que más tarde se denominó Unión liberal y obtuvo el importante cargo de Intendente general de la Isla de Cuba. Posteriormente organizó en España la Estadística, formó parte de numerosos Cuerpos consultivos, representó á nuestro país en las Exposiciones universales de Viena, de París y de Londres y dirigió varios importantes

periódicos, entre ellos *La Patria* en 1865, en el que por su mediación colaboré publicando revistas literarias con el título de *Madrid por dentro*, firmándolas con el seudónimo de *Pedro Jiménez*.

A pesar de haber desempeñado importantes y bien retribuídos empleos y de haber figurado en los partidos formados por los políticos más listos y aprovechados, no llegó á hacer fortuna. Vivió bien; inteligente en el arte culinario, se daba buena vida; era muy estimado en sociedad, porque con su fácil y pródiga palabra sabía hacer interesante y amena su conversación, aun tratando de estadística, de asuntos financieros y hasta de nociones científicas. Algunos le acusaban de no dejarles meter baza; pero todos los que le conocían le estimaban y reconocían su probidad.

Algunos años antes de su fallecimiento, acaecido en Octubre de 1889, viudo, viejo y solo, porque su único hijo desempeñaba un empleo fuera de Madrid, encontró á una antigua amiga, viuda también, de edad y solitaria como él. Podían prestarse mutua ayuda realizando un matrimonio de conveniencia; pero ella disfrutaba una regular viudedad que perdería al contraer matrimonio, y renunciaron á la boda para no perderla; pero convinieron en vivir como buenos amigos prestándose mutuo auxilio y compartiendo para sus atenciones la viudedad de ella y la jubilación de él. Hasta el último momento fué economista.

Enrique Hernández era el polo opuesto de Emilio Santos. Hablaba poco, cuando hablaba era la-

cónico, pero humorista y satírico: lo que escribía en el periódico y lo que decía en la conversación tenía el alcance de las flechas, alguna que otra vez envenenadas.

Pensaba mucho y solía poner el dedo en la llaga. Era buen compañero y muy servicial, á pesar de no ser expansivo y pecar de caviloso.

Una enfermedad que sufrió en la niñez deformó una de sus piernas y quedó cojo, necesitando para andar el auxilio de un recio bastón de muletilla.

Era hombre de carácter, y cuando la razón estaba de su parte no transigía con nada ni con nadie. Conmigo congenió, porque á pesar de mi mocedad, desde el primer momento me mostré como siempre he sido, dócil ante lo justo, rebelde é intransigente ante lo injusto, y al dejar de ser compañeros fuimos siempre verdaderos amigos,

Enrique Hernández fué director de un periódico titulado *El Español*, que se publicó desde 1865 á 1868; más tarde redactor de *La Política*, y por último entró á formar parte de la redacción de *El Imparcial* en 1871, donde permaneció muy considerado y querido por todos sus compañeros, hasta su muerte, acaecida en 1893.

Con los famosos é inagotables cuentos que publicaba, siempre oportunos é intencionados, y las misceláneas políticas que aparecían sin su firma en *El Imparcial*, despertó viva curiosidad, que al averiguarse su nombre se transformó en admiración y sincero aprecio, contribuyendo al éxito creciente del periódico durante los veintidós años que

le consagró su inteligencia, su inagotable vena y su incansable actividad.

Le calificaban algunos de indómito, de orgulloso, casi de déspota; pero sólo le juzgaban así los que no le conocían á fondo. Tenía entereza, á veces terquedad, decía lo que sentía cuando necesitaba decirlo; pero era menos fiero de lo que parecía. Tenía buen corazón.

José María Larrea, muy estimado y considerado por su bondad y su dulzura, era poeta más romántico que clásico y lo era al escribir, al pensar, al hablar, al vivir. Escribió con Enrique Hernández una *Semana Santa* en verso que fué muy celebrada, y su carácter era tan apacible, que no había más remedio que quererle.

Cuando se fundó *La Iberia*, el gran periódico de los liberales, entró Larrea á formar parte de la redacción con Calvo Asensio, Sagasta, Llano y Persi, Carlos Rubio, Ruiz del Cerro y Juan de la Rosa González, y allí permaneció hasta que en 1859 acabó con su vida la enfermedad que desde los primeros años la minaba.

Eugenio de Olavarría era un vizcaíno, que á la formalidad peculiar de la raza eúskara unía un carácter noble, franco, afectuoso, y muy privilegiadas disposiciones para cultivar todos los géneros literarios. De todos ellos, el dramático era el que prefería; pero entonces, como ahora y siempre ha sucedido, para vivir entre autores y actores era necesario una ductilidad, un servilismo que no se compaginaban con la seriedad y la inde-

pendencia, que eran la esencia de su carácter.

Apenas llegó á Madrid desde Bilbao, su ciudad natal, trabó amistad con Francisco Zea, poeta como él, y muy desdichado. Escribieron en colaboración algunas obras dramáticas y si no recuerdo mal, una de ellas fué *Maese Juan el Espadero*, que se representó con honra para los autores; pero sin provecho, porque como ocurría entonces, uno de los dos ó tres editores que explotaban el negocio de la literatura dramática, les había dado por la obra una mezquina cantidad y los productos de las representaciones fueron para él.

Tanto Olavarría como Zea necesitaron recurrir al periodismo para atender á sus más apremiantes necesidades, y por esta circunstancia pude conocer al primero en la redacción de *Las Cortes.*

Por el motivo que voy á referir, desde el instante en que nos conocimos fueron nuestras relaciones muy afectuosas.

Francisco Zea era, como he dicho antes, su íntimo amigo, un fraternal cariño los unía y los dos con Juan Coupigny y Ventura Ruiz Aguilera, otro gran poeta y otro gran corazón, formaban un grupo de vates ricos de imaginación; pero careciendo en muchas ocasiones hasta de lo más necesario.

Zea sobre todo era el rigor de las desdichas, y lo fué hasta en el corto período de su relativa prosperidad.

Cuando Olavarría oyó mi apellido, me preguntó si era pariente de la esposa de Zea, llamada Josefa Nombela.

Mi respuesta fué afirmativa, porque en efecto Pepita, como la llamábamos familiarmente, era prima de mi padre.

Nueve años habían durado sus relaciones con Zea. Cuando se conocieron, los dos eran pobres; pero no tanto ella como él.

Un hermano de mi abuelo paterno, padre de la que yo llamaba tía, murió dejando á su esposa cuatro hijos, dos hembras y dos varones, y tan escasos recursos, que apenas pudieron mal vivir con ellos durante algunos años.

Uno de los varones estaba casado, era empleado de corto sueldo y le era indispensable lo que ganaba para atender á sus más perentorias necesidades. El otro, con aficiones aristocráticas, había logrado la administración de los bienes de una Marquesa ya entrada en años y no hacía caso de su familia. De modo que las dos hijas necesitaban ganar lo necesario para vivir con su anciana madre. La mayor, Dolores, se había dedicado á la pintura y en casa de Brun, famoso restaurador de cuadros, tenía trabajo diario regularmente renumerado. La menor, Pepita, cosía guantes para las fábricas que había entonces en Madrid, y creo que trabajando diez y seis horas sacaba un jornalito de seis reales.

En aquella época muchas señoritas se dedicaban á aquella labor, unas para costearse sus trajes y adornos y otras para ayudar á los gastos de su casa.

Por los años de 1851 y 52 veía con frecuencia á mis tías en el humilde entresuelo de la calle del

Rubio, hoy Marqués de Santa Ana, núm. 1, donde vivían con su anciana madre. Pepita no salía de casa más que á llevar á la fábrica los guantes terminados y á misa los domingos. Dos vecinas, más jóvenes que ella, Luisa y Filomena, pasaban muchos ratos en su compañía cosiendo también guantes, y yo iba cuando me era posible á visitarlas.

Por las noches pasaba Zea una ó dos horas al lado de su prometida y de su madre; pero no tuve nunca ocasión de verle, porque mi empleo en la compañía de Arjona me obligaba á pasar la velada en el teatro.

Quería yo mucho á mi tía Pepita y no había quien la tratase que no la quisiera. Su rostro recordaba el de las vírgenes bizantinas, de bellas y correctas facciones veladas por una expresión de candor, de dulzura que encantaba. Su carácter era angelical: todo le parecía bien, sufría sin quejarse, adoraba y cuidaba con devoción á su madre, para todas las faltas tenía excusa, y era profundamente religiosa: una verdadera santa.

Zea la adoraba y la veneraba. Con su recatado y purísimo cariño, endulzó seguramente las penalidades que el poeta sufrió constantemente.

Liberal y con amigos y protectores entre los progresistas, al triunfar la Revolución obtuvo un empleo de importancia en el Ministerio de la Gobernación y á los pocos meses, cuando los ahorros mermados de las primeras pagas se lo permitieron, realizó su más vivo deseo uniéndose

con la que le había esperado nueve eternos años. La boda se celebró á principios de 1855, y yo empeñado en la lucha á que me obligaba la necesidad, no me enteré de tan fausto suceso, ni fuí á visitar á la feliz pareja.

Eugenio de Olavarría fué quien me informó del fausto desenlace que había tenido aquel idilio del mejor y más querido de sus amigos, y como al elogiar las virtudes de mi tía Pepita, me dió á conocer la hermosura de su propia alma, le estimé muy sinceramente y me correspondió del mismo modo.

Formé el propósito de visitar á los nuevos esposos, porque cuanto oía hablar de Zea le hacía simpático á mis ojos; pero estaba de Dios que no había de conocerle personalmente.

Las vicisitudes de mi agitada vida me privaron de aquella satisfacción que siempre deseaba esperimentar, y en Septiembre de 1857 me sorprendió la dolorosa noticia del fallecimiento de Zea, á los treinta y dos años de edad y cuando después de una existencia llena de privaciones y sufrimientos, había logrado una desahogada posición y la felicidad tanto tiempo deseada.

Con santa resignación recibió mi buena tía aquel terrible golpe. Sus protectores pudieron lograr que el Gobierno concediese á la viuda una pensión de siete reales diarios y que la Reina doña Isabel, que al lado de sus debilidades mostraba á menudo la generosidad de su corazón, condolida de la desgracia de Pepita, dispusiera que la entregasen de su

parte dos mil duros para aliviar, siquiera en lo material, la pena que sentía.

Ruiz Aguilera, con la mejor buena fe, aconsejó á la viuda que dedicase una parte de aquella cantidad á la publicación en un tomo de las poesías de Zea, no dudando de que en España y muy particularmente en América se venderían de tres á cuatro mil ejemplares.

Cuando los poetas se meten á comerciantes son funestos.

Más de la mitad de la dádiva regia se empleó en la impresión del tomo, que formó un abultado y elegante libro con el retrato del autor; pero las ilusiones de Ruiz Aguilera quedaron defraudadas.

En España se colocaron unos 200 ejemplares, otros tantos en América, mi pobre tía no se resarció de los gastos y por carecer de local para guardarlos, tuvo que malvender al peso más de tres mil volúmenes.

Durante seis años vivió con una familia amiga, siendo muy estimada y protegida por las marquesas de San Miguel das Pennas y la del Socorro; y como ningún aliciente tenía para ella el mundo, resolvió ingresar en el Colegio de las Ursulinas de la Sagrada Familia, establecido en Pinto, donde fué profesora de labores, sobre todo del bordado en blanco en el que fué á la vez una profesora y una artista.

Cuando tornó á la vida seglar por estar muy quebrantada su salud, se dedicó á la enseñanza del bordado, y es muy posible que aún vivan algunas

de sus discípulas conservando de ella un grato recuerdo, como el de una aparición celestial. Falleció en Octubre de 1886.

También Olavarría y yo, trabajando siempre, seguimos caminos opuestos y rara vez nos encontrábamos. Fué redactor del *Eco del País*, el primer periódico que fundó Gasset donde tuvo por compañero á García Luna; en 1867 entró en la redacción del *Universal*, periódico que alcanzó fama, y cuando Eduardo Asquerino, otro autor dramático que tuvo su período de notoriedad, ya en el ocaso de su vida creó en Madrid una revista titulada *América*, publicación importantísima que alcanzó gran éxito, fué Olavarría la piedra angular, el alma de aquella revista, en la que colaboraron los escritores españoles y sudamericanos más reputados y célebres de aquel tiempo.

Duró bastantes años esta publicación y á ella consagró Olavarría toda su actividad y su talento, sobreviviendo poco á su desaparición. Fué siempre tan modesto, que no firmaba sus escritos, por lo que no logró la notoriedad que sus cualidades merecían. En el círculo de los periodistas era muy estimado, y á pesar de sus éxitos de autor dramático, como al renunciar al teatro para consagrarse al periodismo, se envolvió en el más completo anónimo, sólo sus compañeros pudieron conocer y admirar su mérito, y sus pocos pero buenos amigos quererle como merecía. Falleció en 1883 á los 54 años.

Mientras se publicó el periódico *Las Cortes* permanecí en la redacción, no sin sufrir como gran parte de los periodistas de aquel tiempo los efectos de la escasez de recursos de los propietarios de los periódicos. Políticos éstos ante todo y sobretodo, por regla general vivían: en la oposición del producto de las suscripciones de los amigos y correligionarios, y cuando eran ministeriales de las subvenciones del Gobierno ó de las de los banqueros que sabían sembrar favores para recoger oportunamente el fruto de su interesada generosidad.

Alonso Valdespino, que posteriormente desempeñó lucrativos empleos llegando á ser Jefe de administración, hacía lo posible para cumplir con los redactores de su diario; pero no siempre alcanzaban sus recursos á realizar su buena voluntad y raro era el mes que cobrábamos completas las respectivas pagas.

Por entonces no me apuraba como antes: en mi casa contábamos con lo necesario para vivir, había entrado yo bajo buenos auspicios en el círculo de los periodistas y confiaba en el porvenir.

XLVI

A mediados de Noviembre llegó á Madrid Valeriano Becquer, sorprendiendo á su hermano Gustavo. También el joven pintor aspiraba á realizar en la Corte sus ensueños de artista; y si no grandes recursos, gracias al afecto que le profesaba su

tío y maestro, había traído lo suficiente para atender á sus necesidades y la promesa de recibir mensualmente una pensión mientras no lograse ganar lo indispensable para su sostenimiento.

Ya indiqué que Gustavo y Valeriano se querían entrañablemente, y como es de presumir convinieron en vivir juntos y en partir sus haberes como buenos hermanos.

Habitaron en una casa de huéspedes de la plaza de Santo Domingo, si mal no recuerdo. Valeriano que era activo, buscó trabajo resuelto á aceptar cuantos encargos le hicieran al precio que le pagasen, y no tardó en hallar lo que buscaba.

Esta actividad contagió á Gustavo, y como para emprender la monumental obra de *Los Templos de España*, que no cesaba de preocuparle, era preciso aguardar á tiempos más tranquilos, pensaba que lo primero que debíamos hacer tanto él como García Luna y yo, era adquirir alguna notoriedad.

Para esto era de todo punto indispensable fundar una revista literaria de altos vuelos, que fuese superior á cuantas hasta entonces se habían publicado en nuestro país.

Una casualidad nos puso en condiciones de conseguir la realización de su proyecto.

José Marco, que como antes indiqué desempeñaba un modesto empleo en la Dirección de Ultramar, convertida algunos años después en Ministerio, estimulado por su afición á las letras publicaba una revista semanal titulada *La España Artística y Literaria*.

Aprovechando sus relaciones ultramarinas, había logrado reunir en Cuba, Puerto Rico y Filipinas unas trescientas suscripciones que bastaban á costear el periódico, y como también contaba en la península algunos suscriptores, aunque la ganancia era escasa, cuando no nula, sostenía la publicación para figurar en los círculos literarios, ganar notoriedad y adelantar en su carrera burocrática.

El ejemplo que había dado el Conde de San Luis protegiendo á unos cuantos jóvenes literatos, era imitado por algunos altos empleados, y el autor de una oda, de un cuento ó de una comedia aunque fuese en un acto, si sabía cultivar estas cualidadades, podía estar seguro de ascender con más facilidad que los covachuelistas á secas.

Marco era aprovechado, vividor, lo que suele llamarse una hormiguita, y lo fué toda su vida.

Desde que le conocí nos encontramos alguna que otra vez en la calle, y como era muy franco, á veces demasiado, en nuestra segunda entrevista me tuteó y me invitó á ir á su domicilio para leerme versos y artículos suyos y enseñarme su periódico.

Por entonces vivía en un piso interior de la casa de vecindad situada en el ángulo que forma el callejón que empieza en la calle de Preciados y terminr en la de Capellanes, hoy de Mariana Pineda.

Dos ó tres años de edad contaba su revista, y según me indicó al encontrarnos en una tarde de

las últimas de Noviembre de aquel año 1855 tan accidentado para mí, estaba ya cansado de trabajar sin obtener una remuneración de alguna importancia. Redactaba él solo la revista, la administraba, escribía las fajas, y toda esta tarea le proporcionaba cinco ó seis duros mensuales cuando más, que algunos meses eran menos, porque el papel, la imprenta y el correo absorvían el importe de las suscripciones ultramarinas.

—Si algún otro escritor me ayudase con su colaboración, si con algunos recursos extraordinarios pudiera hacerse una buena propaganda, si por algún medio se lograse llamar la atención del público, prescindiría de mi propósito de terminar la publicación—me dijo, mostrándose resuelto á conseguir su deseo de cesar en su tarea.

Al oir su determinación, pensé que aquel periódico podía servir de base al proyectado por Becquer y le insinué que acaso no me sería difícil realizar su aspiración.

Quedé en comunicarle el resultado de las gestiones que me proponía hacer, referí lo ocurrido á Becquer, le pareció que en efecto una reforma radical de la revista ya conocida podría obtener éxito más fácilmente que una nueva publicación, convinimos en celebrar una reunión con García Luna y Viedma, dos ó tres días después nos reunimos en el café de los Angeles, y el resultado de aquella y algunas otras conferencias posteriores, fué el proyecto de formar una sociedad á la que aportase Marco su periódico y los demás el capital nece-

sario para costear los gastos extraordinarios que debía origina la propaganda.

La transformación de la revista habría de ser completa, y su propiedad de los cinco socios por partes iguales.

Como Viedma era amigo de Marco, él y yo fuimos comisionados para enterarle de lo que habíamos resuelto y obtener su aquiescencia. Esta negociación fué realizada en breve satisfactoriamente; hubo una nueva reunión en el mismo café, á la que asistió Marco, Becquer espuso las reformas que en su concepto debían hacerse en la publicación, nos entusiasmó su proyecto, se acordó que Marco y yo redactásemos los estatutos de la sociedad, procedimos con la mayor formalidad á desempeñar aquella tarea, la sometimos al examen de nuestros consocios, y perfeccionada con las indicaciones de unos y otros, solemnizamos el primer día del año 1856 firmando los estatutos á que deberíamos someternos.

Tan alta idea teníamos del valor del dinero, por lo mismo que le veíamos de lejos, que juzgamos que con mil reales nos bastaría para acometer la empresa; pero la ilusión de poder disponer de aquella cantidad duró muy poco.

Lo primero que hicimos fué adquirir un timbre en seco para los membretes de las cartas que debíamos escribir á varias personas notables, y para pedir al Mayordomo mayor de Palacio que elevase á la Reina nuestra solicitud de una audiencia,

á fin de informarla de nuestro proyecto y de impetrar su protección.

¿Cómo podía negarla á una empresa que había de favorecer la cultura del país? Con una escasa parte de los mil reales presupuestados podíamos costear la impresión de un prospecto que explicase nuestro plan é instalar la redacción de un modo decoroso. Aunque eximiésemos á Marco de contribuir á este gasto, porque al fin y al cabo aportaba á la sociedad su periódico, quedaba reducido aquel problema económico á que cada uno de los cuatro socios restantes encontrase 250 reales.

No fué esto cosa tan facil como nos pareció al principio. Becquer podía completar aquella cantidad con el auxilio de su hermano; Viedma, que como ya he indicado, gastaba bastante más de lo que le enviaba mensualmente su familia, necesitaba aguardar á que llegase á su poder la pensión de Febrero; Luna carecía en absoluto de recursos, y yo que había cesado de percibir lo que ganaba en el periódico *Las Cortes,* tenia que imponer á mi padre un verdadero sacrificio y no me atrevía á proponérselo.

La naciente sociedad estuvo á punto de desaparecer, porque ninguno de los que debíamos aportar el capital se encontró en disposición de entregar la parte alícuota que le correspondía.

Al fin me decidí á confiar á mi padre nuestro proyecto, y como creía en el privilegiado talento de Becquer y le pareció que las suscripciones con que contaba la revista de Marco en las provincias

de Ultramar era una buena base, tuvo una corazonada y me dijo:

—Tomaré á préstamo los mil reales que se necesitan, garantizándolos con mi paga; los adelantas á tus compañeros y como seguramente tendré que ábonar al prestamista un 50 por 100 de interés, cuando haya beneficios se retira de ellos lo necesario para resarcirnos del préstamo y de los réditos que devengue.

Corrí á comunicar á mis amigos la generosa resolución de mi padre, la agradecieron, la aceptaron, y á los pocos días entregué á Viedma á quien habíamos nombrado tesorero de la Sociedad, los cincuenta duros por los que hizo mi padre una escritura con el prestamista, reconociendo haber recibido ciento que le abonaría en diez meses á razón de diez duros en cada mes.

Becquer escribió el prospecto que debía servirnos para hacer la propaganda, se dió á imprimir, en cuanto estuvo compuesto mandamos tirar una docena de ejemplares en papel Bristol, dos mil más en papel menos lujoso y convinimos en que Marco y yo solicitásemos una audiencia de la Reina para entregarle uno de los prospectos y pedirle en representación de los asociados que nos otorgase su auxilio suscribiendose por el número de ejemplares que tuviera á bien.

El programa se cumplió al pie de la letra; recibimos un oficio de la Mayordomía mayor de Palacio concediéndonos la audiencia solicitada, recurrí de nuevo á mi tío Pepito Garreta para que

me prestase el indispensable frac, y en el día señalado á las nueve de la noche, nos encaminamos Marco y yo al regio alcázar.

Provistos de un ejemplar del prospecto redactado por Becquer, subimos al piso principal por una amplia escalera de mármol y penetramos en un salón tapizado de seda encarnada, decorado con buenos cuadros, ricos cortinajes y magníficos muebles. Sobre cuatro consolas doradas había otros tantos relojes unos enfrente de otros. El pavimento era de mármol blanco y de colores. No se me han olvidado estos detalles, que entonces me sorprendieron por lo nueva que era para mí tanta magnificencia.

Sin detenernos y guiados por un ujier penetramos en otro salón tapizado de seda azul con arabescos amarillos y verdes, sobre cuyas paredes aparecían grandes cuadros en preciosos marcos dorados. También había en este salón cuatro consolas.

Los dos salones estaban profusamente iluminados por arañas que pendían del techo y candelabros que sustentaban las consolas.

Llegamos á las nueve en punto y tuvimos que esperar á que los Reyes terminasen su comida.

Transcurrió media hora y oimos tres palmadas, que los sumilleres que había en las puertas repitieron, anunciando de este modo la llegada de las reales personas.

Poco después pasó ante nosotros la Reina conducida del brazo por el Rey.

La gigantesca figura de la soberana produjo en mí una impresión de asombro y de respeto; pero su contoneo al andar, su movimiento de cabeza, más familiar que majestuoso, para saludar á los que estábamos esperando en el salón, amenguó la grandeza con que se me apareció en el primer momento.

Dispusiéronse los Reyes á recibir en la regia cámara á los que estábamos citados, por el orden señalado en un papel que tenía y consultaba un gentil hombre de servicio; pero la llegada de una Comisión de las Cortes primero y la del Consejo de ministros después interrumpió el programa. Contemplé con curiosidad á aquellos personajes, entre los que figuraban Espartero y O'Donnell, no sin perder algunas ilusiones, porque mi imaginación se había figurado que serían seres extraordinarios y la realidad me demostró que se parecían á los simples y vulgares mortales.

A cosa de las once se retiraron diputados y ministros, y Marco y yo, por indicación del gentil hombre de servicio, entramos en la antecámara, lujosa estancia adornada con amplios espejos, consolas de alabastro y sobre ellas y en pedestales colocados en los ángulos, grandes bustos de pórfido.

Allí estaba el duque de Bailén, Mayordomo mayor de Palacio, que nos recibió con la mayor cordialidad.

Por fin llegó el momento para nosotros de penetrar en la cámara regia. La Reina estaba de pie

y del mismo modo á su lado el Rey consorte.

Entré el primero é hincando la rodilla besé la mano que me presentó la soberana, mano gruesa y muy basta.

Repetí la ceremonia con el Rey, y no sin sacar fuerzas de flaqueza, expuse el objeto que nos había movido á molestar su atención.

Parecieron laudables á la Reina nuestras aspiraciones, según nos indicó; la presenté el prospecto que llevaba para que pudiera conocer detalladamente nuestro propósito; lo cogió con viveza de mi mano, y haciendo un movimiento como para despedirnos, añadió que se enteraría y el Mayordomo mayor nos comunicaría su resolución.

El Rey, que nada había hablado, con voz afeminada repitió la promesa de su augusta esposa, repitiendo dos ó tres veces:

—¡Se os protegerá! ¡Se os protegerá!

Abandonamos el Palacio, y como aunque en buena ley no teníamos motivo para hacernos ilusiones, la amabilidad de los Reyes nos pareció de buen augurio, Marco y yo nos separamos acariciando dulces esperanzas.

Aquella noche no pude dormir. La poesía y la prosa batallaban en mi mente, hice cálculos, añadía ó quitaba ceros, ¡qué sé yo lo que en mi pobre albergue soñé despierto!

Al cabo de ocho días, durante los cuales seguí soñando, pero entonces con mis cuatro compañeros, recibió Marco en la Dirección de Ultramar, establecida en una parte del piso bajo del Palacio

Real, un oficio de la Mayordomía mayor dirigido á él y á mí, en el que se nos comunicaba que su majestad la Reina, deseosa de auxiliar la laudable empresa literaria que nos proponíamos acometer, había dispuesto suscribirse por diez ejemplares á *La España Artística y Literaria,* cuyo importe abonaría la Real Tesorería por mensualidades vencidas. La suscripción costaba cuatro reales al mes. ¡Podíamos contar con diez pesetas mensuales!

Este, casi desengaño, natural correctivo de ilusiones livianas aunque disculpables, me recuerda que veintidós años después, cuando por el triunfo de la Restauración ocupó Alfonso XII el trono de sus mayores, resuelto según se aseguraba á fomentar la industria, el comercio, las ciencias, las artes y las letras, relegando á último término la política, pensé que para coadyuvar á tan plausibles propósito, sería oportuno publicar una serie de novelitas cortas, procurando en cada una divulgar un conocimiento útil, que por estar ligado á una acción interesante, quedase en la memoria. Las seis primeras que anuncié se titulaban: *La máquina de coser*, *La caja de fósforos*, *La invención de la rueda*, *Muerto por un rayo*, *Choque de trenes* y *El dedal de plata.*

Fácilmente se comprende, que mi propósito era contribuir de un modo ameno á la ilustración de las clases populares. Cada tomito costaría dos reales.

Como siempre he tenido poca memoria respecto de los desengaños que he sufrido, creí que la

publicación por mí proyectada debía hallar protección en las personas que juzgasen conveniente extender la cultura. Obra de caridad sería regalar á los proletarios aquellos libritos, y confié en que el Jefe del Estado, los ministros, la nobleza, los banqueros adquirirían ejemplares, para regalarlos.

Compré un album lujoso, le envié al Secretario particular del Rey, mi amigo de la infancia que por entonces ya era conde de Morphy, y que en varias conferencias que habíamos celebrado, de las que hablaré á su tiempo, me había asegurado que el Rey deseaba transformar el país político y holgazán, en un país culto y trabajador, le rogué que informase al monarca de mi propósito é inclinase su ánimo á proteger mi plan adquiriendo de cada librito el número de ejemplares que juzgase oportuno.

Al cabo de dos ó tres semanas, me devolvió el album y en su primera página hacía constar el Intendente de Palacio que S. M. se suscribía por dos ejemplares de cada librito.

Pasó el album á los ministros, y de todos los que formaban el Gabinete solo D. Manuel Silvela, que desempeñaba la cartera de Estado, se suscribió por un ejemplar.

—Hubiera querido suscribirme lo menos por ciento, mejor por mil—me dijo—porque el pensamiento de esa publicación me agrada en extremo; pero no puedo enmendar planas. Como ministro me suscribo á un ejemplar; como particular, y no

siendo rico, solo tomaré cincuenta y procuraré distribuirlos bien.

D. Manuel Silvela, cuya memoria honraré más adelante como marca, poseía además de un gran talento un gran corazón.

La sociedad editora de *La España Artística y Literaria*, agradeció las seis suscripciones palatinas; envió numerosas cartas con un prospecto en cada una á personas de viso, que en su inmensa mayoría quedaron sin respuesta, celebró una junta para resolver lo que debíamos hacer en vista del escaso éxito de nuestras gestiones, se decidió por indicación de Becquer renunciar á nuestro plan, disolver la sociedad y disponer que Viedma, que no asistió á la junta, me devolviera los cincuenta duros, menos el pico empleado en el timbre en seco y en el prospecto, deuda de honor, según añadió Gustavo con gran formalidad, que en cuanto fuera posible me satisfarían.

Pero el acuerdo de la junta no pudo realizarse en el acto. Aún no había llegado el Carnaval; pero los bailes de máscaras le preceden con bastante anticipación, Viedma había asistido á uno de ellos, se había visto en un grave compromiso y para salir de él galante y airosamente gastó cuanto tenía, incluso los mil reales íntegros, porque no había pagado los gastos hechos hasta entonces.

Después de confesarnos aquel desliz, ofreció pedir á su familia por extraordinario la cantidad de que había dispuesto, costear de su peculio el sello y la impresión del prospecto, y en efecto á prime-

ros de Marzo cumplió lo prometido entregándome los cincuenta duros que costaron á mi padre otros cincuenta.

Así acabó aquella empresa económico-literaria y con ella el periódico de Marco y con el periódico y la empresa nuestras ilusiones y nuestras esperanzas.

También yo estuve á punto de acabar de soñar y de sufrir en el día señalado para la regia audiencia. La escasez de recursos me había obligado á aprender á afeitarme y mal que bien desempeñaba esta operación; pero pensé que para ir á Palacio debía confiar mi cabeza y mi rostro á un peluquero. Gastando un par de reales saldría del paso, y como en la barricada de la calle de Tudescos había conocido á un *Figaro* y cuando pasaba delante de su tienda y estaba á la puerta nos saludábamos, decidí ponerme en sus manos.

Entré en la barbería y no ví á nadie; pero detrás de mí llegó un joven que me indicó que me sentara disponiéndose á servirme. Pensé que sería un dependiente, y aunque me habría agradado más entenderme con el maestro, al oir de labios del mancebo el clásico: «¿Qué va á ser?» contesté que me afeitase primero y después me igualase y rizase el cabello.

Me había enjabonado y afinaba la navaja en el suavizador, cuando á favor del espejo que tenía delante de mí ví entrar al maestro, detenerse, poner una cara terrorífica, correr rápidamente hacia el mancebo, sujetarle el brazo derecho, arrojarle al

suelo de un fuerte empellón con cuyo motivo la navaja cayó de sus manos, levantarle y obligarle á salir de la tienda á puntapiés y pescozones.

—Pero ¿qué significa esto?—pregunté no menos nervioso que el maestro.

—¡Calle usted! De buena se ha librado—balbuceó—Ese miserable me va á dar un gran disgusto el día menos pensado. Si no llego á tiempo y caigo sobre él como un rayo, Dios sabe lo que habría hecho con usted.

—¿No es dependiente de la barbería?

—¡Que ha de ser! Es hijo de un vecino y pasa temporadas en su sano juicio; pero de vez en cuando padece accesos de locura y no siempre pueden encerrarle á tiempo. Su principal manía es figurarse que es barbero, que mi tienda es suya, y ya le he cogido tres veces como hoy, aprovechándose de mi buena ausencia. A uno de mis parroquianos le hirió en la cara y gracias á que le sujetó la mano, le quitó la navaja y cuando llegué yo le eché como ahora poco, teniendo que poner aglutinante al pobre señor que cayó en sus manos. Siempre que puede me coge las vueltas, entra en la tienda y si hay alguien se ofrece á servirle; pero como mis ausencias son raras y cortas, en cuanto me ve se escapa.

—Pues no debe usted tolerar que ande suelto ese loco.

—Ya me he quejado á su padre y en cuanto sirva á usted iré á referirle lo que ha ocurrido. Si no me hace caso daré parte á la autoridad.

Cuando el maestro y yo nos serenamos, desempeñó el *Fígaro* con el mayor esmero sus funciones y al abandonar la tienda en donde sabe Dios lo que habría hecho conmigo el loco, resolví continuar afeitándome como antes y usar barba corrida en cuanto fuera posible. Un año después pude realizar este propósito y desde entonces no han vuelto á tocar mi rostro las navajas de afeitar.

XLVII

En casa de la señora de Santa Coloma conocí á un francés que era á la vez autor, editor y sobre todo vividor. Se llamaba Gabriel Hugelmann, podría tener de treinta y cuatro á treinta y seis años, conservaba la melena que capilarmente había caracterizado á los románticos en general y á los artistas en particular, era republicano, cuando Luis Napoleón dió el famoso golpe de Estado convirtiéndose de Presidente de la República en Emperador de los franceses, fué de los que consideraron aquel acto como una traición, se batió en las barricadas contra los soldados que defendieron el nuevo Imperio, y vencido, como gran número de sus compatriotas emigró, refugiándose en Barcelona.

Allí procuró ganarse la vida, casó con una española, que si mal no recuerdo era bailarina, cuando en 1854 triunfó la revolución, se trasladó á Madrid con su esposa y los dos ó tres hijos que había tenido de su matrimonio, se dió á conocer

como víctima del tirano, escribió y publicó un tomo de poesías en francés y concibió y puso en práctica el proyecto de dar á luz las biografías de los Diputados constituyentes, que debían cambiar la faz del país y labrar la felicidad de los españoles.

El proyecto tenía condiciones de éxito y lo alcanzó entre los interesados. Enterado de las buenas relaciones que sostenía doña Eloisa con altos personajes, se hizo presentar á ella, y en una de las reuniones nocturnas, á que asistía y ocon más frecuencia que antes en los últimos meses de 1855 y durante el siguiente año, conocí al activo y simpático Hugelmann.

Mi buena amiga, que á pesar de mis desdenes no cesaba de llamarme hijo, habló en mi favor al emprendedor francés para que me proporcionase trabajo, y como las biografías de los diputados debían escribirse en español y él no estaba en condiciones de expresarse por escrito en este idioma, me aceptó desde luego como colaborador.

Otros escritores, en su mayoría periodistas, formaban ya la redacción de aquellas semblanzas; habían visto la luz varios cuadernos, urgía terminar la obra porque todo hacía creer que las sesiones del Congreso acabarían como el Rosario de la Aurora, y no sólo aceptó Hugelmann mi colaboración, sino la de Becquer y García Luna, que yo le propuse.

Adoptando la costumbre francesa de pagar los originales á un tanto la línea estableció, según supe después, tres ó cuatro precios distintos, según

la mayor ó menor importancia de los colaboradores.

Clasificados mis amigos y yo en la última categoría, como no regía aún el sistema decimal y no era cosa de contar por maravedises ni siquiera por ochavos, contó por cuartos y nos asignó el precio de un cuarto por cada línea. Cada página de la obra constaba de dos columnas y cada columna de sesenta y ocho líneas; de modo que un pliego de 16 páginas, que es lo más que podíamos hacer en la semana mis dos compañeros y yo, nos ofrecía una ganancia de 64 pesetas entre los tres, que partíamos sin cuidarnos de haber contribuído más ó menos al trabajo total.

Pagaba poco el buen Hugelmann, pero pagaba con puntualidad; nos suministraba los datos que adquiría visitando á los diputados, lo que le proporcionaba buenas relaciones que sabía utilizar, y mientras que durase la publicación ganaríamos de diez y seis á diez y siete duros mensuales cada uno.

Era administrador de la publicación el que más tarde fué el mejor fotógrafo de Madrid, Eusebio Juliá, que á la sazón formaba parte de una charanga ó banda militar, creo que como primer clarinete.

Desde entonces fuí buen amigo de aquel honrado, laborioso é inteligente hombre, que adquirió celebridad, logrando una fortuna bien ganada y á quien todavía recordarán los viejos contertulios del café de Levante, á donde en sus últimos años

iba todas las noches con su señora y sus hijas, que gozaban y merecían fama de buenas mozas.

Juliá ganó mucho dinero con su fotografía, establecida en la calle del Príncipe esquina á la de la de la Visitación próxima al Teatro Español; y lo que es más difícil, supo conservarla, no permitiéndose más lujo que montar á caballo por afición y para atender á su salud. Raro era el día en que después de dar largos paseos por los alrededores de Madrid, no apareciese en el Prado ó en la Castellana montado en su brioso alazán.

Tampoco duró mucho á mis amigos y á mí aquel relativo bienestar; los diputados no conservaron la suscripción á la obra que debía legar sus nombres y sus hechos á la posteridad, y el público por su parte no se interesaba entonces como ha sucedido después por conocer la vida y milagros de los padres de la patria.

Como Hugelmann carecía de capital, retrasó la publicación y no recuerdo si la suspendió ó llegó á acabarla. Lo que sí sé, es que lo que considerábamos como nuestra buena suerte, duró tres meses escasos.

Volvimos á quedarnos condenados á forzada ociosidad; pero no nos desanimamos. Confiábamos en el porvenir.

Por Belza, Marco y otros periodistas que de vez en cuando escribían ó traducían comedias para los teatros, nos enteramos de que esta labor literaria era la más productiva.

Becquer, con el juicio claro y sereno que poseía

y había fortalecido la experiencia, pensó que para abrirnos camino en la escena debíamos empezar con una obra que hubiese adquirido celebridad en forma de novela. Sabíamos que el gran Shakespeare no se había tomado el trabajo de inventar el argumento de sus dramas, comedias y tragedias: donde hallaba una idea ó una acción teatrales, se la apropiaba.

Partiendo de este principio, no dudaba de que si lográbamos transformar en un drama la famosa novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*, no habría empresa que no la recibiese con los brazos abiertos.

Su idea nos pareció excelente. Estábamos á mediados de Abril, hacía un tiempo delicioso, convinimos en adquirir un ejemplar de la novela para leerla de nuevo y planear el drama. Márquez me regaló una traducción de la obra maestra de Víctor Hugo y decidimos reunirnos por las mañanas á las diez en casa de Luna, que estaba en sitio céntrico, y dirigirnos al Retiro donde leeríamos la novela, organizaríamos el escenario, escribiría cada cual la parte que le correspondiese, leeríamos lo que hubiésemos escrito y en quince ó veinte días á lo sumo, terminaríamos la obra y podríamos ofrecerla á uno de los teatros que funcionaban en la Corte.

El programa se realizó con la mayor exactitud y formalidad. En el segundo día de nuestra estancia en el Retiro, notamos que al cabo de algún rato de respirar aquel aire puro teníamos apetito,

En las respectivas casas de huéspedes sólo una mísera jícara de chocolate del más barato y muy clarito componía con dos ó tres pedazos microscópicos de pan francés el desayuno de mis dos compañeros, y como si alguno de aquellos espíritus malévolos ó diabólicos que perturbaban en los pasados siglos á tantas personas y principalmente á las más doctas, cuando más engolfados estábamos con Cuasimodo, Esmeralda ó Claudio Frollo, el enemigo malo evocaba, no en nuestra mente sino en nuestro estómago, el recuerdo de manjares, no suculentos sino modestísimos. Un pedazo de pan seco en aquellos momentos nos habría proporcionado un placer gastronómico.

Debo confesar que Luna y yo éramos los más tocados de la tentación. Becquer no se acordaba nunca de la prosaica necesidad de comer.

Al tercer día de nuestras visitas al Retiro, sorprendí á mis amigos con una tortilla cómodamente colocada entre la parte inferior y superior de un panecillo. Mi desayuno en aquella época era un huevo, frito ó en forma de tortilla. Encargué al ama que aumentase la tortilla con algunos pedazos de patatas, referí á mi padre mi propósito de compartir aquel manjar con mis amigos mientras nos ocupase el trabajo emprendido, dió orden para que en vez de un huevo pusieran dos, dispuso que por lo menos llevase una libreta y gracias á esto, que dada la economía con que vivíamos en mi casa era un despilfarro, pudimos mis dos amigos y yo disfrutar los goces de la gastronomía en ple-

no campo, lo que nos parecía un verdadero sibaritismo.

Desde luego aseguro que aquella pobre tortilla que devorábamos entre los tres con excelente apetito, nos sabía á gloria, como dicen los buenos maridos de los guisos que hacen sus caras mitades.

No siempre disponíamos de tabaco para fumar un cigarrillo después de aquel festín; pero entonces se vendían libritos de papel de fumar á cuarto, y de vez en cuando, á pesar de la penuria á que me condenaba la falta de trabajo remunerado, podía permitirme el lujo de gastar dos ochavos ó sea cuatro maravedises, en papel de fumar. A falta de tabaco buscábamos hojas secas y con ellas y algunas eneas de las sillas de su patrona la buena de doña Soledad, que aportaba Luna, hacíamos tres cigarrillos que fumábamos como si hubieran sido elaborados con picadura de la Habana.

Después de regalarnos, nos parecía que nuestra imaginación se despejaba y veíamos con mayor claridad los efectos dramáticos que buscábamos.

Si hubieran podido sorprendernos en aquellos paseos matinales después del festín, olvidando pesares y acariciando esperanzas, nos habrían envidiado esos millonarios que andan por el mundo con estómagos que no pueden digerir, hombres llenos de dinero; pero sin fe ni aun en su propia riqueza.

En un par de semanas, trabajando por las noches y leyendo y enmendando en nuestros paseos matinales lo que habíamos escrito, transformamos

la novela de Victor Hugo en un drama de no recuerdo cuantos cuadros, conservando los personajes indispensables y las principales situaciones de la obra maestra del gran poeta.

En una de las varias casas de huéspedes que recorrió Becquer, conoció por ser compañero de hospedaje, á Juan de la Puerta Vizcaíno, no menos vividor que el Hugelmann de quien he hablado antes, y nada escrupuloso respecto de los medios que podían realizar el fin que se proponía.

Había nacido en Valencia de Don Juan, cabeza de partido de la provincia de León, y aunque le traté bastante, siempre ignoré su origen. Su imaginación le obligaba á idear constantemente empresas útiles y provechosas para él. Todos los negocios le parecían admirables con tal de que fuesen lucrativos y era tal su flexibilidad, que á todo se amoldaba con su cuenta y razón. En un dos por tres se enteraba de los asuntos que desconocía, y con su aspecto de hombre humilde, inteligente, servicial, bondadoso, se hacía simpático primero y acababa por dominar en su provecho á su interlocutor, no sin aparentar que había sido dominado.

Su historia sería pintoresca, si en el fondo no fuera triste para las muchas personas que tratando con él salieron, como suele decirse vulgarmente, con las manos en la cabeza.

Utilizando las cualidades que á la ligera he consignado, logró convencer á dos jóvenes valencianos y ricos que deseaban acometer empresas para

aumentar su capital, de que el mejor empleo que podían dar á su dinero era fundar una Galería dramática como las que explotando á los autores al comprarles sus obras por cantidades irrisorias ó administrándolas y haciéndoles préstamos usurarios, habían enriquecido á tres ó cuatro editores á quienes no necesito nombrar porque sus nombres y sus actos son harto conocidos y están consignados en la historia íntima de la literatura dramática.

Puerta Vizcaíno, demostró con pruebas á los capitalistas valencianos las pingües ganancias que obtendrían, se ofreció á aprovechar sus relaciones con los autores principiantes que tenían porvenir para proporcionarles muy baratas obras que al representarse darían un dineral, aceptaron su oferta y habiéndose enterado de que habíamos terminado el drama *Nuestra Señora de París*, nos ofreció influir con sus amigos para que nos comprasen la propiedad del mismo mediante la para nosotros fabulosa cantidad de cuatro mil reales, si bien á condición de que le diéramos dos mil, firmando en el contrato de venta que recibíamos toda la suma y comprometiéndonos á devolverla si, lo que no era de esperar, la Censura de Teatros prohibía la representación del drama.

¡Dos mil reales! ¡Seiscientos sesenta y seis con sesenta y seis céntimos de real para cada uno!

Nos deslumbró la oferta, la aceptamos, se hizo una copia en limpio del drama, Puerta Vizcaíno nos llevó á casa de los empresarios sus amigos,

allí con la solemnidad que el caso requería firmamos el contrato que de acuerdo con los noveles editores había redactado Puerta y Vizcaíno, á quien considerábamos protector, cuando en buena ley sólo era un explotador de nuestra inexperiencia.

En monedillas de oro recibimos los cuatro mil del pico y nos comprometimos de palabra á gestionar para que el drama se representase.

Cumplimos esta última promesa valiéndome de mis relaciones con autores y actores; el director del teatro del Drama leyó la obra, la aceptó, la ensayó y algunos días antes del señalado para el estreno tronó la empresasa, cosa frecuente en aquel tiempo.

Los amigos de Puerta Vizcaíno se enteraron de que estaban siendo sus víctimas, renunciaron á las fabulosas ganancias que les había asegurado con su insinuante labia, resolvieron volver à sus lares, dedicar su capital á negocios más de su competencia; y para no perder todo lo gastado procuraron vender á un editor las comedias que habían comprado, entre las que, según los inteligentes en el negocio teatral, la que más probabilidades tenía de dar dinero era *Nuestra Señora de París*, que nosotros titulamos *Esmeralda.*

D. Alonso Gullón, que era el más rico y entendido de los editores, adquirió las propiedades de los valencianos, y al examinar los contratos se fijó en la cláusula del nuestro que nos obligaba á devolver la cantidad recibida, si la censura prohibía la representación del drama.

Lo primero que dispuso fué someterle al exámen del censor de las obras teatrales, quien como era de presumir, juzgó peligrosa su representación negándole su execuator.

Con este motivo nos llamó el editor y solo acudimos Becquer y yo, porque aquel día había tenido que guardar cama García Luna.

Con la amabilidad que lo caracterizaba nos anunció que había adquirido los derechos del drama *Esmeralda*, que le había sometido á la censura y que el censor se había negado á autorizar su representación. Con arreglo á lo pactado, debíamos reintegrar las mil pesetas que recibimos por su propiedad y entrar de nuevo en posesión de la obra.

Debió conocer en nuestro rostro la penosa impresión que la inesperada y desastrosa noticia nos produjo, porque extremando su amabilidad se apresuró á tranquilizarnos.

No se le ocultaba que nos sería imposible ó por lo menos dificultoso entregarle aquella cantidad. Eramos principiantes; se había informado y sabía que nuestra situación no era muy satisfactoria. Sin duda nos esperaba un brillante porvenir, haríamos numerosos arreglos, escribiríamos obras originales; los primeros pasos eran difíciles, pero al fin llegaríamos, no lo dudaba y se complacía en darnos todo género de facilidades para el pago de aquella deuda.

Más que entenderse con tres autores, le convenía que uno solo de nosotros firmase un nuevo contra

to comprometiéndose á abonar la consabida cantidad con el producto de las obras que escribiera y se representasen. Bien comprenderíamos que su principal objeto era sacarnos de un apuro, en el que estaba empeñado nuestro honor, exponiéndose á perder si el que contratase de nuevo renunciaba á escribir para el teatro ó pasaba á mejor vida, porque todos éramos mortales.—En el primer caso no dudaba de que, por decoro propio le resarciría el deudor, y en el segundo, más sentiría la desgracia que la pérdida de su dinero.

Le habríamos dado un abrazo: no era para nosotros un editor sino un padre.

Se había enterado de que Becquer y García Luna eran huérfanos: yo en cambio vivía en el seno de una familia honrada, recordaba haberme visto formando parte de la compañía de Arjona, había oído hablar muy bien de mí y sin ofender á mis compañeros le agradaría que fuese yo quien firmase el nuevo contrato. A mi vez podría ponerme de acuerdo con mis camaradas, seguro de que nos entenderíamos perfectamente.

Para no perder tiempo si estábamos de acuerdo, había redactado el contrato. Como vería, yo no aceptaba ninguna obligación perentoria, podía estar completamente tranquilo, dedicarme á mis trabajos y escribir comedias. Ya procuraría él con sus relaciones en los teatros que se representasen, sí como esperaba y deseaba merecían este honor.

Leyó el contratito, como le calificó sonriéndose, y observé que me obligaba en él á pagar un inte-

rés por el capital que constituía la deuda, lo que me pareció módico y justo. Lo escrito estaba conforme con lo hablado: únicamente quedaba en blanco el nombre del que debía constituirse en único deudor. Firmé, estrechó D. Alonso muy cariñosamente nuestras manos, y abandonamos la casa en donde habitaba, calle del Pez, 40, cuya escalera pisaron los más célebres autores dramáticos y los desconocidos y menesterosos que más tarde conquistaron fama aunque no riqueza.

Luna creyó que tanto él como Becquer debían hacer una declaración escrita de que eran deudores míos y otra Puerta Vizcaino, en la que se comprometiera á abonarme los dos mil reales que con sus manos lavadas había percibido sin haber colaborado en el drama.

Rechacé lo primero; pero no lo segundo, y cuando Becquer Luna y yo le hablamos de este particular, cambió su apellido por el de Andana.

Más adelante referiré lo que ocurrió con el contrato. Lo único que añadiré ahora, es que no se representó nuestro drama *Esmeralda*, y que yo sin decir lo sucedido á mi padre para no aumentar sus disgustos, me convertí en deudor y nada menos que de cuatro mil reales, cantidad que dada mi pobreza me parecía fabulosa.

Por fortuna cambió mi situación poco después; pero antes de referir cómo cuando menos podía esperarlo, me convertí en modesto funcionario del Estado, voy á contar como se celebró la boda de la poetisa María del Pilar Sinués con José Marco. Los

dos han disfrutado de legítima notoriedad en el pasado siglo, y me figuro que agradará á los que de ellos hayan oído hablar ó leído sus obras, conocer la novelesca por no decir estrambótica manera que tuvieron de contraer matrimonio.

XLVIII

Alguna que otra noche solíamos reunirnos en el café de los Angeles ó en el de San Antonio, que estaba en la calle del Pez, esquina á la Corredera baja, Becquer, Luna, Viedma, Marco y yo.

Marco era un niño grandullón, por nada se apuraba, todo lo tomaba á risa, aceptaba todo género de bromas, confesaba sus debilidades como la cosa más natural del mundo, nada le afectaba y en ocasiones hasta hacía alarde de carecer de los miramientos que obligan á guardar ciertas formas á los menos aprensivos.

En una de las noches en que nos encontrábamos en el café de San Antonio, hizo Viedma grandes elogios de una poesía que había leído en un periódico literario de Zaragoza, firmada por una joven que en su concepto estaba llamada á adquirir fama en cuanto fuese conocida.

Llevaba el periódico, nos leyó los versos, que en efecto revelaban inspiración, y Marco dijo de pronto:

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Casarme con esa mujer.

Nos pareció que bromeaba, porque le creíamos

casado. Por lo menos era viudo, porque nos había hablado alguna que otra vez de una hija suya de tres ó cuatro años. Pero pidió al mozo recado de escribir y con la mayor formalidad; es decir, con una formalidad risueña, porque la seria solo la empleaba para los negocios en que mediaban intereses, añadió:

—Vamos entre los cinco á improvisar una carta en verso á esa señorita en la que yo, declarándola que he leído y admirado sus versos, me he enamorado pérdidamente de ella y estoy decidido á pedir su mano.

Seguimos creyendo que bromeaba, y como lo que suele suceder en los cafés es que se pierde el tiempo distrayendo el ánimo, entre todos improvisamos una epístola en tercetos, contribuyendo al descabellado proyecto de Marco. El papel pasaba de mano en mano, cada cual escribía tres endecasílabos siguiendo la hilación, y cuando al terminar la epístola la leyó Viedma, que pretendía ser un lector de primer orden, resultó una composición muy estimable.

Marco se la guardó asegurándonos que al día siguiente la remitiría á la interesada, para lo que tomó las señas de la redacción del periódico, charlamos de otras cosas y nos separamos sin que al día siguiente nos acordásemos de los versos en serio, inspirados por el humorismo de cinco vates, que sin poder imaginarlo habían jugado con el porvenir de una mujer y de un hombre.

Porque cinco ó seis días después, nos refirió

Marco con infantil alegría, que había enviado la epístola á su destino y había recibido la respuesta, también en verso, en la que la poetisa, para todos nosotros desconocida, decía que quien había escrito aquellos tercetos á guisa de declaración amorosa, debía poseer un alma privilegiada.

Por su parte, así como él sin verla se había enamorado de ella, también ella se había enamorado de él, á pesar de no conocerle personalmente.

Al final de su carta, esto último en prosa, le hablaba de su familia, modesta pero honrada, conocida y estimada en Zaragoza, y entraba en otros pormenores pidiéndole á su vez que, para satisfacción de sus padres, la informase de su posición y circunstancias.

En fin y para abreviar, se cartearon durante un mes y en el siguiente se casaron por poderes sin haberse visto más que retratados al daguérreotipo, porque entonces la fotografía en España era todavía una nebulosa.

Marco alquiló un cuartito en la calle del Rubio, le amuebló del mejor modo que pudo, nos invitó á comer el día en que debía llegar á Madrid su esposa, fué en dicho día á recibirla á la estación, llegó la desposada en compañía de una familia amiga que la entregó á su marido, y por la tarde sólo Becquer y yo fuimos á visitarlos y á celebrar su boda comiendo en su compañía. Viedma, que andaba siempre ocupado en empresas galantes, se excusó; Luna, que no disfrutaba de completa salud, no pudo asistir al convite, y solo nos senta-

mos á la mesa los esposos unidos del modo original y cómico que he referido, Becquer y yo.

Al llegar á los postres, con ingenuidad saturada de franqueza aragonesa, dijo María del Pilar:

—Los poetas son hermanos y los hermanos se tutean. Hablémonos de tú en lo sucesivo.

Nuestra fraternidad quedó sellada en aquel modesto festín, y aunque Becquer por su carácter retraído y su natural seriedad trató muy poco y superficialmente á los cónyuges unidos de tan estrambótica manera, yo fuí siempre buen amigo de Pepe Marco y de su cara mitad, que vivieron en la mejor armonía durante muchos años, entregados á trabajos literarios que les proporcionaron honra y también una posición desahogada.

Al fin y al cabo, una novela en acción de la que fué protagonista la que tantas, tan lindas y tan sentidas novelas había escrito, motivó una separación amistosa, como se califican las que no decreta la Justicia; y Marco, tan campante como siempre, riéndose por todo y de todo como era su costumbre, siguió ascendiendo en el Ministerio de Ultramar, escribiendo comedias de costumbres que el público solía aplaudir, se creó una nueva familia que legalizó cuando le fué posible, y alegre y bondadoso vivió sin penas, no dejando de ser un niño grande, hasta que en Noviembre del año 1895 una rápida enfermedad acabó con su aprovechada existencia.

María del Pilar, que escribió mucho y bien para las señoras, que dirigió y redactó la interesante

revista *El ángel del hogar* alcanzando merecida celebridad, que era buena y sencilla aunque muy romántica, después de poner fin á la breve novela que alteró la paz de su hogar, vivió algunos años sola y en los últimos, tan escasa de recursos, que ni siquiera podía tener á su servicio una criada. Una asistenta que iba por las mañanas á practicar los quehaceres domésticos, al llegar en la del 21 de Noviembre de 1893 á desempeñar sus faenas la encontró muerta. ¡Qué coincidencia! La última novela que había escrito y publicado, tenía por título *Morir sola.*

XLIX

Visitaban con frecuencia á la señora de Santa Coloma y formaban parte de las animadas reuniones que se celebraban en su casa, unos cuantos jóvenes puertoriqueños y dos hermanos filipinos.

Figuraban entre los primeros Ramón Nadal, Eugenio Hostos, Benito Polo y otro arrogante mozo llamado Cartagena, sin que pueda acordarme de su nombre de pila. El apellido de los filipinos era Ortiz y pertenecían á una de las familias más ricas, creo que de Ilo Ilo.

Ramón Nadal vivía con otro puertoriqueño, que algunos años después adquirió gran celebridad por ser uno de los más entusiastas, inteligentes y activos partidarios de la independencia de Puerto Rico.

Como los cubanos, aspiraban los puertorique-

ños á librarse de la explotación de que eran víctimas por parte de los altos y bajos funcionarios que les enviaba la metropolí y de los grupos financieros, industriales y comerciales que manejaban á su antojo á las autoridades, influían en los gobiernos de la nación para que hicieran la vista gorda ante sus fechorías y vivían como en país conquistado, esquilmando y menospreciando á los naturales de la simpática provincia ultramarina.

Segundo Ruiz se llamaba el compañero de hospedaje de Nadal. Contaba á la sazón veinticuatro ó veinticinco años, estaba terminando la carrera de Leyes, todo acusaba en él inteligencia, energía, voluntad y al mismo tiempo se hacía querer por su exquisita corrección y su inalterable afabilidad.

La historia hará justicia á aquel joven que parecía no vivir más que para librar á su país natal de la opresión en que vivía, lo que no pudo conseguir.

Ruiz y Nadal estaban hospedados en un piso entresuelo de la calle de Pavía. La dueña de la casa era una señora murciana, joven aún, muy agraciada y sobre todo dotada de un claro talento y de una gran bondad. Ana Barbastro, que así se llamaba, era para sus jóvenes huéspedes, no diré una madre; pero sí una hermana mayor con todas las delicadezas y afectos maternales.

Ramón Nadal abundaba en las mismas ideas y sentimientos que Segundo Ruiz; pero más joven que él y de un carácter apacible, no estaba tan

dominado como su compañero y amigo por el deseo de libertar á Puerto Rico de la tutela de la metropolí.

Quien se hallaba más identificado con Segundo Ruiz era Eugenio Hostos, que á pesar de no haber cumplido aún veinte años parecía un hombre de cuarenta, formal, serio, reconcentrado, taciturno con frecuencia, amante de su país y dispuesto siempre, con la palabra, con la pluma y en caso necesario con su propia persona, á sacrificarse por sus compatriotas.

A pesar de su corta edad, había escrito un libro de propaganda en forma novelesca titulado *La Peregrinación de Bayoan*, que había entusiasmado á sus paisanos y le había valido algunas persecuciones.

Con su madre, á quien adoraba, viuda y con recursos para vivir desahogadamente, se trasladó á Madrid dispuesto á trabajar en su empresa, y en la Villa y Corte estrechó relaciones con Segundo Ruiz, encaminando al mismo fin todas sus aspiraciones.

A pesar de su carácter reservado, logré ganar su afecto y mientras permaneció en Madrid; es decir, mientras que pudo disfrutar de seguridad personal, fuimos buenos amigos. Sus deseos me parecieron justificados y plausibles y puedo asegurar que desde entonces, sin comprender como más tarde comprendí toda la intensidad y la equidad del problema que aspiraba á resolver, participé de sus sentimientos, de un modo platónico, eso sí; pero

convencido de que los cubanos y los puertorriqueños, que anhelaban la descentralización primero, la autonomía después y por último la independencia, que al fin consiguieron con ayuda de un extraño—los Estados Unidos—cuando debieron obtenerla de su propia madre—España—comprendí repito, que pedían una cosa justa, y lo que me asombraba es que hubieran sufrido tanto y pasado tanto tiempo sin imitar á los españoles sus antepasados, que sin gobierno y sin organización supieron defender la independencia de su patria y vencer á los aguerridos ejércitos del gran Napoleón.

La política no tiene entrañas: es egoísta, codiciosa, convierte por conveniencia las iniquidades en sacrificios pseudo patrióticos, todo lo supedita al logro de sus ambiciones, el *Qua nominor leo* es su moral y su divisa, y anticipándose á Darwin, desde los tiempos más remotos ha hecho, hace y hará de su superioridad convencional, el arma con que destruye á los enemigos inferiores que la condenan y maldicen.

Pero poniendo término á esta digresión y continuando mi relato, diré que conocí á Anita Barbastro en casa de la señora de Santa Coloma, á cuyas veladas acudía con Nadal, los dos puertoriqueños antes citados, los dos filipinos y varias señoritas muy distinguidas, con exclusión de Ruiz y de Hostos, poco aficionados á la sociedad. La excelente señora, enterada de mi precaria situación, me sorprendió cuando menos podía esperarlo con una credencial nombrándome aspirante á

oficial de tercera clase en la Dirección general de Contabilidad, empleo que disfrutaba del modesto haber de tres mil reales anuales.

Sin hacer la menor indicación ni á mí ni á la señora de Santa Coloma; ni siquiera á Ramón Nadal á quien consideraba como un hijo, se fué á ver á D. Gabriel Alvarez, que era á la sazón el director de la dependencia en donde debía prestar yo mis servicios, amigo suyo y creo que paisano, le habló en mi favor con verdadero interés y al día siguiente quedó complacida.

Por la noche fué como de costumbre á la reunión, enteró á doña Eloísa del propósito que había realizado, las dos me llamaron, entré en el gabinete donde la señora de la casa solía conversar con las personas formales que iban á visitarla mientras que los jóvenes pasábamos el rato agradablemente en el salón, Anita me entregó la credencial, mi pseudo mamá me dió un abrazo, me invitó á que diera otro á mi protectora en señal de gratitud, circuló la noticia, todos me felicitaron, y aunque la idea de ser empleado del gobierno no me halagaba gran cosa, aquel modesto sueldo me permitiría esperar mejores tiempos con algún desahogo y le consideré como una fortuna.

Mi padre, que tanto empeño había tenido en que siguiese una carrera para no verme obligado á ser como él había sido y continuaba siendo, más que *empleado*, *cesante* de la Administración pública, se alegró ya que no había otro remedio, de que ingresase en una oficina del Estado, y como esta-

ba informado de los trámites que debían preceder á la toma de posesión de mi destino, me dió las instrucciones necesarias. Dos días después penetraba yo en el ministerio de Hacienda, por la amplia escalera subí al piso segundo y entré algo emocionado en la Dirección general de Contabilidad, en donde el jefe del personal después de cumplidas las formalidades de rúbrica, me indicó que lo primero que debía hacer era presentarme al señor director para darle las gracias por el empleo que me había otorgado. Después, volvería á su despacho para que uno de los auxiliares me condujese al Negociado en donde yo debía prestar servicio.

Todo se realizó con arreglo al programa; el director, que era muy buen mozo y muy amable, me indicó que mi protectora le había asegurado que yo era muy estudioso y de muy buena conducta. Esperaba por tanto qué adquiriría pronto los conocimientos indispensables para cumplir mi cometido, y por su parte haría lo posible á fin de que adelantase en la nueva carrera que emprendía.

A continuación fuí presentado al Jefe del Negociado á cuyas órdenes debía estar, que era D. Juan Boada, hombre de más de cincuenta años, de aspecto á la vez bonachón y malicioso, muy campechano, bastante sordo, y según pude ver desde el primer momento muy aficionado á decir chistes, que él mismo celebraba, no sin desear que los oyentes los celebrasen también.

El Negociado que dirigía constaba de dos habi-

taciones: una grande en la que había cuatro mesas, dos para los Jefes de sección y sus respectivos auxiliares y otras dos para cuatro aspirantes, título pomposo que disfrazaba el depresivo de escribiente, y que bajo la dirección de los Jefes de sección debíamos ejecutar sus órdenes. La otra habitación contigua, más pequeña y bien amueblada, era la destinada al Jefe del Negociado.

Los de sección eran D. Julián Milanés y D. Isidoro Cabañas, que seguramente han dejado gratos recuerdos en el ministerio. Me agregaron al primero, y cuando pude apreciar su carácter no dejé de considerar como una suerte estar bajo su dependencia.

Me señaló la mesa que debía utilizar, y lo primero que hizo fué mandarme escribir unas cuantas líneas para conocer la forma de mi letra.

Este examen fué para mí desfavorable, porque mi letra, aunque clara, era y ha sido siempre muy desigual, desgarbada y sin la perfección y pulcritud propias de un perfilado amanuense.

—Usted ha debido escribir mucho y siempre de prisa—me dijo con afabilidad.—No sirve usted para escribiente; pero quizás sirva para algo más. Vamos á verlo. ¿Se atrevería usted á extractar un expediente?

—Durante algún tiempo—contesté—he extractado demandas, alegatos, sentencias y otros documentos análogos de pleitos sostenidos ante el Consejo de Estado. Un letrado me dió esa comisión y según parece no le disgustó mi labor.

—¿Ha estudiado usted Leyes?

—No, señor.

—Me extraña que haya usted podido desempeñar ese trabajo. Precisamente extractar documentos es difícil; pero, en fin, probaremos. Los expedientes de mi sección son menos complicados que los del Consejo de Estado.

Me dió un mamotreto cuidadosamente atado con balduque, acompañó á la entrega algunas instrucciones y puse manos á la obra con el deseo de salir airoso de aquella prueba.

Duró mi tarea cuatro días y parece ser que no lo hice del todo mal.

—Bien, muy bien—me dijo el Sr. Milanés.—Ha sido usted más minucioso de lo necesario; no hace falta trabajar tanto. Ya irá usted aprendiendo el oficio.

Era D. Julián hombre de cuarenta y cinco á cuarenta y ocho años, de mediana estatura, con tendencia á la obesidad, muy pulcro en su traje, muy cortés en su trato y al mismo tiempo sencillo y cariñoso.

Todos le querían, porque era un excelente compañero y trataba á los subalternos con la mayor consideración.

L

En el prólogo que escribió Ramón Rodríguez Correa para la primera edición de las Obras de Becquer, de quien fué buen amigo desde 1860 cuando llegó á Madrid procedente de la Isla de Cuba

su país natal, cuenta que el tan querido é inspirado poeta obtuvo el modesto empleo de escribiente temporero en la Dirección de Bienes nacionales. Hasta leer la noticia en el mencionado prólogo, lo ignoré; pero no es extraño, porque entonces residía yo en París y Gustavo era poco expansivo, sobre todo respecto de sus desdichas. Pero Correa, que desempeñaba un empleo análogo en la misma oficina, recordó el suceso de que fué víctima nuestro buen amigo, y lo consigno como un detalle más de su carácter y del infortunio que le persiguió siempre.

Parece ser que cuando no tenía trabajo urgente, amenizaba la monotonía de su prosaica ocupación leyendo algunas escenas de las obras de Shakespeare, que ocultaba en su pupitre, ó dibujando las escenas más interesantes y dramáticas de las creaciones del gran poeta inglés.

Un día que estaba entregado á esta última grata tarea, el director de la oficina que se había dedicado á examinar las condiciones de los escribientes para elegir los que debían continuar prestando servicios y eliminar á los que no sirvieran, se acercó á la mesa donde Becquer, completamente distraído, trazaba con la pluma uno de sus dibujos predilectos. Unos cuantos empleados formaban grupo, viendo con gran curiosidad lo que Gustavo dibujaba.

El director sorprendió á los circunstantes, y preguntó al protagonista de la escena:

—Y eso ¿qué es?

Creyó Becquer que era un compañero quien formulaba la pregunta, y sin quitar la vista del papel contestó:

—Esto es Ofelia que va deshojando su corona. El hombre que está á su lado es un sepulturero... Más allá...

Al fin se apercibió de que su interlocutor era su jefe y calló sin inmutarse.

El director se limitó á decir:

—¡Aquí hay uno que sobra!

Y en aquel mismo día fué el poeta declarado cesante.

Reproduzco este episodio, porque en una situación análoga fuí más afortunado que mi admirado é inolvidable amigo.

Dedicado á extractar expedientes, no siempre tenía trabajo y como los demás empleados podía disponer de algunos ratos de ocio. Ninguno de los que allí estábamos nos matábamos, como suele decirse, trabajando. El jefe salía de su despacho para recorrer otros negociados y charlar con sus compañeros de jerarquía. A veces se detenía á contar chascarrillos á los jefes de sección que dependían de él, alegrándose de que los subalternos acudiéramos á oirle. Con tal guardián, ya puede presumirse lo que haríamos los frailes. El hecho es, que de las cinco ó seis horas de oficina se aprovechaban á lo sumo un par de ellas, si no llegaban órdenes á raja tabla del director disponiendo que se activase tal ó cual expediente para complacer á tal ó cual senador ó diputado.

Cuando mi compañero de mesa, otro aspirante de mi clase, se iba á conversar con los demás empleados, aprovechaba yo la ocasión para escribir artículos ó versos.

Tan favorecido me ví un día por lo que yo suponía que era inspiración, que no me apercibí de que el Sr. Milanés, mi inmediato jefe, se acercó á mí y miró por encima de mi hombro lo que estaba escribiendo:

—¡Hola! ¡hola!...—me dijo—¿versitos tenemos?

Al oirle, instintivamente dí la vuelta al papel y me quedé confuso sin saber qué decir.

—No los oculte usted—añadió con acento afectuoso para tranquilizarme.—No es pecado ser poeta.

Balbuceé algunas excusas y entonces en voz baja, para que no le oyeran los que formaban un grupo animado cerca del otro jefe de sección y no se habían apercibido de la escena que me tenía en vilo, añadió.—No crea usted que le recovengo: nada preciso y menos urgente ha descuidado usted, de modo que no ha cometido ninguna falta. Pero soy curioso y muy aficionado á las letras: por lo que veo, también usted participa de mis aficiones. No sea usted tímido, ya ha podido conocer que le estimo. Déjeme usted ver esos versos y le diré mi opinión sobre ellos.

Accedí á aquel bondadoso ruego, leyó la poesía comenzada, la encontró de su gusto y añadió:

—Acábela usted sin temor, y cuando den la hora saldremos juntos, me acompaña usted un rato y hablaremos á nuestras anchas.

¡Qué diferencia entre el director que le tocó á Becquer en desgracia, no en suerte, y mi bondadoso jefe!

Satimos juntos del Ministerio, y por la Puerta del Sol nos encaminamos hacia su casa, en la calle de Segovia.

Lo primero que hizo fué confiarme que también él había escrito versos en sus mocedades; pero añadió que no soplándole la Musa como hubiera deseado, se dedicó á la prosa y había hilvanado numerosos artículos literarios, especialmente episodios históricos novelescos, habiendo publicado algunos de ellos *El Museo de las familias*, revista semanal que por entonces editaba Mellado y contaba gran número de suscriptores entre lo más granado de la clase media.

—El domingo próximo, si puede usted venir á verme desde las diez en adelante, le leeré alguno de mis trabajos literarios. Hubiera deseado ser literato y creo que lo habría conseguido, porque no me ha faltado afición al estudio; pero las letras, sólo por rara excepción sacan de pobres á los que las cultivan, y para llegar á donde he llegado en la carrera administrativa, he tenido que considerar la literatura como un pasatiempo.

A mi vez, y accediendo á sus amables ruegos, le referí mi breve y lastimosa historia literaria y no le oculté que estaba decidido á seguir luchando, hasta realizar mis aspiraciones.

En su concepto, debía considerar mi modesto empleo como el medio de llegar sin apuros y

complicaciones al logro de mis esperanzas. Por su parte, me ayudaría para que pronto mejorase de posición. En la oficina podía aprovechar algunos ratos en escribir artículos y versos. Como mi labor era extractar, cuando escribiera en prosa, mi compañero de mesa se figuraría que me ocupaba en los extractos, y cuando escribiera en verso me aconsejaba que los escribiese como si fueran prosa. De este modo nadie se enteraría, y comó él estaba en el secreto, podía sin menoscabo de la disciplina, dedicarme á mis aficiones predilectas.

Oyéndole, recordaba á mi profesor de Notariado D. Narciso Suárez: el agradecimiento que los dos despertaron en mi alma, no lo he olvidado nunca.

En lo sucesivo, deseoso de complacer á mi bondadoso jefe, fuí todos los domingos á visitarle, me leyó varios episodios históricos en forma novelesca escritos con bastante corrección, aunque revelaban más al aficionado que al literato, quiso conocer algunos de mis trabajos literarios, me colmó de amables piropos y me tomó verdadero afecto, por más que en la oficina tanto él como yo ocultábamos la intimidad que nos hacía pasar agradables ratos en los días feriados.

Entonces observé en los funcionarios del Estado á quienes conocí y traté, lo que hay en ellos de automático al desempeñar sus funciones burocráticas y la diferencia que existe en su modo de ser dentro y fuera de la oficina.

En casi toda España, pero muy particularmente en Madrid, los empleados del gobierno, desde el

más humilde ordenanza hasta el más encopetado director, y no digamos el ministro, se juzgan todos, salvo contadas excepciones, como individuos de una raza superior. No suelen conformarse con la idea de que son servidores del público; antes por el contrario, se figuran que son los amos, se olvidan con frecuencia de la amabilidad que exige el trato entre personas bien educadas, y de aquí surge el antagonismo á que da lugar el cambio de papeles.

Desde el momento en que un portero se pone un pantalón con franja dorada y una levita también con galones, se figura que es un personaje, y si es humilde para con los jefes, los diputados y los senadores, á todos los demás ciudadanos los mira por encima del hombro.

Pero aparte de la pueril y al mismo tiempo censurable vanidad que caracteriza á la generalidad de los funcionarios altos y bajos de la administración, el empleado de carrera, como ellos dicen; esto es el que entró de meritorio ó escribiente y paso á paso ha ido ascendiendo en la escala, llega á ser un autómata desde que entra en la oficina hasta que sale de ella.

A fuerza de ejecutar todos los días las mismas operaciones, maquinalmente deja el sombrero y el gabán en el guardarropa, se pone los manguitos y saca de la taquilla ó del cajón el expediente que va á examinar para informar al jefe de sección, al director ó al ministro. Antes de empezar la tarea, se acerca á la mesa de un compañero ó

recibe su visita, charlan un rato según la clase y categoría de cada cual: los más elevados, de política y de las interioridades del ministerio, los más ínfimos comentan la última corrida de toros, el crimen referido con todos sus detalles por los periódicos de gran circulación, la comedia ó la zarzuela á que asistieron la noche anterior, y casi siempre aderezan estas conversaciones murmurando de sus fefes.

Después dan un vistazo al expediente ó escriben el oficio que más urge, y como son las once ó poco menos saca cada cual del pupitre ó del cajón de la mesa el paquetito que ha guardado al llegar y que contiene el tente en pié consistente en un pedazo de pan, queso, salchichón ó carne fiambre y alguna golosina.

Una visita, por corta que sea, á los demás negociados, no viene mal. El ejercicio ayuda la digestión.

Por fin se empieza á trabajar de verdad durante una ó dos horas, los subalternos despachan con el jefe, los jefes con los directores y los directores con el ministro, no sin haber recibido antes estos altos funcionarios visitas de padres ó abuelos de la patria.

Podría extenderme y trazar un cuadro de lo que reduzco á sencillo boceto; pero no terminaré sin consignar que durante el breve tiempo que fuí empleado, adquirí el convencimiento de que con la mitad y acaso menos, de los servidores del Estado y renunciando á la pesada, molesta é in-

útil centralización que preside en los centros burocráticos, podría el Gobierno administrar mejor, más pronto, y gastando menos de la mitad de lo que gasta.

D. Julián Milanés y también D. Isidoro Cabañas, el otro jefe de sección del Negociado en donde yo servía, eran una excepción de la regla que acabo de indicar.

Trabajaban y sabían lo que hacían; eran justos y al mismo tiempo amables con los empleados de categoría inferior á la suya, y aunque permanecí poco tiempo á sus órdenes, conservé buena amistad con ellos y les debí atenciones que no he olvidado.

Considerando mi empleo como un recurso provisional y no como una situación definitiva, aproveché la primera ocasión que se me presentó para renunciar á aquella ocupación, que sin las bondades del excelente Sr. Milanés, me habría parecido una verdadera esclavitud, y que de todos modos me privaba de consagrarme por completo al cultivo de las letras.

LI

En la mañana del 14 de Julio, cuando me disponía á ir á la oficina poco antes de las nueve, el ama Rosalía llegó de la compra muy agitada y nos refirió que según había oído decir en la plaza y en las tiendas en donde había estado, se había armado una revolución y la tropa y los milicianos andaban á tiros.

Se había exteriorizado la lucha que en el seno del gobierno sostenían Espartero y O'Donnell. El honrado y sinceramente liberal Duque de la Victoria, no utilizaba la gramática parda de los políticos con tanta habilidad y maestría como su contrincante, que no había querido llegar á la revolución que triunfó en Julio de 1854; pero que para no perder del todo la partida, no tuvo más remedio que firmar el manifiesto del Manzanares y abrazar al héroe de Luchana.

En honor de la verdad, á nadie ni á mí mismo á pesar de mi falta de experiencia, engañó aquella demostración de paz y amor entre dos hombres que representaban, uno la candidez honrada de los progresistas y el otro la taimada ambición de los moderados y la rebeldía para dominar á todos los políticos de su época.

O'Donnell, que aunque buen militar carecía de instrucción y solía hasta en sus discursos parlamentarios emplear frases y palabras de las personas que carecen de cultura, conocía á los hombres, sabía tragar saliva, como se dice vulgarmente, y halagando los deseos de la Reina, que por todo pasaba menos por la desamortización de los bienes del clero, aguardó la ocasión propicia, agotó la paciencia de Espartero y de sus amigos, y dió la batalla, comenzando por decretar el desarme de la milicia.

Como no podía menos de suceder, los milicianos se resistieron á ser desarmados y se entabló la lucha, principalmente en la Plaza Mayor y ca-

lle de Toledo y en la plaza de Isabel II, donde don Manuel Becerra, jefe de un batallón de milicianos, se hizo fuerte en el Teatro Real, sosteniendo un desesperado combate con el batallón de Cazadores de Madrid. También el famoso Sixto Cámara tomó parte activa en aquella lucha.

En otros varios sitios de la población hubo escaramuzas y tiroteo. El ama llegó á casa atemorizada y mi padre, en su calidad de progresista, se indignó ante la perfidia de O'Donnell.

Vivíamos entonces en la calle del Sordo, actualmente de Zorrilla, en una de las casas que hay á la izquierda entrando por la Carrera entre la del Turco, hoy Marqués de Cubas, y el Prado. En aquel barrio reinaba la paz; sólo se oían de vez en cuando algunos tiros, y juzgando yo que mi deber como empleado del Gobierno era acudir á la oficina y ponerme á las órdenes de mis jefes, me dispuse á salir de mi albergue.

No creyó mi padre prudente mi determinación; pero como insistí y desde mi casa al ministerio de Hacienda había poca distancia, obtuve su permiso después de prometer que sería prudente y regresaría á mis lares si ofrecía algún peligro mi excursión.

Por la del Turco fuí á la calle de Alcalá, donde todas las tiendas estaban cerradas y entornadas las puertas de las casas. No había un alma en la calle, sólo vi salir del ministerio de la Guerra á corta distancia unos de otros á varios oficiales de Estado Mayor que á caballo y seguidos de ordenanzas galopaban en distintas direcciones, y en medio de

aquella tétrica soledad llegué al ministerio de Hacienda, cuyas puertas estaban también cerradas.

Oía tiroteo hacia la calle del Caballero de Gracia, y por curiosidad me encaminé á la de Peligros esperando hallar alguna barricada. Al llegar á la calle del Clavel, ví que venía corriendo desde la plaza de Bilbao un pelotón de milicianos, me dirigí á la Red de San Luis y una vez allí me persuadí de que no podía volver á mi casa ni por la calle de la Montera, tomada por la tropa, ni por la del Caballero de Gracia, donde los milicianos, resguardados por las esquinas de la del Clavel, hacían fuego á sus adversarios.

Viéndome acorralado, pensé que lo mejor que podía hacer era encaminarme por la calle de Jacometrezo á la plaza de Oriente y guarecerme en casa de doña Eloísa, desde donde aprovecharía la primera ocasión para avisar á mi familia que estaba en salvo.

Una descarga de la tropa que avanzaba por la calle de Hortaleza, dirigida á un numeroso grupo de milicianos que subía por la de la Montera, me produjo tal efecto que emprendí una carrera vertiginosa por la calle de Jacometrezo, al mismo tiempo que salían de las bocacalles hombres del pueblo armados y desde algunos balcones y guardillas disparaban hacia la Red de San Luis.

Seguramente recorrí en cinco ó seis minutos la larga calle de Jacometrezo, y sólo me detuve al final de la Cuesta de Santo Domingo al tropezar

con un bulto que cubría una parda manta, lo que me hizo caer de bruces.

Acudieron en mi auxilio unos soldados y un oficial del batallón de Cazadores de Madrid, que después de una encarnizada lucha con los milicianos del valiente Becerra se habían apoderado del Teatro Real y de la plaza de Oriente, poniendo centinelas en sus avenidas.

El bulto que había producido mi caída, de la que dicho sea de paso sólo saqué ligeras contusiones, era el cadáver de un soldado que sus compañeros, como los de otros que también habían sucumbido, habían cubierto con una manta.

El oficial, que se llamaba Pablo Bote, de quien después fuí muy amigo, me preguntó quién era, por qué corría y á donde me encaminaba.

Antes de que me dirigiera aquellas preguntas oí que otro oficial que se acercó á él le dijo que entre los heridos que habían sido llevados al hospital de sangre que se había improvisado en el ministerio de Estado en el piso bajo del Real Palacio, se hallaba el escritor americano D. Heriberto García de Quevedo.

Al contestar al teniente Bote, después de decirle mi nombre y mi profesión, tanto porque sus preguntas me alarmaron como porque comprendí que más seguro estaría en la Casa Real que en otra parte, añadí que habiéndome enterado de la herida de García de Quevedo, me dirigía á Palacio para enterarme de su estado y para ponerme en mi calidad de empleado al servicio del Gobierno, que se-

guramente estaría representado por algunos ministros en el Real Alcázar.

El oficial dispuso entonces que me acompañase un sargento y se informara bien de si era ó no cierto lo que acababa de indicar.

Yo no trataba á García de Quevedo, pero había leído versos suyos, sabía que gozaba de reputación literaria y le había visto dos ó tres veces en el saloncillo del teatro del Príncipe.

Bastaba esto para reconocerle; pero ante el temor de que el sargento se enterase, como no podía menos de suceder, de que sorprendiera al herido el interés que le inspiraba un desconocido, sentí haber invocado mis relaciones con él. Mi ligereza ya no tenía remedio, debía sufrir sus consecuencias y resolví afrontarlas.

Afortunadamente se limitó mi magiar á referir á un portero que salió á nuestro encuentro, que iba á ver á un herido y que su teniente le había ordenado que me acompañase.

El portero, con esa incuria de que adolecen todos los que pasan horas y horas mano sobre mano, esperando á que los llamen, me indicó que pasase á la sala convertida en hospital de sangre, y buscase al herido por quien me interesaba.

Gracias á esta especie de indiferencia, aproveché el permiso y penetré en un amplio salón en el que habría seguramente veinte camas, en su mayor parte ocupadas por heridos, algunos de los cuales, recién llegados, eran objeto de la primera cura.

Busqué á García de Quevedo y le encontré sentado en el lecho, fumando un habano con la mayor tranquilidad. Me acerqué á él y le dije:

—Mi único objeto al venir aquí, es saber el estado de usted. Aunque principiante, soy también poeta; me he enterado por una casualidad, de que estaba usted herido, y si puedo serle útil...

—Muchas gracias—me dijo con afabilidad.—Mi herida, según los médicos, no es grave: un balazo en la pierna derecha. Estaba al lado del general Concha, gran amigo mío, y me tocó la china. Se ha avisado á mis amigos, porque mi familia no reside en Madrid. Supongo que dentro de algunos días me darán de alta. De todos modos agradezco el interés de usted, y deseo saber su nombre para considerarle como un amigo.

Lo fuimos desde entonces, aunque sin gran intimidad, porque el carácter pretencioso y casi solemne del literato hispano-americano, se diferenciaba mucho del mío, sencillo y llano; pero siempre reconocí y estimé su talento.

Cuando se curó, solicitó que le declarasen soldado honorario del batallón de Cazadores de Madrid con derecho á usar el uniforme, y según me refirieron solía presentarse ataviado con él en algunos salones y en los actos solemnes á que asistía.

Estando en palacio, pregunté á los porteros si había en la casa algún funcionario de la administración á quien poder unirme, por ser yo también empleado del gobierno, y supe que se hallaban en sus respectivos departamentos un oficial del Mi-

nisterio de Estado y un auxiliar de la Dirección de Ultramar, que estaban de guardia cuando estalló la rebelión.

Este último era Marco, que se alegró de mi llegada. Con él conversaba el oficial del ministerio de Estado, que era Rafael García Santisteban, poeta cómico muy celebrado ya, perteneciente á una familia distinguida, de una educación exquisita, sencillo, franco, expansivo, nervioso, sobre todo muy nervioso y que sin darse cuenta de ello, hablaba al mismo tiempo que con la voz con los ojos, con las facciones, con las manos, con todo el cuerpo.

Como autor de comedias, como poeta satírico adquirió gran celebridad. Jamás le oí murmurar de ningún compañero. Frecuentaba la más escogida sociedad de Madrid, se le veía en los teatros conocía y trataba á las actrices y á los actores. Además era un funcionario inteligente y laborioso. Nunca estuvo cesante; sus compañeros, sus jefes le querían y puede asegurarse que pasó toda su vida dominado por un hermoso optimismo, sin enemigos, haciendo todo el bien que pudo.

Los que le conocieron le recordarán con verdadero cariño, como yo le recuerdo, porque desde aquel día en que nos conocimos fuimos verdaderos amigos.

Marco y él habían sabido que el nuevo gobierno había nombrado gobernador de Madrid á don Manuel Alonso Martínez y secretario á D. Ignacio José Escobar. Los dos habían llegado á Palacio,

donde también se hallaban algunos ministros, y convinimos en presentarnos á ellos por si les parecía oportuno utilizar nuestros servicios.

Así lo hicimos, fué aceptada nuestra oferta, se improvisó en una sala del ministerio de Estado el Gobierno civil de Madrid, se distribuyeron entre García Santisteban, Marco y yo los negociados que más necesarios eran y comenzamos nuestras tareas á las órdenes de Escobar, á quien conocí entonces y bajo cuya dirección escribí algunos años después en *La Epoca* revistas y artículos literarios.

El negociado que me adjudicaron fué el de policía. Debía entenderme con los alcaldes de barrio, trasmitirles las resoluciones del Gobierno por medio de ordenanzas, y recibir y dar cuenta de sus comunicaciones.

A las horas del almuerzo y de la comida nos trataron á cuerpo de Rey por orden de la Reina, y durante los tres días que tardó en restablecerse la normalidad, allí permanecimos trabajando sin descansar más que algunas horas cada noche por turno, quedando siempre dos en vela para lo que pudiera ocurrir.

Conservo una certificación que me expidió como secretario del Gobierno D. Ignacio José Escobar, con el visto bueno del gobernador Alonso Martínez, que yo me figuré que me serviría para prosperar en mi carrera administrativa; pero que de nada me sirvió, porque aproveché la primera ocasión que se me presentó de renunciar á vivir

del presupuesto, bello ideal de la inmensa mayoría de mis queridos compatriotas.

Algunos jefes y oficiales del batallón de Cazadores de Madrid, que durante los dos ó tres días de la lucha habían convertido la Plaza de Oriente en campo de batalla atrincherado, hicieron amistad con la señora de Santa Coloma y en lo sucesivo, particularmente tres de ellos, fueron asiduos contertulios de la casa: Millán, que era capitán-cajero; Tomás Guíu, capitán también, y Pablo Bote, que era teniente. Este último murió combatiendo contra los carlistas en la última guerra; Millán, todo bondad, siguió ascendiendo y le perdí de vista. A quien más traté fué á Tomás Guíu, un verdadero militar, serio, severo, ordenancista, muy inteligente, que formó parte del profesorado de la Escuela de Infantería de Toledo y después desempeñó un importante empleo en el ministerio de la Guerra.

Las veladas en la casa de la Plaza de Oriente se animaron y las frecuenté con más asiduidad, conservando gratos recuerdos de cuantos á ellas asistían y muy especialmente de mi protectora Ana Barbastro, de Luisa Loste, joven angelical, que según he sabido con pena, siendo esposa y madre feliz, perdió la vista ya en edad avanzada, de Luisa Castro, una verdadera agarena de quien nada he vuelto á saber; de Fernando Gallego, el hombre más amable y mejor educado de cuantos he conocido y tratado, que después de haber estado desempeñando un alto empleo en la Isla de Cuba

volvió pobre á la Península y llegó por sus méritos á los más altos empleos en la Dirección del Tesoro y en la Delegación de Hacienda; de Laureano Travado, á quien he solido ver á menudo y siempre con gusto, artista y financiero á la vez, gran corazón y buen amigo y de los puertorriqueños y filipinos de quienes antes hice mención.

Mientras los jóvenes conversábamos, bailábamos ú oíamos á Emilia Santa Coloma cantar preciosas romanzas alemanas, inglesas ó francesas, y á su hermana Matilde tocar el piano con verdadera maestría, su madre, como antes indiqué, recibía en el gabinete contiguo á las personas formales que se sucedían, y que según pude saber buscaban al mismo tiempo que su ameno trato la influencia que tenía con elevados personajes.

Por allí pasaron el famoso Indo, antes de que atrevidas jugadas de Bolsa le convirtieran en millonario; D. Francisco Cubas, después célebre arquitecto, agraciado por el Papa con el título de marqués de su mismo apellido y acaudalado propietario que acababa de regresar de Roma, donde había estado pensionado; D. Antonio Romero Ortiz, que en aquella época no había alcanzado aún la reputación que más tarde le colocó como hombre político en primera línea, llegando á ser ministro; Nicasio Landa, médico militar que hizo una brillante y merecida carrera y algunos otros más que no recuerdo.

Eloísa les prestó ayuda, fueron siempre buenos amigos suyos, y también lo fueron míos Romero

Ortiz, Cubas y Landa. Los dos primeros llegaron pronto á ser personajes y rara vez nos veíamos; pero cuando por casualidad nos hallábamos, me demostraron siempre afecto.

Con Landa conservé una amistad íntima que duró hasta su muerte y más adelante tendré ocasión de dedicarle algunos párrafos.

LII

Lo que á pesar de mi escasa experiencia veía en las esferas de la política, de la literatura, del arte y en la vida social, me hizo pensar que la juventud de que yo formaba parte, carecía de las energías y sentimientos que en mi concepto debía poseer para cumplir su misión de librar á la patria de los que la explotaban y perdían y de preparar una era de progreso, que me parecía indispensable y urgente.

En la oficina escribí á ratos una verdadera filípica contra la juventud, bastante larga como labor de principiante; pero enérgica y al mismo tiempo razonada. Me atreví á leérsela al Sr. Milanés en uno de los domingos que fuí á visitarle, se entusiasmó, lo que no significaba gran cosa porque era naturalmente benévolo, me dió un abrazo y casi con lágrimas en los ojos me auguró un brillante porvenir.

Consulté aquel trabajo, el más meditado que hasta entonces había hecho, con Becquer y Luna á quienes seguía viendo con frecuencia, no sin la-

mentar su mala suerte porque no hallaban medio de utilizar su actividad con algún beneficio, y también opinaron que aquel artículo no sólo estaba escrito con calor — con elocuencia decían ellos, que no podían ser jueces por la amistad que me profesaban — y al mismo tiempo con oportunidad.

Confieso que llegué á figurarme que había realizado una proeza literaria, y eso que nunca me he forjado ilusiones sobre el mérito de mis trabajos, por más que las ilusiones en todo lo objetivo hayan sido inseparables compañeras de mi vida, y como deseaba por momentos abandonar la oficina, que me parecía una cárcel á pesar de la bondad de los carceleros, y pensaba que el periodismo debía ser el palenque donde luchase de un modo definitivo, acaricié la idea de formar parte de la redacción de algún periódico importante.

Sin darme cuenta de las opiniones que sustentaba cada cual de los diarios más leídos y acreditados, formé una lista de los prtncipales y en las horas libres de que podía disponer al salir de la oficina, comencé una peregrinación para ofrecer á los directores mi artículo contra la juventud, como muestra de lo que podía hacer si lograba formar parte de una redacción.

Comencé por *El Clamor público*, diario liberal que dirigía D. Fernando Corradi, de quien caracterizándole admirablemente había dicho, no recuerdo si Martínez Villergas ú otro escritor satírico, que el mejor negocio que podía hacerse era

comprar á Corradi en lo que valía y venderle en lo que él creía valer.

Tenía talento, intención, era de la raza de los políticos, muy atildado, fátuo, soberbio, y aunque defendía la libertad, era en sus dominios un absolutista impenitente. A pesar de estar enterado de sus condiciones fuí á verle, le hablé de mi trabajo, de mis deseos y con acento despectivo: «Es usted muy joven para juzgar á los jóvenes—me dijo.—Dentro de diez ó doce años puede usted darse una vuelta por aquí y hablaremos.»

En *La Iberia* no logré ver á Calvo Asensio: sólo me recibió el Administrador y me anunció que había plétora de redactores y que el Director rechazaba cuantos artículos le ofrecían.

Sin darme cuenta de que *La Esperanza* era un periódico carlista y por lo tanto defensor del absolutismo, procuré ver al famoso D. Pedro de La Hoz y lo conseguí, porque aunque serio no dejaba de ser amable. Me recibió con amabilidad y al saber el objeto de mi visita, me dijo que en efecto, los jóvenes de aquel tiempo valían bien poco y me preguntó en qué principios se fundaba el artículo.

—En los más liberales, en los más progresivos, contesté.

Y sonriéndose, por que comprendió la inocentada de mi gestión:

—Se ha equivocado usted de puerta:—me dijo—siga usted andando y hallará la que busca, porque desgraciadamente abundan.

En todas las redacciones que visitaba observé

que mis pocos años y mi rostro barbilampiño aún, no convencían de que pudiera haber hecho un estudio digno de ser publicado.

Cansado y aburrido ante lo estéril de mis gestiones, resolví, en vez de ir á las redacciones que me quedaban por recorrer, escribir á los directores de los periódicos enviándoles mi asendereado artículo.

Gozaba por entonces de prestigio el *Diario Español;* era su director D. Manuel Rancés y Villanueva, y uno de sus principales redactores don Juan de Lorenzana. De los dos había oído hablar con grandes elogios, y resuelto á probar fortuna escribí al primero una carta enviándole mi artículo, rogándole que lo leyera, que lo publicase si le agradaba y manifestándole además que no se lo llevaba en persona, porque estaba seguro de que al ver mi cara ni leería el artículo ni haría caso de mí.

Al final de la carta anoté las señas de mi domicilio, y al día siguiente me sorprendió la visita de un ejemplar del *Diario Español,* en el que mi artículo ocupaba cinco ó seis grandes columnas. Al periódico acompañaba una carta de su director en la que me decía: «Verá usted publicado el artículo, lo que prueba que ha sido de mi agrado; pero ahora tengo deseo de ver esa cara que no ha querido usted enseñarme antes de conocer el artículo. Le espero á usted mañana, de dos á cuatro, en la redacción.»

Mi alegría fué inmensa. El más batallador, y

por consiguiente el más leído y celebrado de los periódicos que entonces influían en la política, había destinado á mi artículo la cuarta parte lo menos de sus columnas, y por añadidura su director, que con sus escritos y sus desafíos había alcanzado gran celebridad, deseaba verme y me citaba! Aquel era un triunfo inesperado, y si por la noche aguardando el nuevo día no dormí sobre laureles, por lo menos me acompañaron en las horas de insomnio las más dulces ilusioness y las más risueñas esperanzas.

A la hora señalada acudí á la redacción, que estaba entonces en el piso bajo de una de las primeras casas de la acera de la derecha de la calle del Prado, entrando por la del Príncipe.

Me hice anunciar, no sin cierta emoción, y oí una voz que dijo:

—¡Que pase! ¡Qué pasé!

Era Rancés, que podría tener entonces de treinta y cinco á treinta y ocho años, alto, esbelto, elegante, distinguido, simpático. Se levantó del asiento que ocupaba para recibirme y deteniéndose al verme, sin darme tiempo para saludarle, exclamó:

—Ha hecho usted bien en escribirme: de otro modo no habría podido figurarme que por la escasa edad del autor, el artículo que con tanto gusto he publicado, valiera la pena de leerle. Ese ensayo promete mucho—añadió.—Es necesario que cumpla usted lo que en él promete.

Rancés era uno de esos hombres á cuyo corazón se llega en seguida ó no se llega nunca. A los

cinco minutos de estar á su lado, me pareció el sér más ingénuo y amable de cuantos había hallado en el mundo.

Con verdadero interés me pidió detalles de mi vida, de mis trabajos, de mi posición, de mis propósitos, y rápidamente, para no abusar de su bondad, le referí mi breve y lastimosa historia.

—¿Quiere usted ser redactor del *Diario Español*? —dijo después de oirme.

—Ese sería el colmo de mis esperanzas—contesté.

—Pues bien, desde este instante forma usted parte de la redacción, con el sueldo mensual de veinticinco duros.

Acto contínuo llamó al conserje, el famoso Maroto, de quien más adelante hablaré, me dió á conocer á aquel leal cancerbero para que me considerase como de la casa y me encargó que volviese después de las doce aquella noche, para presentarme á los redactores é inaugurar mis tareas.

Me despidé ebrio de gozo de mi inesperado protector, corrí á comunicar á mi padre el éxito de mi gestión, la necesidad que tenía de trasnochar, porque el trabajo periodístico se hacía en las altas horas de la noche, y figurándome que al fin se mostraba la suerte propicia á mis designios, resolví renunciar al empleo que desempeñaba y dedicarme en cuepo y alma al periodismo.

Estábamos en las postrimerías de Julio: en los primeros días de Agosto solicité y obtuve mi cesantía.

El *Diario Español* era un periódico batallador, había hecho una terrible campaña contra Espartero y sus adictos y en favor de la política de O'Donnell; era liberal-conservador y no se distinguía por lo esmerado de su confección. Lo principal en él eran los intencionanos artículos de fondo de Lorenzana y las valientes polémicas que sostenía Rancés. Inspiraban la política del *Diario* los hermanos Concha, principalmente D. José, y también influían en su actitud D. Alejandro Mon, don Antonio Ríos Rosas y los que más ó menos ostensiblemente habían contribuído á desesperar al duque de la Victoria y á sus leales amigos los cándidos progresistas.

Como sucedía por entonces en todos los periódicos cuando los suyos subían al poder, los redactores del *Diario Español* obtuvieron puestos importantes: Rancés fué nombrado ministro plenipotenciario de España en el entonces Imperio del Brasil, Lorenzana desempeñó un alto cargo en Gobernación, Ností, el administrador del periódico, fué empleado en el Ministerio de Hacienda y los demás auxiliares obtuvieron también su parte alícuota en el festín del presupuesto.

Poco trabajo exigía un periódico ministerial: bastaba con aplaudir al gobierno, hiciera lo que hiciese, y defenderle de sus enemigos; así, pues, además de tomar parte activa en la confección, me encargué de la gacetilla, de las revistas de teatros y del folletín.

Apenas pude disfrutar de la compañía de Ran-

cés y de Lorenzana, que considerándome como un Benjamín, me trataron muy afectuosamente. Abandonaron la redacción y se encargaron del periódico, por haber adquirido su propiedad, D. Mauricio López Roberts en calidad de director y su hermano D. Dionisio, que si no con la pluma, con la espada ó la pistola debía sustituir al batallador Rancés.

Los nuevos gerentes de la empresa periodística me conservaron en mi puesto y la redacción quedó formada con ellos, D. José María Albuerne, el hombre más desvergonzado y menos aprensivo que he conocido en mi vida, siendo al mismo tiempo honrado y excelente compañero, D. Francisco del Villar y yo. La redacción se trasladó á la calle de San Bartolomé, núm. 4, una casa vieja que ha sido sustituída por la actual, y á los pocos días de instalarnos en el nuevo edificio donde se estableció la imprenta que regentaba Babí y donde habitaba con su mujer y cuatro ó cinco hijos el conserje Maroto, entró á reforzar la redacción D. Francisco de Paula Madrazo, acreditado periodista, taquígrafo del Congreso de los diputados y profesor de la Escuela de Taquigrafía creada y sostenida por la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Tuve la suerte de que tanto D. Mauricio López Roberts como Madrazo, me profesasen verdadero afecto. El último, que era maestro en el arte de confeccionar periódicos, se interesó por mí, me enseñó el oficio, y bromeando y riéndose siempre,

porque la bondad y la alegría rebosaban en su corazón, me dió á conocer los misterios del periodismo, las iniquidades de la política y las miserias y pequeñeces de los prohombres á quienes yo admiraba. Fué más que un amigo un padre para mí y sus enseñanzas, aunque tristes, me fueron muy útiles para vivir sano y robusto en una atmósfera viciada en la que el contagio acechaba y sigue acechando á los que no poseen un organismo fuerte.

Era Madrazo discípulo de D. Diego Coello y Quesada, fundador y propietario de *La Epoca*: como algunos años después formé parte de la redacción de este diario el más antiguo de los que se publican en Madrid, oportunamente referiré cómo se hacían los periódicos en aquel tiempo y hablaré del más hábil de los periodistas españoles.

Madrazo convirtió el descuidado *Diario Español* en un periódico de información de los mejores de aquella época, y cuando por efecto de un rigodón bailado en Palacio el 10 de Octubre cayó O'Donnell del poder y entró Narváez á sustituirle, volvió el *Diario* á recuperar la importancia y la influencia que había tenido durante el bienio, gracias á la colaboración de unos cuantos jóvenes que con sus artículos de fondo continuaron la obra de Lorenzana y de Rancés. Fueron éstos sucesivamente Zacarías Casaval, Saturnino Alvarez Bugallal, Isidro Autrán y Joaquín Maldonado Macanaz.

Casaval era burgalés, había terminado con brillantez la carrera de Leyes y sus artículos revelaban á la vez doctrina y elocuencia. Alvarez Buga-

llal era también abogado y se distinguía por la intención y la mordacidad de sus escritos. Narváez y Nocedal sufrieron los rasguños de su pluma, que eran profundos y á veces envenenados. Bilioso en extremo y autoritario, lograba imponerse; pero Madrazo con sus bromas desarrugaba su ceño, y como en el fondo era bueno, tomó afecto al bromista y también fué conmigo cariñoso.

Casaval desapareció pronto de la escena y regresó á Burgos. Allí se dedicó á la abogacía y no volvió á figurar en política. Bugallal, por el contrario, continuó su carrera de político, fué diputado, tan agresivo hablando como escribiendo, y llegó á ser ministro de Gracia y Justicia.

Isidro Autrán, hombre de gran talento y de gran corazón, fué lo menos político posible, porque dado su carácter más aún que bondadoso angelical, se apartó de las luchas de encrucijada, fué siempre noble y digno y desempeñó altos cargos en la Magistratura, distinguiéndose por su claro talento y su gran probidad. Murió joven, siendo admirado y querido hasta por los que no profesaban sus opiniones, que eran las del partido liberal conservador.

Maldonado Macanaz fué un perfecto periodista. Escritor correcto, de vasta erudición, conocedor de las interioridades de la política, polemista caballeroso, de una rectitud inquebrantable, en *El Diario Español* primero, en *La Epoca* después y por último en *El Acta*, periódico que fundó y dirigió, hizo campañas brillantísimas. A pesar de esto, medró poco: sólo desempeñó algún tiempo el

cargo de director general de la Deuda. Bien es verdad que descendiente de una familia acomodada, de la que había formado parte el ministro de Fernando VII Macanaz, disfrutó siempre de una posición desahogada que le permitió vivir con gran independencia.

Fuimos verdaderos amigos, y cuando fundó *El Acta* me confió uno de los primeros puestos en su redacción.

LIII

Dos años y algunos meses permanecí en *El Diario Español* y no me detendré á referir las múltiples impresiones que allí fueron formando y fortaleciendo mi carácter independiente, porque de todos estos pormenores me ocuparé al consignar como me propongo lo que la experiencia me ha demostrado que es el periodismo. En el folletín del *Diario Español* publiqué mis primeras novelas, escribí revistas musicales y de teatros, comencé á experimentar la aversión á la política que ha ido acentuándose á medida que he conocido sus misterios, cultivé con más amor que nunca las letras, entré en relaciones con los escritores y artistas que brillaban ya ó aspiraban como yo á darse á conocer, y apasionado del divino arte, asistí con frecuencia á las representaciones de ópera en el Teatro Real, conociendo y tratando á los célebres cantantes que formaban parte de las compañías que contrataba el famoso empresario don

Fernando Urries, y á las no menos interesantes del Teatro de la Zarzuela, que por entonces estaba en todo su apogeo, lo que me permitió entrar en relaciones con los maestros compositores, libretistas y actores, que compartían el aprecio del público.

En el Carnaval de 1857 asistí por primera vez á un baile de máscaras de los que se celebraban en el Teatro Real y á los que concurrían muchas señoras de la aristocracia y de la clase media, porque aunque á favor del disfraz alternaban con ellas mujeres que sin la careta no se habrían atrevido á penetrar en el salón que formaban la platea y el escenario del regio coliseo, la gente maleante lucía su descoco en Capellanes y en el circo de Paul, y no estaba mal visto que las señoras frecuentasen los bailes del teatro de la plaza de Oriente.

Emilia y Matilde Santa Coloma deseaban ver un baile de máscaras y su madre resolvió complacerlas invitándome para que las acompañase. Se improvisaron los disfraces, porque todos debíamos convertirnos en máscaras para dar bromas á los amigos y conocidos, que según me dijeron, era lo más agradable de aquellas funciones, y á las doce de la noche, después de cenar en casa de Eloisa, nos encaminamos al teatro envueltos en amplios dominós y cubierto el rostro con el correspondiente antifaz.

El animado cuadro que ofrecía el salón, me sorprendió y me encantó. Empezaba la fiesta y todavía los caballeros que lucían el traje de etiqueta

conservaban el aspecto de personas cultas, que perdieron con gran asombro de mi inexperiencia cuando después de la cena, ya en la madrugada, se convirtieron muchos de ellos en verdaderas bestias con frac y corbata blanca.

Bajo la primera impresión, que fué á mis ojos fascinadora, confieso que me entusiasmó aquel espectáculo.

A los pocos minutos de penetrar en el salón, me abandonaron los dominós femeninos á quienes debía servir de acompañante. La mamá Eloisa dió el ejemplo cogiéndose del brazo de un caballero, que según supe después era un diplomático extranjero. Le conocía de vista, sabía algo de su historia y en francés primero y en inglés después, despertó su curiosidad.

—Cuida de las niñas—me dijo la señora de Santa Coloma.—Pronto volveré á buscaros—y se alejó.

Pero no me fué posible cumplir su orden, porque las niñas, imitando á la autora de sus días, no tardaron en desaparecer de mi vista, Emilia en compañía de un guapo mozo á quien también, como su mamá al diplomático, conocía de vista y que era nada menos que Dámaso Zabalza, ya célebre pianista, que había sido músico mayor de la charanga de un batallón de milicianos y que por los pasos dobles que había compuesto y más aún por lo bien que llevaba el uniforme, había adquirido gran popularidad entre las bellas madrileñas.

Matilde imitó á su hermana dando broma á Ra-

món Nadal, quien quizás desde aquella noche fué su novio y más tarde su marido.

Las tres damas á quienes yo debía cuidar se eclipsaron y me quedé solo en medio del grupo que formaron los que acompañaban á Zabalza, los cuales comenzaron á embromarme por el abandono en que me habían dejado el dominó negro con lazo rosa que llevaba Eloisa y los dominós rosa con lazo azul que lucían sus hijas.

A sus chistosas indirectas contesté en improvisados versos, que no salieron del todo mal de mi cacumen, y que me proporcionaron un amigo que me ha durado toda la vida y fué por aquellos tiempos el de mi mayor intimidad.

Fué este inesperado Pilades, Juan Cancio Mena, amigo también y paisano de Dámaso Zabalza, de gran imaginación, adorador de la poesía y al mismo tiempo poseedor de un privilegiado talento que le ha permitido ser un docto catedrático, un dialéctico de primera fuerza y un periodista brillante y de sólido juicio.

Como desde que nos conocimos de aquella manera original, hasta que por vivir en distintas poblaciones dejamos de vernos con frecuencia, hemos sido siempre buenos amigos y hemos influído respectivamente en los actos y vicisitudes que han formado nuestra existencia pública y privada, ocasiones tendré de hablar con la debida extensión de quien por las doctrinas que ha emitido, los altos cargos que ha desempeñado y las condiciones peculiares de su carácter, ha adquirido notoriedad.

En vez de buscar una pareja para distraer su ánimo, prefirió Mena mi compañía, excitándome á seguir improvisando versos y dedicándonos después á filosofar sobre lo que veíamos en torno nuestro, hasta el punto de indignarnos sinceramente cuando al bailarse el cotillón final, vimos á casi todos los caballeros de frac, y á bastantes señoras disfrazadas, aunque con el antifaz en la mano, perdido ú olvidado el pudor, en los linderos de la bestialidad ó dentro ya del círculo dantesco que formaban las digestiones difíciles ó las excesivas libaciones de Champagne.

Mena, al descubierto, y yo escondido detrás de la careta, pasamos tres ó cuatro horas charlando, y como nos presentamos uno y otro tales como éramos, nos conocimos á fondo, nos estimamos y cuando sofocado y rendido me quité el antifaz, convinimos en ser en adelante dos camaradas en ideas y sentimientos.

¿Qué había sido de mis pseudo hermanas y de su poco juiciosa mamá? Pues unas y otra habían pasado la velada alegremente dando bromas á los primeros galanes, con quienes pasearon y hasta bailaron, después á otros, y al final nos reunimos contentos todos por haber pasado la noche agradablemente entretenidos.

Al abandonar el teatro nos acompañaron Zabalza, Mena y los puertorriqueños. Eloisa ofreció su casa á los primeros, nos despedimos afectuosamente, y la tertulia del cuarto entresuelo de la Plaza de Oriente se aumentó con el pianista navarro,

Mena y algunos otros paisanos suyos guipuzcoanos y vizcaínos.

Se ensanchó grandemente el círculo de mis relaciones y entré en un período de actividad, muy grato y útil para mi constante deseo de estudiar y conocer los misterios del corazón humano en los seres vivientes, mejor que las teorías sobre tan arduo asunto consignadas en los libros, no como son en sí, sino como las han visto, apreciado ó adivinado sus autores.

Penetré en el seno de una numerosa colonia de vascongados, que se reunían en torno de Zabalza en el café de la Perla, que estaba entonces en un entresuelo de la Carrera de San Jerónimo. Allí tocaba el piano por las noches el simpático Dámaso, y el café se llenaba de amigos y admiradores del pianista, que bajo los más brillantes auspicios empezaba la carrera que debía conducirle á ser uno de los más queridos y admirados profesores del Conservatorio de Música y Declamación y uno de los maestros de piano que en Madrid han contado mayor número de discípulos en las más distinguidas clases de la sociedad.

Cavicholí, el famoso capitalista á quien todavía recuerdan los viejos, era propietario del café de la Perla y en esta industria, y según se contaba en otra más lucrativa aunque azarosa, halló la base de su gran fortuna, convertida actualmente por la piedad de su viuda en una fundación religiosa.

Al café de la Perla iban todas las noches los vascongados amigos y admiradores de Zabalza y un

público numeroso que admiró primero al pianista y acabó por adorarle ó poco menos, porque su carácter franco, bondadoso, su gracejo, sus cualidades físicas, que hacían de él un buen mozo, y su mérito artístico, le ganaban las simpatías de cuantos le conocían y trataban.

Casi todas las noches iba yo con Mena al café á primera hora ó á la salida de los teatros y allí pasábamos un rato oyendo al pianista ó conversando con los amigos más íntimos de Zabalza, que ocupaban una de las mesas próximas al piano.

Allí se reunían Fermín Oquendo y Eliso Olalde, guipuzcoanos; Pedro Andía, Benito Ameztoy, Natalio Cayuela, Fermín Arteaga, navarros; Quirico Llaguno, vizcaíno. Asimismo, formaban parte de aquel cenáculo Francisco Maeztu, también navarro, exoficial carlista que andaba muy tronado y á quien sus paisanos querían muy sinceramente, y otro joven de no menos escasos recursos pecuniarios, cuyo nombre no recuerdo, pero de quien se decía que era sobrino del famoso capitalista Marqués de Casa-Riera, dueño del inhabitado y misterioso palacio enclavado entre las calles de Alcala, del Turco y de la Greda, hoy de Los Madrazos, pleitista impenitente y habitante de París, con la resolución formal de no volver á España nunca.

De todos aquellos compañeros de café conservo gratos recuerdos, y oportunamente referiré sucesos y anécdotas con ellos relacionados. Los que

más he tratado y querido han sido Zabalza, cuya familia ha sido y sigue siendo amiga de la mía; Quirico Llaguno, que después de haber residido muchos años en Cuba y Puerto Rico regresó á Madrid y dirigió una de las más formales y acreditadas casas de Banca, hasta su fallecimiento en Arcentales, su pueblo natal, en 1908, y Pedro Andía, dechado de honradez y de lealtad que adoraba á Zabalza, admiraba y quería á Mena y á mí me tomó un afecto casi paternal que duró toda su vida. Era mayor que Zabalza y que Mena, tenía ocho ó diez años más que yo, desde su juventud había desempeñado cargos de confianza en casas particulares, durante treinta ó más años fué dependiente mayor de la casa de los Matas, dueños de los almacenes de maderas más importantes de la Corte, y cuando aquellos opulentos industriales murieron, continuó siendo el hombre de confianza de la sobrina y heredera de los Matas, casada con el abogado y capitalista D. Luis Guirao. En la casa de sus principales vivía querido por éstos y respetado por toda la servidumbre, y en ella murió siendo considerado como de la familia mientras estuvo enfermo y al verificarse su entierro, que costearon los señores de Guirao.

De escasa cultura, pero de un gran corazón consagró toda su vida á los pocos y buenos amigos que tenía, cumplió sus deberes con religiosidad, defendió siempre lo noble y lo justo y puede asegurarse que no tuvo un solo enemigo.

Mis relaciones con navarros y vascongados, me

proporcionaron contínuas ocasiones de conocer los usos y costumbres de aquellas privilegiadas comarcas, me enteré de lo que significaban los fueros que en tanta estimación tenían y tienen, y cuando algunos años después visité las principales ciudades y recorrí gran parte de las montañas de Navarra y Guipúzcoa, me identifiqué con la raza eúskara, fuí fuerista de todo corazón, y como explicaré en tiempo oportuno, mi admiración por las honradas y patriarcales costumbres de aquella gente y mi amor á los fueros que representaban el espíritu de un pueblo con carácter propio, influyeron poderosamente en la resolución más violenta y trascendental de cuantas he tomado durante mi vida.

Mena pertenecía á una distinguida familia de Pamplona cuyo jefe, que falleció poco antes de conocernos, había sido administrador general de los bienes que poseía en Navarra y Guipúzcoa el Príncipe de Viana, y cuando comenzó nuestra amistad, terminaba en Madrid la carrera de Leyes y la de Administración que cursaba al mismo tiempo.

Profundamente religioso, de una conciencia estrecha, de una moralidad á toda prueba, en uno de los cursos anteriores había sido débil, y algunas locurillas que había realizado le habían obligado á hacer gastos extraordinarios. Al poner término á sus extravíos de unos cuantos meses, para pagar algunas deudas sin imponer sacrificios á su familia, destinó la mayor parte de la pensión que recibía de su casa á cumplir aquellos com-

promisos y aceptó las mayores privaciones, ocultando á todo el mundo lo precario, por su gusto, de aquella momentánea y lamentable situación.

Sólo yo fuí su confidente, y como la mía tampoco era muy próspera, porque no siempre cobraba íntegro mi sueldo en el *Diario Español*, compartimos los apuros, siempre confiando en el porvenir y estrechando más y más la amistad que nos profesábamos, las dificultades que teníamos que vencer para ocultar la triste verdad de nuestra respectiva posición.

D. Florencio García Goyena, gran jurisconsulto y uno de los ministros de Gracia y Justicia que más han brillado en España, había sido muy amigo del padre de Mena, y cuando éste vino á Madrid á estudiar le visitó, fué cariñosamente acogido por la familia del exministro, después del fallecimiento de éste continuó frecuentando el trato de la viuda y los hijos del ilustre navarro, y á ellos me presentó ensanchando con este motivo, para mí, los horizontes de la vida social.

Doña Juana García de García Goyena, viuda del eminente jurisconsulto, vivía con su hija menor Fermina, á quien todos llamaban Mina, y el mayor de sus hijos Eduardo, en el piso principal de la casa número 8 de la calle de San Martín. Cuando fuí presentado á aquella señora, de gran talento y al mismo tiempo de gran sencillez y en extremo bondadosa, vivía también con ella su hija mayor, Teresa, casada con un Sr. Erezuma, que desempeñaba un alto empleo en la Habana. Des-

pués de haber residido algún tiempo con su esposo en la capital de la isla de Cuba, había regresado á la Península para pasar dos ó tres meses en Madrid al lado de su madre.

Teresa era una rubia de ojos garzos muy soñadores, con mucho talento, muy sentimental y de una dulzura que se apoderaba del ánimo de cuantos la trataban, apareciendo como dominada cuanto en realidad y sin apercibirse de ello, era ella la dominadora.

Mina, por el contrario, con cinco ó seis años menos que su hermana, considerada como una de las jóvenes más bellas de la Corte en aquel tiempo y siéndolo en efecto, á pesar de su prestigio, era muy llana, muy ingénua, muy natural; pero al mismo tiempo, como niña mimada, voluntariosa, dominante y de vez en cuaudo hasta cruel con sus adoradores, que eran muchos.

En aquel hogar había costumbres aristocráticas; distinción en medio de la llaneza. Sin darse tono la dueña de la casa ni sus hijas, ofrecía su trato el aliciente de lo distinguido, una educación esmerada, cultura, elegancia sencilla, natural, sin pretensiones; algo superior en la forma, aunque no en el fondo, á lo que yo había visto en la sociedad que anteriormente hacía frecuentado.

Tuve la suerte de ser bien acogido por aquella familia. La amistad que desde entonces nos profesamos ha durado con Mina, la última superviviente, más de cincuenta años ó sea hasta la muerte de aquella mujer siempre distinguida,

franca y cariñosa, á pesar de haber sido en su juventud considerada como una de las reinas de la belleza madrileña y festejada como tal.

Todas las noches se reunían algunos amigos en casa de las señoras de García Goyena, y de vez en cuando se celebraban recepciones y bailes á los que acudían señoras y señoritas de las más altas clases sociales, magistrados, abogados, militares, funcionarios de los que más figuraban, y en aquellas fiestas se hallaba Mina en todo su apogeo, desempeñando á maravilla el papel de soberana; pero con tanta discreción, que sus amigas eran las primeras en admirarla, porque gozaba compartiendo con ellas su reinado.

Grandes apuros pasábamos Mena y yo para asistir á estas grandes solemnidades, porque necesitábamos acudir á los amigos que estaban en buena posición para que nos facilitaran el indispensable traje de etiqueta.

Mena acudía á Zabalza, que en su calidad de pianista tenía que frecuentar alguna que otra vez salones aristocráticos, cuando acababa su tarea en el café, y yo encontraba en el guardarropa de Javier Márquez el remedio de mi estrechez, aunque por ser yo algo más corpulento que mi amigo, su frac me resultaba estrecho.

Pero en el amplio salón, al resplandor de las bujías de la gran araña, en medio de aquella sociedad brillante, me olvidaba de mi pobreza, que no hacía más que paliar mi escaso y nunca completo sueldo de periodista.

Más me agradaban las veladas que la señora de la casa llamaba de confianza. Dos ó tres veces por semana íbamos Mena y yo á aquella tertulia, donde había la seguridad de pasar un rato agradable sin más aliciente que la conversación. Bien es verdad, que uno de los mayores placeres sociales es la conversación, sobre todo cuando la murmuración, que por lo general constituye su fondo, es discreta, amena, algo piadosa, sin perjuicio de estar aderezada con un poco de hiel y mucho ingenio.

Doña Juanita, la todavía joven madre de Teresa y de Mina, era maestra en el arte de la conversación tal como acabo de describirla, y Mina era aventajada discípula suya. Teresa defendía á las víctimas propiciatorias, y defendiéndolas también, solía empeorar su situación el entonces coronel Eugenio de Seijas, hijo del ministro conservador Seijas Lozano, que á la sazón desempeñaba un alto empleo en el Ministerio de la Guerra y que era uno de los más asíduos contertulios.

Teresa, muy aficionada á la poesía, me pedía que recitase versos míos, y á este recurso acudía cuando la conversación traspasaba los límites de lo piadoso.

Mena y yo tomábamos parte activa en aquella agradable y casi siempre chispeante charla, y la ingenuidad con que exponíamos nuestros sentimientos y la crítica que nos inspiraban algunas costumbres sociales, poco en armonía con la sinceridad que en nuestro concepto, cándido é ino-

cente, debía brillar en todos los actos de la vida, nos hacían ganar el aprecio de aquellas personas que aunque atacaban y se defendían, en el fondo de su alma profesaban el principio de que la paz, la justicia y el amor desinteresado son preferibles á los triunfos del ingenio, del amor propio y de la vanidad.

Alguna que otra noche aparecían en la tertulia de confianza de las señoras de García Goyena, damas y caballeros de los que daban tono y esplendor á las grandes recepciones.

Entre las primeras, eran siempre acogidas con verdadero cariño la Condesa de Berberana y su hija Emilia, adorables por su carácter noble, franco, sencillo y afectuoso, y Jesusa Jugo, hija de un opulento banquero, que se hacía admirar por su belleza y querer muy sinceramente por las cualidades de su alma. Todo en ella revelaba el tipo de la mujer que sabe hacerse respetar y amar por sus virtudes.

Estudiaba yo en aquellas almas, y algo hay de ellas en todas las mujeres que intervienen en mis novelas. Apenas he logrado bosquejar á las mujeres malas, porque no he podido asociar en mi mente las ideas de mujer y maldad. En cambio, permítaseme acariciar la ilusión de que he retratado fielmente á las buenas; pero si esto es cierto, como supongo, lo debo á las que acabo de citar, y á las demás que he ido conociendo en mi marcha por el mundo, que han influído en mi modo de pensar y de ser, como resulta de algunos de mis

recuerdos ya consignados y de otros que irán apareciendo en el curso de mi relato.

Eran vecinos de la señora de García Goyena los señores de Barona, y la mamá y sus dos hijas Bárbara y Brígida, solían frecuentar la tertulia de confianza, no faltando tampoco en las grandes solemnidades. Las dos, que disfrutaban de buena posición, hicieron buenas bodas. Brígida fué excelente esposa del distinguido militar D. Máximo Cánovas del Castillo, hermano del gran hombre de Estado D. Antonio.

Por Mina García Goyena, con quien siempre he conservado relaciones amistosas, he sabido algo de todas aquellas señoras y señoritas á quienes conocí y traté en su casa.

También en calidad de vecina acudía á las reuniones una joven muy agraciada y muy simpática llamada Enriqueta Salomón; y entre los caballeros figuraban D. Pío de la Sota, ilustre jurisconsulto, el marqués de Hoyos y un joven muy simpático que después fué marqués de Nájera, esposo de la mejor amiga y dama de la Infanta Isabel, el poeta García Santisteban, y otros que posteriormente ocuparon brillante posición, cuyos nombres no recuerda mi cansada memoria.

En el mes de Mayo del año 1857 se organizó por la señora de García Goyena y sus amigas una gira campestre que se verificó en la Alameda del Duque de Osuna. Conocida es la magnificencia de aquella posesión, que rivalizaba con los Sitios Reales, y que habiendo pasado á poder de uno de

los más opulentos banqueros de Madrid, conserva todavía restos de su grandeza en el edificio, y de su imponderable belleza en los jardines que ciñen al palacio como una inmensa y preciosa guirnalda.

La fiesta fué brillante y agradabilisima. Visitamos las dependencias del palacio, recorrimos los jardines, comimos admirablemente, se jugó á la gallina ciega, á las cuatro esquinas, se bailó sin más música que la que cada pareja oía en lo más íntimo de su alma.

Las impresiones que recibía mi espíritu en aquellas fiestas, en las brillantes reuniones, en el trato social que me proporcionaba mi amistad con aquella distinguida familia, despertaban en él ideas de grandeza mostrándome á la vez la falsedad de mi situación. Aquellas señoras y señoritas disponían de una fortuna que les permitía disfrutar del legítimo derecho á figurar entre los seres privilegiados de la tierra. Los caballeros gozaban de ventajosa posición social, eran ricos ó desempeñaban altos cargos en la magistratura, en la milicia, en la banca; hasta mi amigo Mena que en aquel tiempo sufría por su gusto las consecuencias de anteriores despilfarros, podía salir de apuros cuando quisiera é igualar á los más afortunados, porque su familia poseía bienes en Navarra y Guipúzcoa y solo un exceso de delicadeza le obligaba á sufrir privaciones. La excepción era yo, que habitaba en un modesto piso interior de la calle del Príncipe, á donde nos habíamos insta-

lado para que al retirarme del periódico ya de madrugada no tuviera que recorrer calles extraviadas y solitarias; yo, que no contaba más que con un sueldo que tenía mucho de fantástico, que necesitaba para vestir de etiqueta recurrir á la munificencia de un buen amigo, y que para costear los guantes blancos de rigor, las botas de charol y los buenos oficios de mi vecino el por aquel tiempo famoso peluquero Sisí, me veía obligado á hacer verdaderos milagros y penosos sacrificios.

No había ocultado á las señoras de García Goyena lo humilde de mi situación, á pesar de lo cual me trataban con un afecto y una delicadeza que agradecía, porque á veces no solo me guardaban atenciones como á los más distinguidos de sus contertulios, sino que parecían esmerarse en hacerme olvidar mi humildad.

Como es de presumir, sus amigos seguían su ejemplo y lo mismo las damas linajudas que los jóvenes de más elevada posición, me dispensaban todo género de consideraciones.

Pero yo no me ocultaba la verdad y experimentaba reacciones doloronas. Entonces creía que la felicidad consistía en que fuese verdad para mí lo que constituía una situación falsa; pero no mucho después comprendí que en los salones no es oro todo lo que reluce, y que no es cosa facil encontrar en ellos un alma digna de adoración y de respeto, como la que empezaba á desear para que fuese compañera de mi vida.

LIV

Cuando mi tristeza era mayor, porque la verdad se imponía á la mentira, buscaba á Becquer: necesitaba saturarme de su estoicismo. El no salía ni un solo instante de su esfera, se conformaba con su suerte. Por entonces, gracias al trabajo de su hermano, podía atender á las exigencias naturales, aunque con la frugalidad legendaria de las casas de huéspedes baratas; pero ni las necesidades físicas le apremiaban, ni siquiera le molestaban. No sufría la humillación de tener que vestirse de prestado para aparecer en los salones como los ricos, siendo pobre. En su mísero albergue llenaba su fantasía las cuatro paredes mal encaladas con cuadros brillantes, con paisajes magníficos, evocaba salones espléndidos en los que bullían damas y galanes de otros tiempos, señores feudales, trovadores, ermitaños, todo lo que después trazó su pluma y se eternizará en sus leyendas. No se daba cuenta del tiemqo ni del medio ambiente en que vivía; dispuesto siempre á trabajar, no buscaba trabajo, no sabía buscarlo, ayudaba á su hermano con el lapiz, ya que su pluma estaba ociosa, porque gozaba más viendo en su espíritu todo lo que más tarde había de vivir en sus *Rimas*, en sus *Cartas*, en sus *Poemas legendarios*, y yo envidiaba aquella conformidad, aquella casi nirvana; pero sentía en mi sér energías para luchar y no me conformaba con aquella grandiosa, admirable y estoy por llamar santa pasividad.

Sólo la música lograba sacarle de aquel estado anestésico, y como también era para mí un verdadero revulsivo moral, cuando me sentia vencido en la lucha que sostenía con mi mala suerte, iba á buscar á Becquer, algunas veces á las ocho ó las nueve de la mañana, y los dos nos encamînábamos á la Plaza de Herradores, donde en el segundo piso de una casa que todavía existe, con un solo balcón de fachada y una empinada y recta escalera que empieza en el dintel de la puerta de la calle, habitaba D. Lorenzo Zamora, el gran pianista de quien antes he hablado.

Era soltero y tenía por ama de llaves y cocinera á una gallega de más de sesenta años, buena mujer que le trataba como á un niño, y verdaderamente no era Zamora más que un niño grande.

Cuando íbamos temprano le encontrábamos en la cama, porque la mayor parte de las noches asistía á las reuniones que se celebraban en las casas de sus discípulas y se acostaba tarde.

La gallega nos ponía mala cara. Por regla general, cuando íbamos á visitar á su amo, aunque llegásemos á las nueve ó las diez de la mañana le abandonábamos después de haber anochecido, pasándosenos sin sentir siete ú ocho horas que empleaba el artista en tocar en el piano las obras de Mozart, de Beethoven, de Schumann, de Mendelshon, de todos los grandes compositores alemanes, y las que le obligábamos á improvisar, fascinados como estábamos bajo la influencia de los delirios de nuestra imaginación.

Lo más frecuente era que le hallásemos en el lecho, y hablándole de los grandes compositores sus ídolos, se entusiasmaba, abandonaba la p ostura horizontal, se ponía un gabán, una levita, á veces un frac, lo primero que encontraba á mano y en calzoncillos se sentaba al piano para demostrarnos las bellezas musicales de que nos había hablado.

Por un estrecho pasillo se llegaba á la sala donde estaba el único balcón que daba á la plazuela de Herradores, y contigua á la sala se hallaba la alcoba donde dormía Zamora.

La gallega entraba dos ó tres veces á recordar á su amo que le estaba esperando el desayuno. Estas interrupciones le indignaban y la echaba con cajas destempladas. Ni él ni nosotros nos acordábamos de que teníamos estómago.

La gallega volvía á decir que era hora de comer, y además que no la dejábamos hacer la cama ni asear el cuarto.

Todo era inútil, á los cuartetos de Beethoven seguían las sonatas de Mozart; después las romanzas sin palabras de Mendelshon nos descubrían los más encantadores misterios de un alma soñadora; las sinfonías, los cuartetos y los *liders* de Schubert, todo aquel mundo musical nos hacía olvidar el mundo real en que vivíamos, Zamora encontraba en nosotros oyentes que le comprendían, y no sintiendo ninguno de los tres ni cansancio, ni sed, ni hambre, olvidando que nuestro espíritu estaba preso en una cárcel material, pasábamos de las creaciones de los inspirados maes-

tros á las que nosotros sentíamos bullir en nuestra mente, y Becquer primero y yo después, pedíamos á Zamora que interpretase con las modulaciones que la fantasía inspiraba á sus dedos lo que nosotros veíamos con la imaginación y le revelábamos. Poseído de la locura que nos animaba, arrancaba al piano melodías preciosas, acordes sublimes; y en medio de aquella fascinación, de aquel delirio, surgía la terrible gallega, desesperada porque el cuarto estaba sin barrer, la comida pasada, y ya sin miramiento, nos llenaba de improperios en su dialecto nativo, y en medio de la poesía que representábamos los tres orates, aparecía la prosa razonadora, cuando perdiendo todo respeto, decía á su amo:

—Lo que es así, se quedan sin *lición* las discípulas, y cuando no les da usted *lición* no cobra, y cuando no cobra andamos mal á fin de mes para pagar al casero y á la tienda. Además, no comiendo á las horas debidas, se le pasa á usted el estómago y hay que gastar en médico y botica.

Aquellas sensatas admoniciones nos hacían descender del quinto cielo, dejábamos con tristeza al pianista, y silenciosos pero pensando mucho, caminábamos sin darnos cuenta de que vivíamos.

Gustavo me acompañaba hasta mi casa, y por la calle del Príncipe seguía á la de la Visitación, donde vivía de huésped en el piso cuarto de la casa núm. 8, un verdadero caserón.

LV

Por más que procuraba mantenerme en mi modesta esfera, no podía menos de buscar, como la mariposa la luz, el ambiente social que me atraía y fascinaba. Para justificar esta flaqueza, me engañaba á mí mismo alegando que sólo me impulsaba el deseo de estudiar en la realidad de la vida los misterios del corazón humano.

Entonces, como ahora y como siempre sucederá, era el periodista niño mimado de cuantos impulsados por la vanidad ó el interés, esperan de él los goces ó los beneficios que á favor de la publicidad puede obtener el que le mima.

Por eso los actores, los autores, los cantantes del regio coliseo, los comerciantes que vendían lo que hoy se califica de artículos de fantasía, los dueños de los *restaurants* elegantes, y las familias que celebraban reuniones en sus más ó menos espléndidas moradas, acogían como ahora al periodista, con la expresión de un afecto que no siempre es sincero, agasajándole, adulándole, sin perjuicio de resarcirse de estas que para muchos son humillaciones, hablando de él con despectivo tono cuando no está delante.

No debía yo las muestras de afecto que me dispensaban las señoras de García Goyena y algunos de sus amigos á mi calidad de periodista; pero como en mis revistas de salones tenía ocasión de describir las fiestas á que asistía, citando según la costumbre de entonces, que aún subsiste aumen-

tada con los más amables y exagerados adjetivos, una buena parte de las atenciones de que era objeto las atribuía sin temor de equivocarme, no á mis méritos, sino á la profesión que desempeñaba.

En el extranjero, según me informé por los cantantes italianos y franceses que formaban parte de las Compañías que actuaban en el Regio Coliseo, los críticos ó por lo menos la mayoría de ellos, imponían sacrificios á los artistas. Se citaba á un crítico músical francés, el famoso Florentino, que contrataba los elogios exigiendo á los que habían de obtenerlos un tanto por ciento sobre sus honorarios. Esto sucedía en París. En, Italia la contribución á que aludo era corriente: había y sigue habiendo periódicos y críticos que cultivan la fama de los astros femeninos y masculinos de la escena, con su cuenta y sin razón, aunque sí beneficio.

En España no se conocía esta industria, porque aunque había un periodista que la ejercía era italiano y no se recataba de ejercerla.

Se llamaba Pascual Cataldi, era improvisador de versos como hay tantos en su país, había lucido su habilidad en los teatros de España, y enterado de que en Madrid nadie explotaba la vanidad de los artistas ni tampoco quien hubiese organizado un buen servicio de hospedaje para los cantantes que contratase el empresario del Teatro Real, alquiló varios cuartos en la plaza de Oriente y calles adyacentes, los amuebló con cierto lujo en salas, gabinetes y comedores, y arrendándolos en buenas con-

diciones, ganaba un ciento por ciento. Además fundó un periódico semanal que apenas circulaba en España, porque su principal objeto era enterar á los agentes y empresarios del extranjero de los grandiosos y fenomenales éxitos que alcanzaban en Madrid, lo mismo los que en efecto despertaban entusiasmo, que los que eran rechazados por el público. Los elogios dependían de la cuantía ó de la subvención que el artista destinaba al periódico.

Un servidor que trajo de Italia á quien llamábamos Luigi y que llegó á ser administrador, secretario y *fac-tum* de Cataldi, era quien alquilaba los cuartos amueblados y negociaba las subvenciones. D. Pascual se daba tono y hacía valer su superioridad, por más que su figura pequeña y casi contrahecha y su escaso númen, acaso por haber abusado de él, le colocaban en la categoría de los seres inferiores.

Era pues el único explotador de cantantes y bailarines en la villa y Corte, por más que entre los periodistas corría la voz de que un crítico musical de uno de los más importantes periódicos de Madrid, conocía las costumbres extranjeras y las practicaba; pero esto no podía probarse y se limitaba á ser un rumor, quizás malévolo.

Los cinco ó seis que por aquel tiempo escribíamos en los periódicos revistas de teatros, no estábamos á Dios gracias contaminados, y los elogios que tributábamos á los artistas que los merecían, eran sinceros y completamente gratuitos.

Los cantantes se asombraban de nuestra generosidad, procuraban conocernos, nos trataban con cierto respeto, acababan por profesarnos afecto, y ya que no podían hacer otra cosa, se complacían en sentarnos alguna que otra vez á su mesa, agasajo que les pagábamos en la noche de su beneficio costeando los revisteros aislados ó unidos flores, coronas, palomas y versitos, lo que aumentaba el asombro de los artistas. En su concepto éramos discípulos de D. Quijote, ó tontos de capirote.

Con poco sueldo, en algunas ocasiones más imaginario que real, teníamos á gala los de aquel tiempo no aceptar de los cantantes ningún objeto de valor, ni siquiera como recuerdo amistoso.

Una célebre *diva*, la Medori, poco antes de terminar la temporada me envió en un estuche una sortija con un brillante, rogándome en una amable cartita que la aceptase como muestra de su amistad y gratitud.

Con otra epístola no menos afectuosa, se la devolví; y entonces al partir dejó al famoso Luigi de quien he hablado antes, otra sortija cuyo valor no pasaba de seis á siete duros encargándole que me la diera de su parte, segura entonces de no ofenderme y de que la aceptaría para recordarla.

La acepté, y como nunca he sido aficionado á joyas, hasta el punto de que para mí no he gastado en ellas ni un céntimo, puedo asegurar que no he tenido en mi vida más que dos sortijas, una de mi madre que dí á mi esposa el día de nuestra boda, y la que me regaló la Medori.

Cuando yo vivía en el período del *quiero y no puedo*, más de cuatro veces me vi obligado á empeñar la sortija de la cantante, por la que me daban siempre tres duros, y esto no para atender á necesidades imperiosas, sino para cumplir deberes sociales, como el de ofrecer en Semana Santa limosnas á las señoras que me enviaban tarjetas indicándome la Iglesia y la hora en que debía acudir á saludarlas y á llevar por lo menos un duro, que sonara bien al caer en la bandeja, para las niñas de la Inclusa ó para otras obras de caridad. Alguna que otra vez me permitió la tal sortija obsequiar con un ramo de flores en el día de su santo á una señorita ó con una caja de dulces en iguales circunstancias á una amable mamá.

LVI

Este recuerdo trae á mi memoria otro que deseo cuanto antes revelar, al que podría llamar de mi confirmación, no realizada por un Obispo sino por un editor, con mi aquiesciencia, después de oir las razones alegadas por el confirmante.

Cuando yo vine al mundo, era costumbre de las familias que vivían en el seno de la religión católica sin devanarse los sesos en averiguar lo que había de verdadero ó de convencional en los dogmas y limitándose á cumplir los deberes religiosos, poner á los recién nacidos el nombre del Santo que festejaba la Iglesia el día de su nacimiento; y siguiendo tan piadosa costumbre, mis padres, en

atención á que me presenté en el valle de lágrimas en un día que fué 1.° de Noviembre, fiesta de todos los Santos, resolvieron que me llamara Santos, añadiendo á este nombre el de Justo, por mi abuela materna doña Justa Argüelles que fué mi madrina, y el de Pedro por mi tío D. Pedro Benavides, casado con una hermana de mi padre, que fué mi padrino. Y Santos me llamé en la escuela, en el Instituto, en el Teatro, firmando con este nombre mis primeros trabajos literarios, incluso el malogrado ensayo épico *El cantor de los héroes*.

Agradábame aquel nombre, que por significar la suma de santidad de seres cuyas virtudes había consagrado la Iglesia, á pesar de su vulgaridad, bien considerado recordaba todo lo bueno que se había realizado en el mundo.

Pero andando el tiempo, me enteré de que la humanidad ha clasificado los nombres en poéticos y prosaicos, en simpáticos y antipáticos, en sugestivos é insignificantes, en bonitos ó feos, completando la crítica esta obra al asociar unos á lo ridículo y otros á lo elevado y hasta heróico.

Esto sucede en todos los países: ya pueden ser bellas, buenas, inteligentes y de ingenio las que se llaman Teclas, Canutas, Transverberaciones, Anacletas, Ciriacas y así por el estilo. Lo mismo pasa con los varones: no se concibe un gran artista que se llame Gorgonio, un bizarro general que se llame Bartolo, un elegante diplomático que se llame Procopio, ni un respetable eclesiástico que se llame Pancracio.

Ignoraba yo todas estas sutilezas, cuando un día en el que me ví muy apurado porque en una de las casas que frecuentaba, al celebrarse la víspera de Reyes el sorteo de lo que vulgarmente se llama *Estrechos para damas y galanes*, los encargados de la operación hicieron una trampa de la que fuí víctima propiciatoria.

La señorita de la casa tenía un novio, y considerándome éste el más pacífico y formal de los concurrentes, arregló las cosas para que en el sorteo saliésemos, yo con su amada y él con la mamá.

Podía y hasta debía perdonarle aquel juego de manos; pero como era de rigor y supongo que seguirá siendo en donde se cultive el pasatiempo de los *Estrechos*, que el caballero haga un obsequio á la dama con quien la suerte le ha agraciado, me ví en el duro trance de cumplir este requisito; y le llamo duro, no porque me molestase la idea de obsequiar á aquella señorita, que era muy apreciable y muy buena amiga mía, sino porque carecía de lo más indispensable para cumplir aquel deber social.

Pertenecía la joven á una familia distinguida, y no la nombro porque sin duda intervino en la operación electoral. No podía yo cumplir como debía, regalándola una vulgar caja de dulces ó un ramo de flores de cuatro ó cinco pesetas, que para el caso hubieran sido lo mismo tratándose de mi desalojada bolsa. Lo menos que necesitaba emplear en aquel agasajo eran seis ú ocho duros, que esto costaban unas artísticas cajas de bombones franceses cu-

biertas de blanco moaré con adornos dorados, que por entonces se vendían en el Café Suizo en el departamento donde en la actualidad está permitido y hasta bien visto que penetren las damas.

Mi situación era crítica y aflictiva. Sólo podía salir airoso de ella, si un editor se decidía á comprarme una novela, ni muy larga ni muy corta, que era lo único que transformándose en dinero podía sacarme del apuro.

Los pocos editores á quienes podía dirigirme eran Fernández de los Ríos, que además de *Las Novedades* publicaba *La Ilustración*, y como ya he indicado daba á luz mis artículos y me enviaba gratis su periódico, pero sin remunerar mis trabajos; Mellado, que tenía á su Conde de Fabraquer, émulo del Tostado, y recibía gratuitamente poesías y artículos de escritores de afición como mi bondadoso jefe de la Dirección de Contabilidad D. Julián Milanés; Gaspar y Roig, que no querían nada con principiantes, y D. Pedro José de Peña, que daba á luz el *Correo de la Moda*, uno de los primeros dedicados al bello sexo que aparecieron en España, sin grabados en el texto, ni más modelo gráfico que un figurín iluminado al mes. El periódico era semanal, insertaba una revista de modas, otra de noticias sociales de Madrid, cuentos, poesías y novelitas cortas.

Eugenio Martínez Cuende, redactor del *Occidente*, á quien conocí y estimé por su talento y excelente carácter, era el colaborador más asíduo del

Correo de la Moda, y le rogué que me recomendase á su propietario y director.

Vivía éste en la calle de las Huertas en una casa que tenía también fachada á la calle de Lope de Vega; me recibió con afabilidad, le confié lo aflictivo de mi situación, y con la timidez que siempre he tenido al verme obligado á justipreciar mis trabajos, le ofrecí mi novelita, que lo menos podía servirle para seis ú ocho números de su periódico, manifestándole que se la cedería por la cantidad que creyese justa, y mejor aún por una caja de dulces de las que vendían en el Café Suizo, que él quizás podría adquirir en mejores condiciones que yo.

Comprendió el compromiso en que me hallaba, y ví deseos en él de auxiliarme. La recomendación de Cuende le bastaba para suponer que mi trabajo era aceptable, y estaba dispuesto á darme hasta seis duros con los que, en su concepto, tendría bastante para hacer un regalo decente; pero... Había un pero.

—En periódicos dedicados como el mío á señoras—me dijo—es necesario que las firmas despierten por la sonoridad de los nombres la simpatía de las lectoras. El apellido de usted me agrada, recuerda los italianos, que por lo general no carecen de poesía; pero el nombre...—no se ofenda usted por lo que le digo—el nombre resulta vulgar, prosaico, perfecto para un tendero de comesttbles ó un administrador de fincas; hasta para un notario de estos reinos; pero no así para

un novelista, y si entre los que seguramente le pusieron á usted en la pila no hay otro de los que desde luego se apoderan del aprecio femenil, será preciso buscar un seudónimo.

Le indiqué los dos nombres que además del de Santos había recibido en la pila bautismal; oyó mal el de Justo, se le figuró que había dicho Julio, y frotándose las manos exclamó:

—¡Magnífico! Julio Nombela; eso ya es otra cosa. ¿Tiene usted inconveniente en firmar así la novelita?

Acepté desde luego, sin aclarar su error; me dió seis duros, me apresuré á comprar la caja de dulces, rogué al dueño del café que la enviase con una tarjeta mía á su destino; y desde aquel día, comprendiendo lo que había de experiencia y de mundología en la confirmación que había efectuado en mí el bueno de D. Pedro José de Peña, firmé todos mis trabajos con aquél nombre prestado, como hizo Arrieta con el de Emilio, cuando en verdad se llamaba Pascual, como hizo Luis de Eguílaz, como han hecho tantos otros artistas y escritores, viéndome obligado para poder usarle en propiedad á hacer una información ante Notario en la que mis buenos amigos José González, el hijo de *Juan y medio* el galerero de Almería, y mi otro condiscípulo Elías García Quincoces, de quienes hablé en el tomo anterior de mis recuerdos, declararon para los efectos legales que el antiguo Santos y el nuevo Julio, eran una misma persona.

Y ríase el lector si le parece, por lo que acabo de referir; pero aquella variación de nombre me fué favorable. La nueva firma tuvo más fortuna que la anterior para con los editores, los directores de periódicos y el público.

Mi empleo en Hacienda, mi ingreso en *El Diario Español*, la dirección de una *Biblioteca de novelas* que me confió un editor, la de la *España musical*, que después se tituló la *Zarzuela*, periódicos creados por D. Eduardo Velaz de Medrano, de los que fuí único redactor y director mientras su propietario estuvo ausente, la redacción de otro periódico titulado *Salones y Teatros*, la buena acogida que me dispensaron periodistas, autores dramáticos, actores, compositores, cantantes, empresarios, y la facilidad con que á pesar de mi modesta posición penetré en algunos salones distinguidos, no sin sufrir las consecuencias de vivir en una esfera que exigía recursos superiores á los de que yo podía disponer, surgieron como por encanto desde que, para poder cumplir un deber social, acepté la modificación nominal que me propuso un amable editor.

No ha faltado quien al saber este detalle relacionado con mi nombre patronímico, ha supuesto que dicho cambio obedeció á mi deseo de ocultar que había sido en los comienzos de mi juventud modesto racionista en una compañía de cómicos. Nada más lejos de mi ánimo, como anteriormente indiqué. A Dios gracias, no he cometido en mi vida ningún acto de que haya tenido que avergon-

zarme. Si en el teatro fué humilde mi posición, nada tiene de extraño, porque mientras formé parte de la compañía de Arjona era un adolescente. En aquel tiempo, mi entusiasmo por el arte y mis naturales inclinaciones, me apartaron de la pendiente en que otros caen. Jamás he renegado de aquel período de mi vida, en el que como en tantos otros órdenes de ideas, al ofrecerme los naturales desengaños mostrándome la distancia que hay de lo vivo á lo pintado, no se alteró en mí la admiración que siempre he sentido por el arte escénico.

LVII

Para lo que no me sirvió el cambio de nombre fué para librarme de quintas. Con mi primitivo nombre fuí soldado durante el mes de Agosto del año 1857. En Noviembre del anterior cumplí veinte años, entré en el sorteo que me correspondió, saqué un número bajo, tenía la talla, y á pesar del sacrificio que había hecho mi padre abonando desde que tuve doce años una prima anual á una Sociedad que debía librarme del servicio militar si la suerte no me era propicia, me ví obligado á ingresar en filas, residir en el cuartel, coger el fusil y escuchar, mal leídos por un cabo, los terribles y saludables preceptos de la Ordenanza militar.

Cuando mi padre contrató aquel seguro, no se abonaban para la redención más que cuatro mil reales y al entrar yo en quintas costaba seis mil.

La Sociedad entregó los cuatro mil; pero se necesitaban dos mil más para redimirme.

Recordando el castigo del soldado que presencié en Almería, me horrorizaba la idea, no de servir á la Patria ó al Rey como por entonces se decía, sino de caer en poder de un cabo, de un sargento ó de un oficial que me obligasen, con el tradicional despotismo, á una rebeldía peculiar de mi carácter, dócil y humilde ante lo justo, intransigente ante lo inicuo. Así es que me horrorizaba tener que ser soldado, y resuelto á no serlo confié á don Mauricio López Roberts, director y co-propietario de *El Diario Español*, la resolución que había tomado.

—Proporcióneme usted los dos mil reales que me faltan para redimirme, ó un pasaporte que me permita salir de España—le dije.

Era tan bueno D. Mauricio, me había tomado tanto cariño, me vió tan decidido á emigrar de España, que me prometió buscar la cantidad que necesitaba. La buscó, la encontró, y me dió una verdadera prueba de afecto, porque en aquel tiempo tenía que hacer verdaderos sacrificios para sostener el periódico y vivir con el decoro que exigía su posición social.

Era D. Mauricio por entonces hombre de cuarenta años escasos, corpulento y al mismo tiempo elegante; había algo de angelical en la expresión de su rostro; hablaba poco, pero cuando hablaba, lo que sucedía rara vez, y decía algo que revelaba la nobleza de su corazón, parecía como que se ru-

borizaba. Siendo valiente, se mostraba tímido; dotado de clara y hasta de perspicaz inteligencia, resultaba modesto y como cohibido. Era además en extremo bondadoso, de una exquisita educación, le dominaba el espíritu de lo justo, perdonaba las faltas, disimulaba los descuidos, todos cuantos le trataban le querían.

Su hermano D. Dionisio, menor que él, era el polo opuesto. Dominante, con cara de pocos amigos, correcto en el trato pero sin amabilidad, aunque no escribía respondía de cuanto se publicaba en el periódico, y mientras fuí redactor lo menos asistió á cinco ó seis desafíos, siempre á sable, de los que salía ileso por regla general, dejando mal parados á sus adversarios.

Poco antes de abandonar la redacción de *El Diario Español* en 1858, las controversias que sostenían los redactores políticos con *La Iberia*, dieron lugar á un desafío, si no recuerdo mal, entre nuestro compañero Maldonado Macanaz y Calvo Asensio. Con los años he olvidado el resultado de aquel combate; lo que tengo presente es que se suscitó un verdadero odio africano entre los redactores del órgano más autorizado de los progresistas y nosotros. Es decir, yo no odiaba á nadie y antes por el contrario estimaba y siempre he estimado á Carlos Rubio, á Juan de la Rosa González y á Manuel Murgía, que formaban entonces parte de la redacción de *La Iberia* y eran buenos amigos míos; pero con su carácter belicoso, dispuso don Dionisio que se escribiesen en papeletas sueltas

los nombres de los redactores del periódico liberal y los nuestros, se procedió á un sorteo para saber cual debía ser el adversario que tocaba en suerte á cada uno de nosotros y se acordó llevar á cabo los ocho ó diez desafíos que resultaron de aquella original insaculación.

Para que estuviéramos en condiciones de salir airosos de aquellos proyectados lances, suplicó don Dionisio al maestro de armas Sr. Merino que durante un mes acudiese á la redacción todos los días para enseñar el manejo del sable y de la espada á los que carecíamos de los conocimientos más rudimentarios de la esgrima, más indispensables para los periodistas por lo que entonces ví, que los de la Gramática y la Retórica.

D. Dionisio no escribía, pero sabía batirse. Por entonces ocurrió, que habiéndose suscitado un lance entre el director de un periódico liberal y el de otro moderado, no se sintió este último con ánimos de ir al terreno y le sacó de apuros un pobre diablo que ganaba seis reales diarios escribiendo fajas en la administración del diario retrógrado. Tenía el tal escribiente buen aspecto aunque mala ropa, era valiente, no le faltaba talento natural y disponía de bastante presencia de ánimo para disparar una pistola y esperar á pie firme el disparo de otra.

Se verificó el lance sin tristes consecuencias, y el amanuense pasó á ser director nominal del periódico por cuya causa había expuesto el pellejo.

Posteriormente desempeñó importantes em-

pleos, fué diputado, diplomático, uno de los más asiduos socios del Casino de Madrid, en fin, un personaje. No le nombro por no perjudicar á sus descendientes. Podría citar otros ejemplos análogos, pero ¿para qué?

Entre los más legos en el manejo de las armas, figurábamos un redactor político cuyo apellido era Manrique de Lara, y yo. Los otros compañeros, unos más otros menos, con unos cuantos ensayos podían tomar parte en la función. Con este motivo los verdaderos discípulos del Sr. Merino éramos Manrique y yo. El debía batirse con Carlos Rubio y mi contrincante sería Rosa González. Así lo había dispuesto el sorteo.

Manrique de Lara era por su figura un desdichado; pero estaba dotado de gran inteligencia, había estudiado mucho y escribía con tanta galanura é intención, que le considerábamos como el mejor discípulo de Lorenzana. Había sido redactor de *El Occidente* y había venido al *Diario Español* precedido de verdadera fama. Contaría por entonces de treinta y ocho á cuarenta años, era bajo de estatura, de incorrecta conformación, desaliñado en su persona y en su traje, y bajo este aspecto de Cuasimodo poseía un alma bellísima.

En la lección de esgrima, era mi compañero y contrincante. A los dos nos enseñaban á tirar al sable, y como no era cosa difícil, por mi parte aprendí pronto; pero Manrique, tan diestro al manejar la pluma, era de lo más torpe que puede darse con el sable en la mano.

—Me batiré á pistola—decía.—A sable me descuartizan seguramente.

Mientras aprendíamos, se verificaron dos desafíos entre nuestros compañeros y los redactores de *La Iberia*. Como era de esperar y de desear, la cosa no pasó adelante y ni Manrique de Lara, ni yo, nos vimos precisados á ir al terreno, lo que hubiera sentido, porque nunca he comprendido que por defender ideas sea preciso andar á tiros ó á sablazos, y además porque profesaba verdadero cariño á Juan de la Rosa González, que era un verdadero caballero castellano, un literato de mérito y sobre todo un amigo á quien quería sinceramente.

Nuestro belicoso director, que entonces lo era D. Dionisio por hallarse desempeñando un alto empleo D. Mauricio su hermano, aceptó la paz; pero fortaleció su fama de valiente. Lo era en efecto y hasta estoy por decir que temerario; pero de todos modos disfrutó de influencia política, se abrió camino, llegó á ser diputado, senador, desempeñó altos empleos, y no recuerdo si por el enlace que contrajo con una distinguida dama ó por merced á su persona, fué durante el último tercio de su vida conde de la Romera.

Nunca pude saber si me estimaba ó no; la indiferencia real ó aparente, era la característica de su modo de ser. Cuando se verificaron las primeras elecciones de la Unión liberal, fueron los dos hermanos candidatos y salieron triunfantes de la urna. Necesitando antes de las elecciones un

auxiliar que escribiera cartas y recibiese en Madrid á los electores que venían deseosos de conocer á los candidatos, me adjudicaron las funciones de secretario particular, cargo que dicho sea de paso, ha sido siempre muy de mi agrado; y con mis epístolas que D. Mauricio y D. Dionisio firmaban sin leerlas, y mis coloquios con los electores á quienes ni siquiera por curiosidad veían los que solicitaban sus votos, contribuí á que se los diesen, no solo porque eran ministeriales, sino por las ausencias que hice de ellos.

D. Mauricio se mostraba complacido: su hermano ni siquiera se enteró de mi teje maneje por hacerle simpático á los electores.

Aquella tarea me proporcionó ocasión de tratar por cartas al gobernador de Zamora, que apoyaba las dos candidaturas y que era á la sazón D. Francisco de Sepúlveda, padre de los dos notables literatos del mismo nombre, que desempeñó altos puestos en la Administración del Estado y fué más tarde Presidente del Consejo de Administración del ferrocarril del Norte. Tanto él como sus dos hijos, que hicieron brillante carrera, fueron buenos amigos míos.

Como antes indiqué, D. Mauricio me facilitó con verdadera satisfación los dos mil reales que debían completar el importe de mi rescate, comprometiéndome á pagárselos después de descontar lo que la administración del periódico me adeudaba por mis honorarios, con la mitad de mi sueldo hasta que se enjugase mi deuda.

Poseíamos en mi casa un cuadro de gran tamaño, que los inteligentes atribuían al célebre pintor valenciano Juan de Juanes y que representaba el *Sueño de Jacob*. Como recuerdo de nuestra gratitud, se lo regalamos á D. Mauricio.

Pude abandonar el fusil, precisamente cuando debía empezar mi instrucción militar; el día 1.° de Septiembre entregué los seis mil reales y el 2 me dieron la licencia absoluta.

Fué un verdadero sacrificio el que hizo D. Mauricio López Roberts, porque en aquellos momentos su situación era apurada. Varias veces fué preciso, que tanto él como los redactores, reuniésemos los escasos fondos de que podíamos disponer para comprar una ó dos manos de papel á fin de que se tirasen siquiera 30 ó 40 ejemplares del periódico. Cuando no nos era posible contribuir á que no quedase ningún día sin salir á luz el *Diario Español,* Maroto pedía unas cuantas pesetas á un carbonero amigo y nos sacaba del apuro.

Maroto era uno de esos servidores leales, que en aras de las personas á quienes toman ley, como ellos dicen, todo lo sacrifican. Tenía afecto al periódico, en el que había entrado de conserje desde su fundación, y durante el bienio había guardado las espaldas á los redactores cuando los matones de oficio, que siempre los ha habido, los buscaban con malas intenciones. Más de una vez había andado á garrotazos con alguno que otro miliciano de los más exaltados y de pelo en pecho, y en la época á que me refiero, cuando Narvaez y Noce-

dal queriendo meter en cintura á la prensa liberal, azuzaban á los polizontes, ya sabían estos que con él no podían andarse en chiquitas; le temían y al mismo tiempo le estimaban, porque hasta á los más desalmados inspiran respeto la nobleza y la bravura, cuando estas dos cualidades alientan en un hombre de bien.

Todos queríamos á Maroto y él nos pagaba.

LVIII

Ya que por incidencia he vuelto á hablar del *Diario Español*, recordaré que por su redacción pasó el famoso *Floro Moro Godo*, ó sea Florencio Moreno Godinez, siempre pobre; pero siempre elegante á pesar de lo deteriorado de su indumentaria, soberbio en medio de su inseparable indigenera, de gran talento y superior pereza, que pasaba las noches andando por Madrid y dormía de día en las míseras casas de huéspedes donde se albergaba; á pesar de lo cual vivió más de ochenta y cinco años, sin saber cada día si al siguiente tendría manjares que comer y cama en donde dormir.

Eso sí, siempre fué honrado, caballeroso, y si sus pocas y dispersas obras pudieran reunirse en un volumen, sería considerado como uno de los escritores más cultos y de más talento del siglo XIX.

También fué compañero y muy querido amigo, otro escritor que conquistó gran fama: Luis Ri-

vera, casi portugués porque había nacido en Valencia de Alcántara, aplaudido autor dramático y fundador y unos de los más asiduos redactores del periódico satírico *Gil Blas*, que apareció cuatro años antes de la revolución de Septiembre de 1868; contribuyó á su triunfo y durante su próspera vida conquistó fama, numerosa suscripción, extraordinaria venta y proporcionó á su propietario honra y provecho.

Luis Rivera, de quien más adelante hablaré detenidamente, murió en plena juventud; á pesar de lo cual, gracias á las utilidades del periódico, que supo conservar, dejó á su viuda un capital de treinta mil duros. Había pasado muchos trabajos, y cuando nos conocimos los pasaba con su inseparable amigo Araujo, un portugués de la frontera á quien conoció en su niñez.

Mena colaboró también con regularidad en el *Diario Español*, y como él trabajaba *gratis et amore* y yo, hasta que D. Mauricio contribuyó á que me diera el gobierno la licencia absoluta, no cobraba enteras mis pagas, disfrutábamos de las butacas que para las funciones teatrales enviaban las empresas al periódico. En el Regio Coliseo teníamos las de la fila 8 núms. 10 y 12, y allí íbamos con más frecuencia que á los demás teatros. Recuerdo que en la fila anterior á la nuestra ocupaban las butacas núms. 10 y 12 un señor D. Vicente Baura, persona de mucho viso en Madrid, muy sociable y simpático, y otro llamado D. Julián Duro, que si no estoy mal informado, creó en

la Felguera una importante fundición de hierro cuya razón social es Duro y Compañía. Por entonces solía aquel abonado dormir mientras se cantaba la ópera y se despertaba en los entreactos. A fuerza de vernos casi todas las noches, llegamos á tratarnos con confianza, y á una pregunta mía, respondió el señor Duro que padecía de insomnios, que solo la música le hacía dormir y que por eso se había abonado. Creo que llegó á adquirir una gran fortuna, y me lo explico.

Las noches que no había función en el teatro Real íbamos á la tertulia de las señoras de García Goyena ó á las de la de Santa Coloma. A última hora pasábamos un rato en el café de la Perla con Zabalza y los vascongados nuestros amigos, y después nos encaminábamos á la redacción en donde trabajábamos hasta las dos ó las tres de la madrugada.

LIX

En la primera mitad del mes de Noviembre del año 1857, cayó del poder el Gobierno presidido por Narváez. En aquel tiempo corría válida la voz de que un joven militar, no recuerdo si artillero ó ingeniero, llamado Puig Moltó, era por su íntima amistad con la reina el árbitro de la política española. Para sostenerse en el poder, necesitaban los gobernantes rendir pleito homenaje á aquel afortunado militar, á quien familiarmente llamaban el *pollo real*. A pesar de la omnipo-

tencia de Narváez, se atribuyó su caída al joven Puig Moltó. Lo cierto es que cuando menos lo esperaba, fué reemplazado por el general Armero, y en este nuevo ministerio desempeñó Martínez de la Rosa la cartera de Estado.

Conocí á este ilustre literato y, por la debilidad de su carácter, funesto político, en casa de una señora llamada doña Mercedes Le Blois, viuda de un general francés que la conoció en Cádiz, se casó con ella, se quedó en España y se estableció en Madrid. El matrimonio franco-español, mantuvo buena amistad con mis abuelos maternos, y cuando doña Mercedes, mucho más joven que su esposo, quedó viuda, continuó las relaciones con mis padres, se interesaba por mí suerte, y como era mujer de talento con todas las cualidades de las gaditanas, que ya he señalado, joven aún, porque no pasaría de los cuarenta y cinco ó cuarenta y seis, muy agraciada y muy simpática, la visitaba de vez en cuando seguro siempre de pasar á su lado un buen rato por su amena conversación, y de aprender algo útil en mi constante deseo de conocer á fondo el alma femenil.

Tenía dos hijas, que por extraño capricho de su madre se llamaban las dos Antonia; la mayor casada con uno de los dos Valladares, que por entonces figuraban como autores dramáticos, y que por pertenecer á la carrera consular estaba casi siempre ausente de España.

Martínez de la Rosa estimaba mucho á la madre y á las hijas, solía visitarlas á menudo, y cuan-

do doña Mercedes se enteró de mi afición á las letras, arregló las cosas para que conociese en su casa al gran poeta y autor dramático, lo que me proporcionó una verdadera satisfacción.

En aquella época era Martínez de la Rosa uno de esos viejos que no se conforman con la vejez, y aunque la edad le obligaba á encorvarse, hacía todo lo posible por mantenerse derecho, vestía con esmero y elegancia, cuidaba con pulcritud de su persona y frecuentaba el paseo del Prado, con los quevedos de armadura de oro sobre su larga y afilada nariz, mirando con amable codicia á todas las mujeres guapas y saludando á muchas de ellas con expresiva admiración.

Cuando fuí presentado al insigne vate, me pidió que dijese algunos versos míos; los oyó con interés, porque estimaba mucho á mis protectoras, y deseando sin duda que el protegido fuese digno de su protección, llevó su benevolencia hasta el punto de animarme á proseguir cultivando las letras. Además me insinuó que fuese á verle cuando quisiera á su casa en la calle de las Rejas, á consultarle algún trabajo ó pura y simplemente para hablar de literatura.

Aproveché su oferta, y como siempre ha sido de mi agrado honrar y querer á los ancianos, me complacía al visitarle en encomiar sus obras y en demostrarle que las había leído, comprendido y admirado, con lo que ganaba su aprecio.

Cuando fué nombrado ministro, me limité á enviarle una carta felicitándole, y no sin gran sor-

presa supe por doña Mercedes, que me llamó para comunicármelo, que con motivo del nacimiento del Príncipe de Asturias, después Alfonso XII, me había otorgado la condecoración de caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén.

Ni aun en los primeros años de la juventud he sido aficionado á cruces y veneras, y cuando andando el tiempo me enteré de que no siempre se concedían al mérito, de que era necesario solicitarlas y de que en ocasiones las lucían personas poco dignas de semejante distinción, mi poca afición se convirtió en indiferencia. Pero no por eso dejé de agradecer á Martínez de la Rosa el delicado obsequio que quiso hacerme y del que no disfruté, porque después de recibida la credencial, me enteré de que había que pagar ciertos derechos y como carecía de recursos para permitirme aquel lujo, pasado el plazo que se me concedía para poder entrar en posesión de aquella gracia, perdí el derecho á ella.

Cuando dejó de ser ministro, volví á visitar algunas veces al gran poeta, le reiteré mi reconocimiento, é ignoró que se había malogrado su propósito de favorecerme, porque me guardé muy bien de revelarle que por no haber pagado los derechos reglamentarios, me había quedado sin ser caballero de San Juan.

De mi trato con el ilustre poeta me quedó la impresión de su innegable talento, de su inspiración como autor dramático, de su admirable y seductora oratoria; pero nada más. El hombre era dé-

bil, impresionable y con muy poco corazón. Correcto y fino en extremo, al estrechar su mano no se sentía más que la finura de ella, muy cuidada como las de los prelados. Cumplía con todo el mundo, gozaba haciendo favores que podían serle pagados en lisonjas: en cuanto á querer... llegué á pensar, acaso maliciosamente, que si galanteaba á las señoras guapas, más que por el placer de embriagarse con el perfume de aquellas flores, lo hacía para que las flores ornasen la vejez que tanto le afligía y que á toda costa procuraba ocultar.

LX

En Abril de 1858 se estrenó en el teatro de Novedades un drama de la ya entonces célebre poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, titulado *Baltasar*. El gran actor Valero desempeñó admirablemente el papel del protagonista, y la obra, escrita con verdadera inspiración, se puso en escena con inusitado lujo y alcanzó gran éxito.

Cuando yo era alumno del Conservatorio, una noche que fuí al teatro Español tuve ocasión de ver en uno de los palcos principales á una señora, que por su corpulencia parecía una matrona, en cuya compañía estaban dos ó tres caballeros, uno de ellos muy anciano, también corpulento y que á pesar de vestir traje seglar, tenía todo el aspecto de un eclesiástico.

Gran número de espectadores miraban con interés al palco y alguno que otro, hablando *sotto*

voce con sus compañeros de butaca ó de luneta, como se decía entonces, se sonreía maliciosamente.

Un condiscípulo á quien encontré en el vestíbulo del teatro durante un entreacto y á quien interrogué acerca de la curiosidad que inspiraban los del palco, me sacó de dudas.

—Ella—me dijo—es la Avellaneda, poetisa afamada y aplaudida autora de dramas, entre ellos el *Alfonso Munio*. El caballero de edad que está á su lado es el no menos célebre poeta D. Juan Nicasio Gallego, que á pesar de ser cura y de sus muchos años, vive entre faldas lo más que puede. A los otros no los conozco; pero seguramente serán literatos.

Al volver á la platea me fijé en la matrona y en el anciano y experimenté la pueril, pero para mí grata satisfacción, de ver á dos personas justamente célebres.

Según supe después, la Avellaneda, que era por entonces una hermosa mujer de cuarenta á cuarenta y cinco años, cubana de Santiago, donde como he tenido ocasión de ver después, casi todas las hijas de Eva son buenas mozas, hacía poco que había enviudado de su tercer marido, cuyo nombre he olvidado, pero que fué jefe político de Madrid.

Algunos años después la conocí en casa de la señora de Santa Coloma, casada en cuartas nupcias con un militar, no recuerdo si artillero ó ingeniero, D. Domingo Verdugo, un caballero en toda la extensión de la palabra, que por admiración

llegó á adorar á Tula, como la llamaban familiarmente.

Al ser presentado á ella me acogió con gran benevolencia, y su marido, que era buenísimo, me mostró afecto. Los visité, asistí por indicación suya á algunos ensayos del *Baltasar*, admiré desde luego aquel inspirado drama, y cuando se representó y proporcionó á su autora un grandioso triunfo, le dediqué en *El Diario Español* dos artículos, que fueron muy agradecidos por la poetisa y más aún por su marido.

Residía por aquel tiempo en Madrid un famoso don Antonio de Rivera, que publicaba un periódico del que se decía que solo tiraba dos ó tres docenas de ejemplares: los suficientes para el cambio con los diarios de más importancia, para que los hombres políticos leyeran los elogios ó las censuras que les dirigía, y sobre todo para ser amigo ó enemigo de los banqueros y hombres de negocios.

Este periodista vividor, que no sabía escribir teniendo que valerse para redactar su periódico de los que inteligentes, pero pobres, se conformaban con un salario de ocho ó diez duros al mes, no siempre cobrados á tiempo, censuró en letras de molde el drama *Baltasar*, sin duda por no salirle bien alguna cuenta; y al ver que los interesados despreciaron sus censuras y que la exigua publicidad de su diario no podía hacerles daño, resolvió conseguir su propósito por otro medio.

No sé cómo logró penetrar en un palco platea de los más próximos al proscenio del teatro de

Novedades, llevó en un talego un gato blanco, y en una de las situaciones más dramáticas de la obra, soltó al animalito, que al recorrer rápidamente el escenario, hizo reir al público, malográndose el efecto de la escena.

Aunque Rivera desapareció en seguida, no faltó quien le viera y le conociera. La autora, y más aún su marido, se indignaron.

El público reaccionó como era de esperar, aplaudió con mayor entusiasmo para que se perdonase su involuntaria irreverencia, y la cosa no habría pasado adelante si al día siguiente no se hubieran encontrado en la calle del Carmen el caballeroso D. Domingo Verdugo y el desahogado Rivera.

Natural era que el esposo de la dama ofendida, de la autora ultrajada, increpase al autor del ultraje y censurase con indignación su conducta. Aún no había acabado de hablar el Sr. Verdugo, cuando según refirieron los que presenciaron la escena, Rivera que llevaba un bastón de estoque, hundió el arma en el pecho de aquel hombre indefenso atravesándole un pulmón, según se vió después.

Cayó el herido frente á una de las casas que hay en la acera de la izquierda entrando por la Puerta del Sol, entre las calles del Candil y de Rompelanzas; por esta última se dirigió Rivera con el estoque ensangrentado á la de Preciados, donde fué detenido, y entretanto el Sr. Díaz Cantillo, exgobernador y persona de gran notoriedad en Madrid, que vivía en la casa cerca de cuyo portal

cayó el Sr. Verdugo mortalmente herido; aunque sólo le conocía de nombre, como no había entonces en Madrid Casas de Socorro, dispuso que le condujesen á su habitación, que le acostasen en su propia cama y acto continuo mandó llamar á un médico y con las mayores precauciones anunció la desgracia ocurrida á la señora Avellaneda.

Pronto corrió la voz del suceso por todo Madrid, y yo que había tenido ocasión de conocer y apreciar al Sr. Díaz Cantillo, me apresuré á ir á su casa para saber de un modo cierto el estado del Sr. Verdugo, á quien estimaba muy sinceramente.

Rivera fué preso y encausado. La ilustre esposa del herido no tardó en llegar á casa de los señores de Díaz Cantillo, donde se enteró de que el médico que había examinado á su esposo, afirmó que tenía atravesado el pulmón izquierdo, que su estado era gravísimo y que si á fuerza de cuidados podía evitarse un funesto desenlace, la curación sería larga y más larga aún la convalencia.

El Sr. Díaz Cantillo y su señora, que se multiplicaba para atender al herido y á su esposa, á quienes vió aquel nefando día por primera vez, cedieron al enfermo la alcoba principal, en el gabinete contiguo improvisaron un dormitorio para la señora Avellaneda, y tanto ellos como su hija mayor, preciosa joven que podría tener entonces quince ó diez y seis años, trataron á aquel infortunado matrimonio como si hubieran sido parientes cercanos ó amigos de toda la vida.

Olvidando sus triunfos, pensando solo en su marido, con escasa práctica de los menesteres vulgares de la vida; pero piadosa y diestramente sustituída para ellos por la señora de Díaz Cantillo, permaneció la ilustre poetisa sin separarse de su marido, y yo que la estimaba y que quería de veras al interesante herido, durante los cuarenta días que tardó en quedar fuera de peligro, no dejé una sola noche de ir á velarle y á asistirle, acompañado de otros amigos que alternaban con el dueño de la casa y conmigo en aquella obra de afecto y caridad.

La convalecencia fué en efecto larga; cuando fué posible abandonaron aquella hospitalaria casa, y no recuerdo á que ciudad de Andalucía se trasladaron para que el enfermo se restableciese por completo.

Algún tiempo después se embarcaron para la Habana, á donde fué destinado el Sr. Verdugo con un alto empleo militar y no volví á verle, porque no tardó mucho tiempo en fallecer.

Su ilustre viuda, entonces verdaderamente inconsolable, volvió algunos años después á la Península y residió en Sevilla, en donde poseída de un profundo y sincero sentimiento religioso, escribió en verso una admirable *Semana Santa*, quizás el mejor libro de devoción que han producido la piedad y la musa castellanas. Durante su estancia en Sevilla cambiamos algunas cartas, me envió su precioso libro al que dediqué en *La Epoca* un artículo elogiándolo como merecía, y siem-

pre he conservado un vivo recuerdo de su gran talento y del gran corazón de su último marido.

LXI

En Junio de aquel mismo año 1858, volví á ser enfermero. Becquer sufrió una enfermedad gravísima que le tuvo postrado en el lecho muy cerca de dos meses. Después de tres ó cuatro días de una fiebre violenta que puso en gran cuidado al médico, apareció en su cabeza una gran erupción, sin que á pesar de este desahogo remitiese la calentura. A la caída de la tarde y por las noches á las altas horas, durante las dos primeras semanas de la enfermedad deliraba sin cesar, evocando en su delirio las ideas que bullían en su mente, los fantásticos proyectos literarios que había forjado su imaginación. Al cabo de una ó dos horas de aquella terrible exaltación, quedaba postrado, sin voz, sin movimiento, como muerto.

La buena mujer que le hospedaba, y una hija suya, que era peinadora, cuidaban á Gustavo con el más cariñoso esmero; su hermano Valeriano, los huéspedes, sus buenos amigos Federico Alcega y Díaz Cendrera, Luna y yo, le prestamos todo género de auxilios, alternando por las noches para velarle.

Cuando pasó el peligro, que tanto al médico que le asistía como á nosotros, nos hizo temer un doloroso desenlace, se había debilitado de tal modo que necesitó permanecer más de un mes en la

cama y cuando pudo levantarse parecía un cadáver.

Tardó mucho en reponerse y su hermano, como era natural, y sus amigos, cada cual con arreglo á sus recursos, le ayudamos á soportar los gastos de aquella larga y penosa enfermedad, no siendo su patrona la que menos sacrificios hizo en su favor, sin exigir ni querer que fuesen renumerados.

El tipo del ama de huéspedes generosa abundaba por entonces en Madrid, donde tantos que han llegado á ser personajes, han debido á una de estas buenas mujeres los medios de vencer las míseras dificultades que impone la pobreza á los que tienen condiciones para luchar y vencer.

Cuando curado, aunque no restablecido por completo, pudo Becquer abandonar la triste casa donde tanto le había hecho sufrir la enfermedad, se manifestó en su ánimo el amor á la vida con más fuerza que nunca. Federico Alcega, que era de sus amigos el que disponía de más tiempo, le acompañaba en los paseos que para fortalecerse con el aire y el sol le había aconsejado el médico que diese por las mañanas aprovechando lo saludable de aquellas horas en la estación veraniega. También Díaz Cendrera y yo alternábamos con Alcega en las visitas al Retiro, y nos complacía oir contar á Gustavo, más locuaz que de costumbre, las tristes impresiones, los acerbos temores que había sufrido durante su penosa enfermedad. Parecían mejorar de consuno su cuerpo y su alma. Las esperanzas se despertaban con nuevo vigor

del letargo en que habían estado sumidas, se renovaban en su espíritu sus proyectos literarios, é iluminaban su estoico pesimismo ilusiones que una consoladora fe en el porvenir mantenía ofreciéndole dulces consuelos.

En el final de aquel año y en el siguiente de 1859, escribió algunas de las rimas que á su muerte fueron publicadas, y particularmente las inspiradas en el sentimiento del amor, que algunos han creído dedicadas á la que dos años después fué su esposa.

Sobre su casamiento diré en el tomo tercero de estos recuerdos, lo que sin faltar á la discreción pueda interesar á los numerosos admiradores de Becquer, que son cuantos han leído y siguen leyendo sus obras. Por ahora me limitaré á revelar lo que muy pocos adivinaron en su tiempo y yo pude saber con exactitud.

Al llegar el Otoño, que por lo regular es en Madrid el período más templado del año, hermoso aunque melancólico, iba yo á buscar á Gustavo y elegíamos con frecuencia para pasear la Montaña del Príncipe Pío, paraje solitario favorecido con la perspectiva más hermosa de los alrededores de Madrid. La estación del ferrocarril del Norte y algunas casas, se apoderaron de aquel paseo; pero entonces desde su punto más elevado se descubrían los bosques de la Casa de Campo y del Pardo, teniendo este Real Sitio por dosel en último término las nevadas cumbres del Guadarrama.

Escudriñar las calles y callejuelas que desde la

Puerta del Sol abrían paso á la Montaña, era la distracción que más agradaba á Becquer. En una de aquellas tardes quiso que pasáramos por la calle de la Justa, en la actualidad de Ceres, para ver la casa en donde yo había nacido, casa que desde hace muchos años, como otras colindantes, está convertida en un asqueroso lupanar.

Entramos por el callejón del Perro, seguimos por la derecha, vimos con repugnancia aquella morada que en la época de mi nacimiento albergaba á familias modestas pero decentes y honradas, y proseguimos hacia la calle de la Flor alta, frente á la cual había una casa de vecindad de muy buen aspecto desde cuyos balcones se veía un trozo de la calle ancha de San Bernardo.

Cuando pasamos estaban asomadas á uno de los balcones del piso principal dos jóvenes de extraordinaria belleza, diferenciándose únicamente en que la que parecía mayor, escasamente de diez y siete ó diez y ocho años, tenía en la expresión de sus ojos y en el conjunto de sus facciones algo de celestial.

Gustavo se detuvo admirado al verla, y aunque proseguimos nuestra marcha por la calle de la Flor alta, no pudo menos de volver varias veces el rostro extasiándose al contemplarla.

Había visto en ella la encarnación de la *Ofelia y la Julieta* de Shakespeare, la *Carlota* de Goethe, y sobre todo la mujer ideal de las leyendas que bullían en su mente.

Aquella tarde estuvo muy expansivo, y en las

sucesivas volvimos á la calle de la Justa, entrando por la de la Flor alta, torciendo á la izquierda para volver por la calle de la Estrella á la de San Bernardo y dirigirnos á nuestro solitario paseo.

Siguiendo aquel camino, si las jóvenes estaban asomadas al balcón podíamos verlas durante más tiempo, lo que por fortuna nuestra sucedía casi siempre.

No tardé en saber quienes eran aquellas dos interesantes señoritas, y como la que sin sospecharlo inspiró á Becquer todas las rimas amatorias, debe pasar en su compañía á la posteridad, siquiera sea como la *Laura* del Petrarca, diré que se llamaba Julia y que era hija del compositor D. Joaquín Espín y Guillén, profesor del Conservatorio y autor de obras musicales que le alcanzaron gran notoriedad.

Amigo mío era un hijo del citado maestro, que fué á su vez un distinguido músico, y cuando adquirí estas noticias y me enteré de que en la casa de aquellas jóvenes se celebraban muy interesantes conciertos, propuse á Becquer que asistiéramos á ellos. Mi indicación fué rotunda y categóricamente rechazada. Prefería el ideal á la realidad. Aquella Julia fué su inspiración; cuando cesaban de verla sus ojos la veía su espíritu; amó al alma que adivinaba, y por lo mismo que le revelaba los más recónditos y hermosos sentimientos de la mujer, no quiso conocerla, ni siquiera oir su voz. Mantenía con ella unas relaciones ideales, vivía de una ilusión. ¡Candidez, puerili-

dad, dirán los que se llaman hombres prácticos; pero de estas puerilidades y candideces brotan las rimas que se eternizan y eternizan á los ilusos que las producen!

Dos años después, vencidas las dificultades, empezó Becquer á abrirse camino, y sólo por rara casualidad vió alguna que otra vez á su Julia. ¡Qué le importaba no sostener con ella relaciones amorosas, si siempre estaba en su alma su recuerdo!

LXII

Cuanto más penetraba en los misterios de la política mayor era la repugnancia que me inspiraba: lo que veía y oía á todas horas, me aflijía en extremo.

Cuando el hábil y gran maestro de mundología D. José Posada Herrera entró á formar parte del Ministerio Isturiz, el *Diario Español* siguió sus inspiraciones y contribuyó á realizar el plan del poco después famoso D. José, que no era otro que el de facilitar la subida al poder del general O'Donnell.

Cuando realizó su propósito hubo elecciones; como ya he dicho, presté servicios de secretario particular á los dos hermanos López Roberts; después del triunfo obtuvieron empleos más ó menos importantes los redactores políticos, y yo que deseaba alejarme de aquel foco de pasiones mal sanas ó que por lo menos me lo parecían, solicité para no ser menos que mis compañeros, que me proporcionára Posada Herrera por medio del Mi-

nistro de Hacienda un empleo en la Comisión de la Deuda de París, para realizar mi vivo deseo de residir en la capital de Francia.

Por entonces frecuentaba yo el trato de algunos franceses á quienes había conocido por conducto de Gabriel Hugelmann ó en casa de la señora de Santa Coloma. Eran estos Mr. Bussier y su señora, Mr. Guichenet, su señora y dos hijas, la mayor de diez y ocho años.

Tanto Mr. Bussier como Mr. Guichenet, eran corresponsales de periódicos franceses republicanos. Por su mediación conocí á un ingeniero de minas, Mr. Nouvion, casado con una señora de gran belleza, de finísimo trato, muy aficionada á la música, y las reuniones musicales que se celebraban en su casa de la calle de Hortaleza eran interesantes y agradables. Allí se reunía una buena parte de la colonia francesa. Un profesor de canto y piano, Mr. Marsal ó Marechal, no lo recuerdo bien, organizaba los programas con Mad. Nouvion, cantaba con exquisito gusto, acompañaba las preciosas romanzas que interpretaba la señora de la casa, otros aficionados franceses y españoles tomaban parte activa en los conciertos, y yo acudí á aquellas funciones musicales con verdadero gusto, no solo porque complacían mis aficiones, sino porque obligado á hablar francés hacía rápidos y poco costosos progresos en un idioma que me agradaba mucho.

Mr. Bussier desempeñó en el último tercio de su vida un empleo en el *Crédito mobiliario* estable-

cido en Madrid, y en la villa y Corte falleció de más de setenta años de edad, muy considerado y querido por cuantos le trataron. Como Mr. Guichenet, emigró de Francia cuando el presidente de la segunda república dió el famoso golpe de Estado y se convirtió en emperador.

Conservé siempre buena amistad con él y su distinguida é ilustrada señora, que al quedar viuda ya anciana, se consagró á obras de caridad y auxiliaba con el mayor afecto á los enfermos pobres en el hospital de San Luis de los franceses. También falleció en Madrid octogenaria.

La familia Nouvion continuó residiendo en España. Alguna que otra vez he visto, siempre con gusto, al jefe de aquel hogar hospitalario, y seguramente vivirán aún su hijo, ingeniero también, y su hija encantadora joven entonces. Nunca he olvidado á aquella familia tan unida, tan cariñosa, y que sabía armonizar sus aficiones artísticas con los negocios industriales, base de su fortuna.

También frecuentaba otro grupo de franceses no menos dignos de estimación. Era vecino nuestro en la calle del Príncipe Mr. Jaboin, marmolista que fué el primero que construyó en Madrid chimeneas de mármol á la francesa. En una de las tiendas de la casa donde habitábamos su familia y la mía, tenía una verdadéra exposición de artísticas chimeneas, y hacía buen negocio.

Era un hombre escelente, más artista que artesano, honrado á carta cabal, franco, sencillo, amante de su familia que se componía de su espo-

sa y tres hijas: Eugenia la mayor, que estaba siempre enferma, Alice y Emma. Como nuestras respectivas habitaciones estaban en el piso cuarto interior, nos veíamos con frecuencia; las hijas de Mr. Jaboin hicieron gran amistad con mis hermanas, y cuando su padre construyó un amplio taller en la plaza que actualmente se llama Glorieta de Quevedo, una cómoda habitación y un bonito jardín, allí íbamos á visitarlos y los domingos por la tarde celebrábamos animadas reuniones.

El distinguido trato de los franceses, lo esmerado de su educación, su conversación siempre amena, pocas veces murmuradora, me encantaban.

Haciendo pinitos en el francés, me había permitido escribir á algunos literatos parisienses cuyas obras me deleitaban, habían contestado amablemente á mis epístolas y con uno de ellos, el célebre crítico del *Journal des Debats* Julio Janin, sostuve aunque de tarde en tarde una correspondencia literaria, para mi muy interesante y muy útil.

Por todos los motivos que acabo de indicar, unidos á mi deseo de apartarme, siquiera fuese por algún tiempo, del medio ambiente en que vivía lleno de pequeñeces y miserias, en el teatro por dentro, en la política por dentro y hasta en el trato social, reducido por regla general á oir á unas personas hablar mal de otras, sin perjuicio de lisonjearse mutuamente cuando se reunían, despertó en mi ánimo un vehemento deseo de vivir en

París, de acabar de aprender el idioma y á ser posible de escribir en él.

Confesaré una vez más que las ilusiones han sido tenaces compañeras de mi vida, de lo que no me quejo cuando dirijo una rápida y póstuma ojeada á cuanto he deseado, proyectado y me ha ocurrido en mi ya larga vida.

Así es, que aprovechando la influencia que con Posada Herrera tenía el periodico, confié mi pretensión á mi maestro y cada día más cariñoso amigo *Madracito*, como todos llamaban á don Francisco de Paula Madrazo, demostrando con el diminutivo el aprecio que le profesaban. Aprobó mi deseo, confiando en que redundaría en provecho mío, porque era muy optimista, y desde luego se prestó á plantear la negociación con el señor Ponzoa, alto empleado del Ministerio de la Gobernación y hombre de confianza de Posada Herrera.

Mi pretensión no era extraordinaria. Dos años había colaborado en el *Diario Español* compartiendo privaciones y amarguras con su director el bueno de D. Mauricio y con los redactores, algunos de los cuales habían sido premiados, como también algunos de los aficionados que casi diariamente acudían á la redacción, entre los que recuerdo con afecto á un señor Ramos Baquero, padre del gran maestro en aderezar comedias y zarzuelas Ramos Carrión, y D. Bernardo Lozano, simpático é inteligente funcionario, que fué más tarde excelente gobernador civil de varias provin-

cias y hábil y desinteresado conspirador de la Restauración.

Me informé de que había en la Comisión de la Deuda española residente en París empleos de doce mil reales. Con este haber, que me parecía una fortuna, dado mi escaso trato con el dinero, podría vivir en la capital de Francia, cumplir mis deberes oficinescos y entregarme á mis aficiones literarias.

Madrazo visitó á Ponzoa, le habló de mi deseo, me recomendó eficazmente; poco después me presentó á él y en aquella cordial entrevista me manifestó que dado lo modesto de mi pretensión, sería complacido á la mayor brevedad.

Como al convertirse el periódico de oposicionista en ministerial, la redacción había quedado en cuadro ó poco menos, y nos dirigía entonces el nada comunicativo D. Dionisio, convinimos Madrazo y yo con el Sr. Ponzoa en tener oculto mi proyecto hasta que se realizase.

Pasaba el tiempo y mi esperada credencial no llegaba. Con este motivo enviaba de vez en cuando apremiantes epístolas en verso al bueno de Ponzoa, á las que me contestaba en prosa que tuviera paciencia. Posada Herrera sabía ya mi deseo, se había mostrado dispuesto á complacerme, y todo estaba reducido á que al ver al ministro de Hacienda, que era D. Pedro Salaverría, se acordase de formular mi pretensión.

No se acordó de este esencial detalle; pero sí de indicar á D. Dionisio, creyendo complacerle, que

no olvidaba mi pretensión y que procuraría realizarla en cuanto se le presentase una ocasión propicia.

Como esta ocasión no llegaba, decidí pedir una audiencia al ministro y no tardé en ser recibido por aquel hombre tan simpático, que parecía preocuparse del bien de cuantos con él trataban y en realidad sólo se preocupaba de su propio bien.

—Celebro que haya usted venido á verme—me dijo—porque así puedo con toda reserva explicarle la causa de no haber realizado su deseo. Creyendo que López Roberts estaba enterado y que aprobaba la pretensión de usted, le indiqué que en breve le complacería; pero al informarse me manifestó que no le convenía que abandonase usted el periódico, mostrándose dispuesto á mejorar la situación de usted, aumentándole el sueldo.

Le dí las gracias por su buena voluntad, y profundamente indignado, apenas salí del Ministerio de la Gobernación entré en el café del Correo, que estaba entonces en la Puerta del Sol entre las calles de Preciados y del Arenal, pedí recado de escribir y redacté una carta para D. Dionisio, anunciándole que por haber conseguido una ocupación más ventajosa á mis intereses, cesaba de prestar mis servicios en el *Diario Español.*

Y no volví más á la redacción, ni revelé á nadie la verdadera causa de aquella violenta determinación.

Madrazo me llamó al día siguiente, intentó que desistiese de mi propósito, y sólo á él con la ma-

yor reserva confié el verdadero motivo de mi resolución, aprobándola entonces.

Como nadie es necesario en este mundo, inmediatamente ocupó mi puesto un joven que era cajista de la imprenta del periódico, muy ilustrado, muy inteligente, que hizo una brillante carrera, y llegó á ser Subsecreterio del Ministerio de la Gobernación. Todavía viven periodistas y políticos que recordarán como yo á Federico Villalba, que por desgracia murió joven.

Dos hombres que alcanzaron justa y merecida celebridad, me reemplazaron al abandonar el teatro y al retirarme del *Diario Español.* Mi sustituto en la compañía de Arjona, fué Emilio Mario.

De todos modos habrían cumplido la misión que trajeron al mundo; pero fué satisfactorio para mí facilitarles el camino.

LXIII

Aunque algo perogrullesco, es cierto el vulgar refrán que afirma que no hay mal que por bien no venga.

A los pocos días de mi salida del *Diario Español* encontré en la calle á García Luna, á quien hacía algún tiempo que no veía. Su rostro rebosaba satisfacción, su traje revelaba que había mejorado de suerte.

En efecto, no recuerdo gracias á que milagro había entrado á formar parte de la redacción de un periódico que había empezado á publicarse

en 1858, dos meses antes de nuestro encuentro. Se titulaba *El Fenix*, era su propietario é inspirador el marqués de Remisa, en representación de doña María Cristina, y según me indicó Luna, los redactores disfrutaban sueldos espléndidos.

Para que nada faltase en la redacción, había decidido el Marqués que se buscase á un periodista que escribiera revistas musicales, de teatros y de sociedad, y al enterarse Luna de que yo había abandonado el *Diario Español*, se ofreció á proponerme para el cargo vacante.

Fuí admitido con el sueldo mensual de treinta duros, y muy bien acogido por el marqués de Remisa, que era un cumplido caballero, por el director que era D. Juan Valero y Soto y por los redactores D. Baltasar Anduaga y Espinosa, que había escrito en el *Heraldo* del Conde de San Luis, un joven abogado, D. Sebastián Fuente Alcázar y D. Joaquín Pérez Comoto. Luna tenía á su cargo la confección y los sueltos políticos, y eran colaboradores el vizconde de San Javier y Juanito Valero de Tornos, hijo de D. Juan Valero y Soto, que escasamente tendría entonces diez y ocho años y ya revelaba todas las cualidades que después le proporcionaron gran notoriedad y generales simpatías.

La redacción, establecida en el número 20 de la calle de Gravina, estaba amueblada con lujo y con perfiles que ni antes ni después he visto en las redacciones que he frecuentado.

Como mi cometido era escribir artículos exclusivamente literarios, solo veía á mis compañeros cuando iba á llevar mis trabajos, dos ó tres veces por semana; pero siempre era amablemente acogido por aquellos periodistas maestros en el oficio, y las tres ó cuatro veces que fuí á visitar al marqués de Remisa en su palacio del paseo de Recoletos, que ocupaba el espacio donde después se han edificado las casas núm. 14 del citado paseo y las de la derecha hasta el núm. 6 de la calle del mismo nombre, me bastaron para persuadirme de que era un hombre ilustrado, correcto y de un trato agradabilísimo.

D. Jesús Muñoz, que así se llamaba, era el menor de los hermanos del Duque de Riansares, guardia de Corps afortunado, que nacido en humilde cuna llegó á ser esposo de la Reina Gobernadora doña María Cristina y uno de los magnates más influyentes y poderosos desde la muerte de Fernando VII hasta que estalló la Revolución de 1854, y también después, aunque menos ostensiblemente.

En el *Fénix*, no solo se pagaba al personal con la mayor puntualidad el día último de cada mes, sino que en dicho día obsequiaba el Marqués á los redactores y al administrador con un verdadero banquete, unas veces en los *Dos Cisnes*, restaurant que dirigía el famoso Farrugia, y otras en la ya entonces acreditada y elegante fonda de Lhardy.

Los más jóvenes, que éramos Juanito Valero, el vizconde de San Javier y yo, nos encargábamos

de dar las órdenes oportunas á los fondistas y de organizar con ellos el *menú*. Por regla general, el coste del cubierto, vinos aparte, era de cuatro ó cinco duros, y lo mismo Lhardy que Farrugia, solían obsequiarnos con un almuerzo.

Alguna que otra vez tomaba parte en aquellos festines el conde de Fabraque, padre del vizconde de San Javier y aprovechado y laborioso literato, á cuya cualidad agregaba la de ser un gastrónomo insaciable. Recuerdo que en uno de los opíparos banquetes, después de cinco ó seis platos, todos fuertes, al presentarnos en la mesa el asado, dos magníficos capones de Mans, declaramos los comensales que sólo nos quedaban ánimos para tomar el helado y los postres. Los capones sobraban.

—De ningún modo—exclamó Fabraquer—yo daré cuenta de ellos. Y en medio de nuestra admiración, ó mejor dicho nuestro asombro, devoró como si nada hubiera comido antes, uno de los capones y más de la mitad del otro.

LXIV

Como yo no intervenía para nada en la política del periódico, ni siquiera me preocupaba de ella; pero oía las conversaciones de los redactores políticos, y aun estimándolos por su talento y su bondad para conmigo, cuanto más ahondaba en los misterios de la cosa pública, mayor era la aver-

sión que me inspiraba, refugiándome en la literatura como en un lazareto.

Mi padre había obtenido por fin un empleo que le proporcionaba quince duros mensuales. La condesa viuda de Vía Manuel, que consolaba sus tristezas haciendo obras de caridad, fundó la *Obra de la Santa Infancia*, donde los niños pobres eran recogidos, alimentados y aprendían un oficio, y para llevar las cuentas designó á mi padre por recomendación de D. Francisco Arriera.

Con los cuarenta duros de mi padre y los treinta míos, que algunos meses aumentaba el producto de artículos que escribía para periódicos literarios, entre otros el *Periódico para todos*, que publicó con gran éxito Bailly-Bailliére, padre de los actuales propietarios de la gran librería española y extranjera de todos conocida, vivíamos con desahogo, después de haber sufrido tantas privaciones y disgustos.

Pero tampoco duró mucho para mí aquel período de bonanza. Razones de alta política obligaron al marqués de Remisa á suspender la publicación de el *Fénix*. Por lo que pude comprender, no renacía de sus cenizas la influencia de la Reina madre, como llamaban á doña María Cristina, y cuando menos lo esperábamos, al terminar un mes de la segunda mitad del año 1859, me pagó el administrador como de costumbre y me indicó que el señor marqués deseaba verme. Fuí inmediatamente á ponerme á sus órdenes, y me anunció que desde el día siguiente cesaba la publica-

ción; pero como esto se había resuelto de pronto, sin avisar con tiempo á los redactores, creía equitativo dar una paga extraordinaria á los mismos, para que pudieran esperar con desahogo una nueva colocación.

Acto continuo me entregó seis monedillas de oro de cinco duros cada una, me tendió afectuosamente la mano, me ofreció su apoyo si alguna vez lo necesitaba y me despedí de él, triste por la noticia que acababa de comunicarme y agradecido por su delicada generosidad. Después no hemos vuelto á encontrarnos.

Este suceso, como más adelante verá el benévolo lector, puso en peligro esperanzas que por entonces acariciaba; pero los redactores de el *Fénix* fundaron *El Conciliador*, me ofrecieron un cargo idéntico al que había desempeñado en su compañía, y en el nuevo periódico permanecí prestando también servicios literarios los tres ó cuatro meses que duró. No logrando conciliar los intereses y codicias que representaba, se transformó en *El Horizonte*, y también colaboré en este periódico, hasta que penetrando más y más en las interioridades de la política, y sobre todo de la de los moderados, la más enmarañada y sinuosa bajo el aspecto hipócrita de una distinción, una cultura y un respeto á los más fundamentales principios de toda buena sociedad, resolví romper aquella red que iba envolviéndome; pues aunque mis tareas eran literarias, no me parecía digno percibir un sueldo, por modesto que fuera, de unos hombres

que representaban ideas contrarias á mis sentimientos, esencialmente democráticos.

LXV

En Octubre de 1859 fundé un periódico semanal titulado *Las Letras y las Artes*, con el que me prometía conseguir independencia para emitir mis juicios, y si no fortuna obtener al menos lo necesario para poder renunciar á salarios que me imponían un servilismo contrario á mi carácter. Esta publicación vivió seis meses con algún éxito, pero no realizó mis esperanzas.

Mi resolución de ir á París, á cualquier costa, se acentuó en mi ánimo hasta el punto de convertirse en obsesión. En la imprenta de Fortanet, donde se imprimía mi revista *Las Letras y las Artes*, conocí á un joven que publicaba un semanario titulado *El Sábado*. Era Augusto Ferrán, que había regresado hacía poco de Munich á donde le había enviado su familia para que aprendiese el idioma alemán. Heine era su ídolo, y dos ó tres entrevistas bastaron para que fuésemos verdaderos amigos.

Enterado de mi deseo de trasladarme á París, me aseguró Ferrán que allí había dos ó tres casas que editaban obras en español para la América latina, y que además y con el mismo objeto se publicaba *El Correo de Ultramar*, periódico ilustrado. El estaba bien informado, porque su padre residía en la capital de Francia y era muy amigo de D. Mariano Urrabieta, quien habiendo tenido

que salir de España porque en un desafío mató á su contrincante, se refugió en París y allí encontró medios de vivir y hasta de hacer ahorros, traduciendo libros para los editores y confeccionando *El Correo de Ultramar*.

Con estas noticias, que me agradaron en extremo, coincidió la llegada á Madrid de un señor Bouret, hermano del socio principal de la casa Rosa Bouret, que editaba en París libros en español y que había emprendido la publicación de una colección de manuales enciclopédicos. Estableció una sucursal en Madrid, encargó á varios escritores especialistas, manuales que pagaba á 500 pesetas cada uno, me puse en relaciones con él, como habían adquirido algún crédito mis revistas musicales, me encargó que escribiese un *Manual de música*, y al saber mi propósito de ir á París me prometió recomendarme á la casa que representaba. Un sobrino suyo, Carlos Bouret, hijo del socio principal de la casa parisiense, vino á pasar una temporada en Madrid para perfeccionarse en el idioma español, se aficionó á mí, le presenté á mis amigos y compañeros, y con todos estos elementos no dudé que la realización de mi propósito resolvería el problema que me preocupaba.

Madrazo, que no se olvidaba de mí, me llamó á principios de Noviembre para preguntarme si quería ir en calidad de corresponsal de *El Diario Español* á la guerra de Africa. O'Donnell debía salir de un momento á otro á ponerse al frente del ejér-

cito, los corresponsales irían con el Cuartel general, y el periódico daría un buen sueldo y los gastos que originasen las cartas y telegramas. Madrazo era á la sazón director del periódico y podía nombrarme sin consultar á nadie. El éxito de la guerra era seguro, y mis relaciones con O'Donnell y los generales podrían serme de gran utilidad.

Agradecí la oferta; pero no la acepté fundado en los motivos que pronto explicaré. Navarro y Rodrigo fué designado para el cargo que yo no pude aceptar, y con Núñez de Arce, Pedro Antonio de Alarcón y Carlos Iriarte, escritor y dibujante francés que era corresponsal de *La Ilustración Francesa*, partió agregado al Cuartel general el día 7 de Noviembre.

Madrazo no se equivocó al pensar que podía ser ventajoso aquel viaje para los corresponsales de los periódicos. Cuando se impuso la paz, sirvieron grandemente á O'Donnell, emplearon su natural talento y la habilidad de su inspirador en preparar los ánimos para el fausto suceso, que en el fondo no lo era como se vió después; y Núñez de Arce y Navarro Rodrigo llegaron á ser ministros. Es seguro que si yo hubiera aceptado la oferta de Madrazo, en vez de la amistad y de la protección de O'Donnell y de los personajes de la Unión liberal, me habría ganado su animosidad. Aquella paz fué obligada. Inglaterra nos permitió tomar á Tetuán para satisfacer el amor propio español, y nada más. ¡Ah, sí: también permitió que se llenase España de ochavos morunos! Mi quijotismo ha-

bría desentonado en el concierto que con tanto arte ofrecieron á España Alarcón, Núñez de Arce y Navarro y Rodrigo.

. . . .

Aunque en el período de tiempo que abarca este libro, ocurrieron otros sucesos de más trascendencia para mí que los relatados, dejo su narración para el próximo, ya que los problemas que entrañaban se resolvieron en el año 1860.


FIN DEL TOMO SEGUNDO

FE DE ERRATAS

Pag.	Linea.	Dice.	Debe decir
69	15	puede ser	no puede ser
94	9	más tarde	después
107	12	antonces	entonces
109	6	Hartzenbuchs	Hartzenbusch
109	22	darle	pagarle
123	24	aun	aunque
123	29	he	ha
166	7	sonria	sonreía
180	14	momento	momentos
208	9	bien	muy
234	25	mezcia	mezcla
276	2	cadavares	cadáveres
281	20	sintomes	síntomas
293	4	y estallaron de nuevo	y la guerra
293	8	estalló	estalló de nuevo
293	13	presenciado	presenciado y
294	1	días feriados	días no feriados
317	4	marca	merece
317	7	seis	diez
317	20	Pero el	El
319	18	buena	breve
321	31	según	teniendo en cuenta
334	10	sus versos	su poesía
338	19	vivía	yacía
351	9	fefes	jefes
383	26	hacia	había
395	10	Florentino	Fiorentino

La impresión
de este libro comenzó
en 15 de Julio de 1909 y terminó
en 15 de Febrero
del año 1910.





